

Carlos Gutiérrez

# FUEGO ROJO

EN SUS RECUERDOS MÁS PROFUNDOS  
SE HALLA EL SECRETO MEJOR GUARDADO

# Fuego rojo

**MYBESTSELLER**

© Fuego rojo

© Carlos Gutiérrez Díez

Todos los derechos reservados

Primera edición: junio 2019

ISBN: 978-9-463-86876-1

Ideas diseño portada / contraportada: Andrés Benaiges Díez

Fotografía de cubierta: Jesús Solís Díaz

Fotografía contraportada: Carlos Gutiérrez Díez

Imagen de cubierta: Ruinas de la torre del castillo de Soto de Aller, Asturias, España; marzo 2019.

Imagen de contraportada: Ermita de Nuestra Señora de Miravalles, Soto de Aller, Asturias, España; agosto 2011

**MYBESTSELLER**

Mybestseller BV

Delftsestraat 33, 3013 AE Rotterdam, Países Bajos

<https://www.mybestseller.com/>

**Carlos Gutiérrez**



**Fuego rojo**

A mis padres, a los que les debo todo lo que soy. Por estar siempre conmigo, apoyarme en mis decisiones y enseñarme a crecer como persona.

A mi mujer, Jérica, y a mis hijas, Celia y Vera. Lo más importante de mi vida. Para que tengan un recuerdo de parte de las vivencias y correrías vividas por su padre, reflejadas algunas de ellas en las páginas de esta novela.

Gracias Jérica, por ser el pilar fundamental de nuestra casa. Por apoyarme cuando lo necesitaba y por aguantarme en los días buenos y malos.

Mención especial a mi buen amigo Cristóbal Palacios, por aguantar mis continuos monólogos acerca del avance de esta novela y por darme una muy buena idea sobre cómo abordar alguna de las situaciones que en ella se plasman.

Gracias a mi primo Andy, Andrés Benaiges Díez, por ayudarme en el diseño de la portada y contraportada, aportando valiosas ideas para su creación.

Y no quería dejar pasar la ocasión para agradecer a otro buen amigo en la distancia, Jesús Solís, el cual no tuvo reparo en ayudarme cuando acudí a él para realizar la corrección de la obra y prestarme algunas de sus fotografías para la cubierta.

Gracias a todos.

# 1

Los Cargaderos, concejo de Aller. Mediados de agosto. Anochecer. Los prados que se extendían por la falda de las montañas desprendían un agradable olor a hierba fresca. Olor potenciado por la fuerte lluvia que caía del cielo y que no dejaba ver más allá de los diez metros.

La ola de calor, instalada en el Principado durante el último mes, había desencadenado en una fuerte tormenta típica del verano.

Las rachas de viento flotaban sobre los campos de maíz, agitándolos como si fueran cortinas temblorosas. La altura de las plantas rebasaba ya los dos metros y medio y gruesas mazorcas se arracimaban pesadamente en sus tallos. Faltaban dos semanas para la cosecha.

Las pocas casas que componían la aldea, desperdigadas por los alrededores de lo que antaño fue una pequeña comunidad minera, permanecían mudas y cerradas a cal y canto. Únicamente se veían luces encendidas en las cocinas, allá donde solía hacerse vida al lado de los hogares de carbón.

Nadie tenía el más mínimo interés en salir al exterior. Los burros, vacas, gallinas y conejos estaban resguardados y sólo quedaba esperar a que amainara la tormenta para comprobar los desperfectos ocasionados al día siguiente, bajo un más que probable soleado día.

Siguiendo la antigua carretera que bajaba desde el puerto de San Isidro, en dirección a Mieres, se veía el suave parpadeo de algunas farolas que iluminaban la acera frente a las pocas casas que conformaban el pueblo de Santa Ana, no mucho más grande que Los Cargaderos. A su lado, cruzando el río Aller, se extendía la parroquia de Soto de Aller, a donde pertenecían el resto de pequeñas aldeas.

El principal atractivo de Soto, la conocida y por desgracia abandonada torre que lleva su nombre, la Torre de Soto, antiguo castillo que fue testigo del nacimiento de Doña Urraca la asturiana, quien fuera reina de Navarra y tras su viudez conservara el título de reina de Asturias, se alzaba abandonada a su suerte y derruida prácticamente en su totalidad, quedando únicamente en pie parte de una gran torre cuadrangular, la puerta de entrada y la mayoría de la muralla.

Un viejo edificio de color naranja se alzaba fantasmagóricamente bajo los relámpagos que azotaban la zona. El conocido como Socavón de Santa Ana, antiguo complejo minero del pozo San Fernando donde estaban ubicados los vestuarios, talleres, almacenes y oficinas de la explotación minera, posteriormente reconvertido en piscifactoría para la cría de truchas.

Dicho complejo tomaba su nombre del agujero horadado en la montaña a fin de extraer el carbón del pozo minero de San Fernando, que se encontraba ubicado en el monte, por la zona de Orillés.

En Santa Ana se practicaba la salida del carbón ya que, al estar el pozo en lo alto de las montañas, a la inversa de lo que serían las minas tradicionales, se accedía a la mina desde el

Socavón, que tenía unos mil ochocientos metros de longitud hasta conectar con la caña del pozo para subir las cuatro plantas por medio de jaulas.

Rasgando la cortina de agua que caía con virulencia, una sombra corría desesperadamente por el camino que llevaba al viejo edificio, donde cincuenta años atrás corrían vagonetas cargadas de carbón en dirección a Los Cargaderos que daban nombre a la zona.

Ante la desesperación de que encontraran el pequeño objeto metálico que llevaba guardado en su chaqueta, el hombre saltó la cadena y el cartel de prohibido el paso y se dirigió velozmente, sorteando escombros y charcos, hacia la boca de la antigua mina situada al fondo del recinto para ocultarse en su interior y tratar de escapar por algún túnel de servicio anexo si conseguía orientarse en la oscuridad y el paso de los años no había dejado impracticable el camino.

La idea que tenía en mente no había prosperado ya que se había visto sorprendido por un grupo de hombres que le esperaban a la salida de su casa. Sus planes habían dado un giro de ciento ochenta grados y había tenido que improvisar un plan B para huir. Por desgracia, los hombres que acechaban en la sombra, le habían visto salir por la ventana trasera de su vivienda y le perseguían sin que hubiera podido despistarles tratando de huir en coche.

La desesperación le había llevado a acabar donde todo empezó muchos años atrás, pensando que igual sus recuerdos podían darle alguna ventaja frente a aquella gente.

Cuando el desconocido llegó a la entrada de la mina vio con horror que el acceso estaba tapiado y cubierto de escombros y maleza, por lo que decidió dar media vuelta y bajar por otro camino antes de que llegaran sus perseguidores. Era inútil. Acababan de detener los vehículos frente a la entrada principal y era ya imposible abandonar el recinto. Al menos por ese camino.

El hombre decidió moverse por las canalizaciones de agua, que serpenteaban entre las instalaciones situados a unos dos metros de altura, a modo de viaductos con el propósito de abastecer de agua a los diferentes edificios de la piscifactoría.

Avanzando a gatas para no ser visto, consiguió llegar al edificio principal donde se ubicaban las distintas piscinas que servían para las diferentes fases de crecimiento: alevines, pre- engorde y engorde.

Se dirigió rápidamente a la esquina derecha del edificio, donde existía una abertura de salida de agua que se vertía en la poza del arroyo que salía del interior de la montaña, paralela a la entrada de la mina.

Tras comprobar que nadie le había visto, salió a rastras por la abertura y cruzó el viejo y ruinoso puente de hormigón situado junto a los viejos lavabos, pero un relámpago que, de forma traicionera, iluminó el cielo hizo que uno de los hombres le viera e hiciera sonar el claxon de su vehículo.

Asustado y notando que apenas le quedaban fuerzas, dirigió una mirada resignada hacia el diminuto y empinado camino que subía por la ladera de la montaña para, atajando campo a través, llegar a Serrapio, la siguiente población. Quizás allí pudiera conseguir un coche u ocultarse de ellos. Ya no tenía planes, todos los que había podido pensar se habían desplomado como un castillo de naipes desde que saliera atropelladamente de su vivienda.

El pecho le ardía fruto del esfuerzo, tensión y miedo. Miedo que le obligaba a correr y no detenerse, aunque las piernas empezaran a flojear e hicieran que, agotado, resbalara varias veces

mientras corría asustado ladera arriba.

Las potentes luces de las linternas de led que portaban sus perseguidores iluminaban haciendo zigzag allá por donde este pasaba. Las detonaciones de los disparos sonaban lejanas, pero él sabía que era debido al ruido ensordecedor de la tormenta, o quizás al pitido constante que notaba en sus oídos fruto del sobreesfuerzo al que se estaba viendo sometido para salvar la vida. Sabía que no estaban lejos y aún podían alcanzarle.

Una bala pasó aullando cerca de su cabeza. Notó como silbaba a su lado para terminar impactando en el tronco de un avellano centenario. Apretó el paso, pero de repente notó un dolor agudo en el muslo que hizo que perdiera el equilibrio y cayera rodando por la ladera hasta acabar en el pozo, siendo arrastrado por la corriente ante la mirada de horror de sus perseguidores, sabedores de que lo que buscaban había podido perderse para siempre.

El grupo perseguidor a duras penas podía bajar por donde había caído el cuerpo, ya que la hierba resbalaba considerablemente y el agua del arroyo bajaba con mucha fuerza, por lo que decidieron subir de nuevo y bajar por una zona más accesible del mismo, un poco más adelante, donde había un pequeño prado y un puente de madera que lo atravesaba.

El riachuelo solía ser un remanso de paz donde los niños bajaban a recoger renacuajos y zapateros, pequeños insectos que parecían volar sobre el agua erguidos sobre sus finas patas, pero esa noche todo era diferente. El caudal era abundante y no servía de nada tratar de acceder por allí.

Un rápido vistazo les dejó claro que, si el cuerpo había caído al agua, con la velocidad que esta llevaba, sería imposible localizarlo salvo que el cuerpo se hubiera quedado enganchado en algún recodo o árbol caído.

Así pues, decidieron bajar lo antes posible hasta su desembocadura cruzando la carretera y la vía del Vasco, el pequeño ferrocarril de vía estrecha que circulaba por la zona, para comprobar si habían tenido suerte y el cuerpo no había llegado al río, pues de ser así sería imposible recuperarlo.

Aunque siguieron el curso del pequeño arroyo del valle Orillés hasta el río Aller lo más rápido que pudieron, el tiempo perdido intentando descender hasta su cauce había sido demasiado elevado y para cuando llegaron al río no localizaron rastro alguno del cuerpo. El cuerpo debía estar ya muy lejos, si es que no se había hundido en alguna poza a medio camino.

Mientras tanto, doscientos metros más arriba, un cuerpo flotaba boca arriba rodeado de piedras y con el brazo enredado entre las largas zarzas que poblaban la zona, resistiendo los envites del agua que lo empujaban inexorablemente hacia el río.

El hombre había sido arrastrado con violencia, golpeándole contra cada recodo del arroyo. Abrió débilmente los párpados y se encontró frente a una construcción de piedra en la que rebotaba con gran fuerza el eco que producía el agua al pasar a su lado.

Se trataba del molino de agua que había justo antes de la carretera, construido sobre el riachuelo de tal forma que este transcurría a la derecha de sus paredes mientras que por arriba fluía en paralelo una pequeña reguera o canal que se abastecía del propio arroyo mediante una compuerta manual, situada treinta metros más arriba.

En la parte superior del molino se emplazaba la piedra de moler grano, siendo accionada

esta por el movimiento que transmita el rodezno inferior al recibir el impacto del agua que caía desde la reguera por la fuerza de la gravedad.

El hombre recordaba la edificación. Sí, aún había una posibilidad para salvaguardar su preciado tesoro. Se trataba del viejo molino de agua de la familia de su amigo Roberto, uno de los pocos que quedaban en Asturias, construido por el abuelo de este en los años cuarenta, en plena posguerra, para poder moler el maíz y así alimentar a la familia en aquellos tiempos tan difíciles.

Exhausto y moribundo, se desenredó con dificultad de las zarzas que lo sujetaban y se acercó lo máximo posible a la boca de desagüe del molino, aferrándose como pudo, ya sin fuerzas, a las piedras que se amontonaban en el lecho del riachuelo.

En un último y titánico esfuerzo, decidió lanzar al fondo del molino, cerca de la rueda que accionaba el agua, aquello que había protegido con su vida para evitar que llegase a manos de sus perseguidores.

Quizás si Roberto llegaba a leer la carta y acudía a su llamada, quizás... Pero ya no podía pensar más. La pérdida de sangre debido al disparo recibido en la pierna, seccionando la arteria femoral, dio paso al silencio y la oscuridad.

Sus ojos se cerraron para siempre y su mano se soltó de la piedra que lo mantenía aferrado a la vida. El agua lo arrastró furiosamente hacia el río.

## 2

A cuatrocientos cincuenta kilómetros de allí, en Madrid, la puerta doble del vestíbulo se cerró violentamente tras los pasos de Richard Evans, jefe de seguridad de Templar Investment Group.

El hombre se dirigió al salón principal situado en la planta cincuenta y uno, a unos doscientos cuarenta metros de altura, de la Torre de Cristal de Madrid siendo esta, con doscientos cuarenta y nueve metros, el edificio más alto de España y la sede de importantes empresas como KPMG, Havas Media, Volkswagen, Coca-Cola y por supuesto, Templar Investment Group.

La torre, un edificio de acero y cristales de tonos azulados, formaba parte del complejo Cuatro Torres Business Area, junto al paseo de la Castellana, en el barrio de La Paz de Madrid, construido sobre los terrenos de la antigua Ciudad Deportiva del Real Madrid.

Conocido inicialmente como Madrid Arena, el consorcio de propietarios de las cuatro torres decidió adoptar una nueva imagen corporativa para el conjunto y cambió el nombre a Cuatro Torres Business Area.

Los dos últimos pisos estaban ocupados por la residencia privada del C.E.O. <sup>1</sup> de Templar Investment Group. Un lujoso ático con suelos de mármol de color marfil, enormes esculturas de Bernini y paredes adornadas por hermosos frescos del genio del manierismo <sup>2</sup>, El Greco.

Evans se detuvo frente a la puerta de acero que daba acceso al salón y, tras acercar su cara a un escáner de retina, pulsó una combinación de seis dígitos en el teclado que había aparecido como por arte de magia a través de una pequeña rendija.

Tras verificar el código, la puerta se abrió silenciosamente y Evans observó que su jefe no se encontraba sentado en el enorme escritorio de madera de caoba, adornado con grandes cruces grabadas en sus laterales.

Evans dirigió un fugaz vistazo alrededor de la sala, de unos ochenta metros cuadrados, mientras el sol, que se empezaba a ocultar, teñía de dorado las dependencias.

Al no dar con su patrón, Evans pulsó el botón de llamada del ascensor privado que comunicaba la planta cincuenta y uno con la cincuenta y dos, donde se encontraba un jardín de seiscientos metros cuadrados y, tras escasos treinta segundos de ascensión, este quedó maravillado al abrirse la puerta, como tantas otras veces antes, con la imagen que se presentaba frente a él.

El espacio vegetal que se extendía por la cara oeste del edificio, la que miraba al madrileño paseo de la Castellana, diseñada por el botánico francés Patrick Blanc, especializado en plantas del sotobosque tropical, crecía gracias a un innovador sistema de alimentación sin necesidad del tradicional sustrato de tierra, fruto de sus investigaciones para crear jardines verticales en forma de muro vegetal.

Las plantas crecían en los muros del gigante de acero y cristal sobre un fieltro irrigado de sustancias nutritivas, a través de una red de finos tubos controlados por válvulas electromecánicas, que facilitaba prescindir de las hasta ahora inevitables y antiestéticas jardineras, permitiendo así dotar al edificio de una segunda piel que contribuía a que vegetación y arquitectura se interrelacionaran en perfecta armonía.

La tecnología y la investigación sobre los nutrientes, fundamentalmente sales minerales, permitían a este nuevo sistema adaptar una capa vegetal a cualquier superficie, ya fuera vertical u horizontal, al igual que en la naturaleza, donde las plantas crecían en superficies verticales cuando el agua estaba presente durante todo el año, permitiendo así que estas pudieran subsistir en lugares tan dispares como los troncos de los árboles tropicales, en acantilados de piedra caliza o en cuevas y cascadas.

El jardín de la Torre de Cristal era una obra ambiciosa pues, además de contar con el marcado carácter estético y ornamental característico de las obras de Blanc, desde el vestíbulo del Icon Hotel de Hong Kong y la espectacular librería Dussmann das KulturKaufhaus de Berlín, hasta el bello complejo Life Marina de Ibiza, el Grand Palais de París y el Pérez Art Museum Miami, en ella estos valores adquirirían un significado absoluto ya que no se trataba de ocultar la fealdad de un aparcamiento o de embellecer una antiestética fachada, sino que el jardín era un homenaje a la naturaleza y una constante llamada al hombre urbano hacia esta, tal como explicaba el célebre botánico:

*“Cuando la gente se enfrenta a uno de mis muros, está delante de un fragmento de naturaleza que llega a la ciudad. Creo que evocan imágenes, hayan sido vistas durante un viaje o en un documental. Y, contrariamente a un jardín, que se puede cambiar o retocar cualquier día, en un muro vegetal no se puede intervenir cualquier mes. Un muro es autónomo. La planta se coloca para que crezca a largo plazo. Es un fragmento de la naturaleza invitado en la ciudad.”*

Evans avanzó por el tortuoso camino empedrado que cruzaba el jardín hasta llegar al lado oeste del edificio, donde una figura alta y recia miraba al infinito con sus manos entrecruzadas a la espalda, con el orgullo de saber que lo había conseguido todo en su vida.

«El dinero proporciona poder y el poder infunde respeto», repetía el misterioso personaje en su cabeza, recordando la maldita frase con la que su padre le machacaba una y otra vez cuando era sólo un niño.

La figura ladeó su cabezada levemente al oír los pasos de Evans, que se acercaba desde el ascensor.

Se trataba de un hombre alto y fornido, impropio de alguien que no ha tenido que trabajar duro, sino que se había pasado la vida moviéndose entre salones y salas de juntas, de piel bronceada y ojos hundidos al que se le conocía como “El fantasma” debido a las OPAS hostiles<sup>3</sup> que efectuaba su grupo empresarial, sin que sus más directos competidores pudieran tan siquiera efectuar movimiento alguno para evitarlo.

Su físico imponente y su personalidad directa parecían perfectos para alguien que había hecho una vasta fortuna proporcionando un menú privado de servicios muy codiciados en los oscuros límites de la legalidad. Le habían llamado muchas cosas: mercenario sin alma o facilitador del pecado, pero no era nada de eso.

“El fantasma” simplemente proporcionaba la oportunidad de llevar a cabo, sin consecuencias, las ambiciones y deseos de sus clientes.

Pero todo eso quedaba en la sombra y lo único que transcendía era su imagen de elegante banquero, involucrado en obras sociales para ayudar a los más desfavorecidos.

—Disculpe, señor —dijo el hombre.

—Dime, Evans —contestó volviéndose lentamente.

—Mis hombres no pudieron capturar al individuo —dijo haciendo un gesto de rabia—. Cuando fueron a buscarle a su casa les descubrió y logró huir por la ventana trasera.

Las facciones de su patrón se iban volviendo más duras a medida que Evans proseguía con su relato.

—Le persiguieron varios kilómetros y cuando por fin le tenían acorralado cayó al río, tras recibir un disparo, y le perdieron. Baja ron en su búsqueda, pero la corriente era muy fuerte y no lograron localizarle. Nuestros hombres siguen rastreando río abajo por si encuentran el cuerpo, señor.

—¡Habéis perdido a la única persona que podía darnos la información que tanto anhelo! —exclamó con violencia, haciendo que su subordinado callara de inmediato.

Evans le miró unos segundos y trató de buscar una respuesta acorde al reproche que acababa de recibir de boca de su superior.

Pensó que no podía negar la realidad y tampoco tenía una excusa para defenderse. El único camino que le quedaba era asumir que los mejores hombres son humanos y que, por tanto, sus acciones pueden ser erróneas.

—Seguid buscando por si sigue con vida y aparece de nuevo en escena. Registrad su casa y avisadme si encontráis el objeto.

—Descuide, señor. Tengo hombres vigilando su casa por si hubiera conseguido escapar y volviera allí.

—Evans.

—¿Señor?

—No vuelvas a fallarme. Ve en persona a solucionar el embrollo en el que nos ha metido tu gente o de lo contrario...

Evans bajó la mirada y dio media vuelta, camino del ascensor, mientras su jefe sacaba un teléfono móvil del bolsillo interior izquierdo de su americana y pulsaba la pantalla táctil del dispositivo.

### 3

Eran las seis y media de la mañana cuando el despertador rompía el silencio de la noche. Roberto buscaba a tientas el botón para desactivar la alarma, que se asemejaba a la sirena que hacen sonar los submarinos antes de sumergirse, a fin de poder descansar diez minutos más hasta el siguiente aviso.

Al segundo envite se desmereció, sentándose en el borde derecho de la cama de metro cincuenta, mientras palpaba con delicadeza la solitaria almohada que permanecía en desuso al otro lado. Los recuerdos y la tristeza inunda ban sus ojos y dejaban intuir unas incipientes lágrimas antes de que él, con orgullo, las secara y se pusiera en pie para empezar la jornada.

Tras una corta ducha eligió unos pantalones tejanos de color negro, que colgaban del galán de noche, y una camiseta de manga corta, también negra, del primer cajón del armario.

Su pelo, corto y moreno, estaba alborotado tras haberlo secado enérgicamente con la toalla y permanecía a la espera de que lo domaran con el cepillo que aguardaba sobre la pica del baño.

Roberto siguió con el ritual de cada mañana y se acercó a la cocina para prepararse un café con leche, bebiéndoselo de forma rápida y sin apenas saborearlo, como ya hacía su padre antes de irse a trabajar años atrás, cosa que había quedado grabada en su mente. Tras una breve pausa, en la que aprovechó para ver el estado del tráfico en la televisión, se calzó sus botas Panama Jack y enfundó su arma reglamentaria, una pistola semiautomática modelo Glock-17.

Su esposa, una alegre y hermosa joven que contaba únicamente con treinta y cinco años, murió seis meses atrás en un trágico accidente de tráfico mientras volvía del colegio donde era profesora, cuando un joven de veinticinco años, ebrio y drogado, se saltó un stop y embistió brutalmente con su vehículo todoterreno al pequeño Fiat Cinquecento de Candela, truncando los sueños de ser padres de la feliz pareja.

Roberto quedó sumido en una profunda depresión durante cuatro meses en los que, conducido por la ira y el dolor, pensó varias veces en quitarse la vida. Afortunadamente, la rápida actuación de sus compañeros de departamento hizo posible que acudiera a terapia y lograra seguir adelante con su vida y trabajo.

Todo parecía ir bien acudiendo dos veces por semana a su cita con la Doctora Judith Romero, psicóloga y psiquiatra especializada en trastornos por estrés postraumático, pero algo había cambiado durante los dos últimos meses.

Roberto comenzó a despertarse, casi a diario, debido a sueños recurrentes sobre su infancia, donde la lluvia caía torrencialmente sobre él mientras imágenes confusas de una vieja edificación de ladrillo rojizo bombardeaban su mente, noche tras noche.

El joven accedió al ascensor de la vivienda para bajar al segundo sótano del aparcamiento y pulsó el botón de la planta baja para revisar si había correo del día anterior en el buzón. Para su sorpresa, se encontró una carta que venía sin remitente pero que, tras abrirla, supo inmediatamente

de quien provenía leyendo lo que en ella estaba escrito.

“Si me pasara algo...si te enteraras de que me ha ocurrido algo malo, ven y termina lo que empezamos.”

Roberto no entendía a santo de qué le habían enviado aquella carta y giró el papel para ver si había algo más. Nada. Únicamente aquellas escuetas líneas escritas en un folio y una foto de la ermita de Nuestra Señora de Miravalles, cercana a la casa de la familia de Roberto, en Asturias.

La misiva debía provenir de Álex, su viejo amigo de la infancia de cuando Roberto veraneaba en Asturias y del que no sabía nada desde los años ochenta. Desde aquella maldita tarde de lluvia.

Roberto recordaba que el padre de Álex era guardia civil y que cuando volvió al año siguiente al pueblo, ellos ya no vivían en la casa de La Palombar, por lo que tuvo que volver a buscar nuevos amigos. Ya no volvió a pensar más en lo ocurrido el año anterior ni fue mencionado por sus padres.

—Pero, ¿por qué me manda una carta ahora? ¿Cómo me ha localizado? —exclamó en voz alta Roberto, que no comprendía cómo había podido localizarle su amigo si ni siquiera él se acordaba de sus apellidos para poder buscarle en Facebook.

El joven, lejos de dejarlo pasar, seguía haciéndose preguntas sin poder obtener respuesta alguna. «Ni siquiera se me ha ocurrido pensar en él en todos estos años. ¿Por qué ahora? Y, sobre todo, ¿por qué esa foto de la ermita de Miravalles? Nunca fuimos juntos a ese lugar. Es más, nunca jugamos por aquella zona, alejada de nuestras casas. Entonces, ¿por qué?», pensaba Roberto tratando de buscar cualquier sentido a la misiva que había recibido.

Tras guardar la carta en el bolsillo de su chaqueta de piel, bajó al garaje y condujo pensativo hasta el cuartel, ubicado en Barcelona.

## 4

Las campanas de la iglesia románica de Santolaya sonaban con decisión, anunciando que eran las ocho de una fría tarde de agosto, mientras María paseaba junto a su perro Losty por el paseo adyacente al Río Caudal, a su paso por el pueblo asturiano de Ujo.

Había salido tarde del trabajo y su mascota la esperaba ansiosa en casa para pasear y ejercitarse en el parque que el ayuntamiento había construido al lado del paseo, donde se unen los ríos Aller y Lena formando el río Caudal que, a su vez, desemboca en el Nalón, el más caudaloso e importante de Asturias.

La oscuridad se iba imponiendo, debido a lo avanzado del mes y a las nubes tormentosas que bajaban desde las montañas, pero eso no le importaba a María ya que, como buena asturiana, iba debidamente preparada por si se ponía a orpinar<sup>4</sup> o pasaba a mayores y caía un buen chaparrón.

Mientras Losty jugaba con otros perros en el parque, María charlaba animadamente con el resto de dueños que allí se congregaban. Como ya era tarde, todos decidieron volver a casa al caer las primeras gotas de lluvia, por lo que María se quedó a solas un rato más esperando a que Losty volviera a su lado y así poder regresar pronto a casa.

Pasados cinco minutos, María se preocupó al no ver a su perro y empezó a llamarle a voces sin obtener respuesta, por lo que siguió caminando hacia el final, donde confluían ambos ríos.

Al rato vio a su mascota cerca de unos matorrales, ramas y piedras amontonadas, ladrando como un loco. Le dio miedo acercarse más, ya que se encontraba bajo el puente de la autovía “Ruta de la Plata”, que cubre el trayecto entre Gijón y Sevilla, y aquel lugar parecía más tétrico que de costumbre debido a la oscuridad de la tarde-noche y la lluvia que empezaba a caer con más intensidad.

Empezó a llamar enérgicamente a su perro, que no le hacía caso y seguía rebuscando algo entre los escombros, y tras mucho insistir consiguió que el animal dejara de tirar de lo que parecían plásticos de color negro y volviera corriendo a su lado.

María forzó la vista y chilló horrorizada al ver que, lo que le había parecido un plástico negro, se trataba de la extremidad de una persona. Sí, seguro que era una pierna.

## 5

Pasaban las diez de la noche cuando el inspector de policía Silvino Cuevas aparcaba su

coche junto a las cintas que delimitaban la escena del crimen.

El claro estaba rodeado por lámparas portátiles que lo bañaban todo con su potente luz blanca, mientras las gotas de lluvia caían débilmente.

Los coches de la Policía Local y Policía Nacional, sumados a la ambulancia y a varios vehículos todoterreno de la Guardia Civil, se amontonaban bajo la autovía.

Dos fotógrafos de la policía científica iluminaban la noche con los flashes de sus cámaras y un agente se paseaba en cuclillas por las inmediaciones, removiendo el suelo con sus pinzas.

Al mirar a la víctima, el inspector Cuevas vaciló un poco ya que, si bien no era el primer cadáver que veía, el estado del cuerpo denotaba que llevaba varios días muerto.

Dio la espalda al cadáver y masculló algo ininteligible al pensar en la cantidad de perros que venían a pasear y a jugar en aquel condenado parque y que podían haber alterado la escena del crimen o, peor aún, eliminado cualquier posible prueba.

—¿Inspector Cuevas? —preguntó el sargento de la Policía Local, un hombre altísimo que se acercó al inspector de frente, con la mano tendida y una mueca que pretendía ser una sonrisa. Cuevas acercó su mano y la estrechó, molesto por la diferencia de estatura.

—El forense ya ha salido de Oviedo —informó pausadamente—. Debería llegar en veinte minutos.

—¡Cojonudo, llegan tarde! —bramó Cuevas.

Al cabo de veinte minutos, tal como había predicho el sargento, llegaba un coche a velocidad prudencial, con la luz de los faros brincando a causa de los baches. El conductor frenó en el improvisado aparcamiento y bajó del vehículo.

Se trataba de un hombre menudo, que portaba una maleta de color negro y vestía de blanco, con su nombre escrito en la placa identificativa que llevaba enganchada en la solapa.

—Ahí lo tenemos —dijo Cuevas en voz alta.

—Es Pereira, el forense de guardia al que siempre le tocan las visitas a domicilio, a diferencia de su compañero Esteban —respondió el sargento.

El inspector Cuevas vio que esquivaba los charcos de agua para no mancharse los zapatos y sonrió para sí al pensar en lo remilgado que parecía aquel hombrecillo.

El Doctor Pereira intercambió unas palabras con el sargento y se acercó al cadáver para examinarlo desde varios ángulos. A continuación, se puso de rodillas para, con gran cuidado, atar bolsas a las manos de la víctima y realizó una inspección ocular, anotando cuanto creía conveniente en su pequeño cuaderno.

Al finalizar dichas acciones, junto con los sanitarios, empezaron a envolver el cadáver para su traslado mientras el sargento entregaba la documentación y el testimonio de la chica al inspector Cuevas. A fin de cuentas, el caso era del Cuerpo Nacional de Policía.

## 6

Roberto condujo durante tres cuartos de hora, devorando los escasos cuarenta kilómetros que separaban su ciudad, Mataró, de las instalaciones de la Guardia Civil que se ubicaban en la zona más alta del barrio del Eixample, en Barcelona.

Una vez hubo aparcado su vehículo, el sargento Roberto García se dirigió a las dependencias de la Unidad Central Operativa (UCO), el órgano central del servicio de Policía Judicial de la Guardia Civil de España, encargado de la investigación y persecución de las más graves formas de delincuencia y crimen organizado, así como del apoyo a Unidades Territoriales de Policía Judicial que necesiten, ya sea por falta de personal o de medios o porque el ámbito delincencial sea interprovincial, del apoyo de esta unidad.

Roberto accedió a la UCO tras cinco años como guardia civil, en los que pasó por varios departamentos hasta que, gracias a la carrera de Ingeniería Informática que cursó en una universidad a distancia, pudo acceder a un puesto en el área de delitos telemáticos, ahorrándose años de espera por la vía tradicional. Una vez dentro, dos años atrás, consiguió incorporarse al departamento que se ocupa de los homicidios y secuestros.

Mientras subía las escaleras, al igual que hiciera durante los cuarenta y cinco interminables minutos que había durado el trayecto en coche, el sargento seguía pensando en su amigo y en el motivo por el que, después de tanto tiempo transcurrido, este le había mandado aquella carta precisamente a él.

Así pues, se sentó en su despacho, apartando todos los papeles que tenía esparcidos sobre la mesa, y pulsó el botón de arranque del ordenador portátil, haciendo que este abandonase su estado de hibernación en apenas un minuto, dejando ver como fondo de pantalla la espada y la balanza que conforman el escudo de la UCO, que simboliza la fuerza inflexible de la ley y el equilibrio, el razonamiento y la justicia.

Roberto inició la búsqueda de información sobre su amigo Álex, pero por desgracia sólo recordaba su nombre y eso le obligaba a cambiar su modus operandi, viéndose obligado a cotejar noticias o sucesos acaecidos durante los últimos días relacionados con Asturias, concretamente con los pueblos de Santa Ana, Soto de Aller y Cabañaquinta, y del propio Concejo de Aller.

Fueron necesarias varias visitas a diversos portales de noticias hasta dar con lo que estaba buscando, o no, ya que únicamente se mencionaba la aparición de un cuerpo sin identificar en el concejo asturiano de Mieres.

Roberto se quedó perplejo al ver la noticia.

«¿Podría tratarse de mi viejo amigo?», repetía una y otra vez en su cabeza.

La coincidencia del lugar donde había aparecido el cadáver y el hecho de que hubiera ocurrido pocos días antes de recibir la misteriosa carta, desde luego ayudaban a formular dicha hipótesis.

El sargento, rápidamente, se conectó a la base de datos de la Guardia Civil para ver si había más datos relacionados con la investigación. Efectivamente, el caso seguía abierto y eso denotaba que existían dudas acerca de que se tratara de una muerte accidental.

Roberto salió de su despacho para hablar con su superior y solicitar que le asignaran el caso. Tras golpear enérgicamente la puerta con sus nudillos, el teniente Ramírez le indicó que podía entrar.

Se trataba de un hombre robusto, de estatura media y cabeza rasurada. Sus ojos verdes eran claros y expresivos y brillaban detrás de los cristales de unas gafas de pasta que el teniente se quitó dejándolas sobre la mesa, al lado del teclado. Tenía una nariz chata y torcida, como si se la hubiera fracturado alguna vez practicando boxeo.

En las paredes del despacho colgaban estandartes de la Guardia Civil y el ejército de tierra, alternando espacio entre algunas fotos de altos cargos del Gobierno que conmemoraban la entrega de medallas recibidas durante las misiones realizadas, años atrás bajo su mando, en Irak y Afganistán.

—Y bien sargento, ¿en qué puedo ayudarle? —inició cortésmente su superior.

—Buenos días, teniente. Se trata del caso del cuerpo encontrado cerca de un río en Asturias.

—¡Ah! El hombre ahogado. ¿De qué se trata?

—Me gustaría llevar el caso, si fuera posible, teniente.

—¿Por qué motivo, si puedo preguntar? La investigación, y corrija me si me equivoco, la están llevando los compañeros de la comandancia de Oviedo. No entiendo qué interés especial puede tener para que la UCO asuma el control.

—Teniente —continuó Roberto—, tengo fundadas sospechas de que conozco a la víctima y mi aportación podría ser útil en la investigación.

—Sargento García, —le interrumpió el teniente Ramírez— en el supuesto que así fuera, ¿qué datos podría aportar? Parece ser un caso de ahogamiento, a falta de que realicen la autopsia al cuerpo.

—Verá, teniente, esta mañana he recibido una carta donde sólo figuraba el nombre de un viejo amigo, al que no veo desde hace casi treinta años, solicitando mi ayuda en aparente peligro. De lo siguiente que me he enterado es de la posible aparición de su cadáver en un río.

—¡No, sargento! —bramó el teniente—. Lo que ha aparecido es un cuerpo sin identificar y que pertenezca, o no, a su amigo se verá cuando lo identifiquen. No creo que tengamos nada que ver con esa investigación, ya que parece tratarse de un accidente fortuito. Si necesito algo de usted

se lo haré saber. —Cortó el teniente, visiblemente hastiado de la conversación.

—Teniente... —volvió a la carga el sargento.

—¡Roberto, basta! —Cortó su superior de forma tajante. ¿Qué parte de ‘no es nuestro caso’ no entiendes?

El sargento agachó la cabeza, mientras su superior continuaba abroncándole.

—¿Te has mirado al espejo hoy? ¿Cuántos días hace que no descansas?

—Llevo un par de meses durmiendo mal. Me levanto de madrugada sobresaltado, recordando algún suceso acaecido en mi infancia. La cuestión es que, en conjunto, todo es muy raro. Mis sueños, el cuerpo hallado en el río, la carta de mi amigo...

—Roberto, —prosiguió el teniente aflojando notablemente el tono de su voz—, lo que debes hacer es seguir viendo a tu terapeuta. No debiste dejar las sesiones, al reincorporarte de nuevo al trabajo, de forma tan prematura después de lo de... ya sabes... Candela. Hazme caso Roberto, te lo digo como amigo, no como tu superior.

Roberto alzó la vista, apreciando el consejo del teniente con el que había compartido dolor y alegrías por igual.

—De acuerdo Javier. Eso haré. Si no te importa cogeré los días de vacaciones acumulados que aún no he realizado y reiniciaré mis visitas al terapeuta.

—Cuídate, Roberto. Descansa y recupérate.

El teniente apartó la silla y se acercó a Roberto para darle un fuerte abrazo y hacerle ver que podía contar con él si así lo requería, antes de que el sargento se despidiera y abandonara su despacho y las instalaciones de la Guardia Civil.

## 8

Las puertas de entrada al edificio se abrieron violentamente tras ser empujadas por Roberto con decisión, permitiendo que este prosiguiera su camino hacia el vehículo con el que había llegado anteriormente. Nada más abandonar el aparcamiento del cuartel, el sargento se dirigió a su casa para hacer la maleta y comprar un billete de avión en el primer vuelo que partiera hacia Asturias, dirigiéndose acto seguido al aeropuerto Barcelona-El Prat Josep Tarradellas.

No estaba seguro de cuánto invertiría en aclarar lo sucedido, por lo que la última opción que se planteaba era dejar su coche estacionado en el aparcamiento del aeropuerto. Ni siquiera en la zona de estacionamiento para larga estancia.

La mejor opción pasaba por viajar en tren hasta la estación de Plaza Cataluña, para subirse a continuación al aerobús que le llevaría hasta la terminal del aeropuerto. De esa manera tendría tiempo para organizar mentalmente su estancia en el Principado y aclarar cómo iba a afrontar la investigación que iba a llevar a cabo, disfrazada de viaje de placer y relax.

Roberto se apeó del abarrotado y viejo tren de cercanías que, aun habiendo sido dotado con nuevos interiores para asemejarlos a los modernos modelos del tipo Civia, dejaba patente su año de fabricación y se dirigió a la parada de autobuses para tomar el primer aerobús que partiera en dirección al aeropuerto.

Tras esperar algo más de diez minutos, el sargento accedió al alargado autobús de color azul y se acomodó en la parte trasera del mismo, apoyando su cabeza en la ventanilla. Aún quedaban quince minutos para la hora de salida y necesitaba cerrar los ojos y descansar.

El viaje duró un suspiro, ya que Roberto se había quedado dormido debido al cansancio acumulado y al traqueteo que producía el motor del vehículo, situado en la parte trasera del mismo. El sargento se despertó al notar la primera rotonda que daba acceso al aeropuerto y terminó de desperezarse.

Mientras se acercaba a la terminal miraba al cielo, viendo cómo despegaban, uno tras otro, docenas de aviones, pensando en qué pasos iba a seguir cuando aterrizara en el aeropuerto de Asturias.

Ya en la terminal, se acercó al monitor de auto-checking, donde introdujo el localizador de vuelo que le habían enviado por correo electrónico. Como aún disponía de tiempo hasta la hora en la que su vuelo estaba planificado, decidió tomar un café en uno de los locales que abarrotaban el recinto para paliar el sopor que sentía tras haberse quedado dormido en el autobús y, cuando escuchó por megafonía la llamada para su vuelo, se dirigió al piso de abajo, donde estaban situadas las puertas de embarque.

Tras poco más de una hora de vuelo, el moderno Airbus A-320 de Vueling tomaba tierra en el Aeropuerto de Asturias, situado a 15 km de Avilés. Roberto avanzó por la rampa acoplada a la puerta del avión, camino del mostrador de Europcar, a fin de alquilar un coche con el que poder desplazarse durante los días que estuviera instalado en el Principado.

Lo primero que hizo fue dirigirse a la casa cuartel de la Guardia Civil, en Oviedo, para presentarse ante el teniente al mando y expresarle el motivo de su visita, de carácter extraoficial, pero motivado por viejos recuerdos y dudas relacionadas con la reciente aparición de un cadáver.

Tras conversar con él, y dejarle claro que no iba a inmiscuirse en la investigación oficial, que estaba en manos de la Policía Nacional, su superior le conminó a presentarse ante el oficial al mando de la misma, en las dependencias de dicho cuerpo policial.

## 9

El inspector Cuevas se apostó tras su escritorio de madera contrachapada mientras el agente Hornos, el cual se encontraba en periodo de prácticas y formación, se sentaba en una de las sillas próximas, con ganas de volver a casa habiendo finalizado ya su turno.

El inspector había recibido una llamada en la que le informaban de que una visita iba de camino y debían esperarle.

En la pequeña sala de color amarillento, ya no se sabe si por vieja o por los años en los que se podía fumar sin restricciones, reinaba el silencio, interrumpido solamente por el sonido esporádico de un viejo fluorescente que amenazaba con apagarse definitivamente y el aullido del aire que se colaba por el quicio mal sellado de las ventanas.

De repente, el silencio se vio cortado por un sonido que denotaba que el ascensor había llegado a la planta tercera de la comisaría de la Policía Nacional. Las puertas correderas se abrieron lentamente y un hombre vestido de negro avanzó por el pasillo mientras buscaba a quien dirigirse.

Al llegar al final del pasillo, el hombre de negro se quedó plantado junto a la puerta del despacho del inspector y preguntó:

—¿Inspector Cuevas?

El inspector asintió con la cabeza y le ofreció la silla para visitantes, destartalada y de madera, en la que, según él, los sospechosos no duraban ni cinco minutos.

El desconocido hombre de negro tomó asiento con un movimiento grácil y elegante y se apoyó en el duro respaldo de la silla, mirando fijamente a los ojos del inspector.

—Agente Hornos, sírvale una taza de café a nuestro invitado— dijo Cuevas sonriendo burlonamente, sabedor de que únicamente quedaban los posos del día anterior.

Quedaba para un cuarto de taza a lo sumo, que fue servida de inmediato. El desconocido la aceptó, pero la dejó en la mesa y sonrió cortésmente, mirando a los ojos de su interlocutor.

—Se lo agradezco, agente, pero únicamente tomo café por las mañanas. Preferiría una taza de té. Té matcha, a ser posible.

El agente Hornos se preguntó si aquel individuo era un excéntrico o si se estaba riendo de él en su cara. Probablemente lo segundo, visto lo visto.

Cuevas gruñó, frunció el entrecejo y se inclinó sobre el vetusto escritorio, que crujió bajo su peso.

—Le escucho. Más vale que sea algo importante porque de lo contrario...

Con un gesto pausado, aquel misterioso hombre sacó una cartera del bolsillo de su chaqueta y, mientras dejaba que se abriera por su propio peso, le contestó.

—Sargento Roberto García. —Se presentó, mientras Cuevas se inclinaba para mirar la placa y volvía a apoyarse en el respaldo suspirando.

—UCO. Debí haberlo imaginado. — Miró a Hornos y masculló—. Ya han venido los de la capital.

—Sí, señor —dijo Hornos, tratando de agradar a su superior.

—Pues nada, sargento García...

—Puede llamarme Roberto —cortó seca, pero educadamente el sargento.

—Roberto... Roberto. Siempre me olvido de los nombres.

Cuevas encendió un cigarrillo y, aunque estaba prohibido fumar en espacios públicos, lo aspiró con fuerza.

—¿Viene por lo del cadáver hallado en el río?

Las palabras salieron de su boca envueltas en una densa nube de humo, acompañadas de una fuerte tos que fue sofocada tras beber un poco de agua.

—Sí. Así es.

—¿La UCO pretende encargarse del caso oficialmente?

—No es la intención.

—O sea, que viene a título personal —respondió el inspector, tratando de hacer sonar sus palabras de la forma más socarrona que pudo.

—Sí, así es.

—¿A qué unidad territorial pertenece, sargento? No veo que tenga acento asturiano.

—A la de Barcelona, pero digamos que tengo un permiso especial para este caso.

Roberto sonrió con sorna mientras Cuevas gruñía ante la insolencia que demostraba aquel desconocido.

—¿Cuánto piensa quedarse, si no es indiscreción?

—Hasta llegar al final.

«¿Hasta el final de qué?», pensó extrañado el agente Hornos, mirando despectivamente a aquel extraño.

El sargento giró lentamente la cabeza, concentrando en él su mirada y esbozó una sonrisa.

—De mis vacaciones, por supuesto.

Hornos dio un respingo y enmudeció. ¿Acaso aquel guardia civil podía leer la mente?

—¿Sus vacaciones? —Cuevas se irguió dando un fuerte golpe con su puño sobre la mesa y volvió a sentarse—. Sargento, esto es del todo irregular. Necesitaré una autorización oficial de su comandancia. Esto no es ningún juego de “escape room” para agentes de la Guardia Civil.

Tras unos instantes de silencio, Roberto dijo con tono cordial y resolutivo:

—No pienso entrometerme en sus investigaciones, inspector. Actuaré con total independencia y únicamente le haré consultas si lo considero oportuno, facilitándole toda la

información que vaya recopilando en mis pesquisas. El mérito de los arrestos se lo dejo a usted y al Cuerpo Nacional de Policía, ya que no pretendo que se me reconozca nada en lo personal. Lo único que pido es que se atiendan cordialmente mis peticiones, como suele hacerse entre los dos cuerpos de seguridad a los que pertenecemos.

El inspector Cuevas frunció el entrecejo nuevamente y se rascó la cabeza de forma compulsiva mientras decía:

—Si le soy sincero, me da lo mismo quién se lleve el mérito del arresto. Lo único que quiero es pillar al malnacido del asesino, si es que realmente estamos ante eso y no se trata de una simple muerte casual.

Roberto asintió inclinando la cabeza. Cuevas chupó el filtro del cigarro, exhaló una gran bocanada de humo y dio otra calada mientras pensaba cómo despedirse de Roberto.

—Pues nada, sargento, que trabaje a gusto durante su visita a Asturias. A ser posible no mencione nada relacionado con la investigación ante los medios.

—Naturalmente, inspector. Puede contar con ello.

—¿Dónde se aloja, sargento?

—Aún no lo tengo decidido, pero imagino que encontraré algo en Mieres o Cabañaquinta. No quiero alejarme de la zona y no me apetece alojarme en Oviedo o Gijón. Vengo de una ciudad grande y necesito desconectar del bullicio.

—¿Tiene coche? ¿Necesita que Hornos le lleve?

—Le agradezco el ofrecimiento, pero he alquilado uno en el aeropuerto —contestó Roberto mientras se levantaba y se dirigía hacia la puerta.

Al inspector le quedaba otra pregunta por hacer.

—Sargento, ¿cómo se ha enterado del caso?

Roberto se detuvo frente a la puerta y contestó.

—Dejémoslo en que me han llamado la atención las características, digamos que... interesantes de este caso. Pero como le he dicho antes, vengo por razones personales. Acabo de salir de una difícil situación personal y necesitaba alejarme de la rutina y el caos de la ciudad.

—Ah... ¿Y de qué características hablamos, si no es mucho preguntar? —en el tono del inspector volvía a insinuarse algo de sarcasmo—, porque hasta ahora sólo me consta un cadáver por ahogamiento.

Roberto se volvió lentamente y posó en el inspector Cuevas la mirada de sus incisivos ojos marrones.

—¿Está usted seguro de ello? —dijo en voz baja.

Avanzando con paso decidido, Roberto fue en busca de su coche para dirigirse al lugar donde se había encontrado el cuerpo de su amigo, en la confluencia de los ríos Aller y Lena, tal y como le habían descrito en las dependencias de la Guardia Civil.

El cuerpo había llegado allí debido a la crecida de los días anteriores según había dictaminado en primera instancia el forense, al observar los severos traumatismos que presentaba el cadáver fruto de los golpes que le produjo la corriente al arrastrarlo río abajo.

Faltaba saber desde donde había llegado. Arrastrado desde el Sur, por el río Lena, o desde el Oeste, por el río Aller. Pero para obtener más datos había que esperar a que se le practicase la autopsia.

Roberto desechó rápidamente la opción del río Lena, basándose en sus recuerdos de infancia, ya que era el río Aller el que pasaba cerca de la casa de su familia, a diferencia del otro afluente, y cabía la posibilidad de que Álex hubiera estado investigando algo por aquella zona, viéndose sorprendido por la súbita riada.

Dicho y hecho, puso rumbo al concejo de Aller para investigar la zona y tratar de descubrir si Álex estuvo días atrás por las intermediaciones.

Al girar a la izquierda en la última curva que precede a la pequeña aldea de Santa Ana, Roberto sintió una punzada de nostalgia cuando vio la vieja Torre de Soto y el puente que cruzaba el río hacia Soto de Aller, el pueblo adyacente a Santa Ana, justo en el momento en el que un pequeño convoy ferroviario le rebasaba lentamente por su derecha.

—El Vasco —musitó Roberto.

El sargento condujo por la antigua carretera AS-112a, dejando atrás Soto y Santa Ana, y giró a la izquierda al llegar a los antiguos cargaderos, subiendo la empinada cuesta que llevaba a Las Casas de Abajo, donde se alzaba olvidada la casa de su familia.

Roberto aparcó el Ford Focus que había alquilado, renegando porque no hubiera posibilidad de alquilar algún vehículo todoterreno, por si debía adentrarse en pistas forestales o terrenos poco propicios para un coche convencional. Pero ese fue el único coche que le ofrecieron.

Si bien debía empezar la investigación, Roberto sentía la necesidad de visitar cada uno de los rincones que habían marcado su infancia. Aquellos veranos en los que dejaba de ser un niño atrapado en la gran ciudad para fusionarse con la naturaleza y convertirse en explorador, pescador, cazador o lo que hiciera falta según el momento.

La vieja casa parecía otra en sus recuerdos, llena de vida, rosales en sus puertas, gente hablando sentada en los bancos y gallinas cacareando en el gallinero. Pero al morir su abuelo, y años después su tía, la casa quedó deshabitada y, si bien otro de sus tíos iba de vez en cuando a dar una vuelta y tal vez a dar de comer a alguno de los animales que aún criaban, ya no era lo

mismo sin gente viviendo allí.

Ni siquiera subía gente andando como antaño, camino de otras aldeas situadas más arriba como La Palombar o El Casar. La gente había ido muriendo o se habían ido a vivir a Cabañaquinta y Mieres, pueblos con más población y comodidades, a diferencia de las pequeñas aldeas en las que ya no había futuro desde que el carbón se agotara a finales de los años sesenta y ya sólo quedara vivir de la ganadería.

Como no tenía la llave de casa, solamente pudo dar una vuelta por los exteriores, recordando su infancia al encontrar algún viejo juguete semienterrado bajo los frondosos setos.

Decidió seguir camino abajo a pie, por donde había subido antes, girando a la izquierda en el camino que llevaba al Socavón, el antiguo complejo minero.

Antaño, cuando era niño, era el camino que más transitaba para ir a jugar y pescar con sus amigos, ya fuera en bicicleta, coche a pedales o a pie, sin saber que ese mismo camino, quince años atrás, estaba plagado de raíles y cambios de vías por donde transitaban pequeñas locomotoras y vagonetas repletas del carbón que se había extraído del pozo minero, camino de los cargaderos, situados más atrás, a los pies de la carretera por donde había llegado en coche.

En todos esos años en los que él no había ido Asturias, el camino había cambiado sustancialmente, llenándose de zarzas y demás vegetación debido al tiempo que llevaba en desuso.

Aun así, era apto para ir a pie, no así en coche, y Roberto pudo llegar sin muchos problemas al viejo edificio de color naranja que aguantaba estoicamente el paso del tiempo.

Aunque lo conocía a la perfección y desde bien pequeño había estado jugando en su interior, la silueta del enorme edificio imponía respeto, por su estado de abandono y soledad y por sus dos características torres de tejados triangulares, ubicadas a cada lado, donde antaño se situaban las oficinas y vestuarios de los trabajadores.

La vieja cadena que delimitaba el acceso a la parte posterior, donde se encontraban el resto de edificios anexos, seguía en el mismo sitio. Roberto pasó por debajo y observó con tristeza cómo los años se habían cebado especialmente con la parte trasera del complejo, donde en tiempos lejanos pasó tan buenos momentos jugando con sus amigos.

Años atrás aún era pasable su estado de conservación, puesto que se realizaba un mínimo de mantenimiento, pero ahora la maleza crecía por doquier y los techos de los edificios que aún resistían el envite del paso del tiempo, amenazaban con desplomarse.

Roberto avanzó con paso firme, sorteando los charcos, y llegó a la antigua entrada de la mina, por donde se extraía el carbón. Las enredaderas y zarzas, que crecían a su lado sin control, amenazaban con tapar toda la bocamina, pero aún se distinguía claramente la pequeña fachada de ladrillos anaranjados, al igual que el resto del complejo minero, adornado con mampostería<sup>5</sup> gris y el nombre “Pozo San Fernando” escrito en la parte superior.

El sargento se acercó a la parte derecha de la entrada de la mina al escuchar el sonido del agua que emitía el pequeño arroyo que bajaba desde Orillés, al confluir en ese punto con el agua que se filtraba dentro del yacimiento.

Roberto tuvo que agacharse para pasar por debajo de las grises conducciones que, elevadas a más de un metro y medio de altura, canalizaban el agua desde la mina hasta el edificio principal,

a fin de abastecer de agua las piscinas creadas en los años ochenta para la cría de truchas.

El joven guardia civil, tras apartar con precaución los zarzales que inundaban la entrada, se llevó una desagradable sorpresa al observar que la bocamina llevaba tapiada muchos años, por lo que decidió dar media vuelta y volver al edificio principal.

Roberto encaró el edificio por su parte trasera, que por la forma de las escaleras dispuestas en espejo parecía simular una gran letra X, y enfiló la gran escalinata por la zona que quedaba a la derecha.

Apenas llevaba un cuarto de escalones recorridos, de camino a la terraza superior y las oficinas, cuando una imagen fugaz cruzó su mente. Fue algo repentino y muy rápido, como si un haz de luz pasara frente a él haciéndole sentir un fuerte dolor, a la par que escuchaba un grito ahogado y notaba la fuerza de la lluvia y las salvajes aguas de un río arremolinándose alrededor suyo.

—¿Qué coño ha sido eso? —exclamó sobresaltado Roberto mientras se llevaba las manos a la cabeza. Las repentinas visiones le habían sobresaltado, haciéndole recordar las que sufría en sus pesadillas, pero... ¿por qué ahora, estando despierto?

Intentando calmarse, el sargento prosiguió la ascensión hasta llegar a la azotea del edificio, donde se asomó sobre muro que daba a la entrada para observar el bello paraje que se extendía en la lejanía, reparando en la primera poza de agua que se formaba en el cauce del riachuelo.

Justo sobre ella se encontraban las antiguas letrinas, ya en estado de derrumbe, y a su lado, una pequeña pasarela que llevaba monte arriba hasta verdes prados, siguiendo un estrecho camino por el que se podía llegar a pie hasta el pequeño pueblo vecino de Serrapio.

Una vez inspeccionada la terraza, y constatando el mal estado en el que se encontraba el viejo edificio, Roberto bajó de nuevo por las escaleras en dirección a la poza.

El sargento se asomó para ver si se mantenía como cuando él era pequeño y una pícaro sonrisa asomó en su cara. Todo permanecía igual salvo por el detalle de que no había rastro alguno de las grandes truchas que antaño nadaban en ella, cuando Roberto se sentaba en el borde empuñando su caña de pescar junto a un tarro repleto de gusanos que previamente había desenterrado.

Cuando estaba a punto de retroceder para seguir con la inspección del terreno, un brillo repentino en el fondo del agua llamó su atención.

Podría ser una moneda, pero no lo parecía desde su elevada posición, por lo que decidió bajar para echar un vistazo descendiendo por el lateral izquierdo de las letrinas, donde la altura hasta el riachuelo era menor que en la zona donde se encontraba en ese momento.

El sargento avanzó reguera abajo, sorteando pequeños gujarros y esquivando el barro acumulado y el agua que fluía pausadamente hasta llegar a la poza, donde se detuvo sin entrar en ella ya que el agua cubría unos cuarenta centímetros.

Efectivamente, no se trataba de una moneda, sino que el misterioso objeto parecía tener forma cilíndrica.

«¿Un cartucho de escopeta de caza, tal vez? Raro puesto que, obviando la parte dorada y metálica, el resto es un plástico de colores y aquí no se aprecia color alguno», pensó Roberto.

Como no pudo verlo claro, debido al ángulo y a la distancia a la que se encontraba, decidió

bajar para observarlo de cerca bordeando la poza por la zona menos profunda, hasta llegar al punto donde había visto el misterioso objeto.

Tras verse obligado a introducirse en la poza hasta las rodillas, el sargento vio que, efectivamente, no se trataba de un cartucho sino de un par de casquillos de bala del calibre nueve milímetros parabellum, la munición más utilizada en España para armas de defensa y seguridad policial o como armas destinadas a licencias de tiro deportivo.

Introduciendo su brazo en las cristalinas aguas de la poza consiguió obtener ambos casquillos y los depositó en una pequeña bolsa con cierre hermético.

Roberto salió del arroyo y ya con algo más de claridad, después de que las negras nubes que amenazaban con descargar nuevamente se hubieran diseminado, observó multitud de marcas de neumáticos en el suelo.

No había rastro alguno de huellas susceptibles de ser analizadas. Sólo se apreciaban surcos, llenos de agua, que formaban círculos y denotaban una conducción agresiva y nerviosa. «Parece ser que al menos tres coches se dedicaron a derrapar y frenar frente al complejo minero días atrás», pensó Roberto.

A pesar de parecer que la investigación daba un paso hacia adelante, lo cierto es que las pistas parecían llevar a un callejón sin salida. Los casquillos no podrían aportar mucha información, debido a que quien hubiera disparado en esa zona no lo habría hecho con un arma guiada en la Guardia Civil, aportando sus datos personales, sino que habría actuado al margen de la ley con toda seguridad.

A sabiendas de que las roderas de los coches no podrían aportar prácticamente ninguna información, debido al estado de las mismas y a la lluvia que había caído recientemente, Roberto tomó fotografías generales de la zona, y en detalle de las marcas dejadas en el suelo, para comunicárselo al inspector Cuevas y al grupo de la científica.

El sargento intentó imaginar lo que había podido suceder en aquel lugar, ya que la coincidencia del hallazgo de un cadáver río abajo y los dos casquillos de bala sólo podían presagiar que no se trataba de un accidente fortuito sino de un asesinato. Aún era pronto y Roberto debía poner todas las piezas sobre la mesa para reconstruir los hechos.

Todo apuntaba a que esos disparos iban dirigidos a su amigo Álex y que este cayó al agua, siendo arrastrado por la fuerte corriente que debió bajar días atrás por la reguera.

En vistas de ello, Roberto decidió que lo mejor era seguir el curso del agua, ahora que había vuelto a su cauce normal y prácticamente se podía hacer a pie, por lo que bajó por la pequeña pasarela que había al lado de la poza.

Caminó unos diez metros, por un muro de dos metros de alto que delimitaba el cauce, hasta llegar a una poza aun mayor y allí saltó al verde prado que se extendía por el margen izquierdo de la reguera.

El sargento continuó bordeando el riachuelo, inspeccionando sus márgenes y los matorrales por si veía algo relevante para la investigación, hasta llegar a un puente de madera que amenazaba con derrumbarse, donde, con agilidad felina, saltó hasta la otra orilla.

A partir de ese punto lo mejor era ir bajando por el mismo cauce, ya que el caudal que solía bajar era de un palmo aproximadamente. Si había algún tramo con más agua era fácil pasar

bordeándolo y así proseguir con la inspección del terreno.

«Si realmente, y como todo parecía apuntar, Álex había caído al agua en el lugar de los disparos, para posteriormente ser arrastrado río abajo, debió haber sido un día atípico en el que el pequeño arroyo bajara con gran fuerza o de lo contrario el cadáver se habría encontrado prácticamente en el mismo punto donde le dispararon o como mucho en la gran poza contigua», pensó Roberto.

Unos cien metros más abajo, el cauce del agua se bifurcaba ya que una parte iba hacia la izquierda, a una pequeña reguera que seguía paralela al arroyo, fluyendo a unos dos o tres metros de altura hasta llegar al viejo molino que la familia de Roberto había edificado décadas atrás, mientras el propio arroyo proseguía su camino hasta el río.

Roberto se quedó unos segundos mirando la vieja edificación de piedra, impresionado por la imagen que se proyectaba frente a él desde la posición en la que se encontraba, plantado al lado de los cimientos de la misma, junto a la carretera y el paso subterráneo por donde el agua cruzaba bajo ella, de camino al río.

Las altas paredes del molino y los matorrales y árboles que se alzaban majestuosos, a la par que amenazadores, a su lado, no dejaban pasar mucha luz y ello contribuía a crear una escalofriante y lúgubre atmósfera, potenciada por el sonido del agua que caía desde lo alto y que producía un estruendo similar al que generan las cataratas.

Tras sacudirse el agua pulverizada que le empapaba la cabeza, debido a la humedad del lugar y a la forma en la que esta caía con fuerza, Roberto prosiguió su camino pasando bajo la carretera y la vía del tren hasta llegar a la orilla del río, el cual se veía enorme en esta ocasión tras la crecida de las últimas lluvias.

Resultaba extraño que el cuerpo de Álex no hubiera acabado en el mar, dada la fuerza con la que aún bajaba el agua a pesar de que habían transcurrido varios días desde la gran tormenta y a que, en el momento de los hechos, la fuerza de arrastre del río debió ser aún mayor.

«Dentro de la desgracia de su muerte, la suerte para poder abrir una investigación fue que su cuerpo quedara varado entre las rocas y arbustos de la confluencia de ambos ríos y no siguiera su curso hasta desembocar en el mar, donde se habría tomado, con casi total seguridad, por un ahogado más», se consoló el sargento.

Roberto regresó andando por el camino que se adentraba desde la carretera hacia el Socavón, paralelo al arroyo, dejando atrás la casona donde vivieron sus otros amigos de la infancia y las viejas edificaciones de la época dorada de la minería asturiana, tales como los restos abandonados de los lavaderos de carbón o la pequeña carnicería que aún albergaba los viejos utensilios de trabajo.

Una vez llegó al complejo minero, giró a la izquierda para volver a la casa de su familia, donde había dejado aparcado el Ford Focus de alquiler.

Roberto se sentó, cansado, en el asiento del vehículo y sacó de su cartera el mensaje y la foto que Álex le había enviado por correo postal.

—Miravalles... Vamos a ver que secretos guardas.

El sargento giró la llave del coche, que arrancó a regañadientes escupiendo una bocanada de humo negro, y puso rumbo a la pequeña ermita, erigida a las afueras del pueblo de Soto de

Aller.

## 11

Mientras circulaba en dirección a Miravalles, Roberto decidió hacer un alto en el camino para ver a sus tíos, a los que hacía años que no veía. Estos residían a escasos doscientos metros del cruce que llevaba a Soto y, por ende, a la ermita de Miravalles.

Ya hacía tiempo que vivían en un piso a ras de carretera, desde que se mudaron de su antigua vivienda, que compartía espacio con la tienda que regentaban, justo al lado de la vía del tren, en la linde del río.

Tras aparcar el coche, Roberto sacó del bolsillo de su pantalón el teléfono móvil y mandó un mensaje a su primo, indicándole que se encontraba justo bajo su ventana, o al menos eso creía recordar. A los pocos segundos, una cara sonriente apareció por la ventana del tercer piso y le indicó que subiera en cuanto se abriera la puerta.

Roberto subió los escalones de dos en dos, con ilusión por ver a sus familiares después de tantos años y se fundió en un gran abrazo con su primo, que era unos años mayor que él.

Tras ponerse al día de sus respectivas vidas, mientras esperaba a que llegasen sus tíos del paseo que estaban dando por los alrededores, Roberto comunicó a su primo que había venido a investigar la muerte de un hombre que podría ser uno de sus amigos de la infancia, sin poder entrar en detalle debido a que la investigación se encontraba en curso y lógicamente no podía explicarle los pormenores de la misma.

Al rato llegaron sus tíos, quienes se alegraron sobremanera por la agradable e inesperada visita. Roberto les explicó que iba camino de la ermita para visitarla después de tantos años, omitiendo informar acerca de la foto y la carta que su amigo le hizo llegar días atrás, y les indicó que cuando terminara de echar un vistazo volvería para cenar con ellos antes de regresar a su hotel, en Mieres.

Una vez acordada la cena, Roberto puso rumbo nuevamente a la ermita de Miravalles, cruzando las vías del tren y el viejo puente sobre el río Aller, desde el que pudo divisar la antiquísima Torre de Soto o, mejor dicho, los maltratados y olvidados restos de la misma, último vestigio visible de la antigua fortaleza medieval encargada de defender los ataques provenientes del sur.

El sargento aparcó el vehículo cerca de la torre, para poder dar un paseo y así admirar la belleza del antiguo sitio. Mientras lo rodeaba, no dejaba de pensar en por qué ninguna institución hacía nada por evitar su derrumbe y conservarlo como lo que era desde 1975, un Bien de Interés Cultural.

Durante su paseo alrededor del recinto amurallado, Roberto iba recordando lo que había leído alguna vez en la “Gran Enciclopedia Asturiana” que su padre había comprado años atrás, cuando él era un niño. Al parecer, la torre no tenía forma totalmente cuadrada, sino que originariamente debió ser concebida con forma redonda en su totalidad o al menos una parte de ella. De hecho, era esa parte la que se había derrumbado al no disponer de la misma solidez en su

construcción que la parte cuadrada, que se asentaba sobre un crestón rocoso que le aportaba gran solidez.

Roberto admiraba la altura de la torre, de unos tres pisos, que realmente impresionaba por sus casi diez metros de ancho y más de un metro de grosor.

Si bien el castillo fue edificado en el siglo XI, los actuales restos correspondían a los siglos XIV y XV, habiendo pertenecido al alcalde Pedro Díaz de Aller, tío de Doña Jimena, la esposa del Cid Campeador.

Cuenta la historia que Doña Gontrodo, la hija de Don Pedro Díaz, mantuvo un romance con el Rey Alfonso VII en una de las visitas de este a tierras allernas y que, fruto de ese amor, nació Doña Urraca la asturiana, la que fuera reina de Navarra y que tras su viudez conservara el título de reina de Asturias.

Tras finalizar su improvisada visita turística, Roberto dejó atrás el monumento y siguió caminando hacia Miravalles siguiendo el hermoso sendero que atravesaba campos y viejas capillas, sintiendo en su cara el fresco aire de la tarde y la humedad de los bosques adyacentes.

A medida que el sargento avanzaba por el camino, dejando atrás bellos paisajes salpicados de avellanos, helechos y abundante vegetación, no dejaba de pensar en lo bello que era el arte asturiano que salpicaba el entorno, dejando bellas construcciones tales como la pequeña Ermita del Santísimo Cristo de la Misericordia, que databa del siglo XVI.

Al llegar al final del camino, inició el descenso que llevaba a la explanada donde estaba situada la Ermita de Miravalles.

Cuenta la leyenda, y las creencias populares de la zona, que la ermita se edificó en aquel recóndito lugar debido a la existencia de una fuente cercana, oculta entre salgueros y avellanos, que ya era venerada desde tiempos anteriores a la presencia cristiana en la zona a consecuencia de los poderes curativos que esta tenía.

Otra leyenda narra que entre aquellos avellanos apareció una imagen de la virgen tallada en piedra y que los vecinos, emocionados, quisieron llevarla a la iglesia de la parroquia. La imagen desaparecía de la iglesia cada vez que lo hacían y volvía a aparecer en el mismo lugar donde fue encontrada, por lo que los vecinos decidieron erigir la ermita en su honor en el prado junto a ella, motivo por el que la imagen ya no volvió a marcharse, dejando como recuerdo de donde había aparecido unas ramas que renacen en el campanario por más que las corten.

Pero de todas ellas, la que más agradaba a Roberto era la leyenda que le explicó una de las mujeres que subía caminando cada día frente a su casa. Ella contaba que la Virgen había aparecido al lado de un sauce y un avellano, donde hoy está la ermita, y que, años después, fueron cortados cuando quisieron edificarla en su honor, pero estos siguieron creciendo en el campanario a pesar de que la iglesia fue totalmente destruida por un incendio.

Lo que haya de cierto en estas leyendas nunca podrá conocerse a ciencia cierta, pero lo que sí se puede ver año tras año y siglo tras siglo son el avellano y el sauce creciendo en el campanario.

Roberto bajó el camino, con cuidado para no resbalar, admirando desde la lejanía la preciosa construcción que únicamente disponía de una nave rectangular, de unos veintidós metros de largo por siete y medio de ancho, y que estaba dividida mediante dos arcos torales <sup>6</sup>

en presbiterio <sup>7</sup>, nave central, sacristía y coro. Si bien la fachada principal era de sillería <sup>8</sup>, el resto del templo estaba construido en mampostería.

El sargento se plantó frente a la entrada principal, de arco de medio punto <sup>9</sup> sostenido por pilares, y observó que las estrechas ventanas tenían piedra labrada en los arcos.

El santuario tenía la particularidad de disponer de enormes pórticos a los tres lados principales de la construcción, dando acceso al templo. Roberto miró al suelo, constituido por cientos de pequeños cantos rodados, que seguían un patrón de diversas formas geométricas y representaban símbolos solares.

Centrada frente a la entrada, destacaba la inscripción “Miravalles año de 1851”, en clara alusión al año de su terminación. Roberto sonrió, recordando los viejos videos familiares en los que su madre reseguía la fecha con una vara de madera, mientras su padre filmaba la escena con su videgrabadora Sony Betacam.

Como el templo estaba cerrado, y ya empezaba a oscurecer, el sargento regresó con paso rápido a Soto para cenar con sus tíos. «Mañana será otro día y podré volver a inspeccionar con calma el interior del templo», pensó este.

Ya en casa de sus parientes, a salvo de la lluvia que había comenzado a caer mientras regresaba a Soto, mientras esperaban en el salón a que su tía les llamara para cenar, Roberto preguntó:

—Tío, ¿podrías dejarme las llaves de casa y del molino? Me gustaría acercarme mañana para echar un vistazo y llevarme algún recuerdo para mis padres, aparte de recordar los tiempos de cuando era crío, ya sabes...

—Claro, ningún problema —respondió el fornido hombre, con marcado acento asturiano—. Hasta dentro de dos días no las necesitaré para ir a moler algo de grano, y las de la casa ni te preocupes ya que sólo voy para dar de comer a las gallinas y a recoger los huevos, pero no necesito entrar en el interior de la vivienda para nada.

—Gracias tío. Entonces, te las traeré mañana por la tarde.

La tranquilidad que reinaba en el salón de la vivienda se vio truncada por una voz que provenía de la cocina.

—¡Venga, dejad de hablar y venid a la mesa, que se enfría la tortilla!

—¡Ya vamos tía! —contestó sonriente Roberto mientras se levantaba del cómodo sofá y se dirigía a la cocina.

El sargento se despidió de su familia, tras dos horas más de charla y buena comida, y condujo algo cansado hasta el hotel. Había sido un día largo, cargado de emociones y largas caminatas a pie desde que aterrizó en el aeropuerto de Asturias, por lo que necesitaba imperiosamente acostarse y descansar.

## 12

La luz de la televisión iluminó la habitación al encenderse a las siete en punto, tal como la había dejado programada Roberto la noche anterior, para así disponer de más tiempo para ducharse y arreglarse antes de bajar a desayunar al restaurante del hotel.

Una hora y media después, tras haber tomado un café con leche y unas tostadas untadas con mantequilla y mermelada de fresa, el sargento fue en busca de su coche, aparcado en la acera de enfrente, y puso rumbo a Soto para consultar cómo se podía acceder a la ermita los días en los que no había celebraciones religiosas y esta permanecía cerrada.

Mientras conducía tranquilamente por la nueva carretera, que serpenteaba paralela al río Aller, el sargento recibió la llamada de un largo número telefónico, de centralita con toda probabilidad, y descolgó la llamada pulsando el botón verde del sistema de manos libres con el que iba equipado su vehículo.

—¿Diga? —respondió educadamente.

—Buenos días, sargento. Soy el inspector Cuevas. ¿Se acuerda de mí?

—Ah, buenos días, inspector. Por supuesto, dígame.

—Sólo quería informarle de que, en una hora aproximadamente, se va a realizar la autopsia del cadáver en el Instituto de Medicina Legal de Asturias. Por si le apetece honrarnos con su presencia. Cortesía profesional, ya sabe.

—Muy amable por su parte —replicó Roberto, pensando en lo muy gilipollas que podía llegar a ser aquel hombre—. Indíqueme la dirección, por favor.

—Tome nota, Calle José Requejo, sin número. Le esperaré en la puerta.

—Recibido. Voy para allá, inspector.

## 13

El agudo sonido del timbre del teléfono hizo que “El fantasma” apartara la mirada de la relajante neblina que envolvía el paisaje de la sierra madrileña y volviera a cobijarse en el despacho del moderno y funcional chalet.

—¡Por fin! —exclamó, ávido de noticias.

La pantalla del ordenador portátil de su escritorio se encendió, informándole de que la llamada provenía de un teléfono encriptado. Antes de contactar con él, la llamada había sido redirigida por varias centralitas telefónicas, repartidas en varios países a fin de dificultar y ocultar la localización, tanto del emisor como del receptor.

El hombre se puso los auriculares y se hundió en el mullido sofá de piel.

—¿Sí? Dime —respondió de forma seca mientras pronunciaba las palabras, lenta y meticulosamente.

—Soy Evans, señor —respondió la voz desde el otro lado de la línea.

“El fantasma” advirtió un nerviosismo inusual en su voz, achacable quizá a la debacle de la otra noche.

—Tengo noticias —prosiguió el hombre.

“El fantasma” permaneció en silencio, indicándole con ello que continuara. Cuando Evans habló, lo hizo en un tono frío y procurando sonar lo más profesional posible.

—Hemos registrado la vivienda sin éxito, señor. No había rastro del objeto. Suponemos que debió esconderlo en algún lugar, o quizá lo llevara encima en el momento de ser abatido y pueda estar, lamentablemente, en poder de la Policía.

“El fantasma” miró al infinito y permaneció un largo rato en silencio.

—Comprendido —dijo al fin.

—Señor, una cosa más —balbuceó Evans. “El fantasma” enarcó una ceja y entrelazó los dedos de sus manos mientras se mantenía a la escucha—. Ha llegado a la ciudad un policía. Un guardia civil que está investigando la aparición del cadáver.

—¡No me cuentes más problemas, Evans! ¡Soluciona el embrollo en el que nos has metido y llámame cuando tengas noticias! —bramó el hombre mientras colgaba el auricular furiosamente.

## 14

El Doctor Esteban Moreno, Estebanín como le llamaban en el pueblo, dedicó una mirada ausente a sus dedos mientras se apoyaba en el lavabo, y pensó, «Uno más y a almorzar. Nada más indicado que un refresco y un bocadillo de pollo rebozado, pimientos y queso del bar de la esquina».

No tenía claro el porqué de que le apeteciera justo ese menú. Seguramente el culpable había sido el celador, al que había visto hacía un rato en la salita de descanso del personal retirado el envoltorio de su bocadillo. El Doctor Moreno casi sentía el crujir el delicioso rebozado del pollo en su boca.

Levantó la vista y vio reflejado en el espejo el sensual contoneo de la enfermera que le traía los papeles. Tenía el pelo largo y rubio, y buena figura. El doctor echó un vistazo a los papeles y le sonrió.

—¿Qué me traes?

—Ahogamiento —respondió ella sonriendo.

Moreno suspiró lánguidamente y exclamó.

—¿Otro? Ya llevamos cinco este año, ¿no?

—Lo han encontrado en la confluencia de dos ríos, oculto entre la maleza.

Moreno asintió con mala cara, hastiado de su trabajo.

—Y lo de comer juntos, ¿qué? ¿Te lo has pensado?

La enfermera sonrió mientras declinaba con la cabeza.

—Creo que no va a ser posible, doctor.

—¿Por qué? Lo pasaremos bien.

—Ya se lo he dicho muchas veces. Tengo reglas y una de ellas es la de no salir con médicos, y menos si trabajo con ellos.

El doctor aceptó la negativa, sonrió y disimuló su decepción.

— Ya, pero te recuerdo que la otra noche me dijiste que te apetecía ir a ese nuevo restaurante de Gijón —apuntó burlonamente.

Ella sonrió mientras se apartaba el pelo sensualmente.

—Lo dudo mucho, doctor.

Moreno se daba cuenta de que se sentía halagada por su interés, como tantas otras. Aún así, tal y como estaba el patio, más valía no insistir con el tema.

«Con todos los escándalos de acoso sexual cualquiera se arriesga hoy día», pensó Esteban. Suspiró y se apartó del lavamanos para ponerse unos guantes de látex.

—Pon en marcha las cámaras de vídeo, por favor —le dijo a la enfermera mientras se acercaba a la camilla.

—Sí, doctor.

El Doctor Moreno cogió los papeles y abrió el dossier.

—Veamos. Hombre caucásico, sin identificar, de unos treinta y cinco años.

Después de leer el resto de la hoja, colgó los papeles en la camilla, se ató la mascarilla y justo cuando iba a trasladar el cadáver con la sábana a la mesa de examen de acero inoxidable, con la ayuda de la enfermera, se abrió la puerta y aparecieron dos hombres avanzando con decisión hacia él.

A uno de los hombres lo reconoció rápidamente. Se trataba del arrogante inspector Cuevas, pero el otro hombre, alto y delgado, no le sonaba de nada.

—¿Qué desea, inspector? —preguntó.

—Doctor Moreno, le presento al sargento Roberto García, de la UCO, destinado en Barcelona. Viene en calidad de observador.

Moreno le pegó un repaso. Su intrusión era una anomalía.

—¿Se trata de una investigación de la UCO?

—No —contestó educadamente Roberto.

—¿Me enseña su autorización?

—Me temo que no va a ser posible.

El Doctor Moreno suspiró haciendo patente su malestar.

—Ya conocen ustedes las normas. No se puede presenciar una autopsia sin autorización.

El sargento dio otro paso y se acercó a él más de lo deseado por Moreno, invadiendo totalmente su espacio personal. El doctor apenas pudo contener el impulso de retroceder ante la amenazante mirada de aquel desconocido.

—¿Sabe qué le digo, sargento? Que vaya a su comandancia a rellenar la solicitud y vuelva más tarde. ¿Qué le parece?

—Tardaría bastante —dijo Roberto—, y demoraría demasiado el inicio de autopsia. Le agradecería mucho que me permitiera observar, sin perder más tiempo discutiéndolo.

El tono de su voz mostraba una dureza para nada acorde con lo educado de sus palabras.

Moreno dudó unos segundos y prosiguió con su amenaza.

—Oiga, con todo respeto...

—Con todo respeto, Doctor Moreno, no estoy de humor para andarme con remilgos y ruegos. ¡Iniciemos la autopsia!

La voz de aquel hombre había adquirido una frialdad como la del hielo. Moreno intuía claramente la posibilidad de ser humillado por aquel agente, lo que no daría una buena imagen de él ante sus colegas si aquel encuentro se hacía viral. A fin de cuentas, se trataba de un sargento de la UCO.

—Bueno, venga Esteban —dijo el inspector tratando de relajar el ambiente—, dejémonos de formalidades y empecemos de una vez. Tengo hambre y me gustaría acabar con este trámite cuanto antes.

Moreno se enderezó y se dirigió a su ayudante.

—Enfermera, ayúdeme por favor.

Entre los dos movieron el cuerpo del hombre hasta la mesa de examen y encendieron el plafón de luz que colgaba sobre él.

El sargento no dejaba de mirar aquel cuerpo inerte, de pelo moreno alborotado y barba poblada. Tenía que ser Álex. Su corazón se lo decía. Pero para Roberto era un completo desconocido. Ni siquiera recordaba al Álex de ocho años, con el que había compartido aventuras, como para poder relacionarlo con el cadáver que tenía ante sus ojos.

Moreno volvió a coger el informe y continuó con el examen donde lo había dejado antes.

—Varón caucásico de unos treinta y cinco años de edad, hallado en la confluencia de los ríos Aller y Lena —miró el cadáver y añadió— echemos un vistazo.

Moreno ajustó la posición del micrófono situado sobre la camilla y conminó a la enfermera a que pusiera en marcha la grabadora. En cuanto ella pulsó el botón REC, Moreno adoptó un tono más pausado y profesional.

—Habla el Doctor Esteban Moreno. Son las doce horas y cinco minutos del 19 de agosto de 2017. Estoy acompañado de la enfermera Lara Domínguez, el inspector Silvino Cuevas del Cuerpo Nacional de Policía y el sargento de la Guardia Civil Roberto García. Vamos a iniciar el examen del... —lanzó una mirada fugaz a la etiqueta que colgaba del dedo gordo del pie— del número AS-32.

El Doctor ató con firmeza el lazo del gorro de tela que se había aflojado y prosiguió con el examen del cuerpo.

—Como decía, tenemos aquí un cadáver extraído de la confluencia de los ríos Aller y Lena. Medirá alrededor de un metro setenta y cinco centímetros. Diría que habrá estado sumergido unas horas. Tal vez un día a lo sumo ya que el cuerpo no denota un avanzado estado de putrefacción.

—Disculpe —interrumpió Roberto—, ¿podría dictaminar la hora de la muerte, Doctor Moreno?

—Es complicado, sargento. La temperatura del agua del río bajó considerablemente tras las lluvias de estos días, por lo que se aceleró el rigor mortis. Me temo que no podré facilitarle esa información.

—Entiendo. Prosiga y disculpe la interrupción.

—El cadáver presenta una laceración en el muslo derecho, posiblemente originado por un proyectil. Lara, acérqueme las pinzas y el escalpelo.

Mientras el doctor ejercía presión con el afilado utensilio en el muslo, y acercaba la cara a la herida, seguía comentando:

—Tal como iba diciendo, el sujeto recibió un impacto de bala en el muslo derecho y aquí podemos apreciar cómo la arteria femoral fue seccionada a consecuencia de ello. Dicha herida

propició una fuerte hemorragia que condenó al sujeto a una rápida muerte, en apenas unos minutos, tras recibir el disparo.

Varios minutos después de separar capas de piel y musculo, el Doctor Moreno extrajo del interior del muslo las pinzas que sujetaban un pequeño fragmento metálico.

—“*Et voila*”. La tenemos —dijo mientras mostraba al público presente la pequeña bala de plomo—. Lara, etiquete el proyectil para enviarlo al laboratorio.

—Doctor —preguntó Roberto— ¿Qué tiene en el cuello? ¿Es un tatuaje?

—Déjeme ver. Sí, en efecto —dijo el doctor mientras ladeaba ligeramente el cuerpo—. Enfermera, por favor, ayúdeme a darle la vuelta.

Tras girar el cadáver, quedó a la vista un enorme tatuaje que ocupaba casi toda la espalda, de arriba a abajo.

—Una espada, sargento. Se trata de una espada de gran tamaño, que se inicia con una empuñadura adornada con grabados a la altura de las cervicales, que baja hasta aproximadamente la segunda lumbar, con una inscripción escrita en latín sobre su hoja.

Roberto y el inspector Cuevas se inclinaron sobre el cuerpo para observar el tatuaje con más detalle.

—“*NON NOBIS DOMINE, NON NOBIS, SED NOMINI TUO DA GLORIAM*”—leyeron los dos al unísono.

—Sin duda de carácter religioso, aseveró el Doctor Moreno. Tengo muy olvidado el latín del colegio, pero *DOMINE* y *GLORIAM* es algo fácil de entender.

Roberto apuntó el texto en una pequeña libreta que llevaba en el bolsillo trasero de su pantalón tejano, sabedor de que aquel tatuaje relacionaba directamente a su amigo con la Orden del Temple.

«¿En qué estaría metido Álex?», pensó Roberto intrigado.

—Doctor —interrumpió el inspector Cuevas—, le dejamos continuar con su trabajo. Con lo que hemos visto ya tenemos suficiente. Gracias por atendernos y disculpe las formas. Todo ha sido muy precipitado.

—Me uno a las disculpas del inspector, Doctor Moreno. Lamento mucho si antes he sido algo brusco con usted —dijo Roberto.

—Todo queda olvidado. Pero la próxima vez, por favor, sigan los conductos reglamentarios o me veré obligado a interponer una queja ante sus superiores.

Roberto y Cuevas salieron de la sala y mientras esperaban que llegara el ascensor, Roberto se dirigió al inspector.

—Discúlpeme, olvidé mi bolígrafo dentro —dijo mientras volvía nuevamente a la sala de autopsias.

—Doctor, una última cuestión que no le comenté antes.

—Dígame, sargento —resopló Moreno.

—¿Sería tan amable de llevar al laboratorio estos casquillos de bala? —dijo el guardia

civil mientras sostenía la pequeña bolsa transparente con los casquillos que había sacado de la poza del Socavón.

—No hay problema. ¿Sospecha que son las vainas de la bala que hemos extraído del cuerpo?

—Tengo una corazonada. Encontré estos casquillos río arriba, lejos de la zona donde apareció el cadáver. No se trata de cartuchos de caza, como puede observar, ni parecen llevar mucho tiempo donde los encontré, a juzgar por el brillo que tienen.

—Entendido. No se preocupe. Así lo haré y le avisaré si me deja su teléfono.

Roberto escribió su número en un pedazo de papel que arrancó de su libreta y lo metió en el bolsillo de la bata del médico.

—Gracias y disculpe nuevamente.

Moreno asintió con un lento movimiento de cabeza, mientras se dirigía a su ayudante.

—Lara, por favor, etiquete esta bolsa también y que lo entreguen al laboratorio junto con la anterior.

El sargento volvió al lado del inspector, que le esperaba impaciente, enseñando un bolígrafo de forma ostentosa a fin de no tener que explicarle a Cuevas lo que estaba investigando. Al menos de momento.

Se despidió de él, dándole las gracias por permitirle asistir a la autopsia del cadáver, y abandonó el recinto a los mandos de su coche mientras organizaba mentalmente los próximos pasos a seguir.

Roberto tomó el acceso a la carretera y condujo tranquilamente hasta su destino, pensando en quien podría informarle sobre cómo acceder a la ermita de Miravalles.

Al llegar a Soto, el sargento preguntó al primer vecino que se encontró por el párroco y este le respondió que el sacerdote hacía años que ya no residía en la parroquia, sino que venía desde otro pueblo únicamente los domingos y en días específicos en los que había alguna celebración.

Roberto le dio las gracias y se acercó a la vieja parroquia para ver si constaba alguna dirección o teléfono de contacto. El sargento respiró aliviado al ver que, en el boletín que colgaba al lado de la puerta, aparecía escrito el nombre del párroco y un número de teléfono.

El sargento desbloqueó su terminal y marcó, uno a uno, los dígitos del número telefónico. Una voz ronca y cansada contestó enseguida.

—¿Dígame?

—Buenos días. ¿Padre Álvarez? —saludó Roberto afablemente.

—Sí, dígame. ¿Quién es?

—Padre, mi nombre es Roberto García y soy sargento de la Guardia Civil. Estoy investigando un caso que me ha llevado hasta la ermita de Miravalles y me gustaría poder echar un vistazo a su interior. ¿Podríamos vernos para que me diera usted acceso?

El hombre permaneció callado unos segundos y contestó.

—Si no le importa, joven, ¿podría ir a ver a Aurora González? Es una vecina que custodia las llaves y se encarga de limpiar y cuidar la iglesia, hacer entrega de la talla de la Virgen y otros menesteres. Yo estoy ya mayor y me desplazo poco hasta allí, como comprenderá. Pregunte en la oficina de turismo o en el ayuntamiento y ellos le indicaran donde encontrarla.

—Gracias padre Álvarez.

—Cuando tenga tiempo, sargento, venga a visitarme a mi residencia de Piñeres y así podrá contarme más detalles de lo que busca.

—Así lo haré. Ha sido usted muy amable. —Se despidió Roberto.

Apenas cinco minutos después, el sargento se plantó en la oficina de turismo y consiguió la dirección de la vecina que se encargaba del mantenimiento y limpieza de la ermita. «Suerte que no había cola», pensó aliviado.

Roberto se dirigió a su casa y se presentó ante ella como sargento de la Guardia Civil, solicitándole el acceso a la ermita por indicación del párroco.

La buena mujer le pidió que esperara unos minutos a fin de colocar un cartel en la puerta, indicando su ausencia, y así poder acompañarle hasta Miravalles, a lo que Roberto contestó afirmativamente asintiendo con la cabeza.

Mientras avanzaban por el sendero, la simpática mujer iba realizando las funciones de improvisada guía, explicando a Roberto que la primera noticia que se tenía de la ermita databa del año 860 y que ello era sabido gracias a un documento que estaba custodiado en el archivo de la catedral de León.

Roberto escuchaba embelesado sus explicaciones, dado que le encantaba la historia y todo lo relacionado con el arte.

—No queda ya ningún resto de la primera basílica, de la que debió ser un buen ejemplar del prerrománico asturiano, y únicamente podemos hablar de forma fidedigna del templo que ha llegado a nuestros días, del que sabemos que se inició en el año 1740 y finalizó en 1744. —Proseguía Aurora, feliz de ver como su acompañante mostraba mucho interés por sus explicaciones—. Gracias a la existencia de dos documentos, de los años 1665 y 1677, sabemos que el templo se construyó sobre otro ya existente del que se aprovecharon, como era habitual, elementos tales como las bóvedas del siglo XV.

La buena mujer no pudo seguir deleitando a Roberto con su exposición ya que finalmente habían llegado a la entrada del templo y, educadamente, se quedó frente a la puerta mientras Roberto accedía por el pórtico y repasaba visualmente la estancia.

Tras un par de vueltas de inspección, Aurora le llamó y Roberto se acercó a ella, apoyándose en la pared para escucharla. Un repentino crujido le sobresaltó, haciéndole pegar un brinco. El sargento observó con sorpresa cómo una de las piedras del muro se había deslizado hacia dentro del mismo, dejando una abertura oculta en su interior.

Ante la cara de asombro de Roberto, la mujer esbozó una amplia sonrisa y le explicó que sucedían muchas cosas extrañas como esa en el interior de la ermita.

—Siempre que vengo a limpiar lo hago sin ejercer mucha presión para que no se muevan las piedras. Al principio me pasó como a usted, sargento, pero tras verlo día sí y día también, una ya está acostumbrada a estos misterios —rió la señora.

—¿Y qué hay dentro? —preguntó Roberto.

—Nada. Está vacío. Imagino que antaño serviría para guardar reliquias u otros objetos de valor en tiempos difíciles y convulsos.

Tras la breve explicación, la mujer informó a Roberto que debía volver a casa y le entregó el juego de llaves, indicándole que se las devolviera cuando este terminara su visita.

—¿No quiere usted que la acompañe a Soto? —preguntó cortésmente.

—No hace falta, sargento. Estoy acostumbrada a pasear por estos parajes y, si le soy sincera, me gusta pasear sola para pensar en mis cosas. Me relaja hacerlo.

—Como quiera usted, señora González. Ya veo que lo tiene claro —dijo Roberto—. Cuando termine pasará a devolverle las llaves.

Mientras Aurora daba media vuelta e iniciaba la vuelta al pueblo, sus palabras seguían resonando en la cabeza de Roberto.

«¿Qué más cosas habrá? ¿Qué cosas extrañas? ¿Dónde?», se preguntaba intrigado.

El sargento salió corriendo en su busca, gritando su nombre como un loco, y le pidió si podía indicarle alguna cosa más acerca de las piedras con resorte y los numerosos escondrijos

que la buena señora le había nombrado antes.

Aurora le explicó, muy gustosamente, que había más piedras de ese tipo, mención aparte de las tumbas que existían bajo tierra en la parte central de la nave, a lo que Roberto contestó que se trataba de una práctica muy usual en casi todas las iglesias cristianas.

La amable señora prosiguió su explicación comentándole que, en el retablo barroco, existía un compartimento oculto bajo la Virgen pero que no tenía ningún interés especial ya que llevaba vacío desde tiempos inmemoriales. Al menos desde que ella sabía de su existencia.

—Cuando le comenté al párroco que había encontrado ese compartimento, me explicó que allí se habían encontrado restos de huesos, viejas cartas escritas en latín y antiguos manuscritos, probablemente relacionados con la construcción de la ermita, que relataban la aparición de la Virgen en una talla de piedra. ¿Le suena?

—Sí, sí. Estoy familiarizado con el tema. ¿Cómo puedo localizarlo, señora González?

—Tiene usted que mirar de frente a la figura de la Virgen y allí, en la parte más baja, verá una portezuela de unos cuarenta centímetros adornada con relieves dorados. Si la abre y palpa el suelo encontrará un pequeño saliente en el lado derecho. Al tirar de él se oirá un clic y el suelo se abrirá.

—Parece el guión de una película de aventuras, señora González.

—Sí, hijo, la verdad es que cuando lo descubrí pensé lo mismo —contestó la señora. Ambos rieron divertidos.

—No la molesto más. Tendrá usted cosas que hacer y ya he abusado sobremanera de su hospitalidad y compañía. Más tarde pasaré a entregarle las llaves.

—No ha sido molestia, sargento. Me ha permitido salir de la rutina en la que vivo instalada desde hace muchos años.

Roberto regresó al interior de la ermita y cerró la puerta con llave para evitar que se acercaran curiosos mientras él está dentro. Si bien a esas horas, y en un día lluvioso como era aquel, poca gente iba a querer abandonar el calor de su hogar para acercarse hasta el alejado templo, Roberto prefirió no correr riesgos.

Sin más dilación se plantó en medio de la nave que conformaba la ermita y, en respetuoso silencio, observó con detenimiento la bóveda nervada que presidía tanto la misma como el presbiterio y avanzó hacia el frente ensimismado por la belleza del retablo de madera tallada, de estilo barroco y color dorado.

Una pequeña hornacina en el centro guardaba la imagen de la, llamada popularmente, “Virgen de Miravalles”, que, amamantando al niño Jesús mientras este daba la espalda a los fieles, en actitud muy sencilla y humana, presidía la ermita."

Roberto observó que la talla no era de madera, sino que estaba realizada en piedra, también policromada al igual que el resto del retablo. El sargento calculó a ojo que debía medir unos ochenta centímetros de alto.

Siendo profano en la materia, Roberto no consiguió determinar la fecha de su creación, pero todo apuntaba a que pudo ser realizada entre los siglos XI y XIII, si bien podría ser anterior.

A la izquierda de la misma asomaba otra imagen de la Virgen María y a su derecha una de

San Juan Bautista mientras que, en la parte superior del retablo, empezando de izquierda a derecha, destacaban tres relieves que representaban a Cristo en el Calvario, la Inmaculada Concepción y la Asunción de Nuestra Señora.

El sargento se dirigió al bello retablo y se agachó frente a él para abrir la pequeña puerta que le había indicado Aurora. Localizó a tientas el saliente y tiró con fuerza, escuchando un agudo chirrido mientras el suelo se desplazaba hacia la derecha.

Debido a la poca luz que entraba por las pequeñas y rasgadas ventanas, el sargento sacó una diminuta linterna de la funda de neopreno que llevaba atada a su cinturón, para observar con detalle aquel hueco, pudiendo observar que el agujero se hundía con cierta inclinación bajo el suelo del presbiterio. «Toca ensuciarse las manos», pensó Roberto.

El joven sargento se arrastró por el agujero, no sin antes revisar que no hubiera sorpresas en forma de serpientes o cualquier otro animal peligroso que pudiera lastimarlo, pensando que, si lo habían ocultado de esa forma cientos de años atrás, quizás esa debía ser su función. La de permitir acceder o esconderse a alguien de pequeño tamaño, ya que una persona un poco gruesa no podría acceder al interior, dificultándole el acceso a lo que se ocultara dentro.

Agazapado en su interior, el sargento empezó a palpar las ásperas paredes, revestidas con paneles de madera, sin encontrar nada oculto tal como había dicho la buena mujer. Justo cuando estaba a punto de salir, vio un pequeño agujero con el tamaño justo para introducir el brazo.

«¿Casualidad?», pensó Roberto.

Si algo había aprendido en sus viejas correrías de juventud por Asturias era a no meter la mano en cualquier agujero, pero si aun así sentías la imperiosa necesidad de sacar algo de su interior, lo ideal era usar un palo antes que arriesgarse a sufrir la mordedura de una víbora.

Roberto sacó del bolsillo interior de su chaqueta una cámara endoscópica que conectó a su teléfono móvil y accedió a la aplicación que la controlaba para, posteriormente, ir introduciéndola por el interior del orificio, deseando que los ochenta centímetros de largo que tenía el cable fueran suficientes para poder ver si había algo interesante o peligroso.

Las imágenes recibidas en su teléfono mostraban que allí no había nada peligroso, salvo tierra húmeda, pequeñas arañas y algún que otro gusano, pero al girar un recodo la cámara se topó con una especie de estuche de cuero ennegrecido.

—¿Una petaca de tabaco? ¿Aquí? —exclamó Roberto en voz alta.

El sargento retiró la cámara e introdujo su brazo, girándolo hacia la izquierda, hasta que sus dedos tocaron la suave y lisa superficie del estuche, agarrándolo con sumo cuidado ya que podría llevar allí oculto décadas o incluso siglos.

Una vez lo tuvo en sus manos, el sargento se dispuso a abrir el estuche donde, para su sorpresa, lo que había dentro no se trataba de tabaco, sino de un trozo de tela enrollada, razón por la que decidió salir de allí abajo para poder realizar un estudio en detalle y con calma en un entorno mejor iluminado, sin miedo a estropear el valioso hallazgo.

Roberto se acercó al altar y desenrolló con cuidado el rollo de tela, depositándolo sobre el mantel de lino blanco que lo cubría. En el pequeño lienzo había signos, marcas y letras escritas con tinta que a duras penas se conservaban debido al paso del tiempo. Todo ello resultaba ininteligible.

No se trataba de documentos relacionados con la iglesia ni nada parecido a lo que había supuesto cuando Aurora le explicaba historias acerca de los escondrijos de la ermita, sino que parecía una especie de clave o algo por el estilo que, por desgracia, con tan poca luz y sin una lupa, resultaba difícil de descifrar.

Roberto recogió cuidadosamente el lienzo y lo introdujo de nuevo en el estuche de cuero, saliendo a continuación de la ermita y deshaciendo el camino de regreso al coche para, posteriormente, poner rumbo al hotel donde se hospedaba.

## 16

Tras saludar al recepcionista, que se apoyaba con rostro aburrido sobre el mostrador del hotel, Roberto subió en el amplio ascensor acompañado de otro huésped que no dejaba de mirarle de arriba abajo. «Será porque estoy cubierto de barro y polvo», pensó para sí.

Al llegar a su piso se bajó del ascensor, despidiéndose educadamente de aquel hombre, y avanzó velozmente sobre la tupida alfombra de color burdeos que vestía el largo pasillo de la tercera planta del hotel.

Introdujo la tarjeta, que hacía las funciones de llave electrónica, en el lector de la puerta de su habitación y tras encenderse el led verde que indicaba que estaba desbloqueada, Roberto abrió la puerta y corrió de par en par las cortinas de la habitación, permitiendo así que la estancia se llenase de luz natural.

El sargento retiró los folletos publicitarios que rezaban “Asturias, paraíso natural” y los papeles informativos del hotel, que alguien había depositado sobre el pequeño escritorio de formica blanca, y encendió la lámpara de escritorio.

Se sentó y depositó el objeto encontrado bajo la ermita sobre el protector de cuero negro que cubría el escritorio.

El sargento volvió a abrir el estuche de piel y, con sumo cuidado, extrajo el antiguo lienzo desplegándolo bajo la amarillenta luz de la lámpara de escritorio. Lo que había dibujado en él debía ser, a tenor de las molestias tomadas por quien lo depositara allí abajo, la indicación de algún secreto.

«¿Qué secreto escondes? ¿Quién te ocultó bajo tierra?», pensaba Roberto, intrigado.

El joven guardia civil estudiaba el fragmento de tela tratando de identificar cada uno de los elementos que en ella aparecían. Varias eran las palabras que se agolpaban escritas en diversos puntos de la misma y Roberto apuntaba la posición de cada una de ellas en su libreta.

El sargento dibujaba con precisión las señales que el fragmento de lino mostraba, tales como una letra E, que muy probablemente debía indicar el punto cardinal, o los ocho recuadros pintados a cada lado con una cruz, cuyos brazos se curvaban y estrechaban al llegar al centro de la misma, enmarcada en el centro de uno de ellos.

—No parece la Cruz de la Victoria de Asturias. ¿Acaso será una marca señalando un punto concreto en un plano? —exclamó Roberto en voz alta.

El sargento era incapaz de adivinar o intuir qué podía significar aquel galimatías, hasta que sus ojos se posaron sobre dos de las palabras escritas en la tela.

—¡*VIA OCCULTA*! —chilló Roberto emocionado.

Aunque en latín, el significado estaba claro y se podía intuir fácilmente que en algún lugar había un camino secreto, una puerta oculta o cualquier tipo de pasadizo escondido. Si bien esa

parte parecía clara, los símbolos ya eran más difíciles de descifrar, por lo que Roberto se levantó de la silla y recogió todo el material desplegado sobre la pequeña mesa para dirigirse al Museo Arqueológico de Asturias, en Oviedo.

«Tal vez pueda hablar con alguien versado en la materia que me ayude a descifrar el mensaje», pensó el sargento.

Tras un rápido viaje hasta Oviedo, Roberto aparcó el coche dos calles más abajo de la entrada del museo y avanzó deprisa bajo los balcones y cornisas de los regios edificios, protegiéndose como podía de la lluvia y viento que azotaba a todo el Principado esa mañana.

El museo ocupaba el antiguo [monasterio de San Vicente](#) desde inicios de la década de los cincuenta. Monasterio que se cree fue fundado en el año 761 y del que únicamente quedaban restos del original siendo visible, sin embargo, el claustro actual que databa del año 1530.

Roberto se dirigió, nada más acceder al edificio, al mostrador de información y se presentó como sargento de la Guardia Civil, solicitando hablar con alguien que pudiera atenderle en privado, en relación a un documento muy antiguo hallado oculto bajo una antigua ermita, del que dependía la investigación que estaba llevando a cabo.

Antes de que la agradable secretaria pudiera descolgar el teléfono, un hombre que estaba al fondo de la sala se acercó al mostrador tendiendo la mano a Roberto.

—Buenos días. Mi nombre es José María Garrido, conservador del museo.

La bella recepcionista se acercó inmediatamente a los dos hombres.

—Señor Garrido, le presento al sargento Roberto García de la Guardia Civil. Me comentaba que necesitaba reunirse...

—Reunirse con alguien del museo en relación a algún extraño objeto que ha encontrado, ¿verdad? —La interrumpió nuevamente—. No se preocupe, Clara. No he podido evitar oír su conversación y, si no le importa al sargento, yo mismo puedo ayudarle en lo que necesite. No es necesario avisar a la directora.

Roberto estrechó la mano del conservador y le dio las gracias por su propuesta mientras observaba al menudo hombrecillo que tenía frente a él.

Se trataba de un hombre de mediana edad, sobre la cincuentena, ataviado con un pantalón de color marengo, camisa blanca y chaleco gris claro.

Sus ásperas manos daban pie a pensar que o bien seguía dedicándose al trabajo de campo o había pasado muchos años realizando tareas fuera del confort que proporcionaban las universidades y los museos.

El hombrecillo aparentaba ser el típico personaje que uno se imagina deambulando por un museo, con su prominente barriga, brillante calva aderezada por el poco pelo que le quedaba alrededor de su cabeza y mirada curiosa a través de las gafas de gran aumento que portaba.

El conservador le indicó que le siguiera hasta su despacho, avanzando por las salas contiguas y el espectacular claustro.

—¿Le gusta el arte, sargento?

—La verdad es que disfruto mucho viendo cualquier obra artística, ya sea pintura, escultura

o arquitectura. Otra cosa muy distinta es que esté versado en todo, pero siempre me ha gustado indagar sobre lo antiguo.

—Pues entonces sabrá apreciar el claustro que tenemos delante de nuestros ojos —respondió Garrido.

—Ya lo creo que sí. Siempre he pensado que los claustros de los conventos son un remanso de paz.

—Este claustro data del primer tercio del [siglo XVI](#) y es de estilo [gótico -renacentista](#) sustituyendo a otro [románico](#) anterior. Como ve, está formado en su planta baja por un grupo de veinte [bóvedas](#) de arquería en la planta baja y ya en la planta alta observamos columnas de [capiteles](#) y zapatas ornamentados con mascarones y medallas de estilo [plateresco](#) <sup>10</sup>, de mediados de ese mismo siglo.

—Interesante y completa explicación. Le agradezco mucho a visita.

—No hay de qué. Es deformación profesional, sargento. Demasiados años encerrado tras estas paredes hacen que eche de menos las excavaciones e investigaciones de campo.

—Comprendo su sentimiento, señor Garrido. También yo he tenido que pasar largas temporadas haciendo trabajo de oficina y uno llega a sentirse como un animal enjaulado.

—Y bien, sargento ¿qué es eso tan importante que quería consultarnos?

—Es un tema un tanto delicado como para hablarlo en un sitio público —dijo Roberto, sintiendo que la gente de su alrededor los miraba—. Mejor si lo hablamos en su despacho.

—Por supuesto, disculpe mi falta de educación. Sigamos, por favor, está aquí mismo, en cuanto pasemos por el claustro.

Ambos dejaron atrás los bellos arcos y cruzaron la puerta que daba acceso al ala este del museo donde, tras descender cuatro pequeños escalones, Garrido se detuvo frente a la puerta de su despacho y acercó una tarjeta magnética de acreditación al lector, que estaba situado a la derecha del marco, emitiendo un leve zumbido que desbloqueó la cerradura.

Tras cruzar la puerta del despacho y cerrarla tras de sí, el sargento le explicó que recientemente había encontrado una vieja tela en el interior de una especie de estuche de cuero, haciendo que el hombrecillo abriera sus ojos como platos al mencionar dicho hallazgo.

—¿Me permite verlo? —preguntó el conservador mientras extendía temblorosamente su mano.

Roberto le entregó la tela y acto seguido Garrido se sentó en su silla, encendiendo un potente flexo de luz blanca que tenía una lupa de gran tamaño atornillada a su base.

Al desplegarlo leyó en voz alta, queriendo transmitir un tono solemne a lo que aparecía escrito en la tela.

—“Vía occulta”. “Occulta” —repitió—. Camino oculto o camino secreto —murmuró entre dientes—. ¿Sabe usted a que se puede referir?

—No tengo ni idea —contestó Roberto—. Pero lo realmente extraño e intrigante son esos símbolos escritos en el papel. Esperaba encontrar algún experto en simbología o al menos a alguien que pudiera orientarme o indicarme a quien acudir.

Garrido se inclinó aún más sobre la mesa y con la ayuda de la lupa retroiluminada, empezó a musitar.

—Qué interesante... —comentaba el conservador mientras iba señalando con el dedo índice los dibujos y letras plasmadas en él.

—“*Solum lapideum*”, “*Sub terra*”, la letra E —iba enumerando Garrido—. Parece ser que hace referencia a que el suelo es de piedra y algo se oculta bajo tierra. La letra E imagino que hará referencia al Este y también veo unos cuadros pintados con una marca en uno de ellos. No lo veo muy bien, sargento, pero parece ser una X, ¿verdad?

—Más bien parece una cruz. ¿Podría tener relación con la Cruz de la Victoria? —preguntó Roberto.

—¡Madre del amor hermoso! —chilló el pequeño hombre—. ¡Se trata de una cruz patada!

—¿Se refiere a la cruz templaria? ¿Hubo templarios en esta zona? —inquirió Roberto.

—Sí y no. Lamento decirle que nunca hubo un asentamiento templario por aquí —aseveró el conservador del museo sin explayarse mucho más en su disertación—. Sí que es verdad que estuvieron de paso por esta zona, pero el lugar carecía de interés para ellos y, aun pernoctando en el valle, no hay constancia de que dejaran o hiciesen nada importante o relevante para la posteridad.

—¿Y a qué se refiere con cruz patada? —preguntó Roberto.

—La cruz patada, o cruz paté, es aquella cruz cuyos brazos se estrechan al llegar al centro y se ensanchan en los extremos, como esta que tenemos aquí grabada. Su nombre proviene del hecho que los brazos de este tipo de cruces parezcan patas.

El sargento asentía mientras escuchaba la verborrea con la que Garrido parecía disfrutar tanto.

—La cruz paté es emblemática de la región geográfica del Vexin, en el noroeste de Francia, donde se encuentra en numerosos mojones y cruces monumentales. Desde tiempos inmemoriales se asocia con la Orden de los Pobres Compañeros de Cristo y del Templo de Salomón, también llamada la Orden del Temple y que, en el año 1147, el papa Eugenio III les concedió el derecho a llevarla permanentemente en su manto sobre el hombro izquierdo, encima del corazón y de color rojo, porque el rojo era el símbolo de la sangre vertida por Cristo, pero también de la vida.

—Esa cruz, aparte de ser utilizada por la Orden del Temple, ¿es posible que haya sido utilizada recientemente? —preguntó Roberto, al que le sonaba haberla visto con otra simbología.

—En efecto, sargento. Posteriormente fue utilizada por los caballeros teutónicos cambiándola por una cruz patada negra sobre fondo blanco, y más tarde fue asociada al reino de Prusia y al Imperio alemán desde finales del siglo XIX hasta el primer cuarto del siglo XX. Los militares alemanes continuaron usando esta cruz después de 1918 y actualmente una versión de la Cruz de Hierro es empleada por el ejército alemán como su símbolo y es pintada en aviones y vehículos militares.

—Ahí lo tenemos. Estaba seguro de haberla visto con otros colores.

El conservador forzó una sonrisa antes de proseguir con la explicación.

—Algunas organizaciones francmasonas siguen utilizando la cruz paté, lo cual puede causar

confusión ya que nada tienen que ver con la Orden del Temple ni por sus ideales ni por sus fines.

El conservador acentuó su nerviosismo cuando señaló la cruz del supuesto mapa dibujado en la tela.

—Esta cruz también se coloca delante del nombre del obispo que emite el imprimátur, ya sabe, la declaración oficial que indica que aquella que este sella está libre de error en materia de doctrina y moral. Además —añadió el conservador—, también se utiliza en determinados mapas para señalar el lugar donde se encuentra una localización cristiana.

—La X señala el lugar, como en la película “La última cruzada” de Indiana Jones —murmuró Roberto.

El resplandor en los ojos del conservador denotaba que era tal la emoción que sentía, mientras manipulaba aquella tela centenaria, que ni siquiera escuchó la broma que Roberto acababa de gastar.

—Que gran hallazgo haber encontrado este pequeño tesoro en Soto de Aller, una aldea tan cercana a nosotros, sargento.

Al escuchar dicha frase, Roberto se tensó como lo hace un conejo alertado al ver a su depredador.

—No he mencionado que lo hubiera encontrado en una aldea cercana y mucho menos que haya sido en esa población en particular que usted menciona.

Garrido se ruborizó y trató de salir del paso.

—¿No? Bueno, imaginaba que la habría localizado cerca de aquí... y la aldea con más historia de estos lares, susceptible de figurar en la lista de nominadas, es precisamente Soto de Aller, ya que es el lugar de nacimiento de...

—De Urraca la Asturiana —le cortó Roberto visiblemente irritado—. Conozco la historia perfectamente, señor Garrido.

—Sí, exacto. Le veo informado, sargento. Acerca de su descubrimiento, me gustaría poder contar con la tela durante unos días a fin de realizar pruebas de autenticidad y poder datarlo con exactitud, si no es molestia.

—Lamento comunicarle que forma parte de una investigación en curso y es inviable cedérsela al museo. Le informare cuando finalicemos la investigación. Y sí. Es molestia —zanjó el sargento.

—Entiendo. No se preocupe. Quedo a su disposición para cualquier consulta que necesite.

—Gracias por su tiempo. Le avisaré si necesito su ayuda —contestó Roberto, sabedor de que no podía confiar en aquel personajillo.

El sargento dio media vuelta y salió del despacho del conservador, dándole vueltas a si realmente había sido casualidad que el hombre hubiera mencionado la población exacta del hallazgo o si sabía más de lo que le había contado.

De cualquier modo, Roberto no se fiaba y no iba a permitir bajo ningún concepto que el menudo hombrecillo volviera a ver aquella tela ni a contarle nada más relacionado con la investigación.

Entretanto, en el despacho, Garrido hablaba por teléfono en voz baja mientras observaba, a

través de la puerta entreabierta, cómo se alejaba el guardia civil camino de su hotel.

Un grito ensordecedor se escuchó en la estrecha pasarela de piedra que avanzaba paralela a la ennegrecida pared, a causa de los restos de carbón y el paso de los años.

Bajo ella, a una decena de metros, las otrora tranquilas aguas del arroyo que se filtraban en la mina fluían ahora con gran virulencia a causa del temporal que azotaba el valle minero.

Un niño colgaba de una sola mano, casi sin fuerzas, agarrado al metal oxidado de una vieja barandilla que amenazaba con ceder mientras su amigo corría hacia él para intentar subirlo, alertado por los desesperados gritos de socorro que emanaban de su boca.

Al llegar a su lado alargó su brazo para agarrarle y evitar la caída, pero el peso de su amigo era demasiado para el pequeño que no tenía donde sujetarse. Tras intentar evitarlo con desesperación notó como su cuerpo resbalaba lentamente por el húmedo suelo, arrastrándose inexorablemente hacia el remolino de agua y piedras que aullaba bajo ellos, anulando sus gritos de horror y desesperación.

.  
. .  
.

Roberto despertó sobresaltado y un poco aturdido hasta que vislumbró el brillo del piloto rojo de la televisión que tenía frente a él y la pequeña nevera del mini bar de la habitación, lo que le permitió ubicarse en el hotel y entender que se trataba de otra de sus recurrentes pesadillas.

En esta ocasión, sin embargo, había visto más detalles de los que solían aparecer en sus anteriores sueños, donde sólo recordaba ver agua y escuchar vagos sonidos completamente irreconocibles. Esta vez había podido ver a un niño en peligro cayendo al vacío y todo ello desde una visión en primera persona, como si fuera él quien estaba allí realmente.

Encendió la retroiluminación de su reloj profundímetro Casio y vio que eran las seis y media de la mañana. «Toque de diana», pensó Roberto mientras retiraba la sábana, totalmente empapada en sudor, y se encaminaba al baño.

Ya en la ducha, mientras se desperezaba bajo la cortina de agua caliente que caía desde la alcachofa empotrada en la pared, el sargento decidió que debía llamar a Judith, su terapeuta, y contarle el extraño sueño que había tenido esa noche, tan diferente a los que le había relatado en sus anteriores citas.

Mientras el sargento de la Benemérita descendía los cuatro escalones de la entrada del hotel, sacó su teléfono móvil del bolsillo y abrió la aplicación de contactos, deslizando hacia abajo la pantalla con su dedo hasta llegar a la letra J.

Se montó en el coche y, una vez arrancado el motor y sincronizado el teléfono vía bluetooth, clicó sobre el contacto que estaba grabado en la agenda con el nombre “Judith-terapeuta”, esperando a que los tonos de marcado dieran paso a una voz calmada, casi susurrante, que le saludó afectuosamente.

—Hola, Roberto, buenos días. Me alegra saber de ti.

—Buenos días, Judith. No te habré despertado, ¿verdad? —Se disculpó Roberto al ver de reojo la hora en la pequeña pantalla de la radio.

—No, no, tranquilo. De hecho, ya debería estar en la consulta, pero me he levantado algo congestionada y con febrícula por lo que, aprovechando que esta mañana sólo tenía una visita y he podido aplazarla, me he quedado en casa descansando.

—Vaya, lo siento. No era mi intención molestar.

—Ya sabes que no es molestia Roberto —respondió afablemente Judith—. Dime, ¿te ocurre algo?

El sargento suspiró hondamente antes de contestar.

—Se trata de mis pesadillas.

—¿Qué sucede con ellas? ¿Se repiten con mayor asiduidad? —preguntó la terapeuta.

—Sí. Todo empezó hace días en Mataró cuando...

—¿En Mataró? —le cortó. ¿Quieres decir que no estás allí ahora?

—Me he tenido que desplazar hasta Asturias para investigar, de forma extraoficial, la muerte de un viejo amigo.

La línea telefónica se quedó en silencio durante unos segundos.

—¿Judith, estás ahí? —preguntó Roberto.

—Sí, disculpa. Me preocupa que esas pesadillas se repitan con más frecuencia ahora que estás en Asturias. A fin de cuentas, muchos de los detalles y visiones que me contabas en las sesiones sucedían allí ¿verdad?

—Así es —contestó el sargento.

—El hecho de que te encuentres de visita por los lugares que visitabas en tu infancia, y que estés inmerso en una investigación por la muerte de tu amigo, ten por seguro que activará las conexiones sinápticas entre las neuronas de tu cerebro, avivando recuerdos pasados con mayor detalle a medida que tus investigaciones avancen.

—De hecho, Judith, por eso te llamo. Esta noche ha sido diferente.

—¿Diferente en qué sentido? —preguntó la terapeuta, visiblemente preocupada.

—En este sueño he visto secuencias casi tangibles que nada tenían que ver con los sonidos o fogonazos a los que estaba acostumbrado. Era como si yo hubiese estado allí con un niño pequeño al que no llegaba a salvar.

—Interesante. ¿Y eras tú quien estaba allí o podría tratarse de otra persona?

—Estoy convencido de que era yo, ya que la visión que tenía era siempre en primera persona.

La terapeuta realizó una breve pausa y habló apaciblemente, pero tratando de imponer su autoridad.

—Roberto, deberías venir a la consulta para hablar con calma e intentar hacer aflorar esos recuerdos.

—Lo sé. Lo he valorado, pero ahora mismo es imposible dejar la investigación para volver a casa, Judith.

—Se me ocurre algo que igual...

—Dime, ¿de qué se trata, Judith? —cortó Roberto.

—Conozco a una persona que podría ayudarte y que casualmente vive en Oviedo. Una terapeuta que estudió conmigo y posteriormente vivió en Estados Unidos durante varios años, especializándose en Terapia Regresiva Reconstructiva.

—¿Quieres decir hipnosis?

—Bueno, va un poco más allá de lo que la gente entiende por hipnosis. No se trata de hacerte dejar de fumar. La Terapia Regresiva Reconstructiva es un conjunto de técnicas que intentan profundizar en los trasfondos de la mente con una actitud abierta para observar al ser humano desde otro ángulo de conciencia, guiándolo para que por sí mismo comprenda y resuelva conflictos emocionales no resueltos que no han podido solucionarse con otro tipo de terapias más convencionales, como con las que trabajamos habitualmente en nuestras sesiones, Roberto.

—¿Solucionar traumas del pasado, sin viajar en el tiempo? —rio Roberto.

—Si quieres llamarlo así, sí. La Terapia Regresiva Reconstructiva es una modalidad de trabajo psicoterapéutico en la cual se busca que el paciente encuentre el origen de su conflicto actual explorando y reviviendo, a través de una relajación profunda, episodios emocionalmente significativos de su historia personal, como pueden ser la vida intrauterina, el nacimiento o la infancia.

—¿De esa manera podríamos eliminar recuerdos que nos atormentan?

—Para nada, Roberto. Es importante saber que el pasado no se puede ni se debe borrar. Está ahí para enseñarnos. Nos deja lecciones y mensajes importantes para nuestro futuro. Así que, para lograr avanzar hacia adelante de manera saludable y plena, necesitamos comprender y aceptar nuestros actos pasados, asumiendo la responsabilidad por todo lo que hemos hecho en la vida, valorándolo y tomando conciencia de nuestras vivencias.

—Interesante. Creo que sería conveniente visitar a tu colega para que eche un vistazo a mi

cabeza —se burló Roberto mientras se imaginaba apaciblemente tumbado en un diván de piel, mirando fijamente el soporífero movimiento de un péndulo situado frente a sus ojos.

—Perfecto. Su nombre es Nieves Miranda. Te mando en breve un mensaje con su dirección y la llamo ahora mismo para indicarle que te acercarás a su consulta en cuanto puedas.

—Muchas gracias por escucharme, Judith. Nos vemos a la vuelta. Te lo prometo.

—Cúidate Roberto, y llámame a la hora que sea si lo necesitas.

La terapeuta finalizó la llamada y el sargento prosiguió con calma el camino que había iniciado minutos antes.

## 19

Roberto conducía tranquilamente, camino de la Torre de Soto, cuando se percató de que un vehículo le seguía con poco disimulo, motivo por el que aminoró la marcha lo suficiente como para ver por el espejo retrovisor que era Garrido quien lo conducía.

«¿Me estará siguiendo?», pensó enojado.

Para salir de dudas, Roberto dejó atrás el desvío a la derecha, el que cruzaba la vía del Vasco y el río Aller para acceder a Soto, y siguió conduciendo carretera arriba, en dirección a Cabañaquinta, mientras observaba por su retrovisor cómo reaccionaba el conservador del museo a su inesperada maniobra.

Este, en lugar de seguirle, sí tomó dicho desvío y se encaminó hacia la pequeña aldea. «¿He despertado tu curiosidad, Garrido?», ironizó el sargento mientras ralentizaba la velocidad y hacía un giro de ciento ochenta grados en medio de la carretera AS-112a, a la altura de Los Cargaderos, para seguir al rechoncho conservador.

Roberto aparcó su vehículo a la entrada de la aldea para poder avanzar más rápido a pie por los estrechos caminos, que serpenteaban entre hórreos y pequeñas viviendas, evitando encontrarse de frente con Garrido.

Desde la distancia inspeccionó los alrededores de la torre, sin ver nada sospechoso, y se encaminó hacia la ermita de Miravalles, ya que estaba prácticamente seguro de que el conservador habría tomado esa vía tras la charla que mantuvieron en el museo.

Cuando el sargento llegó al final del camino pudo ver que el conservador estaba frente al pórtico de la entrada de la ermita con un hombre de pelo rubio, vestido con traje negro, que alzaba los brazos de forma airada.

Al no poder escuchar lo que decían, Roberto empezó a bajar lentamente por la ladera, pero se vio obligado a frenar su avance y ocultarse tras unas piedras cuando se percató de que, por la parte derecha de la entrada a la ermita, aparecían dos hombres más, ataviados con ropa táctica y chalecos de kevlar que empuñaban armas semiautomáticas.

«Pero qué coño... ¿Quiénes son estos tipos? ¿Qué tienen que ver con un simple conservador de museo?», pensó Roberto, que no daba crédito a lo que estaba viendo.

El sargento se quedó inmóvil en su posición intentando escuchar lo que decían aquellos hombres, pero era imposible debido a la enorme distancia que les separaba y al murmullo del agua del riachuelo que fluía más abajo, por lo que se limitó a sacar algunas fotografías con la cámara de su teléfono móvil con la esperanza de que no perdieran mucho detalle al no disponer este de zoom óptico.

Al cabo de un rato, el hombre que parecía ser el jefe del grupo exclamó:

—¡Id allí y buscadlo!

Los hombres se dirigieron hacia la izquierda y se montaron en sendas motocicletas BMW GS-1200, equipadas con ruedas de tacos, que arrancaron estrepitosamente para dirigirse, como si de una coreografía se tratara, ladera arriba, hacia el camino embarrado que conducía a Soto.

Roberto se agazapó aún más en el suelo, rezando para que no le vieran al pasar, y esperó a que las dos motocicletas que habían iniciado la marcha, y segundos después una tercera montura guiada por el misterioso hombre rubio, se alejaran monte abajo.

El sargento esperó pacientemente a que el conservador, que se había quedado solo frente a la ermita, iniciara finalmente el regreso a pie y cuando hubo pasado un tiempo prudencial se decidió a salir de su escondite, dirigiéndose a la verde explanada que se extendía frente a la ermita.

«¿Qué será lo que les ha mandado ir a buscar?», se preguntaba Roberto, que dudaba de si se dirigirían a su hotel.

El sargento inspeccionó meticulosamente los alrededores de la ermita en busca de cualquier pista que hubieran podido dejar los inoportunos visitantes, pero sus esfuerzos fueron inútiles y no obtuvo la recompensa deseada.

El único rastro que habían dejado era el de los surcos que sus potentes motocicletas habían realizado en la húmeda tierra y el papel de un caramelo que se habría caído del pantalón del menos profesional de los integrantes de aquel grupo, Garrido.

Sin nada más que hacer en aquel apacible lugar, Roberto inició la vuelta a Soto revisando las fotografías que había obtenido con su teléfono con intención de cotejarlas con la base de datos de la Guardia Civil, pero la calidad era pésima y no se podían apreciar los rasgos de las personas fotografiadas.

«Volvemos a estar en un callejón sin salida», pensó malhumorado el sargento, dando un puntapié a la primera piedra que se interpuso en su camino.

Tras una larga caminata llegó hasta su vehículo y condujo hasta Mieres, vigilando desde la distancia por si veía a alguno de aquellos hombres que media hora antes habían salido a toda prisa de las inmediaciones de Miravalles.

Aparcó no muy lejos del hotel en el que estaba alojado y caminó por la acera de enfrente con sumo cuidado. No quería toparse de lleno con aquella gente.

Al llegar a la puerta principal observó que no había rastro alguno de las motocicletas que había visto antes, lo que le hizo dudar de si se habrían ido ya o si no era a su hotel a donde habían acudido.

«Tal vez su patrón les ha enviado a inspeccionar otra ubicación», pensó el sargento.

Tras esperar diez minutos en la calle, finalmente decidió que era hora de ir a su habitación para salir de dudas.

Dicho y hecho, subió por la escalera para evitar verse acorralado en el interior del ascensor si llegaba a encontrarse de frente con ellos, y una vez llegó a su destino desenfundó su arma y avanzó pegado a la pared.

Sus pisadas quedaban totalmente amortiguadas gracias a la alfombra que cubría el suelo y eso le permitió avanzar con seguridad hasta llegar a su habitación.

Con cuidado, empujó suavemente la puerta y esta se abrió sin emitir el más mínimo chirrido. Nadie apareció en el interior de la estancia, si bien Roberto pudo comprobar que había sido víctima de un fugaz registro de sus pertenencias.

Las cortinas habían sido cerradas totalmente para evitar miradas indiscretas desde el bloque que se ubicaba frente al hotel, y sobre la cama se arremolinaban las camisetas y pantalones que el sargento había depositado con mimo en el armario a su llegada.

Todos los papeles y revistas, que antes se encontraban correctamente alineados sobre el pequeño estudio de madera, estaban esparcidos desordenadamente sobre él y en el suelo.

Por fortuna, Roberto había tomado la precaución de llevar consigo el pequeño estuche de cuero, que parecía ser el objetivo principal del registro al que había sido sometido.

El sargento cerró la puerta y se dispuso a organizar nuevamente sus pertenencias, antes de bajar a recepción para solicitar las grabaciones de las cámaras de seguridad.

«Tal vez podamos sacar algo en claro con ellas», pensó el guardia civil, sin imaginarse que iba a ser totalmente inútil. El joven recepcionista, por más que lo intentó, no pudo recuperar las imágenes debido a una extraña e inusual incidencia técnica que había afectado al aparato de grabación.

«Esta gente se toma las cosas muy en serio» maldijo Roberto, apretando fuertemente los puños.

Como ya era la hora de comer, se dirigió al restaurante del hotel y engulló los platos que se había servido del buffet libre a gran velocidad.

Necesitaba descansar un rato y organizar sus ideas, por lo que se encaminó a su habitación para dormir una corta siesta, de no más de treinta minutos.

## 20

El incesante zumbido que hacía temblar la mesita de noche arrancó a Roberto del profundo sueño en el que se hallaba sumido. El sargento había configurado en su teléfono inteligente la función vibración, a fin de poder descansar sin interrupciones, pero no contaba con que el sofisticado dispositivo, confeccionado en cristal y aluminio, se desplazara ruidosamente sobre la mesilla a cada vibración que este recibía.

—¿Diga? —contestó mientras se frotaba la cara con la mano que le quedaba libre.

—Sargento, soy el inspector Cuevas.

—Inspector, buenos tardes. Le escucho —contestó Roberto, disimulando como pudo un gran bostezo.

—¿Se puede saber por qué me ocultó los casquillos de bala que le entregó al médico forense?

—¿Quiere decir con eso que ya disponemos del informe, inspector?

—Sí, lo tengo delante. Pero no ha contestado a mi pregunta, sargento —gruñó Cuevas.

—Lamento no habérselo comunicado el otro día, inspector. Pensé que al haberlos encontrado estando al margen de la investigación era mejor esperar y recabar la mayor cantidad de información antes de comentarlo con usted, no fuera el caso que no tuviera relevancia. Por eso se lo di al Doctor Moreno, aprovechando que iba a enviar a balística el proyectil hallado durante la autopsia.

—Dado el carácter irregular de su visita y que aun así le permito trabajar con nosotros estando su unidad al margen de la investigación oficial, favoreciéndole el que pueda obtener pruebas o participar de la misma, debería haber pensado que, tal vez, yo estaría interesado en cualquier prueba que usted hubiera podido encontrar, ¿no cree? —cortó Cuevas, visiblemente malhumorado.

Roberto inclinó la cabeza, aun a sabiendas de que Cuevas no podía verle, avergonzado y aceptando la culpa.

—Tiene toda la razón, inspector. Acepte mis disculpas.

—Así me gusta. Que abandone esa aura de superioridad que le acompaña desde que llegó desde su gran ciudad. —Le espetó el inspector con una sonrisa burlona que Roberto pudo intuir aun no estando frente a él—. Como le decía, tengo el informe de la víctima sobre la mesa.

—Le escucho.

—Como ya vimos durante la autopsia, el cuerpo presentaba una herida de bala que al parecer le seccionó la arteria femoral. Al no haber encontrado agua en los pulmones, queda claro que la víctima no pereció ahogada, sino que la masiva pérdida de sangre fue la causa de su muerte.

—¿La bala y los casquillos coinciden? —preguntó Roberto.

—Al cien por cien, sargento. Pero no podremos sacar más información ya que el calibre empleado, como ya debió darse cuenta cuando los encontró, es lo más utilizado a día de hoy y habiendo empleado armas utilizadas para fines poco éticos, por decirlo de forma elegante, queda claro que no estarán guiadas en ninguna base de datos de la Guardia Civil.

—Seguimos como al principio —contestó resignado Roberto.

—Efectivamente. Con un cadáver y sin pistas que seguir para encontrar a los culpables.

—¿Se pudo obtener alguna huella, inspector?

—Únicamente de la víctima. Tras introducirlas en el sistema automatizado de búsqueda de huellas dactilares se ha determinado que el cuerpo pertenece a Alejandro Martínez Huesa, natural de León. Nadie ha reclamado el cadáver ya que, al investigar su parentesco en busca de parientes a los que comunicarles la noticia, hemos averiguado que sus padres murieron cuando la víctima tenía dieciocho años. Curiosamente su padre era...

—Guardia civil —cortó de forma tajante Roberto.

—En efecto. Guardia civil —respondió extrañado el inspector—. ¿Cómo lo ha sabido? ¿Conocía a su padre?

—No exactamente. Alejandro, Álex, como le llamábamos, era amigo mío cuando teníamos unos ocho o diez años. No había vuelto a verle desde entonces ya que a su padre le trasladaron a otra Comunidad Autónoma y nunca más volvió a veranear cerca de la casa de mi familia.

—Así pues, ¿esta es la razón por la que ha venido a Asturias? Pero, ¿cómo sabía que era su amigo? —preguntó Cuevas.

—No lo sabía, inspector. Recibí una carta suya firmada sólo con su nombre, sin apellidos de los que poder tirar del hilo, en la que parecía pedir mi ayuda o, al menos, aparentaba estar en peligro. Lo siguiente que vi, al llegar al cuartel y buscar algo de información, fue la noticia de un cadáver hallado en un pueblo cercano a nuestra casa de Aller y deduje que podría estar relacionado. Pero como le digo, fue una corazonada sin fundamento.

—¿Y no le contaba nada más en la carta que recibió? ¿No hablaron nunca por teléfono?

—No. Nada más. Sólo mencionaba “aquí empezó todo”, en alusión a la ermita de Miravalles, pero no tengo ni idea de a qué podría referirse.

—Pues poca información aporta para seguir avanzando, salvo el nombre de la ermita. De momento la bala nos lleva a un callejón sin salida y no tenemos parientes cercanos ni amigos a los que preguntar a qué se dedicaba ni qué aficiones tenía.

—Tengamos paciencia, inspector. De momento sabemos que Álex estaba conectado, o por lo menos interesado, con la Orden del Temple, a tenor del tatuaje que vimos en su espalda. Acabaremos encontrando algo que nos permita proseguir la investigación y llegar hasta el final —sentenció Roberto a modo de despedida, sabedor de que debía ir a visitar a la doctora que Judith, su terapeuta, le había recomendado.

—Dios le oiga, sargento, Dios le oiga.

Ambos colgaron sus teléfonos al unísono.



El silencio reinante en el ático del lujoso edificio sito en la calle Argüelles 19, se vio alterado por el sonido de unas campanillas que anunciaban que alguien había llamado al videoportero.

En dicho solar se alzaba un edificio protegido que databa del año 1946, propiedad de la Universidad de Oviedo, albergando a profesores veteranos de alquiler y la tienda de Publicaciones. Cuando, en 2011, se quiso rehabilitar el inmueble para darle un nuevo uso, el interior se vino abajo y entonces la institución sacó el solar a subasta por varios millones de euros, siendo una conocida promotora ovetense quien ejecutara la obra.

Coincidió en la época en la que la Doctora Miranda volvía a España después de vivir varios años en Estados Unidos, realizando un máster en Terapia Regresiva Reconstructiva para, posteriormente, trabajar de la mano de un gran experto en la materia a nivel mundial.

Con los años, la Doctora Miranda llegó a estar muy bien considerada entre sus colegas de profesión aun tratándose de una persona joven, de apenas treinta y cuatro años. Pero cansada de vivir lejos de su familia, y echando de menos su tierra natal, decidió volver a Oviedo para instalarse definitivamente en su país.

—¿Diga? —respondió la doctora acercando su cara al micrófono del videoportero, en el que se mostraba la imagen de un apuesto hombre vestido de negro.

—¿Doctora Miranda? Buenos días, soy Roberto García. Vengo de parte de Judith Romero.

—Adelante, entre en el ascensor. Yo marcaré el código para que suba —replicó la doctora.

Roberto entró en el ascensor y esperó unos segundos hasta que las puertas se cerraron y la cabina empezó a subir hasta la quinta, y última, planta del edificio.

—Buenos días. Cuanta seguridad tienen ustedes, doctora —dijo Roberto mientras estrechaba la mano de la terapeuta.

—No es para tanto. Muchas viviendas adoptan este sistema de seguridad que, si le soy sincera, es un engorro para el día a día. Pero no me llames de usted, ni doctora, por favor. Si vienes de parte de Judith entiendo que tampoco con ella tienes ese trato tan formal, así que llámame Nieves, por favor.

—De acuerdo, Nieves. Así lo haré. —Zanjó Roberto esbozando una sonrisa que dejó a la vista su perfecta y reluciente dentadura, contrastando con el bronceado de su piel.

La doctora sonrió y bajó la mirada ruborizándose. En efecto el sargento era muy apuesto, como ya le había adelantado Judith en la conversación telefónica que habían mantenido previamente.

—Judith me ha puesto al día de vuestras sesiones y me ha contado que tus pesadillas, lejos de remitir, parece que se están repitiendo con mayor frecuencia, ¿no es cierto?

—Así es, Nieves. Llevo varios días en Asturias, investigando un caso que me toca de cerca, y he vivido algunos episodios donde me han asaltado recuerdos fugaces que me eran familiares, pero que no recordaba haber sufrido en mis carnes, al igual que algunos sueños que ya había tenido con anterioridad en Barcelona. La diferencia con aquellos es que aquí han cobrado fuerza y me han permitido sentir y recordar más de lo que solía aparecer en mis otras visiones.

—Interesante. Eso quiere decir que desde que estás aquí, en Asturias, algo ha activado tus neuronas haciendo que los recuerdos pasados fluyan desde tu subconsciente, donde parece ser estaban olvidados o reprimidos.

La terapeuta invitó a Roberto a sentarse en el sofá de la sala de estar y le preguntó si quería tomar una tila u otra infusión mientras le ponía al día antes de iniciar la sesión de regresión.

—Siento no poder ofrecerte un café ahora, Roberto, pero antes de las sesiones es preferible no ingerir bebidas estimulantes.

—Una infusión de poleo menta ya me va bien, Nieves. Gracias.

La doctora volvió al cabo de pocos minutos portando una bandeja decorada con pájaros de colores, muy ochentera.

Se inclinó frente a Roberto, dejando la bandeja con las tazas y el azúcar en la mesita que había frente al sofá, y empezó a hablar.

—Me comentó Judith que hacía años que no venías a Asturias, pero que antiguamente pasabas aquí los veranos, ¿verdad?

—Exacto. Mi padre fue el único miembro de la familia que emigró. En plena posguerra surgió la oportunidad de que él, siendo el pequeño de cinco hermanos, fuese a estudiar con una congregación religiosa que se lo propuso a mis abuelos y marchó con ellos. Años después de ser ordenado sacerdote decidió que quería formar una familia y entonces, cuando estaba en trámites de obtener la dispensa, conoció a mi madre y bueno... he aquí el resultado. —Rio Roberto mientras se señalaba a sí mismo—. Desde entonces, cada verano, hemos venido a Asturias a pasar los dos meses de vacaciones para que mi padre viera a su familia y así poder ayudar en las duras tareas de la siega y otros menesteres.

—Y acostumbrado a vivir en la ciudad, ¿cómo te afectaba ese cambio tan brusco?

—¿Afectarme? Dicho así suena a algo malo —se extrañó Roberto—. Era lo mejor del año. Los preparativos del día antes, la noche de nervios sin dormir, madrugar por la mañana para iniciar el viaje en un viejo Seat 127 durmiendo en el asiento trasero. Lo mejor que ocurría durante el viaje era hacer escala en Logroño, en casa de mis primos, a los que veía casi de año en año, para reanudar de nuevo el camino a Asturias días después. Mi abuelo ya nos esperaba sentado en el puente de los cargaderos, mirando la carretera en dirección a Cabañaquinta, mientras se fumaba un “pito” ataviado con el uniforme con el que le conocí toda la vida.

—¿Uniforme? —preguntó sorprendida Nieves.

Roberto volvió a sonreír recordando la estampa de su abuelo.

—Era un decir. Creo que toda la vida he conocido a mi abuelo vistiendo igual. Traje oscuro color gris marengo, chaleco del mismo color, camisa a cuadros, gafas de pasta, la boina con la que mataba las molestas moscas con gran maestría, dicho sea de paso, y su “cayáu” de madera, ya

sabes, el bastón.

—Por tu lenguaje corporal y el brillo en tus ojos, queda claro que esperabas con ilusión a que llegase el verano.

—Pues eso no es nada, Nieves. Lo mejor eran las aventuras por el monte, excursiones, ir con el cuchillo de caza a cuestras, la escopeta de balines, ir a pescar truchas o jugar a policías y ladrones, indios y vaqueros, al coche fantástico, al equipo A... todo lo que emitían por televisión era susceptible de convertirse en juego para nosotros.

—¿Ese nosotros implica que jugabas con tus primos? ¿Amigos? —preguntó la terapeuta.

—Amigos. Mis primos eran ya mayores. Como te decía, mi padre era el pequeño de cinco hermanos y el más joven de los primos debe ser unos seis años mayor que yo, por lo que me iba haciendo amigo de los hijos de los vecinos que venían a veranear a casa de los abuelos.

—Lo que te decía antes, Roberto. Estabas encantado viniendo a pasar los veranos al pueblo de tu padre— dijo Nieves—. Háblame de tu sueño, Roberto.

—Hasta ahora sólo había tenido flashbacks de un día oscuro, de mucha lluvia acompañada de rayos y truenos. Siempre se trataba de sonidos relacionados con la fuerza del agua y una sensación de peligro y ansiedad. Pero el otro día el sueño se volvió más claro, mostrándome a un niño que colgaba de un saliente y a alguien, que podría ser yo, tendiéndole la mano para tratar de salvarlo sin poder evitar que cayera al vacío. Fue todo tan real que me desperté sobresaltado y empapado en sudor, por lo que decidí llamar a Judith.

—Queda claro que no es un simple sueño esporádico, sino que hay un trauma aferrado en tu psique que lucha por salir. Parece ser que al haber vuelto a Asturias has visto algo, quizás de forma inconsciente, que ha hecho que tus recuerdos se hagan fuertes en tu subconsciente — sentenció la terapeuta antes de levantarse para retirar la taza de Roberto e indicarle que apoyara la espalda cómodamente en el sofá.

Roberto así lo hizo y Nieves, tras volver de la cocina, volvió a sentarse frente a él tomando con su mano izquierda la taza de té que aún no se había terminado.

La terapeuta empezó a dar vueltas al té con la pequeña cucharilla de plata con una cadencia insistente, repetitiva, fijando la atención de Roberto en el sonido del metal sobre la porcelana mientras le seguía preguntando sobre su infancia.

—Y esas aventuras que me contabas hace un rato, ¿se limitaban a ir de pesca y jugar a policías y ladrones o también hacíais travesuras o algo que sabíais que estaba prohibido?

Roberto tardó un par de segundos en contestar, ya que el rítmico sonido que emanaba de la taza le provocaba un estado de sopor similar al de cuando uno duerme una siesta demasiado larga y le cuesta levantarse.

—Nada ilegal, Nieves. Simplemente cruzábamos la vía del tren para ir al río, poníamos clavos en los raíles para chafarlos, entrábamos en las viejas instalaciones de la mina, reconvertida en piscifactoría, para investigar... aventuras de niños, ya sabes —contestó Roberto.

—Vuelve allí Roberto. Vuelve a revivir un día de aventuras con tus amigos de la infancia — inquirió Nieves.

La cadencia con la que la terapeuta daba vueltas a la cucharilla fue acelerando hasta el

punto en que Roberto sintió que sus parpados se cerraban y la voz de Nieves se escuchaba amortiguada y lejana, muy lejana. Casi distorsionada.

La oscuridad envolvió a Roberto, únicamente salpicada por pequeños destellos lejanos, y de repente notó que uno de ellos empezó a crecer y crecer, como si una estrella hubiera explotado, cegándole completamente y haciéndole perder la consciencia en ese extraño universo en el que se encontraba, como si de otra dimensión se tratara.

Llovía de forma torrencial en el Concejo de Aller, Asturias, mientras Roberto caminaba despacio, ataviado con una camiseta de naranjito, la mascota del mundial de fútbol de España 82, y un pantalón corto con un sólo bolsillo trasero de donde sobresalía un tirachinas de madera hecho por su abuelo.

Aunque había nacido a novecientos kilómetros de allí, en la ciudad de Barcelona, Roberto sentía que aquella era su tierra. El pequeño, de tan sólo diez años, estaba acostumbrado a ir de la mano de sus padres y a no separarse más de un metro de ellos, pero cuando llegaban las vacaciones y viajaban a Asturias, este se transformaba.

Era como si allí no existieran coches ni peligros y él pudiera deambular libremente por los campos, montes o edificios abandonados a su libre albedrío. Nadie le vigilaba porque no había motivos para ello. Era lo suficientemente maduro para saber lo que estaba bien y lo que estaba mal y hasta donde podía alejarse jugando con sus amigos.

Por ello sus padres estaban tranquilos, porque no había un atisbo de maldad o desobediencia en aquel niño.

Mientras caminaba bajo la lluvia, de camino a la poza que se formaba un poco más abajo de la piscifactoría que había cerca de la casa de su familia, iba pensando en que debía tener cuidado con no resbalar y caer al agua, ya que para acceder a esa poza había dos opciones, una larga en la que se tenía que rodear un prado, cruzar un puente de madera y volver hacia atrás hasta ella o bien el camino rápido que consistía en llegar a la piscifactoría y bajar hasta allí por encima de un antiguo muro de hormigón, lleno de moho resbaladizo, de la época en la que la piscifactoría era un antiguo complejo minero.

Dicho complejo, llamado Socavón, comprendía el área donde estaban los vestuarios, lavabos, almacenes y oficinas de la explotación minera. Pero lo más importante, que de hecho le daba nombre, era el túnel excavado en la montaña para extraer el carbón mediante el pozo balanza de San Fernando, que se encontraba más arriba, en el monte, por la zona de Orillés.

Para Roberto, sin embargo, era simplemente aquel sitio medio en ruinas donde iba a pescar las truchas que se colaban cuando eran pequeñas por algún resquicio en la zona del criadero, acabando finalmente en el pequeño riachuelo camino del río Aller, y donde pasaba cuantiosas horas investigando los rincones abandonados de la época dorada de la explotación minera.

Todo el complejo fue clausurado en 1967, cuando se agotó el yacimiento de carbón, y años después fue comprado y reacondicionado como piscifactoría para la cría de truchas en piscinas cubiertas, dentro del recinto.

Roberto y sus amigos de infancia siempre intentaban colarse en la zona de las piscinas, jugar en las terrazas, entrar en las oficinas abandonadas para ver algún que otro póster de chicas de revista, objetos cotidianos de casi veinte o treinta años atrás y como no, meterse en problemas con el típico guarda que les asustaba cuando venía de improviso. Por fortuna, todo ello era

ignorado por sus padres, quienes desconocían las tropelías que cometían sus hijos yendo a sitios peligrosos, tales como la propia entrada a la mina, evitando así que les prohibieran salir.

Los aledaños de una mina son peligrosos per se, pero si además se le une el hecho de que aquella zona llevaba abandonada unos veinte años, cabía la posibilidad de que los improvisados exploradores introdujeran un pie y se hundieran, se golpearan la cabeza con algo, tropezaran y cayeran al agua, o directamente les picara una víbora, uno de los peligros de la zona norte de España.

Ese día Roberto no vio a ningún guarda. Llovía tanto que estaba él solo, esperando a que sus amigos llegaran. Habían quedado por la mañana para desenterrar lombrices y pasar una húmeda tarde pescando truchas, como tantas otras veces.

Al cabo de unos minutos aparecieron Juan Luis y Álex, escoltados por la perra de este, pero no iban acompañados del resto de la pandilla que completaban el hermano y los primos de este último, Sergio, Moisés y Pablo.

—¿No vienen los otros? —preguntó Roberto.

—¡No! —gritó Juan Luis a lo lejos—. “Quedáronse” jugando con el ordenador nuevo que nos regaló “güelito <sup>11</sup>” en Navidad.

—Bueno, ellos se lo pierden —contestó Roberto.

Los tres amigos cruzaron el viejo puente, instalado junto a las letrinas, y bajaron con sumo cuidado por el muro que delimitaba el cauce del riachuelo que bajaba de las montañas por la mina, evitando resbalones producidos por la lluvia o el musgo que en él crecía debido a la humedad del lugar.

Una vez llegaron al final, saltaron a la izquierda y avanzaron unos pocos metros por el prado adyacente hasta detenerse frente a la poza principal que se formaba en aquel lugar.

Mientras estaban sentados en el borde de la misma, preparando las lombrices que habían desenterrado por la mañana y las cañas de pescar, que en realidad eran simplemente varas de avellano con una punta clavada en su extremo para fijar el hilo, sin carrete ni ningún tipo de sofisticación, les pareció escuchar el motor de un coche.

Debía de tratarse del guarda de la piscifactoría, ya que el camino terminaba allí y no había nada más que pudiera resultar susceptible de ser visitado en aquel complejo. Pero en lugar de detenerse delante de la puerta principal lo hizo veinte metros antes, frente a la cadena que daba acceso a los edificios anexos a la zona de piscinas.

Los tres niños no sabían qué pretendía hacer el conductor ya que, una vez traspasada dicha cadena, lo único que había allí eran viejos edificios llenos de malas hierbas y escombros resultantes del derrumbe de sus tejados, a consecuencia de largos años de abandono.

Las veces que ellos mismos habían accedido había sido para jugar a policías y ladrones o para husmear en las antiguas oficinas, pero ese coche pasó de largo y se fue hasta el final del complejo.

Como los niños estaban bastante alejados de la entrada, en una zona de terreno más hundida respecto al camino principal, dejaron de prestar atención al coche cuando este se esfumó de su campo visual. La punta de una de las cañas empezó a moverse enérgicamente.

—¡Han picado! ¡Han picado! —exclamó uno de los niños.

—¡Tira fuerte Juan Luis, pero no enredes el hilo en esos árboles!

—Ya tiro, pero creo que esa trucha se ha metido entre las rocas y no quiere salir.

—¡Venga un poco más, que ya la tenemos! ¡Debe de ser una trucha enorme! —animó Roberto a su amigo.

Tras un par de minutos de forcejeo, los niños miraron con desilusión como se soltaba el hilo de la caña y desaparecía río abajo.

—“¡Meca!<sup>12</sup>” —se lamentó el niño—. Me quedé sin hilo.

—Juan Luis, el otro día vi que alguien se había dejado un carrete arriba, al lado de la puerta por donde se vierte el agua de las truchas. Voy a buscarlo —dijo Roberto.

—No, da igual. Tengo frío y prefiero jugar un rato al ordenador y merendar en casa.

—Tú lo que pasa es que tienes miedo de la tormenta—. Le espetó Álex.

—¡Yo no tengo miedo a nada! Lo que pasa es que me aburro si no puedo pescar y dentro de un rato dan por la tele “El equipo A” y quiero verlo.

—Vale Juan Luis, no pasa nada. Vete a casa si quieres. Nosotros nos quedaremos un rato más y luego nos iremos también a ver la serie. ¿Podemos ir a tu casa para verla en color?

Los abuelos de los amigos de Roberto disponían de una espaciosa buhardilla, donde los pequeños solían reunirse para jugar con sus coches de juguete o ver la televisión los días en los que llovía y no podían divertirse al aire libre.

—¡Pues claro! —contestó el niño, recordando que el televisor de la tía de Roberto era en blanco y negro—. ¡Hasta luego!

—¡Adiós! —replicaron al unísono Roberto y Álex.

Mientras Juan Luis se alejaba prado abajo, cruzando el puente de madera que le llevaría al camino que iba hasta la carretera y, por ende, a su casa, Roberto y Álex escucharon de nuevo el sonido del motor de coche y subieron por el muro para ver si realmente se trataba del guarda que se marchaba.

Efectivamente, un vehículo todoterreno se alejaba lentamente camino abajo, dejando atrás un rastro de humo negro. Pero no se trataba del viejo Land Rover azul del vigilante, sino de un moderno Mercedes clase G de color negro.

—¿Y ese coche? ¿Lo habías visto alguna vez?

—No, nunca. Aquí sólo viene el vigilante de vez en cuando.

—Deberíamos irnos ya a casa, Roberto —dijo Álex tímidamente.

—Antes quiero ir a ver qué hacía allí al fondo. En esa zona no hay nada más que escombros y zarzas. No hay ningún edificio que tenga techo para que haya querido ir quienquiera que fuera el conductor de ese coche.

—Vale, te sigo. Pero luego nos vamos.

—Prometido —contestó Roberto.

Los niños avanzaron rápidamente, a través del claro que había tras el edificio principal del Socavón, dejando atrás a ambos lados una hilera de viejas edificaciones anexas que en otros tiempos se usaban como enfermería, lampistería, o almacenes de material.

Al llegar al final se encontraron con la entrada de la mina que, si bien estaban

acostumbrados a verla a la luz del día, con la poca luz de la tarde y la lluvia que caía sin cesar ofrecía un aspecto realmente estremecedor.

—Vámonos Roberto, por favor —imploró Álex abrazándose al cuello de Troika, una perra de raza pastor alemán de color negro que siempre acompañaba a Álex guiándole por los caminos del monte desde su casa hasta la de su amigo.

Roberto se volvió hacia él y trató de calmarle.

—Un momento Álex. Sólo vamos a mirar un poco más y nos volvemos a casa.

Ambos empujaron la vieja puerta de madera que les cerraba el paso, viendo que la oxidada cadena que siempre la mantenía cerrada estaba tirada en el suelo, y se adentraron en la oscuridad del largo túnel que se extendía frente a ellos.

A medida que avanzaban, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y con gran alegría vieron que no estaban totalmente a oscuras, ya que una pequeña bombilla destellaba débilmente una veintena de metros más adelante.

Mientras recorrían el túnel, con cuidado de no tropezar con las antiguas traviesas de madera que unían los raíles por donde antaño transitaran las vagonetas, miraban absortos los objetos que habían permanecido inalterados al paso del tiempo, tales como jaulas de pájaros, picos y palas, vagonetas e incluso ropa de trabajo colgada en casilleros de metal que propiciaron varios sustos a los pequeños al confundirlos con personas.

Lo que despertó la atención de los niños fue encontrarse con otro tipo de utensilios, como por ejemplo radiocasetes o martillos neumáticos, a todas luces elementos más modernos y para nada coetáneos de la época dorada de la minería asturiana.

Al final del recorrido, tras haber avanzado prácticamente dos kilómetros desde la entrada, se toparon con un esqueleto de hierro que estaba compuesto por un sistema de raíles verticales, o guiaderas, por las que antaño descendían desde las diversas plantas superiores las jaulas con el carbón extraído en ellas.

Roberto sabía, porque se lo había explicado su padre, que una vez recepcionadas en su base, lo que se denomina caldera, proseguía su camino hacia el mundo exterior para ser limpiado y posteriormente trasladado a los cargaderos. En ellos, inicialmente mediante camiones y posteriormente en el pequeño tren que se construyó con tal fin, llamado “El Zurrón”, era sacado del valle hacia su destino final.

Los niños vieron que las jaulas de hierro no estaban allí y Roberto le explicó a su amigo que recordaba haberlas visto reposando intactas al lado del castillete, que se erigía en lo alto de las montañas, cuando subió de excursión con su padre unos días antes.

—Roberto por favor, vámonos de aquí. Tengo mucho miedo —gimoteó Álex.

—De acuerdo, volvamos. Sin jaulas que usar para trepar hasta la planta de arriba ya no hay nada más que ver.

Los niños iniciaron la vuelta con paso prudente y al llegar a la salida y empujar la puerta de madera, notaron con angustia que estaba cerrada.

Roberto sintió que el corazón se le paraba al tocar la cadena y ver que estaba cerrada con un candado, pero por no asustar más a Álex, se hizo el valiente y le dijo a su amigo:

—El guarda ha debido irse y ha cerrado la puerta, pero seguro que vuelve dentro de poco. ¿Vamos a ver las cosas de los mineros mientras esperamos?

Álex asintió temblando y siguió a su amigo, deshaciendo el camino por el que habían vuelto. Unos cuantos cientos de metros más adelante, la perra de Álex empezó a gruñir y los pelos del lomo del animal se erizaron completamente, propinándole un fiero aspecto. Esta salió corriendo, dejando a los dos niños asustados y perplejos.

—Nunca se había puesto así. ¿Qué habrá oído, Roberto?

—No tengo ni idea, pero igual encuentra algún camino para salir de aquí. Avancemos poco a poco a ver si la encontramos.

Al cabo de un rato, y aún sin haber localizado a la perra, vieron un agujero excavado en el lateral derecho del túnel que había pasado desapercibido en su caminata hacia las jaulas, por lo que decidieron adentrarse en él.

Roberto le dijo a Álex que quizás era el camino de emergencia que tenían los mineros en caso de sufrir algún percance en la mina y que tal vez Troika había salido por allí. El niño asintió y le siguió, sabedor de que no iba a tener el suficiente valor para esperar mucho tiempo en el túnel sin su perra y ansiando salir de allí cuanto antes.

Subieron por una suave rampa y llegaron a una escalera de metal que ascendía en vertical, apartada de lo que Roberto entendía como la ruta por donde debían estar las galerías superiores.

El pequeño sabía que por allí no podía subir un animal, pero, aun así, convenció a Álex para que subiese con él puesto que a lo mejor la perra había encontrado un camino alternativo.

Cuando llegaron al final de la escalera, una trampilla de madera les impidió el paso y Roberto necesitó empujar fuertemente con su hombro y espalda hasta que una de las dos hojas de madera cedió y se abrió completamente, golpeando contra el rocoso suelo y provocando que el sonido retumbase por las silenciosas galerías adyacentes.

Ambos niños finalizaron la ascensión a la cámara superior, mirando la extraña gruta donde se encontraban y viendo que diversos túneles partían de sus laterales.

Al ver que sólo uno de los pasadizos estaba iluminado, se adentraron en él y emprendieron la marcha sin mediar palabra. Álex le dio la mano tímidamente a Roberto y este, con una mezcla de miedo y de ternura hacia su amigo, se la estrechó con fuerza.

Cuando llevaban diez minutos caminando por el lóbrego corredor, notaron una corriente de aire y un lejano rumor que parecía provenir de un río o de algún salto de agua. Siguieron avanzando y aquel ruido lejano se fue convirtiendo en un estruendo que no dejaba entender a Roberto lo que Álex trataba de decirle, por lo que tuvo que inclinarse hacia su amigo para escucharle.

—Me ha parecido ver gente ahí delante Roberto.

Ambos se acercaron pegados a la pared para no resbalar y caer por la húmeda pasarela que comunicaba ambas partes de túnel, lo cual sería catastrófico dada la altura que había hasta las aguas que, encolerizadas por la riada, bajaban rabiosamente por el interior de la mina, una vez se filtraban al llegar a la parte baja de la montaña.

Cuando cruzaron al otro lado, avanzaron por una estrecha galería que desembocaba en una

pequeña estancia abovedada donde varios focos y equipos electrógenos de gasoil, enmascaraban el rugir del agua con sus ruidosos motores.

De repente surgieron tres sombras de una de las cámaras anexas haciendo que, de un salto, los niños se escondieran tras unas cajas de madera al ver que aquellos hombres portaban rifles de caza colgados de sus hombros.

Los desconocidos alzaron los brazos una y otra vez, dándose golpes en el pecho como si se estuvieran echando algo en cara.

Roberto se acercó un poco más, para tratar de escuchar lo que decían, mientras Álex se quedaba escondido detrás de las cajas.

Parapetado tras unos escombros, Roberto agudizó el oído e intentó descifrar lo que decían aquellos hombres, a los cuales no había visto en su vida. No tenían pinta de ser buena gente, a tenor de las pintas que tenían y por el hecho de estar trabajando en secreto en una mina abandonada. Nadie en el pueblo había realizado comentario alguno acerca de que se hubieran iniciado actividades en el interior del yacimiento.

Álex miraba con temor cómo Roberto se iba acercando a los hombres entretanto estos giraban sobre sus talones, emprendiendo la marcha en dirección opuesta a ellos.

Mientras Roberto seguía emperrado en escuchar a los hombres, Álex vio que el contenido de una de las cajas abiertas no era dinamita, como solía ocurrir en los libros y películas relacionadas con minas de oro del lejano oeste, sino que los objetos que había en su interior brillaban bajo la tenue luz que emitían los gastados filamentos de las bombillas que se repartían por el techo de la estancia.

Cuando el niño estaba a punto de inclinarse sobre una de las cajas para ver su contenido, Roberto dio un mal paso y tropezó con una piedra que salió despedida golpeando uno de los generadores, haciendo que los hombres, alarmados por el ruido, se dieran la vuelta y vieran al asustado niño que sólo atinó a quedarse inmóvil, parapetado tras las cajas.

—¡Álex, corre! ¡Corre! —chilló Roberto a ver que su amigo estaba paralizado.

El pequeño introdujo atropelladamente la mano en la caja y recogió uno de los objetos que en ella había sin mirar de qué se trataba, saliendo corriendo en dirección contraria al grupo de hombres que les gritaban de forma imperativa que se detuvieran.

Roberto echó a correr tras su amigo y, al llegar a la pasarela, vio con horror que este colgaba asido de una sola mano a la vieja barandilla de metal oxidado que amenazaba con desplomarse de un momento a otro.

Roberto corrió hacia él mientras su amigo gritaba asustado, y ya sin fuerzas, que le ayudara a subir.

Al llegar a su lado, Roberto se tiró al suelo y alargó su brazo para sujetarle y evitar un trágico desenlace mientras los hombres, que ya se encontraban en el umbral que dividía las dos salas, avanzaban hacia ellos lentamente.

El niño consiguió sujetar la mano de su amigo, pero el peso de este era mayor del que el pobre Roberto podía aguantar. Al no tener donde sujetarse, y tras intentar evitarlo con desesperación, notó cómo su cuerpo resbalaba por la encharcada superficie de la pasarela,

camino de una muerte segura.

Ambos gritaron horrorizados durante los escasos segundos que sus cuerpos emplearon en caer a toda velocidad, hasta hundirse en las agitadas aguas del arroyo.

Los tres hombres llegaron corriendo hasta la barandilla, tras presenciar el dantesco desenlace, y se asomaron al vacío sabedores de que era imposible que aquellos dos niños pudieran haber sobrevivido a la caída o, en el mejor de los casos, a la fuerza del agua que los arrastraba con violencia.

La oscuridad nublaba la mente de Roberto mientras, a lo lejos, se repetía el parpadeo de cientos de puntos luminosos que denotaban que este seguía en otro plano distinto al terrenal. La sesión con la terapeuta no había terminado aún y el sargento notaba cómo las luces iban acercándose a gran velocidad, hasta que un potente haz de luz le cegó nuevamente.

.  
. .  
.

Roberto abrió ligeramente los ojos, notando que el agua salpicaba su cara. No podía moverse y se limitaba a ver fluir el agua a su derecha, arrastrando ramas y troncos de árboles a su paso.

El pequeño no sabía dónde se encontraba ni qué había sucedido. Le dolía la cabeza, pero no tenía fuerzas ni para llevarse las manos a la herida que, en su frente, emanaba una pequeña cantidad de sangre que resbalaba por su cara y teñía de rojo su visión.

El sonido de varios coches circulando no muy lejos de él y el fuerte silbido de un tren hicieron que Roberto fijara la vista a su derecha y tomara conciencia de dónde estaba. Desde su posición podía ver la vieja casona donde residían los abuelos de sus amigos, justo encima del antiguo economato de la época minera, vislumbrando entre la niebla a un grupo de personas que se acercaban corriendo, guiadas por su amigo.

Roberto respiró aliviado al ver que Álex no había perecido en la caída que habían sufrido en el interior de la mina y se encontraba sano y salvo.

El dolor de cabeza aumentó sobremanera haciendo que el niño notara una desagradable sensación de calor subiéndole desde el estómago, mientras cerraba sus ojos sin poder ofrecer resistencia.

## 23

—Sigue mi voz, Roberto. Sigue mi voz —repetía Nieves con voz afable mientras él, en el sofá, comenzaba a desperezarse como quien lo hace tras una larga siesta, mirando con extrañeza su entorno y a la mujer que le susurraba a su lado.

Tras enderezar su cuerpo y desentumecer ligeramente sus hombros, el sargento sonrió a la terapeuta.

—¡Buf!, —resopló Roberto con los ojos abiertos como platos—. Ha sido algo increíble, Nieves.

La doctora asintió.

—No me sorprende que hayas empezado a recordar vivencias de tu infancia desde que has vuelto a Asturias y más concretamente desde que andas visitando los parajes cercanos a vuestra casa familiar.

—¿Quieres decir que, de alguna manera, has podido enterarte de los recuerdos que he revivido?

—No he podido enterarme de todo, lógicamente, pero ha habido momentos en los que te comunicabas con tus amigos y varios fragmentos de esos diálogos los has pronunciado en voz alta.

—Increíble, Nieves. Simple y llanamente increíble. Siempre he tenido curiosidad por saber si las sesiones de hipnosis eran algo real o una falacia destinada a engañar a la gente, pero ahora veo con asombro y fascinación que no sólo no son un engaño bobo, sino que además tienen un uso real que se puede aplicar a solucionar traumas pasados, o al menos a intentar solventarlos.

—Roberto, ¿eres consciente de todo lo que has revivido? ¿Que llevas más de veinte años con un recuerdo bloqueado dentro de tu cabeza?

—Es más de lo que comentas. Estoy seguro de que ese recuerdo que he recuperado puede permitirme entender parte de lo que estoy investigando en estos momentos. Tengo que ponerme en marcha ahora mismo y documentar todo lo que he recordado para extraer el máximo de información sobre algo concreto que he visto al final.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿verdad?

—Por supuesto. No dudes en que, si necesito comentar algo o realizar otra sesión, me pondré en contacto contigo —respondió mientras se levantaba del sofá.

—Roberto, déjame decirte una cosa más antes de que te vayas —añadió la terapeuta con voz suave y preocupada mientras tomaba la mano del apuesto sargento entre las suyas.

—Dime, Nieves.

—Por lo que decías en las visiones que has tenido, me ha parecido que corrías peligro y, al decirme que tal vez esté relacionado con el caso que llevas entre manos, temo que puedas reencontrarte con algo o alguien que quiera hacerte daño. Ten mucho cuidado y llámame si

necesitas ayuda, por favor.

—Descuida, lo haré —sentenció el sargento mientras soltaba su mano y abría la puerta para marcharse.

Nada más salir del edificio, Roberto consultó la hora en su reloj y puesto que pasaban las dos de la tarde y empezaba a sentir hambre, recordó que le habían hablado de un restaurante de cocina tradicional asturiana que estaba cerca, en el cruce de las calles Fruela y San Francisco, por lo que giró a la izquierda y caminó tranquilamente hasta llegar a la calle Uría. Mientras esperaba a que el semáforo se pusiera en verde para los peatones, observó una motocicleta que le resultaba familiar, estacionada junto al quiosco que se encontraba al lado del calendario floral del Paseo de los Álamos.

Sin lugar a dudas se trataba de una de las motocicletas que Roberto había visto en su última visita a Miravalles, si bien no había podido ver la matrícula en aquella ocasión.

El sargento buscó sin éxito a su conductor y cruzó la calle cuando el semáforo indicó que los peatones podían avanzar, continuando su marcha calle abajo.

Cuando llegó a la siguiente intersección, justo antes de llegar al restaurante, Roberto escuchó el inconfundible sonido del motor bóxer de dos cilindros de BMW y, sin girar la cabeza, vio por el rabillo del ojo el reflejo de la moto en el escaparate de una tienda próxima.

«Es imposible que sea una coincidencia», pensó Roberto mientras abría la puerta del restaurante y esperaba a que le asignaran una mesa libre.

Fuera, subido en la moto, el hombre hablaba por teléfono mediante el sistema de manos libres bluetooth que llevaba integrado en el casco de color negro, sin saber que Roberto se había dado cuenta de que le seguía y le observaba desde su mesa, parapetado tras la carta que tenía serigrafiada una imagen de Don Pelayo sobre el nombre del restaurante.

—Ha salido de un bloque residencial de Oviedo, señor —dijo el motorista a su interlocutor.

—Entendido. Sígame a distancia y manténgame informado.

—Recibido, señor.

Una hora después, Roberto salía del restaurante en busca de su coche, aparcado poco antes de llegar a la calle Pozos, atento por si el motorista decidía seguirle.

Cuando llegó al coche, la moto se quedó más atrás intentando ocultarse tras la marquesina de la parada de autobuses, pero ya era tarde puesto que Roberto la tenía controlada desde el principio.

El sargento subió a su vehículo y, tras abrocharse el cinturón y girar la llave para encender el motor, inició la marcha camino de Santa Ana y Los Cargaderos.

Como no tenía el más mínimo interés en mostrarle a su perseguidor lo que pensaba hacer aquella tarde, Roberto condujo lentamente hasta llegar a la primera confluencia que vio cargada de tráfico y, cuando parecía que iba a aminorar hasta detenerse frente al semáforo en rojo, apretó a fondo el acelerador saltándose la intersección.

El motorista, al que Roberto había pillado completamente desprevenido, perdió de vista el coche al no poder cruzar la amplia avenida hasta pasados unos segundos, cuando Roberto ya había enfilado la Ronda Sur camino de vuelta a casa.

El Ford Focus avanzaba con decisión por la nueva carretera AS-112, en dirección a Santa Ana, con un Roberto al volante que no dejaba de pensar en lo sucedido escasos minutos antes.

Sabía que se había convertido en objetivo de quienes fueran aquellos que le habían seguido y que, con toda seguridad, estaban tras el asesinato de su amigo de la infancia.

Cuando llegó a la altura del caserón que había a pie de carretera en Los Cargaderos, giró a la derecha e inició un leve descenso por la rampa de tierra que permitía a los vecinos entrar con sus vehículos hasta las cocheras que había en la parte trasera, junto a los viejos gallineros, dejando atrás la zona de columpios donde jugaba de pequeño con Juan Luis y el resto de sus amigos.

«De esa manera el coche quedará oculto a la vista desde la carretera y nadie podrá encontrarme, en el hipotético caso de que la misteriosa moto me haya podido seguir», pensó Roberto mientras descendía del vehículo.

El sargento avanzó decidido bajo las ventanas del edificio para subir por las escaleras que estaban colocadas en la esquina derecha del mismo, al lado del acceso a los trasteros.

Roberto miró a izquierda y derecha y cuando hubo pasado el último de los vehículos que transitaba por la carretera, concretamente un autocar de la compañía ALSA, cruzó rápidamente la calzada y se dirigió al viejo molino para poder descender por la escalerilla de madera hasta el cauce del riachuelo.

Aunque ya había dado una vuelta para curiosear cuando llegó desde Barcelona, Roberto no paraba de visualizar los recuerdos que Nieves había ayudado a aflorar en su mente, así que se dirigió hacia el río pasando a través de la canalización que encauzaba las aguas bajo la carretera y la vía del tren.

Una vez hubo cruzado y llegado hasta el río, si bien el entorno había cambiado sustancialmente por el paso de los años, vio que aquel era el lugar aproximado donde había perdido la consciencia en el recuerdo que había revivido horas antes.

Volvió sobre sus pasos con la idea de visitar la entrada de la mina nuevamente, pero al llegar al molino recordó cómo había pescado una gran trucha asalmonada con su padre cuando era pequeño en el interior del mismo.

Seguramente esta había escapado de la piscifactoría siendo un alevín que, tras crecer en las pozas que había entre la piscifactoría y el molino, cayó desde la reguera que llevaba agua a la rueda del molino, quedando atrapada en su interior debido a la poca profundidad que había en aquel momento bajo este.

En cualquier caso, la cuestión era que Roberto recordaba aquella anécdota de haberla visto varias veces en la televisión gracias a que su padre registraba todo en vídeo, durante aquellos años, con su grabadora Sony Betacam.

El sargento quiso recordar con más detalle aquella historia y accedió a la parte baja del molino, notando en su cara la corriente de aire que producía el agua al caer violentamente desde la parte superior hasta la rueda dentada que transmitía el movimiento a la piedra de moler.

El sargento respiró hondo, embriagándose de los olores que le transportan a su niñez, y justo cuando se disponía a dar media vuelta para salir de allí y proseguir con la investigación, reparó en algo que se agitaba rítmicamente a causa del movimiento del agua.

Intrigado, se acercó a la pared y vio con asombro que no se trataba de un conjunto de bolsas de plástico enredadas en una piedra, como había imaginado en primera instancia, sino que se trataba de un pequeño paquete de color marrón del que se había desprendido un trozo de cinta de embalar que serpentea a cada envite del agua.

El sargento recogió el pequeño bulto e intentó abrirlo tirando de la cinta que se había despegado, pero esta se resistía sobremanera ya que lo envolvía con varias vueltas y ello hizo que Roberto se decidiera a utilizar la navaja multiusos Victorinox que llevaba guardada en una funda de cuero, amarrada a su cinturón.

Tras abrir la pequeña hoja de la navaja, Roberto practicó un corte transversal en la parte superior del paquete e introdujo los dedos pulgar e índice, a modo de pinza, para retirar el pequeño objeto que aguardaba en su interior envuelto en una suave tela aterciopelada.

El sargento apoyó la tela sobre la palma de su mano izquierda mientras desdoblaba uno a uno los cuatro picos de tela que cubrían lo que fuera que hubiera dentro, dejando ver un pequeño medallón de color rojo de unos cinco centímetros de diámetro. Inmediatamente volvió a proteger el misterioso objeto con la tela para evitar que este se mojase con el agua vaporizada que caía desde la reguera.

«Sin lugar a dudas Álex debió sobrevivir al disparo durante bastante tiempo si pudo esconder el paquete bajo el molino, antes de seguir siendo arrastrado por el agua hasta el punto donde localizaron su cadáver», pensó Roberto mientras echaba un vistazo riera abajo, en dirección al río.

El sargento inició el ascenso por la maltrecha escalera tomando la precaución, antes de ascender completamente, de mirar con disimulo hacia la carretera por si los hombres que le acechaban hubieran supuesto que podría haberse dirigido a los alrededores de la mina.

Al no ver a nadie próximo a su posición, el sargento se dirigió raudo y veloz a su coche, aparcado al otro lado de la carretera, mientras sujetaba fuertemente el pequeño medallón en su mano.

Encendió el motor de su vehículo y seguidamente pulsó el botón de desempañado de luna delantera, esperando pacientemente unos segundos a que el aire acondicionado retirase el vaho que empañaba el cristal. La temperatura había bajado varios grados y el contraste que se producía en el interior del vehículo propiciaba dicha situación.

Ya en el hotel, Roberto repitió el proceso que había realizado días atrás cuando encontró el estuche de cuero en la ermita de Miravalles, encendiendo la lamparita del escritorio y depositando con sumo cuidado el medallón, aún envuelto en la tela.

El sargento se sentó frente a él, acercando la silla al escritorio, y desplegó la tela por las cuatro puntas dejando a la vista el medallón. Acto seguido acercó la lámpara, para observarlo con

más detalle, quedando maravillado por el brillo rojizo con el que este refulgía al ser bañado por la blanca luz que emitía el flexo.

El medallón, de forma redondeada, tenía los bordes dorados si bien estaban algo ennegrecidos. La encargada de reflejar la luz de la lámpara era una cruz de color rojo situada en el centro, seguramente confeccionada con rubíes o espinelas. Roberto no pudo precisarlo con seguridad ya que, incluso para muchos orfebres, era un ejercicio hartamente complicado debido ya no sólo por su color, sino por su dureza.

El sargento aún recordaba la historia que le contó el joyero al que le compró el anillo de compromiso para su amada y difunta esposa acerca de que, al parecer, las mismísimas joyas de la corona británica estaban confeccionadas con espinelas en lugar de rubíes a causa de haber sido confundidas por los orfebres que las engarzaron.

Tras pasar el paño de terciopelo por encima, Roberto entrecerró un poco los ojos mientras se fijaba en unos grabados que había en el borde dorado que rodeaba la roja cruz.

—“ *NON NOBIS DOMINE, NON NOBIS, SED NOMINI TUO DA GLORIAM*” . —Leyó Roberto en voz alta, mientras se giraba bruscamente para alcanzar la libreta que había dejado previamente sobre la mesa, ya que esa frase parecía ser la misma que estaba tatuada sobre la piel de su amigo Álex.

Ansioso, pasó rápidamente las páginas de notas hasta llegar a la última donde, efectivamente, estaba escrita la misma oración.

El sargento sacó su teléfono del bolsillo del pantalón e introdujo una a una las palabras en el recuadro de búsqueda del navegador.

Tras pulsar la tecla de confirmación, numerosas fotografías relacionadas con la Orden del Temple, y textos relacionados con ella, aparecieron en la pantalla de su teléfono. Roberto pulsó sobre el primer enlace que hacía referencia al texto citado, mostrando su traducción del latín.

—NO PARA NOSOTROS SEÑOR, NO PARA NOSOTROS, SINO PARA LA GLORIA DE TU NOMBRE —repitió el sargento varias veces mientras deslizaba con su dedo pulgar la pantalla del teléfono, haciendo que apareciera más información relacionada con la Orden y con aquella cita.

La pantalla del teléfono indicaba que se trataba de uno de los lemas más conocidos de la misteriosa Orden del Temple, apareciendo estos en la Biblia, en los versículos de los Salmos 115, concretamente.

Roberto se preguntaba qué relación podía haber entre el escrito grabado en el medallón y el mismo lema tatuado sobre la piel de su amigo.

«¿Se habría vuelto loco Álex investigando viejas leyendas? ¿Existiría la Orden del Temple y su amigo se había convertido en miembro de la misma?», se preguntaba Roberto incesantemente.

Por desgracia el sargento no podía ir a visitar al conservador Garrido, la persona que teóricamente estaba más preparada para ayudarlo, ya que le había visto junto a los hombres que le estaban siguiendo y no era de fiar, como pudo constatar en su visita al museo.

Necesitaba encontrar a alguien lo suficientemente versado en la materia con quien poder hablar del tema, sin correr el riesgo de que la información llegase a oídos de sus enemigos.

Tras quedarse varios minutos absorto mirando el teléfono móvil que tenía entre las manos, mientras pensaba qué acciones emprender, Roberto consultó por inercia su correo electrónico y su vista se posó en el último mensaje que había llegado a su bandeja de entrada.

—Ruta Romana-Medieval. ¡Apuntaos indicando nombre y apellido! —exclamó Roberto poniéndose de pie mientras recordaba las visitas guiadas que alguna vez había contratado en Barcelona— ¡Claro, Mireia puede ayudarme!

Una bandada de palomas alzó el vuelo de forma repentina, asustando a un grupo de turistas que esperaban pacientemente en la parada del autobús que realizaba varias rutas guiadas por la ciudad de Barcelona.

El día había amanecido fresco, pero poco a poco el sol fue elevando la temperatura hasta alcanzar unos confortables veintiséis grados centígrados, muy propios de la época pre otoñal en la capital catalana.

Varios metros más abajo un heterogéneo grupo de personas parecía esperar a alguien, a tenor de las miradas nerviosas que consultaban sus relojes y giraban sus cabezas de izquierda a derecha continuamente, hasta que uno de ellos exclamó:

—¡Ya viene Zoltan!

Las personas se arremolinaron alrededor del curioso personaje que acababa de llegar, ataviado con una elegante chaqueta azul marino con botones dorados, a modo de casaca militar, que contrastaba sobremanera con unos raídos pantalones vaqueros, un fino pañuelo azul celeste cubriendo su cuello y una moderna boina de color beige, de las que recordaban vagamente a los deshollinadores.

El recién llegado sacó una lista de su carpeta y pasó revista, como si de una excursión de colegio se tratase.

Tras verificar que todos los miembros de la lista estaban presentes y estrechar la mano de cada uno de ellos, iniciaron juntos la marcha bajando por la calle Madremanyá, que los llevaría a visitar varias localizaciones interesantes y desconocidas por la gran mayoría de barceloneses.

Roberto siguió al nutrido grupo, que avanzaba siguiendo al guía, sin querer aparentar ser el típico oportunista que se acopla a una visita guiada sin haber pagado los servicios ofertados, por lo que se apartó una decena de metros de ellos prudentemente. Quería estudiar al guía antes de decidirse a hablar con él ya que no era la persona que esperaba hallar.

La comitiva se detuvo en la plaza de la villa de Madrid, desde donde la gente se podía asomar a la barandilla para ver las tumbas de la vía sepulcral romana, que comunicaba la antigua colonia Barcino con lo que hoy en día es el barrio de Sarriá.

Roberto observó con entusiasmo las tumbas dispuestas a cada lado de lo que fue la antigua vía romana durante los siglos I y III.

El guía explicaba que, gracias a las riadas repetidas a lo largo de los siglos, la necrópolis quedó enterrada y conservada hasta que ya en nuestro siglo se localizó y desenterró, para deleite de historiadores y curiosos.

Tras más de dos horas y media de camino en las que Roberto y el resto del grupo visitaron, entre otras muchas localizaciones, los restos del acueducto que aportaba agua a la ciudad en

tiempos romanos o las columnas del Templo de Augusto, que se alzaban ocultas en el interior de un antiguo patio medieval de la calle Paradís, llegaron a los alrededores de la catedral de Barcelona, donde Zoltan localizó varios símbolos relacionados con la masonería y dio rienda suelta a las historias que se cuentan sobre los pozos de agua existentes bajo la catedral y las líneas de energía telúrica <sup>13</sup> que, en teoría, discurren por el subsuelo de Barcelona, si bien la mayoría de las personas no advierten la supuesta energía que podría explicar el por qué en numerosas antiguas civilizaciones ciertos lugares eran considerados sagrados.

El último emplazamiento visitado aquella mañana fue la iglesia de Santa Ana. Una antigua edificación que pasaba inadvertida para los transeúntes que avanzaban por la calle mirando su teléfono móvil, ajenos a lo que se ocultaba tras el portal del número veintinueve de la calle que le da nombre.

Roberto caminaba por el precioso claustro del monasterio, ensimismado por la belleza arquitectónica del lugar y la cuidada vegetación que crecía en su interior, mientras Zoltan comentaba los muchos y singulares detalles de aquella preciosa edificación.

—La Orden del Santo Sepulcro de Jerusalén — explicaba Zoltan situándose de espaldas a las columnas del claustro—, envió monjes en el año 1141 con el objetivo de establecerse en la ciudad de Barcelona, pero también en el resto de la península ibérica, y tras varios siglos, en 1489, se suprimió definitivamente siendo incorporada a la Orden del Hospital, si bien el monasterio de Santa Ana continuó llamándose del Santo Sepulcro.

Tras una pequeña pausa para beber agua de la botella que Zoltan portaba en su mano, uno de los oyentes levantó la mano.

—Zoltan, disculpa. Cuando mencionas la Orden del Santo Sepulcro, ¿te refieres a los caballeros templarios? —preguntó el joven algo nervioso por haber interrumpido la charla.

Zoltan sonrió y se recolocó la boina.

—No. Eran caballeros, como su nombre indica, pero no templarios. La Orden de Caballería del Santo Sepulcro era una hermandad **católica** con origen en Godofredo de Bouillón, que fue el principal líder de la Primera Cruzada. La Orden se inició como una confraternidad mixta, clerical y laica, de peregrinos que fue expandiéndose alrededor de los Santos Lugares cristianos de Oriente Medio, tales como el Santo Sepulcro, allá por el año 1099, siendo reconocida como la Orden de Caballería más antigua del mundo. El objetivo primordial de esta era el de proteger el Santo Sepulcro de los infieles mediante la ayuda de una cincuentena de caballeros, siendo Balduino I de Jerusalén quien la confirió de su primer reglamento, que sería imitado por las órdenes del Temple y el Hospital posteriormente.

Roberto escuchaba con atención, al igual que el resto de personas congregadas en el recinto, metido de lleno en la historia que aquel guía contaba con tanta pasión y entrega.

—La Orden del Temple, prosiguió Zoltan, se fundó aproximadamente en el año 1118 o 1119 sin que quede muy claro el año exacto, pero como veis, es unos veinte años posterior a la del Santo Sepulcro que nos ocupa.

Zoltan dio un giro de trescientos sesenta grados, extendiendo ambos brazos, para señalar todos los rincones mientras proseguía con su explicación.

—La simbología de la Orden está presente por toda la Iglesia y el claustro, donde podemos

encontrar la cruz templaria de Caravaca o del Santo Sepulcro, ya sabéis, la cruz patriarcal de doble brazo horizontal.

Todos los asistentes asintieron mientras buscaban con la mirada la cruz y el resto de detalles que Zoltan les comentaba, para acabar saliendo finalmente del recinto y dar por finalizada la visita.

Fue en ese momento, al despedirse Zoltan del último de los integrantes de la comitiva, cuando Roberto se acercó al guía y se presentó como sargento de la Guardia Civil, de forma disimulada.

Zoltan observó con detenimiento la placa que le mostraba el misterioso hombre que acababa de abordarle y sonrió amistosamente.

—Encantado, mi nombre es Zoltan Rakuljic. —Se presentó el joven—. Dígame, sargento, ¿Qué puede necesitar la Guardia Civil de un humilde fotoperiodista e historiador como yo?

—Ante todo, disculpe por la forma poco ortodoxa en la que me he dirigido a usted, señor Rakuljic.

—Llámeme Zoltan, por favor —cortó el joven tratando de romper el hielo.

—Zoltan, de acuerdo. ¿Es usted húngaro, por casualidad?

—Casi acierta. De Rumanía —respondió con afabilidad el joven— ¿Lo dice por el nombre? Mi madre era húngara y mi padre croata, de ahí el apellido Rakuljic.

—Como decía —prosiguió Roberto— trabajo en un caso que podría tener relación directa con la Orden del Temple y necesito comentar ciertas dudas con alguien totalmente ajeno a la investigación, por ciertos motivos que no puedo revelar en estos momentos. Hace ya algún tiempo os acompañé en alguna de las visitas guiadas que realiza vuestro grupo, con una chica rubia. Mireia si no recuerdo mal.

—Correcto. Mireia alterna conmigo algunas visitas, dependiendo de la temática de cada una de ellas —dijo Zoltan.

—Recuerdo que en alguna de aquellas salidas en las que participé, el grado de conocimiento demostrado por ella era altísimo y confiaba en que pudiera ayudarme.

—Sin duda alguna, sargento, pero lamentándolo mucho Mireia no podrá ayudarle ya que ha dado a luz recientemente y se encuentra de baja maternal y bastante atareada, como podrá imaginar.

La expresión de Roberto cambió drásticamente, siendo esto advertido por su interlocutor que rápidamente se ofreció para ayudarle.

—No se preocupe, sargento. Si bien Mireia está muy versada en temas relacionados con la ciudad de Barcelona, mi fuerte es justamente la edad media y todo lo relacionado con su arte e historia. A parte de fotoperiodista, escritor e historiador —Zoltan hizo una pausa para coger aire—, también soy licenciado en antropología, especializado en la antropología de la religión, concretamente. Siéntase en confianza de solicitarme todo lo que necesite para el caso que investiga. ¿Está directamente relacionado con los templarios?

Roberto asintió aliviado, pero antes de poder contestar fue interrumpido nuevamente por Zoltan, mientras este iniciaba la marcha por las estrechas calles del casco antiguo de Barcelona.

—La Orden de los Caballeros Templarios —prosiguió Zoltan— ha suscitado gran cantidad de mitos, leyendas e historias debido a que esta antigua orden de caballería posee todos los

elementos para resultar atractiva e intrigante, a saber, austeridad, firmeza en sus convicciones y en su fe, sabiduría y, sobre todo, por lo heroico de sus actos y el gran poder que llegaron a ostentar.

El sargento caminaba al lado de Zoltan, prestando atención a su explicación.

—Los templarios fueron perseguidos y masacrados por motivos más económicos y políticos que religiosos, aunque la principal causa del proceso fuera, a ojos del público, su supuesta conducta herética, que los llevó a ser acusados de adorar a una misteriosa figura apodada Baphomet.

—¿Baphomet? —preguntó Roberto—. ¿El diablo?

—No exactamente. Si bien hoy en día se da por hecho que es un demonio, la verdad difiere bastante de la creencia popular. Una de las más arraigadas leyendas populares sobre los Caballeros de la Orden del Temple, es la que nos cuenta que adoraban a una especie de cabeza adornada con cuernos, de ojos vivos como el fuego y larga barba puntiaguda, a la que llamaban Baphomet, como decía antes. Tanto Felipe IV como el papa Clemente V usaron este argumento para disolver la orden y enviar a sus principales miembros a la hoguera, pero no hay que olvidar, sargento, que este tipo de confesiones solían obtenerse por medio de prolongadas y crueles torturas, y que muchas de las cosas que terminaron “confesando” los templarios carecían completamente de fundamento.

—Las cosas han cambiado bastante con el tiempo, por fortuna —dijo Roberto con una sonrisa burlona.

—Sí, me gustaría pensar que sí, sargento.

—Roberto, por favor. Sin formalismos —indicó el sargento, al igual que hiciera antes su interlocutor.

—De acuerdo, Roberto —sonrió Zoltan—. Como decía, ante la desesperación y las falsas promesas de terminar con su sufrimiento si confesaban, se llegaron a escuchar historias conforme debían ponerse su hábito para escupir posteriormente a la cruz, o que los novicios debían besar todos los orificios corporales del Gran Maestro antes de ingresar en la orden. Dejando de lado las tramas políticas que llevaron a la desaparición de la Orden, lo que no queda claro es si la figura de Baphomet fue un invento de las autoridades inquisidoras, para acusar a los templarios de herejía, o si fue algo real puesto que incluso se le llega a citar en los antiquísimos manuscritos del Mar Muerto.

—Empiezo a pensar que sé menos de lo que creía conocer sobre los templarios, Zoltan. ¿Textos del Mar Muerto dices?

—Exacto. Verás, en abril de 1947, en Qumrán, una zona cercana a las riberas de dicho mar, un joven pastor beduino recogía su rebaño cuando descubrió una grieta entre las rocas, que resultó ser una cueva. Al día siguiente, cuando el pastor decidió adentrarse en ella, no podía imaginarse que estaba a punto de protagonizar uno de los más grandes descubrimientos arqueológicos del siglo XX, ya que en aquella cueva se localizaron varios manuscritos que parecían ser muy antiguos. Durante los siguientes años se llevaron a cabo diferentes excavaciones en el lugar, encontrando centenares de pergaminos escritos principalmente en hebreo y arameo, aunque también en griego, entre el siglo III antes de Cristo y el año sesenta y ocho. ¿Quiénes pudieron ser sus autores?

Zoltan hizo una breve pausa mientras alzaba su barbilla queriendo mantener álgido el interés que había despertado en el sargento.

—A principios del primer siglo de nuestra era, las tres grandes comunidades entre los judíos eran los saduceos, los fariseos y los esenios. Nuestra atención, Roberto, recae en el tercer grupo. Los esenios. Estos formaban una pequeña comunidad, cerrada y fanática, de judíos piadosos que consideraban impuro el culto del Templo y se creían los últimos depositarios de la Alianza en una sociedad que veían cada vez más paganizada. Una fracción de esos esenios consideró oportuno separarse de la matriz palestina y, dirigidos por el Maestro Justo, emigraron al desierto de Qumrán a la espera de la próxima llegada de Dios.

Zoltan detuvo su explicación para esperar a Roberto, que se había quedado rezagado a causa de un grupo de cicloturistas que invadían totalmente la estrecha calle Palma de Sant Just.

—Este subgrupo de esenios se enmarcaba en esa corriente o espíritu apocalíptico que recorría la Palestina de hace unos dos mil años, de la mano de mesías itinerantes, tal como podría haberlo sido el mismísimo Jesús de Nazaret. Los manuscritos del Mar Muerto —prosiguió Zoltan— se clasifican en bíblicos, apócrifos<sup>14</sup> y sectarios. Su descubrimiento suscitó un interés mayúsculo ya que, tratándose de textos escritos por una secta judía de hace más de dos mil años, algunas de las prácticas en ellos mencionadas parecían guardar muchas similitudes con los primeros grupos cristianos conocidos y, por ende, podrían revelar secretos ocultos del mismísimo Jesús y por extensión, del cristianismo.

El joven historiador se detuvo frente a una fuente pública, de las muchas que nutren a Barcelona, y tras beber durante varios segundos se irguió de nuevo y prosiguió su relato.

—Respecto al canon bíblico, los manuscritos se muestran muy similares a la versión actual del Antiguo Testamento, basada en la traducción griega de los Setenta, ya sabes, la Biblia Griega. Por otra parte, en los textos sectarios se encuentran prácticas y expresiones que recuerdan a las de un cristianismo primitivo, reflejando de esa forma la influencia esenia en el evangelio de San Juan.

—Entonces Zoltan, ¿fue Jesús un esenio? —preguntó el sargento asombrado.

—Bueno, discúlpame Roberto. Me he emocionado y me he alejado un poco del tema. Retomando lo que te comentaba de la cabeza de Baphomet, algunas teorías sostienen que quizá pudo tratarse de algún tipo de conocimiento que habría podido poner en peligro los cimientos del catolicismo y no de una entidad maligna o deidad en sí. Más bien una corriente filosófica que tal vez influyese al mismísimo Jesús de Nazaret. En los textos apócrifos del Mar Muerto hay numerosas alusiones a esta palabra que, si usamos el código hebreo “atbash”, consistente en reemplazar cada letra por su opuesta en el abecedario, obtendremos de Baphomet la palabra Sophia.

—El conocimiento —sentenció Roberto, recordando el libro “El mundo de Sofia”, que había leído de joven en la asignatura de filosofía, por indicación de su profesor, cuando estudiaba el Curso de Orientación Universitaria del último año de instituto.

—Efectivamente. —Le sonrió Zoltan—. Otras teorías nos hablan de que quizá era una prueba de la conversión al islam de los templarios, ya que Baphomet se trata una palabra que proviene del francés antiguo y que significa “Mahoma“. Lo cierto es que los templarios bien

podieron aceptar algunas normas del islamismo, por su prolongada estancia en Tierra Santa debido a que, recordemos, estuvieron allí instalados desde la Primera Cruzada, pero nunca abandonaron el catolicismo, sino más bien todo lo contrario.

—Y dices que lo que les ocurrió no fue por religión y fanatismos sino por lo mismo que hoy en día mueve el mundo, ¿verdad?

—Bonita forma de describirlo Roberto. Exactamente. Por dinero. El objetivo de esta purga fueron las riquezas y reliquias que habían ido acumulando los templarios durante su corta pero fructífera existencia. No debemos olvidar que los templarios, a pesar de respetar el voto de pobreza y austeridad, llegaron a ser una potente entidad financiera internacional. Ni el rey Felipe el Hermoso ni el Vaticano, representado por Clemente V, vieron esto con buenos ojos. Jean de Chalons confesó, tras sufrir terribles torturas, que cincuenta hermanos caballeros templarios habían conseguido escapar de las detenciones, y que marcharon en dirección al puerto de La Rochelle portando gran parte del tesoro que se les atribuía para esconderlo en algún puerto seguro. Una vez este fue repartido en dieciocho buques, las naves partieron con rumbo desconocido y si bien a día de hoy conocemos el destino de aquellas naves templarias, así como algunos sucesos protagonizados por los templarios en lugares tan dispares como Escocia o Portugal, seguimos ignorando el lugar donde lo escondieron o qué componía aquel fabuloso tesoro.

—¿Riquezas? ¿Secretos? ¿Poder? —inquirió expectante Roberto.

—Con toda seguridad, la mayor parte de este tesoro eran los conocimientos que habían ido adquiriendo durante sus viajes, así como durante sus numerosos contactos con otras culturas y religiones mientras estuvieron asentados en Tierra Santa. También se ha especulado mucho sobre el hecho de que custodiasen reliquias como la Mesa de Salomón, el Arca de la Alianza o incluso el Santo Grial. Pero todo esto, al menos de momento, no son más que conjeturas y morralla para adornar una historia que, ya de por sí, tiene paja de sobra. Sin embargo, Roberto, uno de los mayores tesoros que poseyeron los templarios fue el conocimiento de una tierra más allá del Atlántico, una tierra que sería “descubierta” oficialmente mucho después.

—¿El continente americano? —preguntó el sargento incrédulo, ya que jamás había escuchado tal aseveración.

—Así es Roberto. La primera pista sobre los viajes de templarios al nuevo continente la podemos encontrar en la capilla de Rosslyn, erigida por el Conde Saint Clair, en la que encontramos algunas mazorcas de maíz talladas como adornos. Esta es una de las muchas pruebas que sustentan el relato del príncipe escocés Henry Saint Clair, quien decía haber viajado con los hermanos Zeno, unos expertos navegantes de origen veneciano, al continente americano con la intención de fundar una colonia acompañados por una tripulación de 300 hombres, para regresar posteriormente, la primavera de 1399, a Escocia, mucho antes del descubrimiento oficial llevado a cabo por Cristóbal Colón en 1492 para la Corona Española.

—Rosslyn. ¿La misma que aparece en la novela del Código Da Vinci?

—Exacto. No debió caberles en el metraje original, porque de lo contrario hubiera aportado más datos y controversia a la historia, ya revuelta sobremanera por el autor de la misma.

—Me resulta increíble que fueran los templarios quienes hubieran descubierto América en lugar de Cristóbal Colón —dijo Roberto cabizbajo tras enterarse de la noticia.

—Pues si te cuesta creer eso, tal vez debas saber que ese viaje tampoco fue el del descubrimiento, ya que, según otros indicios, los templarios arribaron a las lejanas costas del nuevo mundo alrededor del año 1272 y a las de México en el año 1307. Existe un sello fechado en 1214, cuyo lema reza Secretum Templi, y en el que podemos ver a un hombre extrañamente ataviado con lo que parece ser un curioso adorno de plumas y también podemos ver a un personaje parecido a lo que sería un indio americano con grandes orejas, representado en un lateral de la Catedral de Borgoña. Quizá fueron las riquezas conseguidas allende los mares la clave de su rápida y meteórica expansión y también la baza para convertirse en un competidor económico para Francia, al menos en la mente de Felipe el Hermoso.

El sargento escuchaba absorto todo lo que Zoltan le explicaba, preguntándose por qué no se mencionaba todo aquello en los libros de texto de los colegios cuando se estudiaba el tema del descubrimiento de América. Realmente aquel hombre estaba muy versado en la materia y ello satisfacía a Roberto, que se alegraba de haber acudido a él para ponerse en sus manos.

Zoltan se detuvo frente a una moderna verja de hierro que bloqueaba el paso a un estrecho callejón con puertas a ambos lados y, sonriente, invitó a pasar a Roberto al interior. Al fondo de dicho callejón, en el número 3 de la calle Timó, se alzaba una regia puerta de madera ennegrecida por el paso de los años que, enmarcada en un arco de piedra y debido a las transformaciones urbanas a las que se había visto sometido el casco antiguo barcelonés a lo largo de los siglos, quedaba más elevada que el suelo actual que pisaban ambos transeúntes.

Zoltan apoyó su espalda contra la pared y miró a Roberto con expresión divertida.

—Como veo que, a parte de la investigación, te atrae la historia y concretamente todo aquello que esté relacionado con la Orden del Temple, creí conveniente realizar una visita a la puerta que tenemos enfrente, ya que es un clásico en las salidas que organizamos en grupo.

Roberto escuchaba expectante sin saber a qué se refería Zoltan ya que, si bien había deambulado por aquella zona en numerosas ocasiones, nunca había reparado en aquel callejón ni en la misteriosa puerta que se escondía al fondo del mismo.

—Estamos ante la que se conoce como, la Puerta Templaria, que cruzaba la muralla hacia el exterior de Barcelona y a través de la que se accedía al Palacio del Temple, el cual acabó convirtiéndose en el Palacio Real Menor, finalmente derruido a mediados del siglo XIX, con la urbanización de la moderna Barcelona. Esta puerta fue construida por el rey Jaime I, quien fue férreamente educado por los templarios, como recompensa por la ayuda que los mismos caballeros le habían prestado en la conquista de los reinos de Mallorca, Valencia y Murcia.

—No tenía ni idea de la existencia de esta puerta y te puedo asegurar que he estado varias veces por aquí de paseo con mis amigos —dijo Roberto.

—Es muy común, Roberto. Piensa que la verja por la que hemos accedido suele estar cerrada para evitar vandalismos y si no se conoce la historia, lo único que vemos al pasar por la calle es una vieja puerta que podría ser una más de las de este callejón.

Tras unos minutos en los que Roberto inspeccionó la puerta, tratando de imaginar a los caballeros templarios accediendo a la Barcelona medieval, Zoltan se dirigió nuevamente a él con gesto serio.

—Dime, Roberto. Tras toda esta retahíla de historias, datos y leyendas acerca de la Orden,

¿en qué puedo ayudarte?

El sargento invitó a su compañero a que se sentara en el suelo, puesto que la explicación iba a durar bastante y ya llevaban demasiado rato en pie, y le explicó los detalles relacionados con la Orden del Temple que había descubierto en Asturias.

Cuando Roberto le explicó que la principal razón por la que no podía acudir a la persona con más voz para opinar sobre el tema en Asturias, el conservador del museo, debido a su posible implicación en el caso y que este le había asegurado que era del todo improbable la existencia pasada de caballeros templarios en las inmediaciones del valle allerano, Zoltan negó repetidamente con la cabeza en clara desaprobación, y justo cuando empezaba a articular palabra para replicar lo que el conservador le había dicho a Roberto, este introdujo su mano en el bolsillo de su chaqueta para extraer la tela que envolvía el medallón encontrado en el molino de agua de su familia.

Zoltan, sorprendido, cerró la boca antes de poder empezar el discurso que tenía preparado y miró con expectación lo que Roberto estaba a punto de mostrarle.

Cuando este retiró por completo la aterciopelada tela que protegía el medallón, Zoltan respiró profundamente y preguntó a Roberto si podía tomarlo en sus manos para inspeccionarlo con detenimiento, a lo que el sargento contestó afirmativamente.

—“*NON NOBIS DOMINE, NON NOBIS, SED NOMINI TUO DA GLORIAM*”. No para nosotros señor, no para nosotros, sino para la gloria de tu nombre.

Tradujo visiblemente emocionado el joven historiador, que no daba crédito al bello artefacto que descansaba sobre la palma de su mano.

Roberto asintió con la cabeza y Zoltan retomó la conversación que se había visto truncada cuando el sargento sacó de su bolsillo el medallón.

—Lo que te contaba el conservador, Roberto, podría tener sentido dada la poca documentación que ha llegado hasta nuestros días sobre los templarios. Pero cuando uno es historiador, y no un profano en la materia, sabe que lo que trataba de hacer ese hombre era disuadirte de que tu amigo pudiera tener cualquier implicación relacionada con la Orden del Temple, simplemente porque no le interesaba tenerte cerca investigando.

Una corriente de aire se alzó aullando mientras avanzaba por el estrecho callejón, levantando del suelo cuantiosas hojas que empezaban a caer de los árboles, fruto de la temporada otoñal que se avecinaba, e hizo que el momento se cargara de mística y romanticismo.

—Teniendo en cuenta las leyendas acerca de un gran tesoro perdido, sea material o de conocimientos, que cuentan que a mediados del siglo XIV una veintena de caballeros, ataviados con capas blancas como la nieve y una gran cruz roja en el centro adornándolas, fueron vistos por los valles asturianos escoltando dos carretas tiradas por caballos, empiezo a pensar que tal vez lo que pudieran transportar en ellas fuera algo más que víveres o armas.

Con el medallón en la mano, Zoltan inspeccionaba cada hendidura y grabado representado en el desgastado y maltrecho metal, deteniéndose en un momento dado y alzando la vista hacia el joven guardia civil que le miraba expectante.

—Creo que este medallón no es simplemente una joya, sino que más bien parece ser un artificio fabricado para abrir una puerta, arcón o lo que Dios quiera que pudiera ser. Fíjate en las

muecas y raspaduras que tiene alrededor el metal —indicó Zoltan, señalando una de las muchas muecas que se veían—. Una joya no tendría estas marcas y el simple paso de los siglos, por muy expuesto a las inclemencias del tiempo que estuviera, no producirían jamás este tipo de abrasiones.

—Suena a novela de aventuras, Zoltan. Yo imaginaba que el medallón podría formar parte del tesoro perdido de los templarios que acabó en Asturias escoltado, como decías, por esos caballeros que cuenta la leyenda.

—Es lo primero que cualquiera hubiera pensado dado el material del que está hecho, pero esas marcas inducen a pensar que pueda ser la herramienta necesaria para encontrar algo que va más allá de una simple y solitaria joya —adujo el historiador—. Lo que queda claro es que las leyendas son ciertas y que tal vez sí hubo asentamiento templario en aquella zona del norte de España o incluso tal vez una expedición camino de tierras gallegas.

—¿Tierras gallegas? —preguntó el sargento.

—Sí, Roberto. Una de las teorías acerca del tesoro templario, de las muchísimas que se cuentan, es la existencia de vínculos entre los templarios de Cambre e Israel ya que era habitual realizar viajes a Tierra Santa... hasta San Juan de Acre, en Israel. Por lo tanto, y contando Cambre con un importante puerto fluvial, es más que seguro que hubiese habido ese contacto directo con Jerusalén en el pasado —indicó Zoltan.

—¿Y qué podríamos encontrar allí? —preguntó Roberto, visiblemente intrigado por lo que relataba Zoltan.

—Cualquier cosa. Desde restos romanos a medievales, ya que el antiguo camino inglés discurría por aquella zona durante la época medieval y eso hizo que allí se asentara la orden templaria de O Burgo de Faro, a fin de guiar y proteger a los peregrinos, además de tener un papel muy importante en las cruzadas en una época en la que Compostela era la segunda Jerusalén —relataba Zoltan—. La importancia que tuvo fue tal que el nombre de la bailía de Burgo de Faro pervive en la toponimia mil años después.

Zoltan se detuvo unos segundos, echando de menos una fuente en la que poder saciar su sed y humedecer la garganta tras tanta explicación, y prosiguió.

—Este enclave ya era zona de paso en la antigüedad. De hecho, por allí pasaba con toda probabilidad la Vía XX romana o el ramal que unía esta zona con la Torre de Hércules. Desde muy antiguo ya era una vía de paso vinculada a la vía oficial romana. Además, junto al puente de O Burgo existía el puerto fluvial que te decía antes, del que probablemente queden vestigios de los malecones <sup>15</sup>, los estribos <sup>16</sup>, los muros, tajeas de evacuación <sup>17</sup> y accesos al puente, ya que en su momento debió de tener unos sistemas de acceso más extensos que los que quedan hoy día en pie —sentenció Zoltan—. Además de lo que te comento del Camino Inglés, a día de hoy existe otro elemento de gran relieve como es la iglesia de Santa María de O Temple, que parece ser se alza sobre lo que fue la bailía templaria.

—Disculpa Zoltan, pero desconozco a qué te refieres con una bailía. ¿Se trata de alguna construcción arquitectónica?

—Verás, Roberto, la bailía templaria funcionaba en aquella época como palacio, fortaleza y también hospital y su ubicación coincidiría con la de la actual iglesia de Santa María de O

Temple. De hecho, en la zona se aprecia un montículo con forma circular donde seguramente estaría la planta redondeada del castillo original. La historia ha dejado constancia de los últimos treinta y tres templarios de la bailía de Faro de los cuales no recuerdo sus nombres, como podrás comprender, pero sí que recuerdo que la lista empezaba por Lupo Pelagii, Fernando Nunii y Didaco Gomecii, todos ellos monjes templarios que residían en las diferentes posesiones que conformaban la bailía de Faro, al fondo de la ría de A Coruña.

A Roberto empezaban a bailarle fechas, nombres y localizaciones. Demasiada información en tan corto periodo de tiempo para un profano mientras Zoltan, que se percataba de ello, proseguía con su interesante explicación.

—Aquellos hombres aún no lo sabían, pero pasarían a la historia como los últimos templarios de Galicia. Sabemos sus nombres porque están recogidos en un edicto del arzobispo de Toledo que, siguiendo las determinaciones establecidas por el papa Clemente V, les ordenaba que se presentasen el 27 de abril de 1310 en Medina del Campo para declarar ya que sobre ellos pesaban acusaciones gravísimas, al igual que sobre el resto de miembros de la Orden.

—Por culpa del rey de Francia —puntualizó Roberto, que al menos tenía fresco ese dato.

—Exacto. Como hemos comentado antes todo comenzó en Francia el 13 de octubre de 1307, por orden del rey Felipe IV, cuando fueron detenidos casi todos los templarios franceses por ser considerados culpables de prácticas heréticas y homosexuales, si bien la realidad fue que quería hacerse con los bienes y la riqueza de la Orden del Temple y acabar con su poder y amenaza. En su actuación contó con el apoyo forzado del papa Clemente V, que dictó diversas bulas por las que ordenaba a los reyes cristianos detener de forma rápida y secreta a los templarios que viviesen en sus respectivos reinos para interrogarlos y probar si eran inocentes o culpables de los crímenes que se les imputaban. También ordenaba la confiscación de sus bienes y estableció que serían los obispos diocesanos los responsables de juzgarlos y de informarle después del resultado de sus pesquisas. Muchos acabaron quemados.

—¿En España se siguió el mismo mandato que en Francia? —preguntó Roberto.

—En los primeros meses de 1308 la mayoría de los templarios de los diversos reinos europeos ya estaban detenidos, resistiendo algunos aislados en sus castillos. En Francia muchos fueron torturados, declarados culpables y siendo quemados en hogueras, entre ellos el Gran Maestre Jacques de Molay, pero en la Corona de Castilla el proceso fue diferente. La Orden del Temple poseía en ella diversas encomiendas o bailías formadas por tierras, casas y fortalezas, algunas fuertemente fortificadas y, además, por su implicación en las guerras contra los musulmanes de Al-Ándalus, siempre habían contado con el favor de los Reyes Cristianos. En Galicia se establecieron a mediados del siglo XII en O Burgo, en el lugar en el que hoy está la iglesia de Santa María de O Temple, y progresivamente fueron ampliando sus posesiones creando la susodicha bailía de Faro, que llegaría a ser una de las de mayor importancia. En este contexto el rey Fernando IV de Castilla se lo tomó con calma y el cumplimiento de las órdenes del papa se dilató en el tiempo. La actitud, aparentemente tolerante, del rey permitió a los templarios castellano-leoneses y gallegos seguir en libertad e intentar negociar o disponer de tiempo para huir a zonas seguras, lejos de las garras del Papa y del rey Felipe IV.

—Así pues, una posibilidad sería que algún destacamento templario hubiera arribado a puerto seguro portando el misterioso tesoro, según la teoría que mencionas, ¿no? —preguntó el

sargento.

—Correcto. Pero existía un problema. Los barcos zarparon del puerto de La Rochelle, pero fueron perseguidos por orden del Rey, desconociendo el lugar donde pudieron atracar. Cuando el 13 de octubre de 1307 Felipe IV desató la persecución, la flota escapó del monarca y nunca más se supo de ella. No se sabe si se dispersó por las aguas, si se reagrupó en otro puerto o si perecieron en la huida, pero se cree firmemente que la flota huyó en bloque dirigiéndose a un destino oculto en busca de seguridad y asilo político. ¿América? como te comentaba antes, ¿Escocia, Sicilia, o Portugal? No se sabe.

—Portugal parece un buen lugar viendo que los reinos de León y Castilla eran más permisivos con los templarios, ¿no es cierto? —preguntó Roberto.

—Es una de las posibilidades más lógicas y aceptadas debido a que la Corona Portuguesa mantuvo, en general, buenas relaciones con la Orden del Temple. Por entonces, en el país luso la Reconquista ya había tocado a su fin, hecho que pudo favorecer que los templarios se dedicasen más a la erudición que a las armas. A su vez, marinos portugueses como Vasco de Gama pudieron aprovechar el tesoro de la sabiduría templaria para sus descubrimientos en las costas africanas.

Eso explicaría el que, a principios del siglo XV, el Gran Maestre de esta Orden, el infante Don Enrique el Navegante, invirtiera las ganancias de la Orden de Cristo en la exploración marítima. El papa Calixto III les concedió la jurisdicción eclesiástica en todos los territorios, desde los cabos de Bojador y de Nam, a través de toda Guinea y hasta la orilla meridional, sin interrupción hasta los "indios", según rezaba la bula *Inter caetera*<sup>18</sup> de 1456, siendo realmente intrigante que treinta y seis años antes del descubrimiento de América, los portugueses previeran poder llegar a las Indias o a la India, navegando por el Atlántico.

—Pero entonces, ¿por qué no atracaron directamente en Portugal?

—Quizás debieron interceptarles antes de poder llegar a tierras lusas, o incluso al puerto seguro de Faro, y se vieron obligados a recorrer el norte de los reinos Castellano-Leoneses, la Asturias que conocemos hoy en día, camino hacia el Oeste.

—Entiendo. Eso cuadraría con el medallón y las referencias templarias que he encontrado.

El sargento calló durante unos breves segundos, sopesando lo que iba a decir.

—Zoltan, ¿Tienes disponibilidad para venir conmigo y ayudarme en mi investigación?

—Pensaba que no me lo ibas a pedir nunca —respondió el joven mientras esbozaba una amplia sonrisa y tendía su mano a Roberto—. Cuenta conmigo.

El centro urbano de Soto de Aller consistía en varias casas de ladrillo marrón y fachadas de madera, entre las que serpenteaba un estrecho camino que comunicaba el pueblo con la carretera. Varios hórreos de madera se alzaban majestuosos, aunque algo deteriorados, recordando al mundo prósperos tiempos en los que la pequeña localidad contaba con una elevada población, a diferencia de hoy en día, que vivía orgullosamente trabajando la tierra.

Desde la zona sur de la aldea, un nutrido grupo de hombres, encabezados por el corpulento Richard Evans y el conservador del museo José María Garrido, avanzaban desde la explanada cercana al puente, nada más cruzar el río, donde habían aparcado su todoterreno Nissan Navara.

Mientras se desplazaban en dirección a los restos del castillo derruido de Soto, fueron alcanzados por cuatro motocicletas. Sus conductores apagaron los motores para hablar con ellos y, tras varios minutos de deliberaciones, el primero de ellos cedió el casco que portaba a su jefe, quien se subió a la montura y arrancó de nuevo el motor entretanto indicaba al resto de hombres, que iban a pie, que siguieran a Garrido hasta la torre entretanto el resto de motociclistas le acompañaban por el camino rural que partía de la zona norte de Soto en dirección a la ermita de Miravalles.

“El fantasma” había dado órdenes a Evans de que encontrasen el acceso al interior de los sótanos del desaparecido castillo, convencido de que habían perdurado con el paso de los años y de que el medallón del que le habló Garrido era la prueba fehaciente de su existencia.

Así pues, y ante la incerteza de donde podía estar ubicada dicha entrada, Evans dividió al grupo para poder abarcar más terreno en su búsqueda. Si el sargento de la Guardia Civil pudo localizar un mapa oculto en la ermita, donde se mencionaba la existencia de un paso secreto, probablemente Evans podría localizarlo si es que partía o llegaba hasta ella.

Mientras tanto, mandar al molesto conservador a indagar por la torre cumplía con dos propósitos. Investigar, al igual que él, la existencia de la vía oculta que mencionaba el mapa que el agente de la Benemérita enseñó al insufrible Garrido y que sus hombres colocaran cámaras infrarrojas ocultas entre las paredes de la torre por si aquel metomentodo de guardia civil se acercaba con el mismo propósito que ellos.

Mientras avanzaba con paso cansado hacia la torre, Garrido recordaba el día en el que aquel hombre fue a verle a su despacho. Él estaba sentado en su escritorio, repasando unos viejos papeles que hacían referencia a la iglesia de Nuestra Señora del Naranco, si bien originalmente fue concebida como Palacio en época de Ramiro I, cuando contestó una llamada que le indicó que en breve recibiría la visita de un hombre. La misteriosa voz que le hablaba le indicó que, con toda probabilidad, este le enseñaría un objeto centenario, seguramente una cruz o un medallón, con la finalidad de obtener información sobre el mismo y proseguir su investigación.

La misteriosa voz le animó a trabajar para él, pese a la inicial negativa del desconfiado conservador, ofreciéndole una gran suma de dinero para financiar las investigaciones que Garrido

tenía en proyecto desde hacía mucho tiempo pero que, debido a la crisis que arrastraba España desde hacía años, habían caído en el olvido.

Al cabo de unas horas, el teléfono de Garrido sonaba por línea interna.

—¿Señor Garrido?

—Dígame, Clara —contestó el conservador a la secretaria del mostrador de información.

—Tiene una visita. El señor Alejandro Martínez.

Garrido dudó unos segundos, acerca de quién sería aquella visita, hasta que recordó la misteriosa llamada que había recibido por la mañana.

—Acompáñele a mi despacho, por favor.

Pasados cinco minutos, unos golpes cortos y secos sonaron en el cristal de la puerta del despacho del conservador que, ante la invitación de este, se abrió con suavidad dejando entrever a la joven secretaria y a la persona que la acompañaba.

Se trataba de un hombre de unos treinta y cinco años, de apariencia sosegada y elegantemente vestido con un traje de color negro, camisa y corbata azul marino y zapatos negros a juego con el traje.

El desconocido se aproximó a Garrido y alargó su brazo, estrechando enérgicamente su mano.

—Encantado de conocerle, señor Garrido. Mi nombre es Alejandro Martínez.

—Un placer. Usted dirá.

—Verá —dijo Alejandro—, llevo varios años investigando la posibilidad de que el fabuloso e ilocalizable tesoro templario se encuentre oculto en la cuenca minera asturiana y al fin, tras muchos sinsabores y decepciones, he podido descifrar ciertos pasajes escritos en documentos que he ido recabando y analizando a lo largo de mi vida.

—Interesante —dijo Garrido mientras invitaba a su interlocutor a sentarse en la mullida silla que había frente a su mesa de trabajo—. ¿Qué información ha conseguido descifrar, señor Martínez?

—Hace ya muchos años conseguí cierta joya en una abandonada mina cercana y desde entonces fijé todo mi empeño en conseguir más información acerca de todo lo que rodea a la Orden del Temple y al tesoro perdido y por fin creo haber descubierto su ubicación.

El conservador del museo entrecruzó sus manos y preguntó si podía ver la joya a la que había hecho mención su interlocutor. Este depositó un medallón rojo y dorado sobre el protector de escritorio, mientras los ojos y la boca de Garrido se abrían denotando gran emoción al ver grabada en el oscurecido metal la divisa de la Orden del Temple, “*NON NOBIS DOMINE, NON NOBIS, SED NOMINI TUO DA GLORIAM*”, acompañada de una roja cruz patada en el centro del mismo.

Alejandro explicaba al conservador que uno de los textos que llegaron a sus manos hacía alusión, en más de una ocasión, a pasajes subterráneos y a algo que debía protegerse y permanecer oculto de quien no fuera merecedor de ello.

Tras pasar la tarde escuchando lo que el elegante hombre le contaba sobre sus vivencias

pasadas acerca de cuando era niño, y como todo ello le llevó a desarrollar una obsesión enfermiza por todo lo relacionado con los caballeros templarios, ambos se despidieron no sin antes decidir que trabajarían juntos en la búsqueda de cualquier vestigio templario que pudieran hallar.

Aquel día sería el último en el que José María Garrido dejaría de ser un ciudadano común, convirtiéndose en una marioneta al servicio de personas al margen de la ley y de toda moral mientras, ocultando sus verdaderas intenciones, trabajaba codo con codo con Alejandro, recabando y retransmitiendo toda la información a su misterioso mecenas, “El fantasma”.

Mientras el sol se hundía en el horizonte, entre nubes de color rojo sangre, en la duodécima fila del moderno Airbus A-320 de Vueling que realizaba el trayecto Barcelona-Asturias, Roberto y Zoltan charlaban animadamente en relación a la tela con símbolos dibujados que Roberto había encontrado oculta en la ermita de Miravalles.

El sargento recordaba a Zoltan que la razón principal por la que había viajado de nuevo a Barcelona para hablar con él fue que el conservador del museo se mostró esquivo a la hora de darle explicaciones y que negó tajantemente cualquier posibilidad de que los templarios se hubiesen establecido en Asturias, aun habiéndole enseñado el mapa que había encontrado.

Además, recordaba Roberto, aquel hombre parecía saber mucho más que él, ya que mencionó el lugar exacto de dicho hallazgo sin que se lo hubiera mencionado. Todo ello unido a que el sargento lo vio posteriormente en compañía de quienes, días después, le perseguirían por la ciudad de Oviedo con hostiles intenciones.

Ambos debatían animadamente sobre el significado de las palabras escritas en la vieja tela, que Roberto había encontrado en Miravalles, mientras engullían la merienda que la educada azafata les había entregado hacía escasos minutos, compuesta por un par de bocadillos de embutido, una pequeña bolsa de patatas fritas y una diminuta lata de Coca-Cola.

—Queda claro, Roberto, que quien quiera que fuera que escondiera en un lugar tan inaccesible esta tela quería que sólo fuese encontrada por alguien que pudiera conocer el lugar. Ningún profano en la materia debería haberla podido hallar sin que alguien le hubiera comunicado el secreto de su ubicación y el motivo de ello es claro. En ella se explica cómo localizar algún paso subterráneo para localizar algo de gran importancia que se encuentra a salvo, bajo tierra.

—Sub terra. Solum Lapideum —repetía Roberto en voz baja—. Bajo tierra... suelo de piedra.

—Sí, exacto —afirmó Zoltan mientras se rascaba la cabeza enérgicamente, tratando de descifrar los cuadrados pintados en aquella vieja tela—. Imaginemos que se trata de un plano. Un plano sin ningún tipo de escala en el que se marcan una serie de puntos referenciados con el punto cardinal. Lo lógico sería pensar que se trata de una ubicación donde los puntos indicados en el mapa se correspondieran con algún tipo de grafismo marcado en el suelo o algún tipo de conducción que llevase a los sótanos que hubieran existido antaño. Pero a no ser que dichos puntos estén en alguna iglesia que haya perdurado en el tiempo, poca cosa podremos encontrar.

—Recuerdo que en Miravalles había dibujos hechos con pequeños cantos rodados, dispuestos en formas geométricas y simbología solar —comentó Roberto mientras buscaba una fotografía en su teléfono móvil y se lo acercaba a Zoltan.

—Efectivamente hay simbología en esa ermita Roberto —dijo Zoltan—. Pero recordemos que Miravalles, si bien existen documentos que la mencionan allá por el año 860, no existe tal y como la conocemos hasta mediados del siglo XIX. Año 1851 para ser exactos, y que se

aprovecharon durante su construcción los restos de otros templos existentes que databan del siglo XV. Por lo tanto, no nos sirven ya que son posteriores a lo que estamos buscando.

—Así pues, sólo nos queda como referencia la vieja Torre de Soto —suspiró Roberto en claro ademán de frustración, ya que nada quedaba en pie de la antigua fortaleza medieval.

—Exacto. Ese es el punto de partida para nuestra investigación.

Roberto asintió con una leve inclinación de cabeza y se dispuso a descansar mientras el avión devoraba los kilómetros restantes hasta su destino, dejando atrás la tenue luz del ocaso que se cernía sobre ellos.

El gentío que llenaba el atrio principal de la terminal del aeropuerto, y que elevaba los decibelios hasta límites insospechados, contrastaba sobremedida con la tranquilidad que había imperado durante el tiempo que había transcurrido en el vuelo desde Barcelona.

Zoltan y Roberto bajaron del avión, a través de la pasarela que un antiguo camión llevaba incorporada sobre su estructura, y ambos se dirigieron rápidamente a la oficina de alquiler de vehículos que estaba ubicada cerca de la salida de la terminal escogiendo, esta vez sí, un vehículo con tracción total por si necesitaban explorar lugares accesibles únicamente a través de pistas forestales.

Dejando atrás el aeropuerto y atravesando la zona industrial de las afueras de Avilés, los dos compañeros condujeron hasta Mieres, donde se alojaron en el mismo hotel en el que Roberto se había instalado anteriormente. Decidieron ir a cenar temprano, lo que no se considerarían unos platos precisamente ligeros en cualquier otra comunidad autónoma, y caminaron por las calles y parques de la pequeña localidad en busca de una ferretería o alguna tienda que vendiese herramientas para el campo y jardinería, tratando de hacer tiempo para poder ir a Soto cuando fuera noche cerrada y la gente estuviera guarecida en sus domicilios.

Cuando localizaron una tienda acorde a sus expectativas, se equiparon con varios arneses, largas cuerdas de escalada, azadas, picos y palas. También aprovecharon para comprar potentes linternas de tipo led con la idea de colocárselas en la cabeza y poder despreocuparse de llevarlas en la mano para poder trabajar con libertad.

Roberto fue en busca del coche, que habían aparcado en las inmediaciones del hotel, y al llegar a la tienda ambos depositaron la compra en la parte trasera del todoterreno.

A petición de Roberto, en vez de ir a Soto por la moderna vía AS-112, viajaron por la vieja carretera por la que Roberto había transitado tantas veces de pequeño para ir a Piñeres, donde vivían sus tíos, o al mercadillo semanal de Moreda, de donde Roberto siempre volvía feliz a casa con una pequeña navaja, unas cintas de música infantiles o cualquier otra cosa digna de ser vendida en los mercadillos de antaño.

El todoterreno avanzaba, ronroneante, a una velocidad sostenida de ochenta kilómetros por hora, viéndose disminuida únicamente cuando entraban en los pueblos que atravesaba la olvidada carretera.

Tras dejar atrás el último de ellos, Corigos, Roberto y su compañero giraron a la derecha, ya en Santa Ana, cruzando el paso a nivel de la vía del tren para acceder a la aldea y así dirigirse a su objetivo, la Torre de Soto.

Bajaron del todoterreno y decidieron dejar el grueso del material en su interior para inspeccionar con calma el recinto sin despertar la curiosidad de los pocos vecinos que aún vivían en la aldea, por lo que sólo se llevaron dos pequeñas azadas y sendos cuchillos de monte asidos a sus cinturones.

Roberto y Zoltan intentaron abrir el viejo portón de madera que daba acceso al recinto, pero este estaba cerrado a cal y canto mediante una gruesa cadena, así que ambos se miraron y decidieron voltear la muralla para ver si encontraban algún resquicio por el que colarse o una pared más baja para poder saltar al patio interior.

Ambos tuvieron suerte ya que, en la parte lateral, vieron un contenedor de basura que les permitió trepar al muro y desde ahí saltar al interior de la fortaleza.

Los dos investigadores escudriñaron palmo a palmo la explanada, que ya no se diferenciaba de lo que hubiera sido el interior del castillo o bien un pequeño patio. Tras casi dos horas retirando maleza de la planta de la torre, una vecina, que volvía a casa andando desde Santa Ana después de pasar la tarde con sus amigas, se acercó a curiosear qué eran aquellas luces blancas que se movían en el interior de la vieja edificación. Aquello era algo fuera de lo común en un pueblo tan acostumbrado a la monotonía.

La mujer se detuvo frente al portón y pegó su cara en la rendija que quedaba entre las dos hojas del mismo mientras les llamaba la atención. Ambos se detuvieron y Roberto se acercó hasta la puerta, extrayendo de su bolsillo la placa que le identificaba como sargento de la Guardia Civil.

La buena mujer respiró aliviada al ver su acreditación y saber que el guardia civil estaba investigando los hechos ocurridos unos días antes, por lo que empezó a explicarles cosas relacionadas con la torre de cuando ella era pequeña. Detalles menores, tales como que antiguamente tuvo forma circular o que solía jugar dentro de niña y los antiguos dueños le decían que saliera de allí porque cualquier día iba a derrumbarse.

—Y cayó ¿eh? —decía la mujer—. Pero nos daba igual porque todos los niños nos entreteníamos buscando el pasadizo secreto que nuestros abuelos nos contaban que había en la torre y no hacíamos caso de las prohibiciones. Yo era de las que no prestaba mucha atención a aquello, ya que prefería jugar con mis amigas o andar detrás de las vacas y gallinas. Por eso no prestaba mucha atención. Pero recuerdo haber oído que el pasadizo permitía escapar a los habitantes del castillo en caso de necesidad y otras historias, más fantasiosas, afirmaban que dicho pasadizo también se usaba para almacenar tesoros en las cuevas subterráneas excavadas a lo largo de dicho corredor.

Sorprendido por la coincidencia de lo que explicaba aquella mujer, Roberto le pidió a la señora si podía explicarles más cosas acerca de esas historias, pero por desgracia no había nada más que contar. La torre ya se encontraba en mal estado casi novecientos años después de su originaria construcción, cuando la buena mujer era una niña, y en el transcurso del último siglo las cosas habían ido a peor.

Se despidieron de ella pidiéndole discreción y siguieron buscando y visualizando en su mente cómo debía haber sido el castillo en sus años de máximo esplendor, mientras trazaban mentalmente las líneas de sus muros y buscaban cualquier rastro que pudiera permitirles averiguar dónde podía encontrarse el ansiado acceso al pasadizo.

Según el plano que Roberto había encontrado, en la sala orientada al Este debería haber existido una trampilla, siempre según los dibujos cuadrados que en él se mostraban y suponiendo que la letra E hiciera referencia real a dicho punto cardinal. Pero era totalmente imposible localizar cualquier vestigio de un acceso tras siglos en los que se habían producido varios

derrumbes, miles de lluvias, reconstrucciones del castillo y alteraciones orográficas.

Hastados y agotados, policía e historiador se tumbaron al lado de uno de los muros para descansar, quedándose dormidos sin percatarse de ello debido al cansancio por la limpieza efectuada y, al menos en el caso de Roberto, a lo poco que había dormido los últimos días.

La luna llena iluminaba el recinto y el frío aire nocturno silbaba alrededor de ambos compañeros, que descansaban tendidos en el suelo, ajenos a todo ello. De repente, un ruido hizo que Roberto despertara asustado. El sonido, parecido a un chasquido, hizo que el sargento abriera los ojos y se incorporara sin llegar a ver nada, por lo que volvió a tumbarse pensando en qué debía haberlo producido.

El chasquido sonó de nuevo y entonces, tras encender su linterna, vio a dos pequeñas liebres que, sorprendidas ante el blanco haz de luz, corrieron asustadas hacia el muro y desaparecieron como por arte de magia.

Roberto se preguntaba donde se habrían metido aquellos dos animalillos, ya que no había ningún agujero en la gruesa pared de piedra de la muralla y tampoco los había visto dar la vuelta corriendo en otra dirección. Así que decidió despertar a Zoltan, que roncaba tranquilamente a su lado, para aclarar el misterio y, de paso, acabar de despejarse tras la improvisada siesta.

Roberto y Zoltan se aproximaron al muro de piedra y se agacharon para inspeccionar la zona, iluminando el suelo con la luz de sus linternas, sin localizar ninguna abertura ni madriguera que les hubiese permitido escapar. Sin embargo, no había rastro alguno de las liebres.

Cuando Roberto estaba a punto de girar para proseguir con la búsqueda de la entrada, su pie se enganchó con algo y cayó de bruces al suelo, sintiendo un gran dolor en el tobillo. Al parecer lo había metido en un agujero que había pasado inadvertido, camuflado entre hierba, zarzas y tierra.

En condiciones normales, ninguno de los dos hubiera prestado atención, ya que madrigueras de conejos las hay por doquier, pero ese agujero estaba justo frente a lo que debía haber sido la escalera de piedra que daba acceso a la segunda planta, encarada al Este y por ahora, era la única vía de investigación posible desde que habían accedido al amurallado recinto.

Zoltan convino en que debían volver al todoterreno en busca de las palas y el resto de material anteriormente adquirido en Mieres, por lo que se acercaron al coche. Tras acceder nuevamente al interior de la fortificación, ambos empezaron a cavar sin sospechar que estaban siendo observados remotamente gracias a las cámaras que Evans y su gente habían instalado con anterioridad.

Roberto y Zoltan siguieron cavando durante dos horas, alternando descansos uno y otro para evitar fatigarse en exceso y verse obligados a abandonar las tareas de búsqueda que habían iniciado con gran entusiasmo.

De repente la pala de Zoltan emitió un sonido metálico, indicando que había golpeado algo sólido. Ambos se miraron y siguieron despejando la tierra hasta dejar a la vista un viejo suelo de piedra grisácea, surcado por líneas separadas a un metro y medio de distancia.

Zoltan argumentó que debía tratarse de los viejos bloques de piedra que conformaban el suelo del antiguo castillo y que debían abarcar un poco más de terreno para poder obtener una visión global del mismo. Así pues, excavaron a cada lado de donde estaban y finalmente dejaron a la vista una buena porción de terreno despejado.

La luna llena iluminaba con su luz el terreno y ambos compañeros, reconvertidos en arqueólogos, miraban con asombro cómo el suelo estaba delimitado en bloques de un metro cuadrado aproximadamente, conformando un entramado similar al del plano que Roberto había encontrado bajo tierra. O al menos era lo más verosímil en vistas del cariz arqueológico que estaba tomando la investigación.

Zoltan se agachó para poder iluminar con su linterna la grieta que uno de los bloques tenía en su esquina inferior derecha y, tras introducir el mango de la pala y ver que este no tocaba fondo, fue en busca del pico para empezar a cavar con fuerza la dura piedra.

Ambos se fueron alternando en la ardua tarea hasta poder abrir un pequeño hueco por el que asomarse y vislumbrar lo que, sin duda, era el acceso que seguramente estaba indicado en el viejo plano.

Ilusionados, Zoltan y Roberto se abrazaron y nuevamente se pusieron manos a la obra para poder ampliar un poco más la entrada a los sótanos y así poder acceder a su interior con facilidad.

Roberto cogió una piedra y la dejó caer por el hueco excavado, a fin de poder calcular la distancia hasta el fondo, pero sólo dio tiempo a contar un par de segundos, por lo que dedujeron que debía haber una distancia de unos diez metros aproximadamente, basándose en sus olvidadas clases de matemáticas.

—Hicimos bien en comprar todas estas cuerdas y arneses —dijo Roberto mientras trasladaba todo el equipo desde el coche hasta el agujero.

Ambos investigadores se colocaron los arneses y ataron las cuerdas a uno de los grandes bloques de piedra que se habían desprendido de la torre.

—Hicimos bien, pero hubiera preferido una escalera plegable, Roberto. —Rio nervioso Zoltan, poco dado a los deportes de aventura.

El joven historiador desenrolló la cuerda y la fue dejando caer por el hueco hasta calcular unos ocho metros.

«Mejor que sobre a que falte» —pensó él.

Roberto se acercó al agujero y le indicó que bajara él primero.

—¿Yo? ¿Por qué yo? —preguntó Zoltan atropelladamente.

—Prefiero controlar tu descenso desde una posición elevada. —Le tranquilizó Roberto—. Yo tengo experiencia en escalada y prefiero vigilar que no te pase nada al bajar.

—De acuerdo. Confío en ti —suspiró Zoltan.

El joven historiador se puso unos guantes y se introdujo en el agujero poco a poco. Tenía miedo a que, pese a estar atado con un arnés, la cuerda se rompiera y se diese de bruces contra el oscuro suelo que le esperaba abajo, máxime cuando empezaba a llover y era más fácil resbalar.

Tras unos cortos pero tensos instantes de descenso, una vez llegó al fondo, avisó a Roberto gritándole y moviendo la linterna con rápidos movimientos de cabeza.

Roberto ejecutó los mismos pasos que Zoltan e inició la bajada a los sótanos de la vieja fortificación mientras, al fondo, se veía la luz de la linterna frontal de su compañero enfocándole.

El sargento oía un ligero ruido de agua, pero por más que miraba abajo no veía rastro de

ella. Debía ser el sonido del agua fluyendo a su lado en el cauce del río.

Todo estaba oscuro a su alrededor, a excepción de las pequeñas secciones que ambos iluminaban con las luces de sus linternas. Los sótanos eran realmente grandes. No guardaban relación con la parte superior del castillo, bien fuera porque había quedado reducido a escombros con los años, o porque ya desde el inicio de su construcción se proyectaron con un mayor tamaño.

En aquellos sótanos parecía que no había pasado el tiempo, salvo por la gran cantidad de polvo, tierra y telas de araña que medio ocultaban lo que allí se guardaba.

Cientos de toneles que debieron contener agua, vino o cualquier otra bebida, arcones cerrados que al ser abiertos por Zoltan y Roberto no contenían nada y armaduras y viejas espadas oxidadas colocadas en nichos excavados en la roca.

Ni rastro de joyas, monedas de oro o cualquier otro objeto de valor más allá de lo puramente histórico.

Ilusionados, aunque un poco decepcionados ante la falta de lo que esperaban haber encontrado allí, se introdujeron por un túnel de mampostería cubierto en parte por moho grasiento y gelatinoso y avanzaron en silencio, roto a menudo por leves chillidos y crujidos a su alrededor, probablemente provenientes de roedores o liebres.

Sargento y escritor avanzaron por la galería subterránea, dejando atrás salas y cámaras con nichos en las paredes. Una de ellas estaba totalmente cubierta por centenares de cucarachas, escarabajos, gusanos y arañas que, en boca de Zoltan, era lo más repugnante que había visto en su vida.

Al joven historiador le cayó algo en el hombro y, tras recibir un fuerte manotazo por parte de Roberto para retirárselo, este gastó una broma acerca de lo que podían comer en el hipotético caso de quedarse atrapados en aquellos olvidados túneles.

Mientras caminaban, iban pisando sobre una mullida alfombra de insectos que se les subían por las perneras del pantalón y que, al ser aplastados, crujían como cáscaras de frutos secos.

Volvía a oírse un murmullo casi imperceptible, agua sin lugar a dudas, y de fondo el nítido chillido de las ratas que correteaban a su alrededor, potenciado sobremanera cada vez que pasaban junto a cámaras de las que no se veía el fondo y facilitaban que retumbase el sonido en ellas.

Llegaron por fin al final del camino, que se hundía suavemente en el agua que se filtraba, y tras inspeccionar meticulosamente la zona decidieron que podían avanzar a través del fango que les cubría hasta las rodillas.

Una veintena de metros más adelante se detuvieron frente a una pared, construida con antiguos ladrillos medievales, que les obstruía el paso al final de una gran sala que olía de forma nauseabunda fruto del agua estancada y cubierta por espesas y largas telarañas.

Había piedras de gran tamaño por doquier y restos de ladrillos que habían cedido con el paso de los años y la humedad.

—Por el tamaño, el diseño y la argamasa utilizada, creo que este muro data del siglo XII o XIII —apuntó Zoltan, mientras indicaba a Roberto que se acercara para verlo detalladamente.

Justo cuando el historiador iba a comentar algo acerca del muro que bloqueaba el camino de

una forma tan repentina, escucharon con total claridad voces y pasos que avanzaban en su dirección, haciendo que ambos se quedaran paralizados mirándose el uno al otro.

—Escóndete —susurró Roberto.

Al amparo de la oscuridad, sin apagar las linternas para poder localizar un lugar en el que guarecerse, cada uno se dispersó rápidamente por aquel mugriento lugar buscando la protección de los escombros que se agolpaban por la estancia. Mientras Roberto se escondía entre un montículo de cascotes y la pared de ladrillos, justo a la izquierda del túnel, Zoltan lo hacía justo al otro lado, a la derecha, incrustado contra la mampostería que se alzaba en una pequeña zona que se metía hacia adentro formando un ángulo de noventa grados.

Agazapados, apagaron sus linternas y el lugar quedó a oscuras y en silencio. Roberto no había previsto esa situación. Habían tenido la precaución de realizar la investigación de noche, para evitar miradas indiscretas. Posiblemente los que venían hacia allí eran vecinos curiosos que habían visto luces moviéndose en el interior del recinto de la torre, o bien la buena señora se había ido de la lengua, provocando que algún valiente joven hubiera decidido adentrarse en el subsuelo de Soto. Aunque también cabía la posibilidad de que se tratase del grupo paramilitar que le había estado siguiendo y que ya había visto por las inmediaciones días atrás.

Las voces se aproximaban poco a poco, hasta el punto de que una de ellas empezaba a resultarle familiar al sargento y entonces, cuando sólo les separaban unos diez metros de los visitantes y sus potentes luces iluminaban ya el muro de ladrillos con el que se habían topado, uno de ellos preguntó.

—Disculpe, señor, ¿no habrán tomado el anterior desvío? ¿Sabe a ciencia cierta adónde nos lleva este tipo?

—¡Eh, deje de meterse conmigo! —protestó el pequeño hombre, que guiaba al resto del grupo, con voz temblorosa.

Roberto reconoció inmediatamente aquella vocecilla asustada.

—Garrido... —murmuró con rabia, mientras apretaba los puños.

—¡Callad! —gruñó alguien de muy malos modos. El resplandor que llegaba por el túnel hizo que Zoltan y Roberto se ocultaran un poco más en sus respectivos escondrijos.

—No deben andar muy lejos. Si los veis, eliminadles —ordenó el hombre que lideraba la comitiva.

Roberto entendió en ese momento que debía actuar con rapidez, aprovechando que no los habían visto, si quería salir con vida de aquel agujero con su amigo.

Desde el otro lado, Zoltan vio como una sombra arremetía vertiginosamente contra aquellos hombres. Apenas podía ver nada desde su escondite, por miedo a resultar visto, pero los gritos y golpes que retumbaban en la sala indicaban que Roberto había pasado a la acción.

Las luces que portaban aquellos sujetos cayeron al suelo, rompiéndose y devolviendo la sala a la oscuridad anterior. Sonó un disparo y unas chispas brillaron en el techo abovedado. Acto seguido sonó otro disparo y continuaron los gritos. Al poco, los ruidos fueron cesando en

intensidad mientras Zoltan escuchaba pasos que se alejaban a toda prisa.

Se quedó escondido, esperando que fuera Roberto quien había resultado vencedor de aquella reyerta. Al cabo de pocos segundos, una luz se encendió y se dirigió hacia su escondite.

—¿Zoltan? —preguntó la voz de Roberto desde detrás de la cegadora luz de su linterna—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. ¿Qué ha pasado? —inquirió este, dejando atrás la pared donde estaba parapetado y mirando asustado al cuerpo que yacía inerte en el suelo.

—Al parecer nos estaban vigilando, puesto que han accedido a los sótanos justo después de que los hubiésemos localizado. Uno de los hombres era el conservador del museo del que te hablé. Hice bien en no fiarme de él porque, como has podido ver, trabaja para la gente que está detrás del asesinato de mi amigo.

—Sin ninguna duda ha venido voluntariamente con esos hombres —dijo Zoltan enfadado—, así que la única explicación posible es que el apacible y campechano conservador esté metido hasta el cuello en el asunto de los templarios.

—Si esa gente nos ha estado espionando, es muy probable que tenga la misma información que nosotros. Incluso es probable que Álex les hubiera contado todo lo que sabía y que, al no querer ayudarles por desconfiar de sus intenciones a posteriori, le persiguieran y acabara muerto.

—No podemos quedarnos aquí Roberto. Debemos salir cuanto antes si no queremos que vuelvan con refuerzos. —Casi gritó Zoltan señalando el cuerpo del paramilitar que estaba tendido en el suelo.

Roberto asintió y en el momento que emprendían el camino de vuelta a los sótanos de la torre, un fuerte ruido les hizo dar un paso atrás mientras el suelo temblaba y una corriente de aire cargada de polvo les golpeaba la cara con gran virulencia.

Ambos se miraron asustados y corrieron hacia la salida con la sospecha de que les habían encerrado.

Al llegar a la gran sala del sótano, vieron con rabia e impotencia que el agujero por el que habían descendido estaba bloqueado y el suelo estaba lleno de raíces, tierra y piedras agolpadas.

—¡Cabrones! —chilló con rabia Roberto mientras se afanaba en mirar la pantalla de su teléfono móvil para ver si tenía cobertura. Negativo.

—¿Funciona tu teléfono, Zoltan?

Este echó un rápido vistazo a la barra de señal que se ubicaba en la esquina superior derecha de su terminal y negó con la cabeza. La inoperancia de los teléfonos móviles no era algo que los antiguos constructores medievales hubieran previsto varios siglos atrás, pero parecía que las gruesas piedras y el agua del río cercano se confabulaban con ellos para ayudarles a proteger los posibles secretos que aguardaban ocultos bajo tierra.

Zoltan se acercó por detrás y puso su mano derecha en el hombro de Roberto para tratar de calmarle.

—Si la historia no miente, Roberto, deberíamos poder salir de aquí por el túnel que estábamos siguiendo antes, cuando nos han interrumpido esos hombres.

—Tienes razón. Volvamos para inspeccionar la pared de ladrillos. Tiene que haber una forma de atravesarla, si estás en lo cierto acerca de la leyenda del túnel subterráneo.

Ambos reemprendieron el camino de regreso al muro con la certeza de que, detrás de aquella pared, podrían hallar la libertad de la que aquellos hombres habían intentado privarles.

Cuando ambos compañeros llegaron al muro, lo examinaron minuciosamente palpando cada centímetro con sus manos para ver si se escondía algún resorte que les permitiera pasar, ya que ambos creían fervientemente en la teoría de la existencia de un túnel secreto construido como vía de escape. Aquella pared no podía ser el final del túnel. No podía ser.

De repente Zoltan se fijó en que, en la esquina superior izquierda, las juntas de los viejos ladrillos parecían tener un relieve más marcado que el resto. De hecho, al aproximar la linterna, vieron que no sólo las uniones estaban más hundidas, sino que los propios ladrillos parecían dibujar una circunferencia donde en su interior parecía emerger vagamente una cruz.

—Las juntas parecen dibujar la imagen de una cruz patada —entonó Zoltan mirando a Roberto con una chispa de emoción en sus ojos.

—Y el borde redondeado parece que esté hecho a propósito, como si se debiera introducir algo a modo de cerradura —continuó Roberto mientras levantaba el dedo índice indicando que sabía lo que podía ser la llave que encajara en el hueco.

—¡El medallón! —exclamaron ambos al unísono, mientras Roberto se apresuraba a sacar la hermosa reliquia de uno de sus bolsillos.

Emocionados y nerviosos contemplaron, bajo la brillante luz de las linternas, el intenso resplandor de color rojo que emitía la piedra preciosa encastada en el centro.

Con delicadeza intentaron colocar el medallón, ajustándolo a lo que ellos creían que eran las marcas correctas donde debía encajar la cruz, pero no hubo forma de posicionarlo correctamente ya que algunos de los ladrillos se habían descascarillado, al igual que la argamasa que los unía.

Entristecidos por no poder encajar el medallón y comprobar si realmente existía algún mecanismo que les permitiera abrir un paso al otro lado, se quedaron unos segundos mirando el muro mientras pensaban como solucionarlo.

En un momento dado, Roberto se fijó en que, por la parte inferior del murete, una de las tupidas telarañas existentes se movía como mecida por el viento. Un viento que ellos no podían sentir pero que sin lugar a dudas era suficiente como para balancearla levemente, poniendo en alerta al sargento.

Este, tras señalarle la telaraña a Zoltan, le indicó que desenfundara el cuchillo que llevaba asido al cinturón y así ambos empezaron a desprender la argamasa acumulada entre los ladrillos del muro subterráneo.

Como no sabían qué podía haber detrás de aquel muro, y no querían provocar un derrumbe, decidieron retirar sólo una parte de las hileras inferiores empezando desde el suelo hacia arriba.

La argamasa, debido a la humedad de siglos y el deterioro de sus componentes, se desmenuzaba como si de arena se tratara, sin prácticamente ejercer presión.

Cuando el agujero fue lo suficientemente ancho como para que pudieran pasar, Roberto se

tumbó en el suelo e introdujo la cabeza por el agujero.

—¡Hemos ido a dar con una cripta! —exclamó con voz de asombro.

—¿Hay alguna tumba? —preguntó Zoltan desde detrás, lleno de júbilo por el descubrimiento.

—Bueno, veo un sarcófago —explicó Roberto— y por su aspecto y color, diría que está hecho de mármol o algún material de similares características.

Roberto retiró la cabeza y se levantó del suelo sacudiéndose la ropa, momento que aprovechó Zoltan para introducirse por la abertura dejando atrás a su compañero.

—¡Roberto, ven! ¡Rápido! —gritó Zoltan.

El sargento se arrastró hasta el otro lado del muro y, en cuanto se incorporó en el interior de la cripta, quedó maravillado por la solemnidad del recinto. En la cripta, de forma circular y paredes de roca, destacaba una gran base de piedra con tres escalones en su parte lateral, donde descansaba el blanquecino sarcófago realizado, efectivamente, en suave mármol y cuya tapa exhibía una cruz de la Orden del Temple.

Zoltan inspeccionaba la tumba y le iba explicando el significado de lo que encontraba a Roberto. A los pies de la tumba se encontraba el símbolo de la fidelidad, encarnado por dos perros. De la misma forma, tallados en la otra cara del sarcófago, dos ángeles que simbolizan el Alfa y el Omega, el principio y el fin, la vida y la muerte, lo positivo y lo negativo.

—Qué extraño... —dijo Zoltan mientras se inclinaba sobre los ángeles tallados.

—¿Qué ocurre? —preguntó Roberto.

—Nunca había visto este símbolo, si bien tenía conocimiento de oídas. Creo recordar que denotaba que alguien era poseedor de conocimientos esotéricos o de alquimia.

—¿No era común dejar referencias a ello en las tumbas?

—En absoluto. Esos conocimientos sólo eran entregados a unos pocos elegidos. Creo que estamos ante un gran descubrimiento. Quizás la tumba de algún personaje cercano al Gran Maestro. Pero es pronto para aseverarlo.

Ambos se arrodillaron para limpiar con sumo cuidado la zona donde estaban tallados los dos ángeles, y bajo el manto de polvo y tierra adheridos al mármol, aparecieron unas pequeñas marcas.

Zoltan leyó en voz alta mientras pasaba el dedo índice sobre los relieves.

—Legatum... occultam... sub...

—¿Terra? —finalizó Roberto interrumpiéndole.

—En efecto. Parece ser que a nuestros viejos amigos templarios les gustaba dejar constancia de sus secretos para que no se perdieran en el tiempo y el olvido, siempre y cuando fueras afín a la orden, puesto que de lo contrario sería prácticamente imposible acceder hasta donde nos hallamos en estos momentos.

—No parece ser nuestro caso —adujo Roberto con sorna mientras efectuaba un barrido con ambas manos, desde su cabeza hasta los pies, queriendo indicar con ello que no eran precisamente caballeros.

Zoltan sonrió y tomó de nuevo la palabra.

—Ayúdame a levantar la tapa, Roberto.

Entre ambos consiguieron levantar levemente la pesada cubierta de mármol y la hicieron pivotar hasta dejarla caer con sumo cuidado, apoyándola en el lateral de la tumba. Lo que se encontraron en su interior, al asomarse al sarcófago, les dejó atónitos y boquiabiertos.

En su interior yacía el esqueleto de un cruzado, ataviado con su indumentaria completa. Zoltan examinaba el yelmo de acero que ocultaba el cráneo del caballero, no exento de temor a que al ser manipulados sus restos estos se desmontaran por completo.

Los blancos ropajes, donde destacaba una roja cruz patada dibujada en el pecho del caballero, si bien estaban algo raídos, habían aguantado mejor de lo que Zoltan imaginaba el paso de los siglos en un lugar tan húmedo y con una atmósfera nada protectora.

Para desgracia del joven historiador, cuando levantó con sumo cuidado la vestimenta esta se desintegró bajo la punta de su cuchillo, que actuaba a modo de instrumental arqueológico ante la falta de material propicio para tales menesteres, dejando ver con claridad la cota de malla, constituida por pequeños anillos de metal unidos entre sí conforme a un patrón. Con ella, el caballero podía tener una protección ligera sin necesidad de un blindaje más reforzado, como la armadura completa de acero.

Ante el temor de estropear en demasía sus maltrechos ropajes, Zoltan decidió que era mejor no tocar más el cuerpo de aquel cruzado, así que prosiguió con la inspección ocular.

Con los brazos flexionados, el caballero empuñaba entre sus guanteletes el mango de una gran espada que prácticamente llegaba hasta sus pies.

—Un auténtico caballero templario —dijo Roberto entonando sus palabras con una mezcla de respeto y emoción ante aquella inesperada sorpresa.

—Apuesto a que nunca te imaginaste descubriendo el sarcófago de un cruzado, oculto tras varios siglos, tras la luz polvorienta de una cripta medieval —exclamó divertido Zoltan.

—¿Acaso tú sí? —bromeó Roberto.

Pesados y oscuros nubarrones avanzaban casi tocando las cumbres de las altas montañas que limitaban el horizonte del valle por el que discurría el embravecido río Aller.

Las hojas de los castaños, que circundaban la pequeña aldea, se movían mecidos por las ráfagas de viento que soplaban con fuerza mientras una débil cortina de agua caía incesantemente, acompañada de lejanos truenos que resonaban a lo lejos.

A los pies de la Torre de Soto, Richard Evans mandó callar a Garrido que, asustado, imploró irse del lugar tras la experiencia que había vivido aquella noche.

Mientras sostenía el teléfono con el que trataba de comunicarse con su patrón, dirigió una mirada furiosa al pequeño hombrecillo que no dejaba de pensar en lo mala que fue la idea de aceptar la llamada telefónica en su despacho aquella maldita tarde. Jamás hubiera pensado que iba a tratarse de una actividad en la que iba a morir gente o en la que incluso su propia vida iba a resultar amenazada.

Tras informar por teléfono de la operación que acababan de realizar, Evans cortó la llamada y retiró a sus hombres de la zona ante el riesgo inminente de que acudieran al lugar hordas de vecinos curiosos o incluso la Policía, alertados por la fuerte detonación que habían provocado para sepultar al guardia civil y a su acompañante.

El líder del grupo confiaba en que el ruido de la explosión hubiera quedado disimulado por el estruendo de los truenos que la tormenta, que descargaba justo sobre sus cabezas, había liberado en el mismo momento en el que se produjo la detonación.

Humillados y con sed de venganza, el grupo de hombres abandonó el recinto a bordo del todoterreno que conducía Evans sin imaginar el gran hallazgo que se acababa de producir bajo la superficie, a unos doscientos metros del lugar por el que transitaban, y que se había mantenido oculto bajo tierra durante más de setecientos años.

Bajo una fina capa de polvo en suspensión que flotaba alrededor del sepulcro templario, con la cara pegada a escasos centímetros del frío mármol blanco donde descansaba el caballero, Roberto y Zoltan iluminaban los dibujos tallados con sus linternas.

Debajo de cada ángel se mostraban dos símbolos a cada cual más extraño. Roberto los miraba como quien mira un libro escrito en una lengua extraña, sin entender el significado que querían transmitir.

Bajo el ángel tallado a la izquierda, el símbolo representado tenía la forma de la letra zeta, con un garabato en forma de número siete que cruzaba la línea inferior, rematando en cada extremo final de las líneas con un pequeño rombo.

El símbolo tallado bajo el ángel de la derecha era algo más complejo, ya que se trataba de una circunferencia con un punto en el centro y de la que parecía florecer una planta inclinada hacia la derecha, de forma similar al símbolo del sexo masculino. No se trataba de una flecha, sino de una especie de punzón triangular con sendas florituras a cada lado.

Zoltan acariciaba los símbolos tallados en el mármol sin mediar palabra, mientras Roberto pensaba que sería imposible averiguar cuál era su significado. Nada más lejos de la realidad, ya que Zoltan sabía perfectamente lo que significaban aquellos símbolos y su silencio no venía dado por tratar de buscar su significado, sino porque ya sabía lo que eran.

—¡Madre mía! —chilló este dejando sordo a Roberto con su exabrupto.

—¿Qué ocurre, Zoltan? ¿Acaso sabes lo que significan esos dibujos? —inquirió Roberto, contagiado por la alegría con la que su amigo había gritado.

—Mira, Roberto. El símbolo tallado a la izquierda, el que parece una zeta, es en realidad la representación del plomo —empezó a decir Zoltan—. El plomo —continuó— es el primero y el más antiguo de los siete metales de la alquimia que, por si no lo sabes, son oro, plata, mercurio, cobre, plomo, hierro y estaño.

—Vaya. No tenía ni la más remota idea —contestó el sargento—. Siempre que oigo hablar de la alquimia imagino a un mago de otros tiempos, relacionado con mitos y leyendas.

—Leyendas o no, Roberto, lo cierto es que existe mucha documentación sobre estos temas y se trata de información tangible y no de cuentos de hadas. Al menos en lo que se refiere a la descripción de los metales.

Roberto asintió, un poco avergonzado por su comentario, y siguió escuchando al joven escritor.

—Debajo del otro ángel tenemos un símbolo también perteneciente a uno de los siete metales de la alquimia. Este concretamente representaba, para los alquimistas, la perfección a todos los problemas de cualquier nivel, incluidos los de la mente, espirituales y del alma.

—¿Plomo y oro? —preguntó Roberto—. ¿El famoso secreto de convertir uno en otro?

Zoltan no contestó.

—¿Zoltan? ¿Me oyes? —repitió Roberto.

Pero Zoltan no escuchaba. Su vista se había posado sobre un tercer símbolo que no había visto antes, oculto bajo el polvo que se había incrustado en el sarcófago de mármol con el paso de los años.

Una circunferencia perfectamente tallada daba cabida en su interior a un triángulo equilátero que tenía tallado dentro, a su vez, un cuadrado y este, finalmente, otra pequeña circunferencia.

Zoltan no articulaba palabra alguna y Roberto no dejaba de zarandearle preguntándole si se encontraba bien o qué diablos ocurría para que no le contestara.

Lentamente, Zoltan se volvió hacia Roberto y anunció parsimoniosamente:

—Roberto, creo que estamos ante uno de los mayores descubrimientos de la historia.

—¿A qué te refieres? ¿Qué has visto en esos símbolos? ¿Se trata de la leyenda que te comentaba acerca del plomo y el oro?

Zoltan, casi llorando, asintió mientras balbuceaba emocionado:

—La piedra filosofal.

—Roberto no pudo evitar pensar en el libro escrito por “J.K. Rowling” y su posterior adaptación cinematográfica, Harry Potter y la piedra filosofal, y sonrió tímidamente mientras lo hacía.

Zoltan retomó la palabra nuevamente.

—La piedra filosofal era una sustancia alquímica legendaria que decían era capaz de convertir los metales bases, tales como el plomo, en oro. También se creía que era un elixir de la vida que permitía el rejuvenecimiento y, posiblemente, lograr la inmortalidad a quienes bebían de él. Durante muchos siglos fue el objetivo más codiciado por los alquimistas. La piedra filosofal era el símbolo central de la terminología mística de la alquimia, simbolizando la perfección en su máxima expresión, la iluminación y la felicidad celestial.

El joven historiador se dio la vuelta y se dirigió a Roberto con calma.

—Se utilizan numerosos sinónimos para hacer referencia a la piedra, tales como piedra blanca, vitriolo, lapis noster, lapis occultus, ovum philosophorum, etcétera. El nombre de piedra o lapis es mencionado por la alegoría cristiana primitiva y en algunos textos se la denomina simplemente piedra, o nuestra piedra. Es necesario señalar que philosophorum no significa "del filósofo" o "filosofal" en el sentido de un sólo filósofo, sino que significa "de los filósofos" en el sentido de una pluralidad de los mismos.

Roberto escuchaba absorto la retahíla de nombres que Zoltan había lanzado por su boca en escasos segundos.

—Las descripciones de la piedra filosofal son numerosas y diversas. De acuerdo con los textos alquímicos, la piedra filosofal llegó en dos variedades preparadas por un método casi idéntico: blanca, con el propósito de transmutar metales en plata, lográndose esto por vía húmeda y roja, con el propósito de transmutar metales en oro, esta vez por vía seca. La piedra blanca era

una versión menos madurada de la roja, según los escritos, pero en ambos casos la sustancia de partida sería la piritita de hierro. Algunos de esos antiguos textos alquímicos medievales dejan pistas sobre la supuesta apariencia física de la piedra filosofal, en concreto de la piedra roja. A menudo se dice que era de color naranja o rojo. También se dice que era soluble en cualquier líquido e incombustible en el fuego.

Roberto escuchaba con atención lo que Zoltan le contaba, sabedor que la mitad de la información le llegaba tan rápido que su cerebro era incapaz de procesarla totalmente, por lo que trató de quedarse con las palabras clave.

—No obstante, ciertos autores alquímicos sugieren que las descripciones de la piedra son metafóricas y que se la denomina piedra, pero no porque sea como una piedra, sino porque ya en tiempos de los árabes, estos llamaban a esa sustancia imaginaria “al-iksir”, lo que se conoce hoy como elixir. Ellos se lo imaginaban como un polvo seco, procedente de alguna piedra especial y de ahí que lo llamaran también piedra filosofal. Para Michael Maier, un médico alemán y reconocido alquimista del siglo XVI, se expresa geoméricamente de la siguiente forma en su conocido libro sobre la alquimia, “Atalanta Fugiens”: “Hacer de un hombre y la mujer un círculo, y luego un cuadrilátero; del este un triángulo; hacer de nuevo un círculo, y usted tendrá la Piedra de los Sabios. Así se hace la piedra”. Los diversos nombres y atributos asignados a la piedra filosofal han llevado por muchos años a la especulación acerca de su composición y origen. Se han encontrado candidatos exotéricos en metales, plantas, rocas, compuestos químicos, y productos corporales tales como el pelo o la orina.

—Pensaba que eran todo conjeturas y no había demostraciones empíricas al respecto —dijo Roberto—. ¿La diferencia entre esotérico y exotérico en qué reside, Zoltan?

—La etimología de exotérico, hace referencia a lo común o accesible para el vulgo, a diferencia de lo esotérico. Aunque a veces se mezclan los enfoques esotéricos y exotéricos, es evidente que algunos autores no se refieren a las sustancias materiales, sino que están empleando el lenguaje de la alquimia exotérica con el único propósito de expresar creencias y aspiraciones teológicas, filosóficas o místicas. La piedra filosofal es creada por el método alquímico conocido como el “Magnum Opus” o “La Gran Obra”. Con frecuencia se expresa como una serie de cambios de color o procesos químicos. Las instrucciones para crear la piedra filosofal son variadas, pero, tranquilo Roberto, no voy a recitar todas las que he podido leer en diversos escritos, justamente porque una de las características de la alquimia es que en los escritos se establece un lenguaje confuso, con la intención de despistar a quien quiera construir la piedra. Por ejemplo, se supone que las referencias al azufre y al mercurio no aludían a los elementos químicos verdaderos, sino a alguna variante de estos, conocida sólo por los alquimistas. Por eso algunos autores se refieren al “mercurio de los filósofos”, por ejemplo, para aportar una pista de que no es el elemento del mercurio.

Roberto asentía, maravillado por todo lo que sabía aquel joven erudito.

—Ya en el siglo XI hubo un debate entre los químicos del mundo musulmán, de si era o no posible la transmutación de sustancias y finalmente se decidió desacreditar dicha teoría. Según la leyenda, se dice que el científico y filósofo del siglo XIII, Alberto Magno, habría descubierto la piedra filosofal pasándosela a su discípulo, Tomás de Aquino, poco antes de su muerte, alrededor del año 1280. Magno no confirmó que hubiera descubierto la piedra en sus escritos, pero hizo constar que fue testigo de la creación de ese metal efectuada por el método de la “transmutación”.

—Y por fin llegamos a lo importante, ¿verdad? —dijo Roberto, deseoso de conocer el desenlace.

Zoltan asintió mientras proseguía con su explicación.

—Según se dice, una vez llegado a cierto punto, el compuesto debe ser calentado de forma constante durante varios años, pasando “La Gran Obra” por distintos colores. Esta requeriría de varios años e intentos, por lo cual a la muerte del maestro pasaría al cuidado del discípulo. En su última fase, se dice que aparecerá una nube o vapor a cierta distancia sobre la mezcla, la cual deberá ser absorbida por un vidrio que adquirirá un color rojizo que posteriormente deberá machacarse hasta obtener un fino polvo rojizo que será, a resultas, la piedra filosofal.

—Y acerca del elixir que comentas, Zoltan, ¿qué tendría que ver la piedra con ese tema?

—Bueno, todo son teorías, leyendas y conjeturas, Roberto. Supuestamente se trataría de una infusión hecha al dejar remojar la piedra en un líquido para, posteriormente, ser bebida una pequeña cantidad. Existen varios mitos sobre lo que sucedería al beberlo. El más popular señala que se caería todo el pelo del cuerpo y las uñas, y que posteriormente surgiría un cuerpo renovado, joven y fuerte, haciendo inmortal al ser humano que lo hubiera ingerido.

El silencio que reinaba en la lóbrega cripta, que se había mantenido oculta de ojos indiscretos durante cientos de años, se veía perturbado por los gritos de alegría que ambos compañeros emitían ante la magnitud del descubrimiento.

Visiblemente emocionados ante su impresionante hallazgo, y deseosos de salir a la superficie para proseguir con su investigación, Roberto y Zoltan bajaron los escalones de la plataforma donde se alzaba el sarcófago y se dividieron para inspeccionar por separado las oscuras paredes de roca que sustentaban el lecho terrestre que se extendía sobre ellos. No se vislumbraba salida alguna excavada en la roca y no había vestigios de ninguna pared construida con ladrillos que fuera similar a la que recientemente habían atravesado para acceder a la cripta.

Confundidos y cabizbajos, ambos rechazaron aceptar cualquier idea acerca de que no existiese ninguna salida y que el verdadero y único motivo de la excavación de aquel túnel y cripta respondiera exclusivamente a dar sepultura a los restos mortales de un caballero templario.

Ambos compañeros se sentaron en el suelo, apoyando la espalda contra la fría pared de roca. Estaban agotados y sedientos ya que llevaban horas sin ingerir ningún líquido, por lo que decidieron hacer una pausa para descansar y poner en orden sus ideas, apagando las linternas para ahorrar batería.

Mientras elucubraban acerca de dónde podía estar la salida, aportando cualquier teoría o idea que se les ocurriera, por descabelladas que estas parecieran, y tras haber revisado a fondo nuevamente toda la cripta, incluyendo paredes, suelo y techo, Zoltan se volvió a Roberto y gritó:

—¡Los grabados del sarcófago! ¡No los hemos examinado todos con detenimiento!

Roberto, sobresaltado por el estremecedor grito que retumbó en la cripta, se levantó rápidamente al recordar que, tras revisar los grabados de los ángeles y explicarle Zoltan lo extraño de su existencia en una tumba, ambos habían abierto el sarcófago sin ni siquiera revisar los grabados que este exhibía bellamente tallados en sus laterales.

Corrieron apresuradamente hasta la base y enfocaron la luz de sus linternas para tratar de encontrar alguna pista que les permitiera salir de aquella prisión subterránea en la que se encontraban reclusos.

El primer lateral que inspeccionaron les dejó fríos y desanimados, ya que en él simplemente se veían siluetas de soldados portando escudos y lanzas, en clara referencia a la Orden del Temple de la que el caballero enterrado fue miembro.

Lánguidamente dieron la vuelta al sarcófago para inspeccionar el otro lado y allí se encontraron una escena prácticamente idéntica donde, en lugar de soldados, las figuras representadas eran las de personas piadosas portando hábitos y sujetando en sus manos manuscritos y cruces.

Lo que llamó la atención de Zoltan fue que uno de los personajes, allí representados, era un

niño que sujetaba una vara con una cruz templaria en la parte más alta de la misma.

La presencia de la cruz ya no significaba gran sorpresa para ellos, debido a que se encontraban en una cripta templaria donde yacía oculto y enterrado un posible Gran Maestre de la Orden, el cual, probablemente, fuera conocedor de alguno de los mayores secretos de la alquimia a tenor de los grabados que Zoltan le había señalado antes a Roberto. Ambos investigadores enfocaron sus linternas hacia aquel grabado que parecía tener un relieve más pronunciado que el resto de los mismos y que, además, asemejaba tener el mismo tamaño que el medallón que antes no les había permitido entrar en la estancia a través del muro de ladrillos.

El sargento se apresuró a sacar la reliquia del bolsillo de su chaqueta y tras encajarla firmemente en el sarcófago de mármol lo volteó con fuerza hacia la derecha, por pura inercia, hasta que este no pudo girar más.

Tras unos breves segundos, que a ambos les pareció una eternidad mientras miraban fijamente aquella especie de mecanismo que habían parecido accionar, un fuerte rumor de agua retumbó en la cripta sin que Roberto y Zoltan pudieran ver de dónde provenía, sucedido de un fuerte crujido que sonó en la base donde descansaba el sarcófago, lo que les hizo dar un salto hacia atrás, visiblemente asustados.

Ante sus ojos, accionado por el mecanismo que había activado el fluir del agua, el pesado sarcófago de mármol blanco se desplazó lentamente hacia el fondo, dejando a la vista unos escalones que bajaban varios metros en diagonal, hacia lo que sería la continuación del túnel por donde ellos buscaban la salida, en línea recta desde la entrada de mampostería por la que habían accedido a la cripta.

Sin más dilación, escritor y guardia civil iniciaron el descenso con precaución, ya que los resbaladizos escalones estaban cubiertos de agua y moho, apoyando la mano en la pared mientras dejaban atrás la cripta.

Roberto bajaba el primero y Zoltan, atemorizado detrás de él, no dejaba de pensar en lo mucho que todo aquello se parecía a los libros de aventuras que solía leer de pequeño. Al bajar el primer escalón temió por su vida, imaginando que alguna cuchilla o guadaña, accionada por un resorte pisado por error, les cercenara la cabeza, por lo que, asustado, miró rápidamente al suelo y a las paredes para ver si había rastros de sangre de algún incauto explorador que les hubiera precedido. Por fortuna no había señal alguna.

Cuando Roberto llegó al final de la escalera, un chasquido sonó débilmente y acto seguido un ruido familiar bramó en el piso superior, al inicio de la escalinata por la que acababan de bajar.

El peso del cuerpo del guardia civil sobre el último escalón fue lo que puso en marcha el mecanismo que cerraba la entrada del pasaje, bajo el sarcófago del caballero templario. Perplejos, Roberto y Zoltan se giraron y miraron hacia arriba, sabedores de que no iban a poder volver a subir, mientras recibían en su cara el impacto de las gotas de agua que caían al ser accionado el mecanismo.

Cuando el ruido que generaba el movimiento del sarcófago hubo cesado, ambos respiraron hondo e iluminaron la estancia en la que se encontraban, donde lo primero que vieron fue un muro construido con grandes bloques de piedra, un corredor que se extendía desde la pared, situado unos cinco metros delante de ellos, y un derrumbe a su izquierda, en lo que asemejaba ser un

antiguo acceso a otra sala o bien a otro viejo túnel.

De cualquier modo, era imposible acceder al mismo ya que la entrada, delimitada por un arco de piedra de medio punto con forma semicircular, estaba totalmente cubierta de tierra y pequeñas rocas.

Aunque intentaron escarbar un poco, no consiguieron avanzar ni veinte centímetros dada la gran cantidad de escombros que se amontonaban, por lo que lo único que pudieron hacer fue imaginar y transportar su ubicación a un mapa mental a fin de imaginar donde se encontraban y hacia donde podía partir aquel supuesto túnel.

Al ver que era inútil perder más tiempo en aquella tarea, se dirigieron a la otra pared e iniciaron de nuevo la marcha por el estrecho y mohoso túnel que se extendía ante ellos.

Las paredes no estaban excavadas en la roca, sino que se habían abierto camino horadando el suelo de tierra. Con toda seguridad, dado el alto nivel de humedad y las pequeñas hileras de agua que caían pared abajo desde el techo, estaban avanzando bajo la montaña que ascendía en dirección a Miravalles, donde numerosos riachuelos y regueras, como el Valle Soto o la Rozá, descendían hasta desembocar en el río Aller.

Por momentos, el camino subía o bajaba de forma casi imperceptible, haciendo que en algunos tramos se formasen balsas de agua helada, de entre diez y cuarenta centímetros de profundidad.

Roberto se detuvo y discutió con Zoltan la posibilidad de descalzarse para no mojar las botas tácticas de gore-tex y los calcetines, por si su estancia en aquel lúgubre terreno inexplorado demoraba más tiempo del que ellos deseaban. Finalmente decidieron que desprotegerse los pies era una locura porque aquella agua turbia estaba cerca del punto de congelación y, además, no podían ver lo que en ella se ocultaba, con el consiguiente riesgo para sus desnudos pies.

De modo que la decisión final fue la de intentar pasar lo más rápido posible aquellas secciones de agua estancada, dando grandes zancadas para así evitar, en la medida de lo posible, que el líquido elemento se colase en su interior.

Hacía tanto frío que de sus bocas brotaban nubes de vaho cada vez que hablaban de lo increíble de aquella situación y de a donde les conduciría aquel pasadizo. Parecía que estuvieran paseando por el norte de Europa en pleno invierno.

Los haces de luz de las linternas cada vez iluminaban menos distancia y finalmente la de Zoltan se apagó por completo. Este la retiró de su cabeza y abrió la compuerta de la batería, con la intención de ver si apretándola un poco conseguía que funcionara nuevamente, pero fue inútil. La batería estaba agotada por completo y estaban a merced de la linterna de Roberto.

Ambos confiaban en que la salida estuviera cerca, ya que el camino por el que transitaban llevaba un buen rato en clara ascensión, y al poco rato el final del pasadizo se mostró frente a sus ojos en forma de estancia cuadrada, rematada con paredes de piedra y restos de lo que fue una antigua escalera de cuerda y madera. Para su desgracia, la cuerda se había podrido y sólo quedaban los restos esparcidos por el suelo de lo que en su día fue.

Ambos miraron hacia arriba y respiraron aliviados al ver que sólo había un par de metros hasta la parte más alta de la sala. De haber tenido la misma altura que el techo de los sótanos de la torre, no podrían haber optado a salir por esa vía de escape.

Al ser Zoltan el más fornido de los dos, este colocó sus manos en posición entrecruzada, indicándole a Roberto que apoyara su pie para impulsarle hacia arriba y así poder inspeccionar la zona superior.

Una vez arriba, Roberto comprobó que el techo tenía dos pequeñas secciones de madera a modo de portezuela y que estas disponían de sendos agujeros redondos para introducir los dedos y tirar de ellas.

El sargento se apoyó como pudo en la pared lateral y tiró con fuerza de la madera varias veces hasta que por fin esta cedió, provocando la caída de tierra e insectos sobre la cabeza de Zoltan, quien protestó enérgicamente al notar cómo uno de aquellos ciempiés trataba de colarse por su espalda.

Roberto repitió la acción anterior en la otra puerta de madera, que esta vez sí cedió con facilidad ante el empuje que el sargento había ejercido sobre ella, y finalmente, con ambas portezuelas abiertas, este vio una losa de piedra que bloqueaba el paso, por lo que optó por bajar al suelo para que Zoltan pudiera descansar un rato y así poder discutir cómo afrontar la “operación salida”.

—Con todo lo que hemos caminado y la inclinación ascendente que ha ido tomando el camino, imagino que estaremos en la ermita de Miravalles —dijo Roberto—. No me extrañaría nada teniendo en cuenta lo que encontré oculto en su interior y la foto que me envió mi amigo Álex para hacerme venir hasta Asturias. Existen demasiados misterios a su alrededor.

—La aventura está superando todas las expectativas que tenía depositadas, Roberto, pero no te voy a engañar... estoy deseando poder salir de aquí para respirar aire puro y calentarme bajo el sol. Llevamos horas aquí abajo y necesito darme una ducha de agua caliente y dormir largo y tendido, y no necesariamente en ese orden. —Rio Zoltan contagiando a Roberto con sus carcajadas.

Cuando hubieron descansado lo suficiente, Zoltan solicitó a Roberto que le alzara para ver si él conseguía averiguar algo más, pero lamentablemente su inspección fue inútil ya que no había rastro alguno de un pulsador o palanca que accionara ningún mecanismo, por lo que, cabizbajo, bajó al lado de su compañero.

Ambos sabían que debían encontrar una forma de retirar aquella losa antes de que la batería de la linterna de Roberto se agotara por completo. Pero ¿Y si lo que fuera que bloqueaba el paso hacia el exterior se había colocado allí mucho después de la construcción de la vía de escape? De ser así, sería imposible escapar del lugar y nadie les echaría en falta. Roberto no había hablado con el inspector Cuevas desde hacía días y este no tenía ni idea de todo lo que el sargento había descubierto y ni mucho menos podría imaginarse que estaba encerrado bajo tierra.

El sargento se negó a seguir teniendo aquellos pensamientos catastrofistas y le pidió a Zoltan que pusiera de nuevo las manos juntas para auparse hasta el techo y limpiar toda la porquería que se había ido incrustando en el hueco durante el paso de los años. Fue entonces cuando se fijó en un detalle que no había visto antes.

Una especie de surco, grabado en la losa de piedra, partía desde el centro en forma de arco, girando hasta una de las esquinas. A Roberto le vino a la mente la imagen de una guía de puerta corredera e imaginó que, si aquello era la salida de un túnel de escape, tenía sentido pensar que el otro extremo del mismo no podía insinuar su verdadera finalidad, por lo que debieron tapiarlo de

forma no persistente para que sólo quienes conocían su existencia, y necesitaban escapar por él, pudieran salir sin que desde el otro lado sospecharan del lugar.

El sargento descendió hasta el suelo para explicárselo a Zoltan y ambos convinieron en que el mando o pulsador, que permitiera accionar el supuesto mecanismo, debería estar en aquella pequeña sala, sí o sí.

Habían llegado con poca luz y tan cansados que lo único que atinaron a ver a su llegada fue la escalera de cuerda en el suelo y rápidamente dirigieron sus miradas hacia el techo, donde presuponían que estaba la salida por la que escapar. Ninguno de los dos se percató de una pequeña rueda de hierro y madera podrida que apenas sobresalía de la pared y que la humedad reinante había ocultado bajo un manto de líquen.

—Roberto, enfoca aquí —gritó Zoltan, agarrando a su compañero por el brazo.

El sargento se giró y enfocó su linterna hacia donde señalaba su joven amigo. En efecto, la rueda había pasado inadvertida por la emoción de ver la salida y la escasa luz de la que disponían. El paso de los años y la humedad habían hecho el resto y el mecanismo aguardaba oculto, esperando a ser accionado.

Tras retirar el líquen que se depositaba sobre ella, ambos compañeros se dispusieron a girarla, con el rabillo del ojo puesto en el techo de la sala. Empujaron al unísono, tras realizar una cuenta hasta tres, pero la rueda parecía estar encallada y no se movió ni un ápice, motivo por el que se vieron obligados a repetir de nuevo la acción con idéntico resultado.

Ambos siguieron limpiando el mecanismo, raspando con cuidado utilizando sus afilados cuchillos, y al tercer intento un golpe seco sacudió el techo y este chirrió, entreabriendo una rendija que propició que una pequeña porción de luz solar entrara en la pequeña sala, tras tantos siglos de cautiverio solar.

Sin soltar la rueda, ambos la giraron con fuerza una vez más y al fin, lo que fuera que taponaba la salida fue liberado, permitiendo que la losa rotara hasta dejar la suficiente abertura como para que pudieran escapar.

Repitiendo el proceso anterior, Zoltan aupó a Roberto hasta la salida y una vez arriba este se tumbó en el suelo con el fin de tender la mano a su amigo y subirle a pulso todo lo que pudo hasta que el historiador, ayudándose con sus pies sobre la pared, pudo apoyar medio cuerpo en el suelo que rodeaba la abertura y finalmente salir y erguirse, respirando aliviado al ver que estaban ya fuera de aquellos oscuros y olvidados pasadizos.

Una paloma arrulló sobre sus cabezas y alzó el vuelo al verse sorprendida por la irrupción de aquellos dos extraños que alteraban su descanso.

El recinto donde se encontraban no era muy grande y para nada se trataba de la ermita de Miravalles, como Roberto había supuesto anteriormente, si bien se trataba de una construcción de carácter religioso, ya que la abertura por donde habían escapado estaba justo debajo de un altar de granito que ejercía de puerta corredera, accionado por el mecanismo que ambos habían activado al girar la rueda.

El pequeño edificio se encontraba sumido en la oscuridad, salvo por los escuetos rayos de sol que entraban por la parte superior de la puerta principal y alguna que otra grieta en sus muros. Con una rápida inspección ocular del entorno, Roberto cayó en la cuenta de donde estaban, volviéndose hacia Zoltan.

—¡Es la Capilla de la Collada! —exclamó el sargento lleno de júbilo—. La Collá —repitió en voz baja.

—Un lugar precioso y cargado de historia por lo que veo en estas paredes. —Le respondió Zoltan mientras observaba los bellos frescos que cubrían las paredes y la bóveda de la capilla, que representaban en sus muros laterales imágenes anteriores a la crucifixión, la última cena, la oración del huerto, el prendimiento y Pilatos lavándose las manos.

Zoltan prosiguió la improvisada visita a la capilla y se movió hacia la derecha para poder observar los frescos de Jesús con la cruz a cuestas, el expolio, la coronación de espinas y la flagelación para, a continuación, contemplar las pinturas del descendimiento de la cruz, la resurrección y la sepultura que estaban representadas en el muro testero <sup>19</sup>.

Roberto se le acercó y, sin querer interrumpirle, le señaló el techo donde se habían plasmado los símbolos de los cuatro evangelistas, el sol, la luna y las estrellas.

—Maravilloso —repetía Zoltan sin dejar de mirar las bellas pinturas.

—Si no recuerdo mal, los frescos datan de la segunda mitad del siglo XVI —comentó Roberto.

—Interesante. Continúa, por favor —pidió Zoltan, que no conocía nada de la historia de Soto y, como buen escritor e historiador, gustaba de escuchar todo aquello que le explicaban relacionado con la historia y el arte.

—Bueno, no es que sepa mucho más del tema. Sólo lo que escuchaba de pequeño y poco más. No hay mucho documentado sobre ella —dijo Roberto mientras continuaba con su explicación.

—Te escucho —dijo Zoltan invitando, con un gesto de su mano, a Roberto para que prosiguiera.

—Como te decía, cerca de la ermita de Miravalles, dentro del recinto del cementerio eclesiástico de Soto existe esta capilla, más antigua y sencilla que la propia ermita, que se conoce como la Capilla del cementerio, construida durante la baja edad media, más o menos sobre los siglos XIII o XIV y que, de hecho, fue iglesia parroquial hasta 1745. Posteriormente la cerraron y los terrenos adyacentes fueron dedicados a cementerio, como ya verás al salir al exterior. Lo sé porque he pasado en numerosas ocasiones de camino a Miravalles.

—Parece ser una zona cargada de historia y arte prerrománico —puntualizó Zoltan.

—Lo más interesante, y seguro te gustará escuchar, es que la capilla tenía una puerta por la que pasaban los peregrinos del Camino de Santiago y dado que muchos de ellos hablaban catalán y valenciano, y estas eran lenguas que los lugareños no conocían y confundían con el francés, la llamaban la "Puerta de los franceses". Probablemente muchos de estos peregrinos optaban por este camino movidos por las apariciones que se decía habían tenido lugar en esta zona y aprovechaban para hacer un alto en el camino aquí, en Miravalles, para rezar antes de seguir su peregrinaje hasta San Salvador de Oviedo, que era parada obligada antes de dirigirse a Santiago de Compostela.

Mientras Roberto explicaba los detalles de la capilla a Zoltan, trataba de abrir la puerta principal que parecía no estar cerrada con llave, pero sí hinchada fruto de la humedad y el agua de la lluvia. Así pues, tras un fuerte tirón, consiguió que esta cediera y se abriera de par en par, cegándoles momentáneamente tras tantas horas acostumbrados a la oscuridad en la que habían estado sumidos.

Ambos salieron al exterior de la Capilla, encontrándose frente a un hermoso cementerio que daba la bienvenida a quienes paseaban por el tranquilo sendero que serpenteaba por la falda de la montaña.

Decidieron dar una vuelta al edificio para admirar la antiquísima construcción y al llegar a la pared sur de la capilla, Zoltan detuvo a Roberto y le señaló un arco de descarga sobre el dintel que, a su juicio, bien pudiera ser lo que quedaba de la "Puerta de los franceses" que Roberto le había comentado minutos antes.

Finalizando la inspección y una vez hubieron cerrado la puerta de acceso para evitar que los curiosos vieran movido el altar y el acceso al pasaje subterráneo, ya que no habían sido capaces de localizar el mecanismo que lo ocultaba nuevamente, ambos emprendieron la marcha a pie por el camino que llevaba de vuelta a Soto, procurando estar atentos por si veían a lo lejos a los hombres que les habían sepultado bajo tierra.

En los húmedos y verdes llanos que se extendían alrededor del sendero que guiaba a los dos investigadores en su vuelta a Soto, los rayos de sol calentaban el mojado suelo propiciando que se formara una fina capa de vapor sobre la hierba que crecía entre los matorrales.

Veinte minutos después de iniciar el regreso a Soto, Zoltan y Roberto se introdujeron en el todoterreno que seguía aparcado en el mismo sitio en el que lo habían dejado la noche anterior, pero en el instante en el que Roberto empezó a girar la llave de contacto, este se detuvo ya que algo en su interior le alertaba indicándole que era mejor dejarlo allí aparcado.

No es que tuviera miedo o sospechara que le hubiesen colocado un explosivo en los bajos del vehículo, si bien después de lo vivido aquella noche todo podía suceder con aquellos tipos. El motivo por el que decidió no arrancar el vehículo, e indicarle a Zoltan que era mejor cruzar el puente del río a pie y subirse al tren que llegaba en esos momentos al apeadero de Santa Ana, era que podían haberle colocado un rastreador en el coche para así poder realizar un seguimiento de sus actividades, pudiendo adelantarse a sus pasos constantemente.

Dicho y hecho, ambos corrieron por el puente que cruzaba el río y accedieron al pequeño andén justo cuando el Vasco se detenía, emitiendo un chirriante sonido proveniente de sus castigados frenos, y abrió sus puertas automáticas frente a ellos.

Durante el viaje apenas mediaron palabra debido al cansancio y la tensión acumulada durante su aventura nocturna, por lo que se limitaron a ver pasar los pueblos ante ellos de camino a su hotel en Mieres. Así pues, fueron dejando atrás las paradas de Corigos, Piñeres, Oyanco, Moreda y varios pueblos más hasta llegar a su destino.

Al bajarse del pequeño tren se dirigieron al hotel en el que se hospedaban, con intención de darse una ducha caliente y descansar todas las horas que el cuerpo les pidiese. No fue hasta el último momento, cuando iban a girar la calle que desembocaba en el hotel, cuando Roberto se percató de que, una vez más, las motocicletas que le habían seguido anteriormente estaban apostadas en las inmediaciones del mismo.

Con un rápido gesto de su brazo izquierdo, el sargento frenó a Zoltan y le indicó que se callara llevándose el dedo índice de la otra mano a sus labios.

Ambos observaron desde la distancia, parapetados en la esquina que les protegía, buscando a los hombres que conducían aquellas máquinas, sabedores de que estarían esperándoles con hostiles intenciones. En ese momento, uno de ellos salió del interior del hotel y tras acercarse al micrófono de su radio a los labios, pulsando el botón para iniciar la conversación, uno de sus compañeros emergió de entre unas plantas que crecían cerca de su motocicleta, las cuales le habían permitido permanecer oculto de la visión de Roberto.

Este decidió que era mejor dar media vuelta y buscar otro hotel, lejos de Mieres, donde guarecerse de aquella gente, por lo que ambos regresaron a la estación de tren para revertir el camino que acababan de realizar hasta Cabañaquinta, el pueblo más cercano a la zona de Los

Cargaderos y Soto, dotado con hostales donde poder alojarse.

En su regreso a Cabañaquinta, Zoltan entrecerró los ojos y se dispuso a dormir un rato, mecido por el suave traqueteo del Vasco, mientras Roberto miraba por la ventanilla del tren los paisajes que durante tantos años había echado de menos.

De repente, al pasar por Caborana, los sesenta metros de la torre de extracción que sustituyó al viejo castillete que se ocupaba anteriormente de la extracción del carbón, del viejo Pozo Santiago, sacó a Roberto de su ensimismamiento.

«¿Cabría la posibilidad de que el túnel taponado por el derrumbe bajo la Torre de Soto llevase hasta la mina donde entramos de pequeños?», pensó Roberto mientras el tren dejaba atrás las viejas instalaciones mineras.

El sargento dejó que Zoltan descansara, mientras el convoy avanzaba lánguidamente por el valle minero, entretanto él fantaseaba con la existencia de otro túnel de mayor recorrido que comunicara la vieja mina con la Torre de Soto, en su afán de conectar los sucesos que había revivido en su regresión y todos los hechos acaecidos durante aquella larga noche en la que habían sido participes de un gran hallazgo templario.

—¿Por qué no iba a poder ser posible? —murmuró entre dientes.

El ligero convoy se aproximaba por la única vía que recorría el valle en paralelo al río, desdoblándose esta al llegar a la pequeña localidad de Cabañaquinta. Apenas siete personas esperaban pacientemente en el andén a que el tren se detuviera frente a ellos y abriera sus puertas para acceder al interior.

Pasaban quince minutos de las once de la mañana cuando guardia civil e historiador se apeaban en la vieja estación y preguntaban donde podían alojarse al taquillero quien, muy amablemente, les indicó de la existencia de unos pequeños apartamentos siguiendo la calle Francisco Cabrera, nada más salir de la estación, haciendo esquina con la calle Doctor Fleming, por lo que decidieron dirigirse hacia allí esperando que no estuvieran ocupados.

Tuvieron suerte y pudieron conseguir un par de habitaciones ya que la temporada estaba siendo floja a nivel turístico, al menos hasta que llegase el frío y empezaran a llegar hordas de esquiadores sedientos de nieve. La chica que les atendió en recepción les informó de las normas a seguir en los apartamentos y, tras entregarles una llave a cada uno, les indicó que si querían desayunar podían dirigirse a la cafetería que su tío Yeyo regentaba a escasos metros de allí, en la Avenida Constitución.

Una vez saciada su hambre en la peculiar cafetería, que se había mantenido exenta de reformas durante los últimos treinta años, ambos compañeros regresaron a los acogedores apartamentos y decidieron, al fin, darse una larga ducha caliente y tumbarse en las mullidas camas para poder descansar tras tantas aventuras, cansancio y sufrimiento padecido durante la larga y alocada jornada anterior.

Ajenos al largo periplo que habían realizado la noche anterior los dos investigadores, un vehículo de color negro, con cuatro hombres en su interior, esperaba impaciente a que se abrieran las barreras de color rojo y blanco del paso a nivel que les impedía cruzar las vías del ferrocarril que discurría por el valle minero del Caudal, a su paso por Soto.

Una vez pasó delante de ellos el pequeño convoy, el conductor del vehículo engranó la primera marcha y el coche prosiguió su camino, cruzando el puente y girando a la izquierda hasta detenerse al lado del todoterreno que Roberto y Zoltan habían dejado aparcado horas antes.

Las puertas del todoterreno se abrieron y los cuatro individuos salieron al exterior, colocándose tres de ellos frente a su líder, Evans, quien daba órdenes a uno de los hombres para que se quedara vigilando en ese lugar, por si el inoportuno guardia civil y su compañero habían conseguido salir de algún modo del subsuelo donde les habían aprisionado.

Evans señaló hacia el pueblo y otro de los hombres se dirigió hacia allí para investigar y preguntar a sus habitantes si habían visto a algún extraño merodeando por la zona. Con un ligero golpe en el pecho del último de los paramilitares con los que había venido, y levantando el brazo con el pulgar hacia atrás, Evans le indicó que le siguiera hasta las ruinas del viejo torreón para comprobar que todo seguía tal y como lo habían dejado la noche anterior.

Ambos llegaron a la puerta de la torre y escudriñaron el interior por las rendijas que separaban la vieja puerta de madera y los muros que la custodiaban, observando que la voladura que habían efectuado por la noche impedía totalmente la salida de sus prisioneros. Era del todo imposible que hubieran conseguido salir de su encierro subterráneo, al menos por donde habían accedido a los sótanos, por lo que decidieron volver al coche, junto al compañero que allí aguardaba, y así esperar a que volviera el otro integrante del grupo.

Pasados cuarenta minutos, la desgarrada figura del otro hombre apareció, tras el hórreo de madera que quedaba a unos cien metros de distancia desde su posición, caminando a paso rápido hasta llegar a su lado.

—Señor, varios vecinos han confirmado que dos hombres, uno de ellos vestido totalmente de negro, mojados y sucios, han cruzado el pueblo viniendo por el camino de la ermita.

—Así pues, han conseguido eludir su encierro escapando por algún agujero o puerta secreta que desconocíamos —masculló Evans mientras apretaba con rabia los puños, imaginando la reacción de su patrón cuando le dijera que no había conseguido acabar con aquel par de entrometidos.

Evans miró hacia el infinito, en dirección a la montaña, y dio orden a sus secuaces para que se equiparan con las linternas que tenían en la guantera del coche y le siguieran a paso ligero, ocultando bajo la ropa las pistolas que sobresalían de las fundas acopladas a sus cinturones.

Caminaron durante unos minutos, por las estrechas calles de la pequeña aldea, hasta llegar

al inicio del camino que conducía hasta Miravalles y prosiguieron su andar dejando atrás la capilla del Santísimo Cristo de la Misericordia, que quedaba a medio camino de Soto y Miravalles, por desgracia en estado de abandono y huérfana de la obra que guardaba antaño en su interior y que hoy en día descansa en la iglesia parroquial de Soto, el Cristo Nazareno.

El grupo de hombres dejó atrás el gran prado que la rodeaba y donde, durante el verano, se celebraba cada año la fiesta del Cristo de la Misericordia, más conocida como "la fiesta de los palos" por las peleas que solían producirse entre los mozos participantes, prosiguiendo su camino en dirección a Miravalles a toda prisa.

Tras descender la ligera pendiente que llevaba hasta el prado donde se erigía la hermosa ermita, la compañía se dirigió hasta la puerta principal y tras forcejear durante unos segundos con ella, y verificar que estaba cerrada con llave, decidieron retirarse ya que, aun habiendo podido localizar un supuesto túnel, no habrían podido escapar de allí con la puerta bloqueada.

Así pues, la comitiva inició la vuelta por el mismo camino, revisando concienzudamente los laterales del mismo por si localizaban algún rastro que se les hubiese pasado por alto en el trayecto de ida.

Cuando habían avanzado unos cuantos cientos de metros y pasaban por delante de la capilla de la Collada, Evans levantó la mano derecha en señal de alto y dirigió una rápida mirada a la fachada principal de la capilla que estaba presidida por un pequeño cementerio, a todas luces cuidado con esmero.

—Joao, revisa la puerta de entrada —ordenó Evans a su lugarteniente.

El paramilitar portugués se dirigió hacia la puerta y apoyó sus manos en la celosía que esta presentaba en la parte superior, a fin de escudriñar su interior por si veía algo anómalo. Al ejercer un poco más de presión, al apoyar la cara entre sus manos, la puerta emitió un chasquido y se abrió totalmente, permitiendo que entrara más luz a su interior y dejando boquiabierto al hombre, que observaba perplejo cómo el altar se encontraba en el lugar equivocado, perpendicular a la posición donde debiera estar.

—¡Señor, he encontrado algo! —gritó Joao, haciendo señas con los brazos a Evans y al resto de sus compañeros.

Estos se dirigieron rápidamente hasta la entrada, cediendo el paso a Evans que avanzó con cautela a través de la capilla hasta llegar al altar. El hombre se agachó frente al agujero que se abría ante él.

—¡Maldita sea! —bramó preso de ira mientras golpeaba con rabia el suelo.

Sus hombres se miraban entre ellos, sabedores de que la noticia disgustaría enormemente a su patrón.

Al no disponer de cuerdas para asegurar la bajada, los expertos paramilitares calcularon a ojo que era factible saltar por la abertura que tenían frente a ellos sin hacerse daño y que, en caso de necesitar subir de nuevo, podría hacerse sin problema, por lo que decidieron que uno de ellos se quedara de guardia para protegerles de visitas no deseadas, mientras el resto del grupo descendía por el túnel que se adentraba montaña abajo.

Las paredes de tierra y piedra que conformaban el estrecho túnel, que los tres hombres iluminaban con sus potentes linternas, denotaban que aquel pasadizo no se trataba de ningún accidente geológico. Por el contrario, fue excavado en su totalidad por la mano del hombre con la idea de servir de vía de escape a quienes vivían siglos atrás en la fortaleza medieval y a los soldados que la custodiaban, ya que era una construcción de carácter defensivo ante las invasiones extranjeras que pudieran venir por el puerto de San Isidro y que, según se dice, desde ella partieron tropas cristianas en la época de la Reconquista.

La comitiva avanzaba en silencio agachando la cabeza en los tramos más bajos, agradeciendo el haberse equipado con las linternas antes de partir ya que, de lo contrario, hubiese sido una temeridad adentrarse a oscuras en aquellos pasajes fríos, húmedos y tenebrosos.

El camino iba adquiriendo un leve desnivel a medida que avanzaban, denotando que su trazado bajaba por la ladera en dirección al pueblo de Soto y, por ende, hacia la torre que portaba su nombre.

Cuando llevaban un buen trecho recorrido, el túnel se ensanchó levemente, desembocando en una amplia gruta que albergaba el acceso por escalera a un piso superior.

Los hombres revisaron la estancia y observaron el derrumbe que Roberto presupuso que podía tratarse del acceso a otro túnel que llevara en dirección a la mina, ya abandonada, en la que este y su amigo Álex habían hallado años atrás las evidencias templarias que les habían permitido acceder hasta ese nivel.

Desestimando cualquier intento de retirar los escombros, para comprobar si se podía acceder al supuesto corredor, los hombres se dirigieron hacia la empinada escalera de piedra que se erigía frente a ellos e iniciaron la ascensión hacia el piso superior, ignorando que la trampilla superior había sido bloqueada de forma automática horas antes.

En efecto, cuando a los tres hombres les faltaban unos ocho o nueve escalones para llegar al final de la escalera, estos debieron agacharse ya que sus cabezas chocaban contra el techo de piedra que conformaba la base donde, para su desconocimiento, descansaba el caballero templario.

Por más que iluminaron cada recoveco de la escalera, bajando y subiendo sus escalones en repetidas ocasiones en busca de algún pulsador, manivela o cualquier otro elemento que les permitiera abrir una salida, no localizaron nada, por lo que decidieron bajar nuevamente a la sala inferior.

Al parecer, quien hubiera construido aquel túnel tenía muy claro que iba a tratarse única y exclusivamente de una vía de escape donde no se contemplaba la opción de volver atrás, precisamente para impedir que si alguien, como ellos mismos, localizaba la salida bajo el altar de la capilla, no pudiera acceder por los sótanos al castillo y atacar a sus moradores por sorpresa.

Evans dio la orden de volver por donde habían venido, con una mezcla de alegría por haber averiguado por donde habían conseguido escapar el guardia civil y su acompañante, pero enojado consigo mismo ya que el esfuerzo había servido de poco y se marchaban ignorando qué podía haber entre el punto donde se vieron atacados la noche anterior y lo que se escondía sobre la losa que les cerraba el paso en la parte superior de la escalera.

Lo peor venía ahora, al menos para él como líder del grupo, ya que a “El fantasma” no iba a gustarle escuchar la noticia de que el policía y su compañero habían escapado por un túnel subterráneo y mucho menos que les había sido imposible acceder al piso superior de los sótanos en busca de lo que fuera que su patrón andaba buscando.

Al fondo de la calle se elevaba el vetusto inmueble que aglutinaba decenas de apartamentos turísticos. Un edificio encalado, con pequeños balcones en cada una de las habitaciones y ventanas enrejadas en la planta baja.

A su lado se repartían las estropeadas fachadas de varias casas de dos pisos, con sus balcones y ventanas repletos de hiedra y geranios.

Ajenos a los hechos acaecidos la tarde anterior en la capilla de la Collada y en el túnel de escape que partía de la Torre de Soto, mientras ambos descansaban en su apartamento, Roberto y Zoltan iniciaron el día con actitud positiva, recordando los sucesos vividos en el transcurso de su improvisada aventura.

Tras despertarse, asediados por la incordiante alarma de los teléfonos móviles que ambos habían programado para las ocho de la mañana, se vistieron en sus respectivas habitaciones siguiendo cada uno su peculiar ritual. Así, mientras uno se encasquetaba la boina y el pañuelo en el cuello, como complementos finales afines a su indumentaria, el otro se pertrechaba de su pistola, introduciéndola en la funda que portaba asida a su cinturón, junto a los dos cargadores de diecisiete balas necesarios para alimentarla.

Al igual que el día anterior, se dirigieron a pie hasta la cafetería de Yeyo, el tío de la chica que regentaba los apartamentos, y se sentaron en las ya clásicas sillas de aluminio, a la espera de que el tímido sol matutino dejara de ocultarse tras los edificios adyacentes y saliera para reconfortarles en aquella fresca mañana de septiembre.

El camarero se acercó a tomar nota y ambos respondieron al unísono.

—Café con leche, por favor.

Se miraron y sonrieron por el hecho de haberse pisado las palabras al hablar.

—¿Les apetece algo de bollería? ¿Magdalenas tal vez? ¿Napolitanas? —preguntó el camarero mientras señalaba una pequeña pizarra apoyada en la pared de la entrada, donde se anunciaba la oferta del desayuno.

—Para mí una napolitana de crema, por favor —contestó Roberto.

—Yo querré un par de magdalenas, si es tan amable —respondió Zoltan, sonriente.

El camarero se retiró y ambos aguardaron en silencio un par de minutos hasta que este reapareció nuevamente, portando el desayuno en una redonda bandeja de metal.

Con delicadeza, depositó los cafés y la bollería sobre la mesa y les acercó un cuenco con sobres de azúcar y sacarina antes de retirarse.

Zoltan vació un sobre de edulcorante en su café y preguntó.

—¿Así que aquí es donde te criaste, Roberto?

—No exactamente —contestó el sargento—. La casa de mi familia está más o menos a un kilómetro de aquí, de camino a Soto.

—Sí, sí, lo sé. Me lo comentaste ayer cuando volvíamos en tren —cortó educadamente Zoltan—. Me refería a que todo el entorno es familiar para ti. Seguramente habrás paseado muchas veces por aquí, delante de esta cafetería.

—No guardo imágenes tan exactas en mi cabeza, pero sí que guardo bonitos recuerdos de venir con mis padres en coche a comprar de vez en cuando, o incluso al médico cuando me mordió el perro del vecino. De donde sí guardo muy buenos recuerdos es de Piñeres y Moreda. Del primero porque es donde vivía otro hermano de mi padre y siempre nos juntábamos después de ir a misa, preparándonos mi tía un abundante aperitivo. Y de Moreda porque cada viernes montaban un mercadillo en la plaza y me encantaba pasear por los tenderetes, donde vendían de todo. Recuerdo que siempre acababan comprándome una pequeña navajita sin filo, porque mis padres no querían comprarme un cuchillo de monte por ser demasiado peligroso, y alguna cinta de casete de la música infantil que se escuchaba en el momento. Mis recuerdos en poblaciones se limitan prácticamente a eso y a las visitas anuales a Gijón para asistir a la feria de muestras que allí se celebraba.

—Poca ciudad veías de pequeño entonces —replicó Zoltan mientras sujetaba la taza de loza blanca, disponiéndose a dar un sorbo a su café con leche.

—En efecto. La gran mayoría de mis recuerdos se concentran en entornos rurales, ya fueran casas de familiares o amigos, pescando en el río, jugando en la vieja piscifactoría que ocupa lo que antes era el complejo minero o subiendo por los prados hasta otros pueblos como El Casar o La Palombar, siguiendo los restos de lo que fue el antiguo trazado de los planos, por donde bajaban el carbón desde las primeras minas que se explotaron.

—¿El carbón no lo sacaban por la bocamina del complejo donde estaba esa piscifactoría? —preguntó Zoltan.

—Sí, en efecto. A partir de los años cincuenta aproximadamente, no recuerdo el año exacto que me dijo mi padre, se hacía así. El carbón era extraído por la bocamina de Santa Ana. Pero mucho antes de la creación del pozo de San Fernando, al que pertenece dicha entrada, el carbón bajaba desde lo alto de las montañas por un sistema de planos.

—¿En qué consistía ese sistema, Roberto?

—A diferencia del pozo San Fernando, donde las vagonetas accedían en línea recta hasta llegar al pozo que bajaba verticalmente desde la montaña, aquí las vagonetas bajaban y subían por la ladera de la misma en un sistema de raíles que llegaba hasta unos cargaderos de mampostería, ubicados donde hoy transcurre la carretera, y allí se cargaba el carbón en el tren que la gente denominaba “El Zurrón” en referencia al maquinista que lo operaba, Francisco Zurrón, al que al parecer admiraban y tenían en gran estima. Desde las minas, ubicadas en el monte, una pequeña locomotora tiraba de varios vagones que portaban el carbón hasta los planos por la zona llana de la montaña, donde era cargado en cinco vagonetas, como te decía antes, y desde allí descendían la montaña salvando los desniveles con pequeños puentes construidos a tal efecto. Con el paso de los años se retiró el viejo tren que circulaba hasta Moreda, sustituyéndolo por camiones, y se construyó un nuevo cargadero de hormigón de mayores dimensiones, además de la construcción del nuevo Pozo San Fernando que ya hemos comentado, por lo que se desmontó el sistema de

planos para bajar el carbón.

—Qué interesante y que pasión demostrada al contar la historia. ¿Te hubiera gustado ver en funcionamiento toda aquella obra de ingeniería verdad, Roberto? —dijo Zoltan.

—Por supuesto. Son muchos años los que pasé correteando por aquellos lugares desconociendo la historia y ahora, ya de adulto y viendo diapositivas antiguas de mi padre, disfruto preguntándole a él y a la gente que vive por la zona y con la que mantengo contacto vía redes sociales. Es una forma de no perder el contacto con la tierra que me vio crecer y me aportó tanto.

Una vez finalizada la distendida charla entre ambos, Roberto se puso serio y convino en que debía acercarse a hablar con el inspector Cuevas para informar de lo sucedido y alertarle sobre la peligrosidad de los tipos que habían intentado enterrarles vivos, en su afán de impedir que localizaran lo que fuera que estuviera escondido en el subsuelo de Soto.

El sargento también decidió que lo ideal era explicarle la relación que el conservador del museo, José María Garrido, mantenía con ellos, pero haciendo hincapié en mantenerlo bajo vigilancia sin despertar su atención, a fin de tenerle controlado y ver si les ayudaba en su investigación cometiendo algún error bajo presión o temor.

Dicho y hecho, Roberto conminó a Zoltan a que visitara con precaución la zona y le avisara si sospechaba que alguien le seguía o tenía cualquier problema, despidiéndose de él mientras se levantaba para pagar el desayuno antes de dirigirse a la estación de tren que le llevaría a Oviedo para visitar al bueno del inspector.

La calle despertaba poco a poco del letargo en el que se había visto sumida durante las horas de la noche, liberando los pasos atropellados de cientos de personas que corrían hacia sus puestos de trabajo y numerosas voces y cláxones que contrastaban con el silencio anterior.

Unas estrechas escaleras, ubicadas al lado de un edificio grisáceo, ascendían sorteando la inclinación del terreno hasta desembocar frente a la comisaría de la Policía Nacional.

Roberto saludó al agente que custodiaba la entrada de la comisaría acercando la mano derecha a su cabeza, ante lo que el policía no supo cómo reaccionar ya que desconocía la profesión de Roberto, limitándose a saludar cortésmente.

El sargento, que se percató de lo sucedido, no pudo evitar sonreír levemente mientras se acercaba al mostrador del compañero que se encargaba de controlar el orden de llegada de las personas que querían renovar el documento nacional de identidad. Le comentó el motivo de su visita y este le señaló el pasillo de la derecha, donde se encontraba ubicado el ascensor que daba acceso al piso donde Cuevas tenía su despacho.

Roberto le dio las gracias, si bien ya conocía el camino de la última vez que fue a visitar al inspector, y esperó paciente a que las puertas del ascensor se abrieran, emitiendo un sonido similar al de una pequeña campanilla.

El sargento entró en el pequeño habitáculo y pulsó el botón del tercer piso, saludando a las dos personas que ya estaban dentro, procedentes de la planta subterránea destinada al aparcamiento. Con un leve traqueteo, el ascensor inició su camino deteniéndose en la segunda planta, donde sus compañeros de viaje se apearon despidiéndose educadamente mientras Roberto aguardaba en silencio con los brazos cruzados.

Al llegar a la tercera planta, el ascensor abrió sus puertas y Roberto se encaminó al despacho en el que Cuevas atendía una llamada telefónica. Nada más ver a Roberto en la puerta del despacho, el inspector bajó las piernas que tenía apoyadas en su mesa y colgó a su interlocutor.

—Vaya, vaya. Pero si se ha dignado usted a venir a informar —abroncó el inspector a Roberto.

—Lamento no haber podido venir antes, inspector, pero lo que voy a contarle a continuación creo que me exonera de toda culpa por no haberle informado de mis movimientos durante el último día y medio.

—Soy todo oídos, sargento —espetó Cuevas, reclinándose en la silla y cruzando sus brazos en claro gesto de interés por lo que Roberto estaba a punto de explicarle.

El joven guardia civil relató todo lo ocurrido desde la última vez que habían hablado por teléfono y así el inspector se enteró de cómo Roberto había realizado una regresión hipnótica, recordando ciertos detalles de su niñez, que le había permitido, a posteriori, reconducir una

investigación que se encontraba en una vía muerta en aquel instante.

El sargento le explicó el motivo por el que había decidido viajar hasta Barcelona, en busca de ayuda para descifrar el medallón que había encontrado y el porqué de no haberla solicitado en el Museo Arqueológico de Asturias.

El inspector Cuevas escuchó boquiabierto la fantástica y novelística historia que Roberto le contaba acerca de pasajes subterráneos, secretos mecanismos automáticos y la existencia de un caballero templario oculto durante siglos.

—Y ese tal Garrido, el conservador, ¿está trabajando con la gente que me comenta? —preguntó Cuevas, preocupado.

—Al cien por cien, inspector. Ya me pareció sospechoso cuando fui a verle días atrás para consultarle acerca del hallazgo que había hecho en Miravalles, pero el recelo se ratificó cuando lo vi dialogando con aquellos hombres. No cabe ninguna duda de que trabaja, o bien con ellos o para ellos.

—¿Y qué es lo que propone? ¿Que nos encarguemos de él?

—No, no. Nada de eso —negó enérgicamente Roberto—. Creo que nos será de más ayuda si le hago una visita para apretarle las tuercas y que se ponga nervioso. Así veremos hasta qué punto está involucrado y si podemos averiguar algo más de información sobre la persona o personas para las que trabaja.

—Como quiera —respondió el inspector Cuevas—. Por mi parte solicitaré un informe con el registro de las llamadas telefónicas, tanto de su teléfono móvil como del fijo de su despacho, en el museo, y se lo haré llegar tan pronto lo reciba. De hecho, es muy probable que lo tenga esta misma tarde, ya que me deben algunos favores y podría apretarles para que no hubiera demora en esta petición.

—Gracias por la cooperación, inspector —dijo Roberto estrechando la mano de Cuevas mientras se levantaba de la silla—. Le haré caso y esperaré su llamada mientras doy una vuelta por el centro comercial y disfruto de una buena fabada y un “culín” de sidra.

—No hay de qué. Le mandaré el informe en cuanto lo haya recibido, pero manténgame informado constantemente, sargento —sentenció el inspector.

Roberto salió de la comisaría con una única idea en la cabeza. Visitar a Garrido.

Un ruido atronador se colaba por la ventana que iluminaba el despacho de José María Garrido a causa de las obras que el ayuntamiento estaba acometiendo en la calle San Vicente, lo que resultaba tremendamente molesto para aquel hombrecillo, que no dejaba de maldecir el pitido que emitía la excavadora cada vez que esta iniciaba la marcha atrás.

El nerviosismo y la tensión acumulada habían hecho mella en él y cualquier cosa le sacaba de sus casillas, no dejándole concentrarse plenamente en su trabajo.

De repente alguien picó tres veces seguidas en su puerta y, antes de que pudiera responder, esta se abrió lentamente dejando entrever la figura de un fantasma que venía a castigarle por sus pecados.

Garrido se echó a temblar al ver que el guardia civil, al que creía muerto o sepultado bajo tierra, le miraba como si todo aquello fuera ajeno a él.

El hombrecillo, de forma torpe y nerviosa, se puso en pie y tras carraspear unos segundos le invitó a entrar, temiendo que viniera a detenerle.

—Ah, ah, hola, sargento —balbuceó el conservador del museo.

—Buenos días, señor Garrido —respondió Roberto en tono pausado y cortés, sabedor de que el mejor plan era no mencionar que sabía que él estaba implicado en la trama.

Garrido no era consciente de su inquietud ante la presencia del sargento, pero el movimiento nervioso de sus ojos, mientras Roberto se dirigía con decisión hasta él, le delataba.

El conservador saludó, intentando aparentar normalidad, y extendió su brazo para estrechar la mano del guardia civil, quien aceptó de buen grado el saludo.

—Qué bueno verle, sargento —dijo Garrido—. Llevaba días sin saber de usted, desde su anterior visita, y ardía en deseos de saber si disponía de nuevas noticias acerca de su fascinante hallazgo.

Roberto sonrió, sabedor de que estaba fingiendo, y sin más preámbulos apartó la silla para las visitas que había frente a la mesa del conservador y se sentó en ella, haciéndole un gesto con la mano para que le imitara mientras carraspeaba antes de iniciar la conversación.

—Señor Garrido —inició Roberto con voz enérgica mientras desbloqueaba su teléfono inteligente y lo depositaba sobre la mesa de su interlocutor—, me han informado de numerosas llamadas que ha atendido usted en este mismo despacho.

El pequeño hombrecillo se hundió todo lo que pudo en la mullida silla en la que estaba sentado, preguntándose si aquel policía estaba al tanto de las actividades que había estado realizando al margen de la ley.

—Bueno, recibo numerosas llamadas debido a mi cargo en el museo, como usted comprenderá...

—No he terminado de hablar, Garrido —cortó alzando la voz Roberto, tratando de imponerse y amedrentar a aquel hombre, que calló de golpe ante la autoritaria actitud del guardia civil.

—Como le decía, y no vuelva a interrumpirme, tengo un listado con numerosas llamadas de un número telefónico que le ha estado llamando desde hace meses a este despacho. Del mismo modo, otro número aparece reflejado en el listado, pero, en esta ocasión, el destinatario ha sido su teléfono móvil. Nos hemos permitido la licencia de cotejar las llamadas que ha recibido desde esos números con las de sus familiares y no coinciden. Una vez desechadas esas llamadas y las que tienen fines comerciales de diversas compañías ofreciendo sus servicios, dígame... ¿a quién podrían corresponder?

El sargento miró a los ojos al conservador, moviendo los dedos uno tras otro, como si tocara un piano sobre la mesa, en claro gesto de impaciencia y con la clara intención de poner aún más nervioso, si era posible, al pobre diablo que tenía frente a él y al que a todas luces le venía grande el papel de esbirro.

Garrido movió los labios para responder con lo primero que le pasó por la cabeza, pero antes de que pudiera articular palabra, Roberto le cortó nuevamente.

—No me mienta, Garrido. Será lo peor que pueda hacer. Sé más de lo que piensa y creo que ya va siendo hora de que me explique qué hace un hombre como usted en compañía de un grupo de paramilitares.

## 43

Escondido en el portal de la regia finca que se alzaba frente al museo, una figura de pelo rubio acercó un aparatoso teléfono móvil a su oído. Se trataba del célebre BlackPhone, un teléfono con tecnología militar que permitía encriptar los mensajes y llamadas que se realizaban a través de él, eludiendo la posibilidad de que otras empresas, hackers o entidades gubernamentales y militares pudieran interceptar su contenido, garantizando así la privacidad de los interlocutores.

Tras varios tonos de espera, una agria voz resonó en el oído de Evans, que tragó saliva, sabedor del mal carácter de su patrón.

—¿Y bien? —preguntó de forma seca y tajante la voz al otro lado de la línea.

—Señor, acabo de ver cómo el guardia civil ha accedido al museo, tal como usted predijo, tras escapar por el túnel subterráneo del encierro al que le sometimos. No hay rastro de su compañero, ese escritor que vino con él desde Barcelona.

—Como me temía, debe haber llegado a la conclusión de que ese imbécil de Garrido trabaja para nosotros. Seguramente te habrá visto en compañía de él sin que te hayas percatado de ello. Entérate bien de sus intenciones y acaba con él en cuanto puedas. No podemos dejar que se entrometa más en nuestros planes.

—Recibido, señor. En cuanto a Garrido, ¿cómo actuamos?

—Elimina cualquier rastro que pueda guiarles hasta mí. Haz lo que debas para ello, pero, sobre todo, no dejes que se escape el guardia civil.

—Confirмо órdenes, señor. Le mantendré informado.

El sol de la tarde cegaba por momentos a Roberto, debido al vaivén al que eran sometidos los frondosos árboles que crecían frente al museo y que hacían que la luz entrara al despacho en cortas ráfagas.

—¿Y bien? —preguntó el sargento —¿Qué me cuenta?

José María Garrido, conservador del museo, fiel creyente y abnegado padre de familia, una persona que nunca había cometido ninguna ilegalidad, se vino abajo y se llevó las manos a la cara tapando su rostro ante las incipientes lágrimas que empezaban a brotar de sus enrojecidos ojos. Durante unos segundos, que para él parecieron una eternidad, lloró desconsolado como un niño pequeño y finalmente sacó un pañuelo de tela con sus iniciales bordadas, secándose las lágrimas que mojaban sus mejillas.

—¿Mejor? —preguntó Roberto, a lo que Garrido asintió taciturno, inclinando la cabeza.

—Yo no soy lo que parece, sargento. Toda mi vida me he preocupado por los demás y jamás he realizado nada delictivo. Por el amor de Dios, si ni siquiera tengo en mi haber una multa de tráfico.

—Continúe —ordenó Roberto.

—Las llamadas a las que usted hace referencia se iniciaron hace algunos meses, aquí mismo, en este despacho. Quien me llamó rehusó identificarse y aún a día de hoy me pregunto cuál será su identidad. El motivo de su llamada fue para indicarme que, en un breve plazo de tiempo, alguien vendría a verme para enseñarme un objeto religioso relacionado con la Orden del Temple.

Roberto dio un respingo al escuchar aquello y pensó en la posibilidad de que su buen amigo Álex fuera aquella persona.

—Aquel hombre —prosiguió Garrido—, efectivamente vino a verme y trajo consigo un pequeño medallón templario para que le diera mi opinión sobre él.

Ya no había duda. Se trataba de su viejo amigo. Seguramente aquella gente andaba en busca del legado templario y necesitaban averiguar si Álex disponía de más información al respecto.

—Ese hombre que le llamó, ¿cómo conocía la existencia de la persona que vino a verle? y ¿cómo sabía que portaría consigo ese medallón?

—La verdad es que lo desconozco, sargento. Mi intención fue la de colgar la primera llamada y seguir con mi trabajo, pero andamos escasos de recursos económicos y el ministerio no concede becas ni ayudas desde hace años. Yo mismo, en lo personal, tengo varias líneas de investigación detenidas en diversos sitios arqueológicos que no pueden llevarse a cabo por ese motivo. Esa fue la razón por la que accedí finalmente. No me pareció que infringiera ninguna ley por charlar con un hombre que quería mostrarme un artilugio religioso en el seno de un museo arqueológico. El problema vino después de eso, cuando transmití mis averiguaciones a ese misterioso hombre que me llamaba y empecé a percatarme de la presencia de ciertas personas,

digamos que poco diplomáticas y que portaban armas, en las inmediaciones del museo o cerca de mi domicilio. Al poco tiempo les escuché comentar que se habían librado de él pero que no tenían el medallón. Eso fue la gota que colmó el vaso y decidí esperar a la siguiente llamada para zanjar mi relación con ellos. Pero fue inútil. Amenazaron con hacer daño a mi familia o hacerme desaparecer si contaba algo a la Policía. Por eso le mentí cuando vino a verme.

—Hubiera sido mejor contarme la verdad en ese momento, ¿no cree?

—Si hubiera tenido la certeza de que mi vida o la de mi familia no corría peligro lo hubiera hecho, créame. No soy ningún monstruo y lamento profundamente lo que le ocurrió a aquel hombre. Pero Evans...

—¿Evans? —interrumpió Roberto.

—Sí. Richard Evans. El jefe de esos hombres a los que usted llama paramilitares. Un mal bicho inglés o escocés, lo desconozco. Es la persona de confianza que media conmigo en nombre de quien me llamó para trabajar con ellos.

«Richard Evans. Así es como te llamas, maldito cabrón», pensó Roberto apretando ambos puños mientras pensaba en su amigo fallecido y en la noche que había pasado bajo tierra por su culpa.

—Como decía, Evans vino a verme el mismo día en el que usted apareció por mi despacho, para advertirme nuevamente que mantuviera la boca cerrada y me obligó a retransmitirle todo lo que usted y yo hablamos aquel día, sargento. De hecho, me obligaron a acompañarlos a la ermita de Miravalles, cosa que nunca había tenido que hacer, ya que mi trabajo se centraba únicamente en buscar documentación y contarles todo cuanto averiguara sobre lo que buscan, lo cual desconozco totalmente. Esa gente forma un círculo muy cerrado en el que es imposible introducirse y no desean que nadie sepa más de la cuenta.

—Imagino que una persona tan versada en la materia como usted tendrá sus propias ideas al respecto, ¿verdad, señor Garrido? —preguntó Roberto, omitiendo deliberadamente la información que había ido descubriendo tras su hallazgo.

—Ya lo creo que sí. De hecho, sopeso varias teorías. No sé si usted sabrá de la existencia del Camino de Santiago Allerano, una antigua ruta jacobea que cruzaba la Cordillera Cantábrica en dirección norte, por el puerto de San Isidro hasta enlazar el Camino Francés con la catedral de San Salvador en Oviedo. Se trata de un itinerario distinto al Camino del Salvador, que cruza la Cordillera más al oeste, por el puerto de Pajares.

—Sé de su existencia, pero muy a groso modo. Continúe, por favor —indicó Roberto.

—El comienzo de dicho camino se situaría en la actualizad en la población de La Robla, en León, que es en esencia el fin de la primera etapa del Camino de San Salvador y como fin del mismo, la localidad asturiana de Ujo, donde el Camino de Santiago Allerano se vuelve a unir al Camino de San Salvador, justo antes de su llegada a la catedral de Oviedo. De ahí que los historiadores lo consideren una variante del Camino de San Salvador en vez de un camino propiamente dicho.

El conservador hizo una breve pausa para beber un vaso de agua y prosiguió con su explicación.

—Como le decía, la presencia de peregrinos era notoria y, por ende, los caballeros

templarios proliferaron en la zona a fin de proteger las rutas que transitaban. No debemos olvidar también que desde la fortaleza de Soto, donde por desgracia ya sólo queda la torre que conoce, partieron diversas tropas en época de la Reconquista, lo que quiere decir que no era una zona dejada de la mano de Dios sino que había claros intereses políticos, económicos y religiosos, por lo que es muy probable que los templarios hubieran podido esconder el gran tesoro perdido del que todos los historiadores se hacen eco, máxime cuando por esa antigua ruta se podía llegar hasta Galicia, donde podían guarecerse de sus perseguidores.

—Así pues, usted sospecha que lo que se oculta o pueda ocultarse sea...

—Un gran tesoro, por descontado. Incluso tal vez el mismísimo Santo Grial, a tenor de los hallazgos que hizo el hombre que vino a verme o el viejo pergamino que usted encontró en la ermita de Miravalles. Piénselo, sargento. Introduzca en una coctelera todo lo que ha descubierto y agréguele el hecho de que un hombre poderoso demuestre tanto interés en una antigua cuenca minera donde ya no vive nadie más que los pocos paisanos que no quisieron dejar sus casas para ir a vivir a la ciudad. Está claro que si alguien demuestra tanto interés como para enviar a un grupo de paramilitares y amenazar a gente corriente o incluso llegar a matar...

El conservador calló de inmediato, sabedor de que podía meter aún más la pata, pero decidió continuar para poder redimirse de todos los actos fraudulentos en los que se había visto involucrado.

—Sargento, debo confesarle que estuve presente la noche que le encerraron bajo la Torre de Soto. Fue en contra de mi voluntad, desde luego. No pude negarme y mucho menos acudir a la Policía, bajo riesgo de perecer en el intento.

—Lo sé, Garrido. Le vi con ellos aquella noche, cuando les atacé por sorpresa. No piense en eso ahora y cuénteme algo que pueda servirme para identificar o adelantarme a los movimientos de esos malnacidos.

—La verdad es que no puedo contarle mucho más. Como le decía, me mantienen totalmente al margen, utilizándome simple y llanamente como lo que soy, un pobre historiador reconvertido en espía y esbirro de un grupo sin escrúpulos que anda en busca de algo por lo que vale la pena robar o asesinar.

Se produjo un breve silencio durante varios segundos, roto tan sólo por los suspiros que profería Garrido.

—Lo único que puedo decirle, sargento, es que el día que fuimos a Miravalles, Evans estaba enfurecido y no paraba de reprocharme que no le hubiera podido sonsacar a usted más información el día que me mostró el pergamino. En ese momento recibió una llamada, seguramente de su patrón, quien, sumido en un ataque de ira, alzó la voz más de la cuenta y me permitió escuchar un fragmento de aquella conversación, en la que decía algo así como: *“incluso mi padre, con menos medios, estuvo más cerca de hallarlo cuando regentaba las minas.”*

—¿Las minas? —preguntó Roberto emocionado al poder conectar nuevamente los recuerdos de su regresión con los túneles hallados recientemente bajo la torre—¿Dice usted que el padre de quien lidera a Evans y a sus matones era el dueño de las minas de Santa Ana?

—Exacto. Eso es lo que pude escuchar, sargento. De ser así, sería alguien muy poderoso en el grupo Hunosa, Hulleras del Norte, ya sabe, la empresa minera que estuvo fuertemente ligada a

la economía de las localidades del área central de Asturias, especialmente de las cuencas del Nalón y del Caudal.

—Sí, estoy al tanto. Mi familia vivía al lado mismo del Socavón de Santa Ana, por donde se extraía antaño el carbón. — Le interrumpió Roberto.

—Exacto. Pues bien, como decía, la minería estuvo fuertemente unida a esas localidades, ya que los principales focos carboníferos del Principado de Asturias se ubicaban en esos elevados montes y abruptas cordilleras. La Sociedad Industrial Asturiana, o S.I.A. como se la conocía vulgarmente, explotó varios cotos mineros entre los que se encuentra el criadero de truchas arcoíris de Santa Ana, el socavón que usted mencionaba, con su pozo San Fernando de Orillés, cuya profundización se llevaría a cabo en el año 1942 por la sociedad Industrial Asturiana Santa Bárbara, cuando ya se habían agotado las minas de montaña que venía explotando desde el año 1916.

—Lo conozco bien, las minas que bajaban el carbón por los planos en dirección al tren Zurrón, ¿verdad?

—Le veo bien documentado, sargento. Prosigo. La S.I.A. se fundó en París de la mano de Tartiere y Herrero en el año 1879 a modo de Sociedad de Minas y Fábricas de Moreda y Gijón, pero allá por el año 1886 se decidió separar las explotaciones mineras de las siderúrgicas, creándose al efecto la Sociedad Anónima Fábrica de Moreda y Gijón, hasta que en el año 1895 quedó constituida en Oviedo la Sociedad Industrial Asturiana “Santa Bárbara”, la cual, en 1899, adquiría la Sociedad Anónima Fábricas de Moreda y Gijón. Tanto el pozo como el Socavón de Santa Ana, quedaron integrados en HUNOSA en 1967, siendo cerradas todas sus instalaciones al año siguiente, lo que no hacía más que confirmar la desastrosa política integradora llevada a cabo por el Estado en compacta simbiosis con la élite financiera, pagando una fortuna por verdaderos montones de chatarra y yacimientos agotados como si de minas de oro se tratase.

—Poco les duró el negocio entonces —bromeó Roberto.

—La cuestión, sargento, es la siguiente. ¿Fue casualidad y mala suerte participar en esa operación de compra? ¿O bien fue un astuto movimiento por parte de quien elaboró el plan de compra, motivado por algún tipo de interés oculto? A fin de cuentas, el mismísimo presidente de la patronal española escribió en una revista de la época: *“Puedo decir que algunos propietarios de minas integradas en Hunosa me han dicho, más o menos confidencialmente, que si hubiesen sabido el precio que el Estado les iba a pagar, hubiesen comprado antes muchas otras minas .”* Y eso, sargento, unido a la conversación que le sugería hace unos minutos, en la que se desplegaba una nueva variable indicando que tal vez el padre de quién se ha convertido en su némesis, hubiera comprado y cerrado en menos de un año el pozo San Fernando, me da que pensar.

—¿Insinúa usted que tal vez descubrieron algo en el Pozo? —inquirió Roberto.

—No lo insinúo, sargento. Lo afirmo. Usted me ha preguntado por mis teorías y, si bien he tardado en darme cuenta, ahora lo veo claro y todas las piezas empiezan a encajar en esta historia.

En las estrechas calles Ovetenses había poca luz debido a los grandes nubarrones que habían ocultado el, hasta entonces, cegador sol de la tarde. La escasa claridad, que apenas lograba deslizarse entre los aleros de los tejados, se esparcía con mayor libertad sobre los terrados de los edificios circundantes, sacando de la penumbra la bella fachada del Museo Arqueológico de Asturias.

Las palabras de José María Garrido sonaban distorsionadas y metálicas a través del auricular que Evans llevaba introducido en su oído izquierdo. La conversación que el conservador mantenía con el guardia civil estaba siendo retransmitida a distancia gracias al emisor oculto que, por fortuna, él mismo había instalado meses atrás en el despacho a fin de espiarle.

Evans acababa de subir a la azotea del edificio situado frente al despacho del conservador y escuchaba con horror cómo el asustado hombrecillo estaba contando todos los entresijos de la operación, aportando datos acerca de su mandamás al entrometido guardia civil.

Sin más dilación, sacó de la bolsa de deporte que llevaba colgada al hombro un fusil M-40, equipado con mira telescópica, capaz de impactar blancos a más de mil metros de distancia.

«Pan comido desde aquí», dijo para sí Evans mientras se apostaba en la cornisa y calibraba la mira, efectuando rápidos movimientos con el fusil en busca de su víctima.

Una vez localizada y enfocada la ventana a través de la lente, el paramilitar encuadró el rollizo cuerpo de Garrido, que permanecía totalmente ajeno a lo que acontecía cincuenta metros detrás de él, y subió lentamente el arma hasta fijar perfectamente en la mira la parte posterior de la cabeza del inaguantable conservador.

Tras acariciar levemente el gatillo del arma, el imperceptible clic del mismo dejó paso a un sonido más ronco, acallado en gran medida por el silenciador que el fusil portaba enroscado en la parte delantera para no alarmar de su presencia.

El proyectil surcó el cielo a una velocidad de casi novecientos metros por segundo, en dirección al pobre hombre que, ajeno al fatal desenlace, conversaba con el guardia civil.

En un abrir y cerrar de ojos el ambiente se tornó caótico, fruto de la mezcla de sonidos encadenados tras el disparo. Cristales haciéndose añicos y golpeando en el suelo de madera tras el impacto de la bala disparada por Evans, Garrido golpeando con su inerte cabeza sobre el teclado del ordenador que presidía la mesa de su estudio y por último el golpe que provocó la silla donde Roberto estaba sentado, al caer hacía atrás debido al gesto instintivo que efectuó el guardia civil para proteger su vida.

Un nuevo disparo hizo acto de presencia en el mismo momento en el que Roberto rodaba sobre sí mismo hacia la derecha para cubrirse del fuego enemigo, parapetándose tras el sofá de cuero marrón que el conservador Garrido solía utilizar para dar alguna cabezada entre horas. Por fortuna, la bala pasó rozándole el hombro y no llegó a alcanzarle.

El sargento desenfundó su arma por inercia, sabedor de que era totalmente inútil intentar realizar cualquier acción contra un francotirador sin saber su posición, equipado únicamente con un arma que no era efectiva a más de veinticinco metros de distancia

Dos nuevos disparos impactaron en el sofá que protegía a Roberto para, a continuación, dejar nuevamente paso al silencio en la pequeña sala. Roberto no se movió de su escondite hasta pasados unos minutos, cuando estuvo seguro de que el francotirador había abandonado su posición.

Un nutrido grupo de periodistas y curiosos se arremolinaban delante del número tres de la calle San Vicente, en Oviedo. La noticia de un atentado había corrido como la pólvora a través de las redes sociales, gracias a una población cada vez más dependiente de las nuevas tecnologías y sumida en el temor de nuevos ataques terroristas que pudieran suceder en cualquier momento en territorio español.

En esta ocasión no se había reivindicado ninguna acción por parte de grupos yihadistas y eso enrarecía aún más el ambiente. Nadie se explicaba qué había podido ocurrir en una ciudad tan tranquila como Oviedo y en un lugar tan ajeno a cualquier tipo de violencia como era un museo de arte.

Mientras los empujones y las preguntas se concentraban en la puerta de entrada, entre coches patrulla que coloreaban la fachada con el fuerte parpadeo de sus luces rojas y azules, no muy lejos de allí, en el despacho del conservador del museo, varios agentes de la Policía Nacional ayudaban al inspector Cuevas a recolectar y marcar pruebas de los hechos acaecidos en el lugar.

El Doctor Pereira, médico forense, se centraba en anotar los detalles de la muerte de Garrido en un bloc de notas como paso preliminar a la autopsia que se practicaría a posteriori en el Instituto de Medicina Legal mientras el médico del SAMU, con la ayuda de un enfermero, trataba las superficiales heridas que el disparo efectuado por el francotirador había ocasionado en el brazo de Roberto.

El inspector Cuevas se dirigió a este mientras el enfermero retiraba con unas pinzas uno de los pequeños fragmentos de cristal que se habían clavado sobre su ceja derecha, fruto de la rotura del cristal de la ventana al estallar en mil pedazos tras recibir el impacto del funesto proyectil.

—Sargento, ¿cómo se encuentra? —preguntó cortésmente.

—Bien. He podido salir ileso, gracias a Dios, a diferencia del pobre Garrido —dijo Roberto mientras dirigía la mirada hacia el cuerpo del conservador, que reposaba inerte sobre la mesa de madera, teñida ahora de color rojo carmesí a consecuencia de la mortal herida, de la que había manado una ingente cantidad de sangre.

—¿Pudo sonsacarle algo al muy infeliz antes de que acabaran con él? —preguntó el inspector, sentándose en la silla adyacente a Roberto.

—El pobre hombre se derrumbó como un castillo de naipes en el momento en el que le apreté un poco, inspector. Su naturaleza no era delinquir y eso se veía a la legua. Por eso les fue tan fácil hacerse con sus servicios. Era fácilmente manipulable y asustadizo. Con tan sólo amenazarle a él o a su familia lo tuvieron controlado de inmediato.

—Pero quienes, sargento. ¿Quiénes son esas personas para las que presupone usted que estaba trabajando?

—Verá, inspector. Antes de morir, Garrido me explicó que escuchó un fragmento de una conversación telefónica entre el hombre al mando, Richard Evans, que presumiblemente sea el autor material de su asesinato y también del de mi amigo Álex, y un desconocido que los lidera. Al parecer, en dicha conversación, el misterioso desconocido hacía referencia a su padre como antiguo propietario de las minas que Hunosa poseía en la zona y que, ya en tiempos pasados, buscaba algo oculto por esos parajes.

—Interesante, sargento. Parece ser que, si averiguamos el nombre de las personas que estaban al mando de las explotaciones mineras en el pasado, a falta de saber el año concreto, podríamos cruzar los datos para identificar al hombre al que Garrido hacía referencia como líder de la organización a la que pertenece ese tal Evans y el resto de sus esbirros.

—Exacto —contestó Roberto dando un puñetazo sobre la mesa y sobresaltando al pobre enfermero, que finalizaba en ese momento su trabajo.

—Tomo nota de todo, sargento. Contactaremos con la Interpol para abrir una investigación sobre ese tal Richard Evans y cruzaremos datos para intentar identificar a su líder. Mientras tanto, tenga cuidado. Esos hombres son peligrosos y, a tenor de las circunstancias, no me cabe la más mínima duda de que no se detendrán ante nada ni ante nadie para lograr alcanzar la meta que se hayan marcado. Y eso, amigo mío, le incluye a usted y a quién se encuentre a su alrededor.

Roberto asintió y se puso en pie, despidiéndose del inspector mientras le estrechaba la mano. Cogió la chaqueta, que aún colgaba del perchero de madera ubicado al lado izquierdo de la puerta de entrada, y salió del despacho mientras sujetaba en la mano su teléfono móvil, con la clara intención de llamar a Zoltan, del que hacía horas no tenía noticias, en cuanto abandonara el edificio.

El ensordecedor ruido que generaban las decenas de personas, acreditadas o no, apostadas frente a la entrada principal del museo frenó a Roberto, que se dirigió educadamente al mostrador de información donde le esperaba Clara, la guapa y sonriente joven que ya le había atendido con anterioridad.

—Disculpe, señorita, ¿cabría la posibilidad de salir por otra puerta menos concurrida? —consultó Roberto a la esbelta recepcionista.

—Buenas tardes, sargento. Si es tan amable de seguirme, le daré acceso para que pueda bajar con el ascensor del personal al aparcamiento y pueda usted salir a pie por la rampa de acceso de la fachada posterior.

—Es usted muy amable —respondió Roberto mientras se echaba a un lado para que la chica pudiera guiarle.

Tras recorrer una veintena de metros, ambos llegaron al ascensor que estaba destinado exclusivamente para uso del personal del museo. Tras introducir una pequeña llave plateada en la cerradura, que se ubicaba entre los botones de llamada, se abrieron las puertas, permitiendo que Roberto se introdujera en su interior.

Clara marcó un código de cuatro dígitos en el panel táctil y, tras indicarle a Roberto que debía girar a la derecha nada más salir del ascensor para encontrar la salida, presionó sobre el icono que simbolizaba validar la operación.

Las puertas se cerraron y el ascensor inició el descenso hasta el piso inferior mientras el guardia civil escuchaba una vieja canción por el hilo musical, a través de los altavoces del pequeño elevador.

Una vez abiertas las puertas, Roberto viró a la derecha, tal como Clara le había indicado, y ascendió por el lateral de la rampa destinada a los vehículos. Se acercó a una pequeña caja de color verde, ubicada en la pared, y presionó el botón de apertura manual de la puerta que, tras un fuerte chirrido que denotaba poco mantenimiento y engrase, se abrió lentamente, permitiendo al joven guardia civil salir al exterior.

Roberto, que aún llevaba el teléfono móvil asido en su mano, desbloqueó el terminal y presionó el icono de llamada situado a la derecha del nombre de Zoltan.

Tras esperar cuatro tonos, este respondió y Roberto respiró aliviado al ver que se encontraba bien, detallándole los pormenores de todo lo sucedido aquella tarde e instándole a guarecerse en los apartamentos donde se alojaban, a fin de preservar su integridad física mientras él no hubiera llegado.

Necesitaba poner en orden su cabeza y definir la estrategia a seguir a partir de aquel punto y para ello precisaba estar solo.

En la fuerte pendiente, empinada y húmeda, los rayos del sol, que había resurgido de entre las grises nubes que lo habían mantenido oculto durante toda la tarde, tostaban la hierba que crecía entre los matorrales y zarzales que entrelazaban sus espinosas ramas.

En la solitaria senda, entre los matojos que se enmarañaban a cada lado del camino, se escuchaba el débil ruido que producían las culebras y lagartijas que, hastiadas de lluvia y humedad, se deslizaban en busca de los rayos de sol que se colaban entre las zarzas.

La pronunciada pendiente, por la que Roberto subía con precaución, resbalaba de forma peligrosa a causa de la lluvia caída con anterioridad, haciendo que la verde hierba mojada que se extendía bajo sus pies se comportara como una pista de patinaje. Si bien Roberto iba adecuadamente calzado con botas de montaña, la orografía del terreno hacía que este debiera extremar las precauciones si no quería sufrir una aparatosa caída con funestas consecuencias.

El sargento necesitaba pensar y poner orden a todas las ideas que se agolpaban en su cabeza tras el alud de situaciones vividas en tan corto lapso de tiempo.

El sol iniciaba ya su camino hacia el ocaso y la luz se tornaba cada vez más tenue, haciendo que el agreste y solitario camino se tornara misterioso a cada paso que daba.

Roberto había aparcado el coche delante de las verjas de hierro que delimitaban la propiedad de la vieja casa familiar, la cual aguardaba su incierto destino ahora que restaba deshabitada desde que murió su tía.

Como necesitaba pensar a solas, no se le había ocurrido una mejor idea que la de recorrer el camino de los planos que tantas veces había andado de pequeño, bien para subir a los prados que su padre había ayudado a segar años atrás con su familia o de excursión a los pueblos vecinos que se ubicaban más arriba, como por ejemplo El Casar.

Tras dejar atrás el prado donde antaño su abuelo había tenido colocadas las casetas donde criaba sus abejas y la senda que serpenteaba entre bosques de avellanos en dirección a La Palombar, Roberto inició un nuevo segmento del camino por el que antaño subían y bajaban las vagonetas cargadas con el carbón desde las minas del monte.

Al cabo de un buen rato ascendiendo, se encontró con grandes bloques de piedra que formaban paredes verticales y que en su día sirvieron para sustentar los puentes que permitían salvar los desniveles del terreno.

A Roberto le vino a la cabeza la imagen de una tarde en la que había ido de excursión por los prados con Spotty, el conejo blanco y negro que había tomado prestado de la conejera de un vecino y que finalmente, tras mantenerlo oculto durante todo el día, aquel amable hombre le había regalado.

Por no dar toda la vuelta por el camino adaptado a los vehículos, el niño había decidido bajar por los planos, pero la tarea se complicó ya que, por aquel entonces, desconocía esos abruptos cortes en el terreno por los que debía descender como si de un escalador se tratara y eso

implicaba que debía dejar la cesta de mimbre donde llevaba el conejo para poder descender con seguridad.

Por suerte, aquel día llevaba una cuerda y pudo bajar lentamente la cesta con el animal en su interior para, acto seguido, bajar él asiéndose en los agujeros libres que quedaban entre piedra y piedra.

Ahora, casi treinta años después de su aventura, Roberto se disponía a escalar aquella pared que el tiempo había condenado prácticamente a desaparecer tras hierbajos y maleza, fruto del despoblamiento de las zonas rurales del valle.

Cuando llegó al borde superior se sentó a contemplar la majestuosidad del valle, impresionado por la altura de los grandes picos montañosos que se alzaban cubiertos de niebla frente a él, mientras el río Aller serpenteaba a sus pies con sus plateadas aguas jugando alegremente entre los grandes cantos rodados que durante siglos había ido modelando a su antojo.

Roberto no dejaba de pensar en la regresión que había realizado días atrás y si bien le había servido para recordar lo que les ocurrió a él y a su amigo en el pasado, en el interior de la mina, seguía sin aportar información del motivo por el que ni sus padres ni nadie más le habían recordado posteriormente el suceso.

El sargento fijó la mirada en la enorme edificación a pie de carretera, donde se encontraba el antiguo economato y la residencia de los abuelos de sus amigos, cercana al punto donde la regresión lo había ubicado por última vez antes de perder el conocimiento, y se irguió con los brazos en jarra, mientras miraba al infinito.

«Debo volver a ver a Nieves», pensó Roberto, recordando con una sonrisa que la doctora le había pedido que no la tratara de usted.

Nieves Miranda acomodó su tonificado y esbelto cuerpo en el sillón orejero que ocupaba la esquina sur del apacible salón y colocó sobre sus desnudos muslos, que apenas cubría una fina bata de color rosa palo, una servilleta de hilo con sus iniciales bordadas, regalo de su abuela del día que vino a conocer dónde se había mudado su nieta favorita.

La Doctora Miranda contempló el desayuno que tenía sobre la mesita. Una taza de café de porcelana blanca, dos galletas digestivas y un pequeñísimo trozo de pan tostado untado con mantequilla y miel. Se bebió el café sorbiéndolo con delicadeza, ya que el microondas lo había calentado más de la cuenta, y dio un bocado a una de las galletas mientras hacía esfuerzos por desperezarse.

El sol calentaba su cuerpo a través del gran ventanal que presidía el salón. Nieves encendió su iPad y pulsó sobre el icono de su periódico favorito, omitiendo las noticias relacionadas con el partido de fútbol que se había celebrado la noche anterior y todo lo relacionado con la independencia de Cataluña. Estaba harta de leer siempre las mismas noticias.

Cuando se disponía a cerrar la aplicación y dejar de nuevo el iPad sobre la mesita, un último vistazo a la tableta hizo que se sobresaltara. “*ATENTADO EN EL CENTRO DE OVIEDO*”. Nieves respiró pausadamente y comenzó a leer la noticia.

*“La Policía Nacional ha abierto una investigación para esclarecer el asesinato, en uno de los despachos del Museo Arqueológico de Asturias, de uno de sus más reputados miembros. Fuentes policiales confirman que la víctima habría muerto al recibir el disparo de un proyectil, efectuado por un francotirador aún sin identificar, desconociendo por el momento los motivos que rodean la muerte del hombre, de cincuenta y siete años de edad.”*

La Doctora Miranda no daba crédito a que el mortal atentado, del que informaba la noticia que estaba leyendo, hubiera sucedido a escasos mil metros de su apacible domicilio.

En ese momento, el sonido de campanillas del videoportero de la finca la sobresaltó y sacó del ensimismamiento en el que se hallaba absorta. Se dirigió a la puerta principal y pulsó el botón que permitía observar al visitante sin que este se percatara de ello y al ver en la imagen que proyectaba el pequeño monitor TFT <sup>20</sup> a color, que se trataba del apuesto guardia civil al que había tratado recientemente, no pudo evitar ruborizarse.

—¿Diga? —preguntó la doctora, a sabiendas de que el sargento era consciente de que le estaba viendo y sabía perfectamente que se trataba de él.

—Buenos días, Nieves —respondió la suave voz de Roberto a través del altavoz del videoportero—. Espero no haberte despertado, pero necesito hablar contigo de forma imperiosa.

—Ah, oh. Hola, Roberto. Te abro ahora mismo. Espera abajo a que llegue el ascensor —contestó de forma atropellada, como si de una alocada adolescente se tratara.

La Doctora Miranda corrió a su habitación y trató de vestirse lo más rápido que pudo,

eligiendo un conjunto de falda y americana de color gris, en armonía con una elegante blusa de manga corta, confeccionada en color blanco con encaje en los hombros. «Elegante y sensual, pero sin estridencias», pensó Nieves.

El timbre de la puerta sonó y la doctora contestó desde su lavabo, indicando a Roberto que la puerta estaba abierta y que podía pasar al salón, a lo que él respondió afirmativamente mientras entraba y cerraba la puerta con delicadeza.

Pasados unos minutos, Nieves hacía acto de presencia en el salón dejando anonadado a su invitado, sin saber este qué decir ante la belleza que desplegaba la hermosa doctora.

La doctora se acercó a Roberto, ofreciéndole asiento y preguntándole si quería almorzar algo, a lo que el sargento respondió con una negativa ya que había desayunado en un bar cercano mientras esperaba a que fuera una hora más prudencial para ir a visitarla.

—¿Qué te ha hecho venir de buena mañana, Roberto? —preguntó la doctora sin más dilación.

—Nieves, necesito saber qué ocurrió después de que mi amigo y yo saliéramos de la mina cuando éramos pequeños y me resulta imposible, ya que Álex está muerto y no tengo a nadie más a quién consultárselo. Mis padres me ocultaron todo lo ocurrido y no ha sido hasta ahora, ya de adulto, cuando he empezado a tener sueños y pesadillas ocasionadas por los recuerdos que querían salir a flote, pudiéndolos recordar gracias a ti.

—Es lógico. Una regresión nos permite recordar los sucesos que ocurrieron tiempo atrás y que, debido a algún trauma, nuestra mente ha cerrado bajo llave para evitar revivirlos. Pero por desgracia, no nos permite obtener visiones de algo que no hemos podido experimentar en primera persona, como por ejemplo en tu caso, debido a la conmoción que sufriste por el golpe que debiste recibir en la cabeza mientras te arrastraba el agua. Claro que...

Roberto se tensó al escuchar esa expresión, ya que imaginaba que acto seguido habría un atisbo de esperanza, aunque no sabía cuál.

—Claro que, ¿qué? —preguntó Roberto, intrigado.

Nieves se recolocó en el sofá donde estaba sentada y retomó la palabra.

—Si bien lo que te he dicho es cierto, existe una vía alternativa para llegar a revivir los recuerdos y vivencias en las que uno no ha podido estar presente.

La doctora hizo una pausa para beber del vaso de agua que había depositado previamente sobre la mesita.

—Existe una técnica milenaria llamada akra-kotr.

—¿Akra-kotr? —preguntó Roberto sin saber muy bien cómo debía escribirse aquel galimatías lingüístico.

—Sí, Roberto. El akra-kotr es una antigua técnica que desarrollaron los monjes nepalíes, consistente, como te decía antes, en revivir recuerdos del pasado como si la persona encargada de ello estuviera físicamente allí.

—¿Un viaje en el tiempo? —bromeó Roberto.

—Llámalo así si lo prefieres. Verás, varios estudios universitarios aseguran que ningún otro

animal de la Tierra, que no sea el ser humano, puede hacer esta clase de viajes temporales ya que no disponen de la capacidad de crear escenarios mentales, aunque sí puedan tener la capacidad de recordar episodios pasados.

Las huellas de nuestra memoria episódica, que es la memoria relacionada con sucesos autobiográficos, es la que nos permite viajar mentalmente al pasado y reproducir o revivir en primera persona los hechos ocurridos de forma precisa ya que nosotros los vivimos en su día, aunque no nos acordemos.

—Volvemos a las regresiones, ¿verdad?

—Correcto —respondió Nieves—. Pero existe una variable que radica en lo que te decía antes acerca de lo que nos diferencia de los animales, y esta es nuestra habilidad para construir escenarios mentales de algo que hayamos visto en el pasado o no, ya que dichos escenarios pueden ser contruidos en nuestra mente tomando situaciones del pasado y aderezándolas con cualquier otro tipo de recuerdo o conocimiento del que seamos poseedores y que complemente la información, por decirlo así, de forma veraz.

—¿Reconstruir episodios del pasado, aportando datos que hemos ido adquiriendo posteriormente en el tiempo?

—Exacto. Lo has pillado. Claro que dominar esa técnica no es fácil. Requiere de un gran nivel de concentración y autocontrol que ni yo misma he podido adquirir. Dicho método lo conocí a través del que fuera mi mentor y protector durante mis estudios académicos en Norteamérica. Él pudo aprenderla de primera mano en las montañas de Nepal cuando, motivado por una crisis existencial, dejó atrás su vida y viajó hasta aquel país para encontrarse a sí mismo.

Allí, un viejo maestro Nepali le adiestró durante prácticamente dos años, reconfortando su alma y adoctrinándole con las creencias y valores hinduistas basados en el Dharma, Samsara, Karma y finalmente Moksha<sup>21</sup>, para liberarle de todo lo que le atormentaba.

Lamentablemente yo fui incapaz de dominar la técnica, pero quizás alguien como tú, atormentado como mi antiguo profesor, pueda lograrlo si el fin es puro y moralmente correcto.

—¿Qué podemos perder, doctora? Pongámonos manos a la obra —sentenció Roberto.

La Doctora Miranda se levantó del sofá y se dirigió hacia la ventana para bajar la persiana, con el fin de crear una atmósfera sosegada y apacible. Repitió el proceso con la cortina que colgaba sobre el gran ventanal, ya que este no disponía de persiana para bloquear la cálida luz de un sol que alegraba la casa con su fulgor.

Cuando hubo conseguido que el salón estuviera lo más oscuro posible, para favorecer el estado de concentración que requería el ejercicio de meditación que iba a producirse a continuación, Nieves le indicó a Roberto que apretara la pequeña palanca metálica que asomaba entre el brazo del sofá y el mullido cojín para que el reposapiés, que incorporaba este, se desplegara y el sargento pudiera estar más cómodo y distendido durante el proceso.

—Roberto, esta técnica consiste en que te relajes y dejes de sentir cualquier sensación, sonido o imagen que te rodee. A diferencia de la regresión, donde yo te inducía a un sueño profundo en el que los recuerdos acudían a ti, en esta ocasión tú eres el que debe obviar todo lo que te rodea e ir en busca de las imágenes del pasado que desees analizar. ¿Entiendes? Será como si salieras de tu propio cuerpo para viajar a una dimensión paralela, ubicada en otro espacio temporal donde interactuarás como si estuvieras allí realmente. Yo no podré guiarte ni escuchar lo que recites en relación con tus visiones.

—Estoy listo, Nieves. Empecemos.

—Bien, vamos allá. Has de imaginar lo que quieras que te induzca a un fuerte estado de meditación. Cierra los ojos e invoca algo que te abstraiga del mundo actual. Inhala y exhala profunda y pausadamente mientras lo haces. Concéntrate en la sensación que produce el aire mientras entra y sale de tu nariz y en cómo tus pulmones se llenan y vacían al mismo tiempo. Une las yemas de los dedos de ambas manos frente a tu pecho, como si rezaras, pero sin juntarlas.

Roberto hizo caso a la doctora y cerró los ojos, evocando un partido de tenis entre Rafael Nadal y Roger Federer, dos de los mejores tenistas de la historia de ese deporte.

Desde la última fila de asientos de la pista Philippe-Chatrier, la pista principal del complejo deportivo Stade Roland Garros, sede del torneo que lleva su nombre, en París, Roberto contemplaba cada punto jugado por ambos deportistas mientras el público, enfervorizado, aplaudía rabiosamente con cada golpe.

El cielo se iba tiñendo de negro sin que la gente mostrara la más mínima atención, totalmente inmersos en el partido. Roberto observaba cómo ambos jugadores cambiaban sobre la marcha su estrategia de juego, pasando de jugar cerca de la red a hacerlo desde el fondo de la pista, ideando contraataques para contrarrestar los envites de su adversario.

El infernal rugir del público que se escuchaba a cada golpe ganador, si bien el tenis suele ser un deporte donde la gente aplaude y anima con tranquilidad, se fue apagando poco a poco mientras Roberto focalizaba aún más su atención en los verdaderos protagonistas de la pista, quienes golpean la pelota de forma rítmica, como si estuvieran realizando los ejercicios de calentamiento

previos a la gran cita.

El sargento ya no era consciente de la gente que le rodeaba y, de hecho, ya sólo veía la pista de tierra batida al fondo de las gradas que, extrañamente, habían quedado desiertas de público.

Roberto giró la cabeza a un lado y a otro y se dio cuenta de que estaba solo. El cielo, antes azul, era ahora negro como la noche y el jolgorio anterior había dado paso al más profundo de los silencios.

El joven guardia civil se percató en ese instante de que el juego de peloteo que estaban ejecutando ambos oponentes, respondía con exactitud a los movimientos que él mismo estaba realizando con sus ojos, guiando la pelota hacia cada uno de ellos e indicándoles cómo golpearla.

Cuando finalmente comprendió que las distracciones habían desaparecido y que era su cerebro el que marcaba la pauta a seguir, Roberto observó perplejo cómo la pista y los tenistas desaparecían lentamente, desplazándose hacia el infinito y menguando paulatinamente hasta ser un punto lejano, desapareciendo finalmente. Únicamente quedaba él, sentado en el salón de Nieves.

Roberto miró a su alrededor y no vio a nadie. Alzó sus manos y se vio a sí mismo como si fuera otra persona, otro ser. Un ente no corpóreo perteneciente a otra realidad.

El sargento se levantó del sofá y se dirigió al recibidor del piso de la doctora, abriendo la puerta de salida. Esta vez accedió al ascensor sin necesidad de pulsar ningún código para iniciar su puesta en marcha, ya que este era diferente al que había utilizado con anterioridad. En lugar de puertas correderas, se encontró cerrando de forma manual una puerta enrejada y un mando de control compuesto por varios pulsadores mecánicos de color blanco-nacarado, enmarcados en una pletina metálica de color dorado.

Cuando llegó a la planta baja y salió a la calle, lo que se encontró fue muy diferente a lo que había visto un rato antes, de camino a casa de la doctora. Multitud de antiguos vehículos circulaban de forma desordenada por una calzada en la que, a diferencia de hoy en día, no se veía ni una sola bicicleta como alternativa al tráfico rodado.

Olía mucho a humo, debido a las nulas normativas anticontaminación actuales aplicadas a los vehículos y empresas, y un ensordecedor ruido crispaba los nervios del sargento mientras este continuaba caminando, en dirección a la estación de ferrocarril.

Roberto se acercó al mostrador de venta donde un risueño empleado ataviado con el uniforme de la empresa, que consistía en un traje de color gris oscuro y una gorra de color rojo con visera negra, entregaba un pequeño ticket a las personas que hacían cola a su lado.

El sargento pasó de largo, sabedor de que no podía interactuar con ellos, y se dirigió al andén tras atravesar una puerta acristalada que aislaba la estación del molesto ruido del exterior.

Tras esperar largo rato, sentado en el duro banco de madera, el sonido del tren hizo que se levantara y se acercara al borde del andén.

El moderno convoy que había estado usando los últimos días, diseñado con forma aerodinámica, dejó su lugar a un viejo tren de color blanco y azul en el que sus extremos eran totalmente rectos y planos, ofreciendo una gran resistencia al avance.

Roberto entró en su interior y, tras bajar manualmente la ventana corredera para que entrara

algo de aire fresco, se sentó esperando a que el vetusto tren le llevara hasta su destino mientras este recorría el precioso valle en paralelo al río que daba nombre al concejo.

Una hora después, el sargento se apeaba en el pequeño apeadero de tren de Santa Ana e iniciaba el camino a pie hasta el lugar donde había perdido el conocimiento de pequeño, tras el incidente en la mina.

En el trayecto dejó atrás la Torre de Soto, a su derecha, sin que se apreciara el más mínimo cambio en su fisionomía. Roberto avanzaba por el lado izquierdo de la carretera, en dirección a Cabañaquinta, observando en el lado opuesto la tienda que sus tíos habían regentado años atrás. Le pareció ver a sus primos, Ana y Marcelino, a través de las ventanas superiores y a sus tíos organizando varias cajas en su interior.

Tras recorrer los escasos mil metros que separaban la estación de tren de la zona de Los Cargaderos, Roberto cruzó la carretera y bajó las escaleras del gran edificio de viviendas que se alzaba a pie de carretera, de camino al punto exacto donde se había despertado tras sufrir el accidente, más allá de la zona de columpios con la que estaba equipado aquel edificio.

Mientras avanzaba por el lateral de la vía del tren, en el margen izquierdo del río, observó cómo un nutrido grupo de gente se arremolinaba entorno a algo que yacía en el suelo. El sargento se acercó y comprendió que se trata de él mismo, treinta años atrás, tumbado inconsciente en el frío y húmedo suelo.

Las personas que habían venido a socorrerle, guiadas por su buen amigo, eran vecinos que residían en la vieja casona y trabajadores de la Tejera, una empresa especializada en la construcción de tejas, edificada al otro lado de la carretera, que había iniciado su actividad empresarial recientemente.

Roberto se quedó detrás de ellos, sabedor de que no podían sentir su presencia, e inspeccionó el terreno con la vista mientras sus sentidos, hiperactivados a consecuencia de su actual estado de meditación, estimulaban su cerebro en busca de cualquier situación anómala.

El sonido del agua fluyendo río abajo, los coches que circulan por la carretera o el olor a tierra húmeda que lo impregna todo, erizaban el vello del sargento, que giraba continuamente la cabeza en estado de alerta.

De repente se percató de que dos personas observaban la escena desde una distancia prudencial. No se trataba de vecinos, ya que para él eran completos desconocidos y no guardaba recuerdos de aquella gente de cuando era pequeño. No. Esas dos personas no eran del pueblo.

Los desconocidos dieron media vuelta sin que nadie reparase en ellos y cruzaron la carretera en dirección al socavón, sorteando los vehículos que transitaban a gran velocidad por la carretera.

Roberto abandonó su posición e inició su persecución de forma tranquila por el camino que discurría paralelo al riachuelo que bajaba desde Orillés, dejando atrás el molino y los antiguos lavaderos de carbón.

Al llegar a la explanada superior, en la desembocadura del camino que subía desde la carretera, los dos hombres se acercaron a un elegante coche de color negro con claros detalles que recordaban a los grandes sedanes americanos.

Roberto centró su atención en el vehículo y observó con detenimiento que una persona

estaba sentada en el asiento posterior del mismo.

«Sin lugar a dudas, se trata de un niño poco mayor que yo», pensó el sargento.

Tras anotar mentalmente los rasgos del pequeño, Roberto siguió observando a los dos tipos, que parecían esperar a alguien. En ese momento, una tercera figura emergió de entre los viejos edificios derruidos del complejo minero y avanzó hacia ellos.

Se trataba de un corpulento hombre de mediana edad, tal vez de unos cuarenta años, vestido con un elegante traje italiano, a juzgar por el corte del mismo, camisa blanca y corbata oscura.

El desconocido se plantó delante de los dos hombres y, tras lo que pareció una acalorada discusión, les empujó en dirección a la entrada de la mina. Antes de abandonar el lugar, el desconocido se acercó al vehículo y dirigió unas palabras al niño que aguardaba en su interior, el cual respondió con un leve movimiento de cabeza mientras recibía una suave caricia por parte del hombre.

«Tal vez sean padre e hijo», pensó Roberto mientras se aproximaba a la anaranjada construcción de ladrillos.

El sargento perdió de vista a los tres hombres, pero sabía que se dirigían al socavón de entrada a la mina que da nombre al recinto, por lo que giró hacia la derecha y avanzó en paralelo al agua que discurría en dirección a la poza.

Al llegar al final del camino, vio cómo accedían a la bocamina y cerraban con una cadena el paso a su interior. Roberto, aún inmerso en el estado de relajación y meditación en el que se encontraba, no consiguió avanzar más y se quedó a la espera de que aparecieran nuevamente los hombres.

Tras unos cuantos minutos de espera, en los que Roberto intentó aclarar sus ideas, una gran explosión proveniente del interior de las montañas sacudió el lugar, provocando que grandes cantidades de humo y polvo atravesaran los resquicios de las puertas que cerraban el acceso a la mina.

El guardia civil se aproximó corriendo hasta la entrada, con la cara desencajada por lo que acababa de suceder, mientras intentaba abrir desesperadamente el candado que le cortaba el paso. Era inútil.

Unas pisadas alertaron a Roberto, que se giró de inmediato para toparse de bruces con el niño que minutos antes aguardaba en el coche negro. El pequeño había acudido hasta allí, asustado por la explosión.

El sargento contempló la cara de horror del chico, que gritaba aterrorizado mientras tiraba con fuerza de la cadena que le cortaba el paso.

—¡Papá, papá! —chillaba horrorizado.

El sargento observaba la escena a escasos metros cuando, de repente, la imagen de la entrada de la mina que se proyectaba frente a él comenzó a diluirse lentamente hasta desaparecer por completo.

Algo raro ocurrió en ese instante cuando, fuera de toda lógica, el asustado niño se mantuvo anclado en el vacío espacio clavando su mirada en los ojos de Roberto, que ya iniciaba su vuelta a la realidad.

El sargento sabía que su increíble viaje al pasado había finalizado y este había sido de lo más provechoso, si bien la idea de haber conectado con alguien del pasado era una experiencia nueva, a la par que inquietante.

El rítmico sonido del reloj de cuerda, que adornaba una de las esquinas del salón, perturbaba con cada movimiento de sus manecillas el silencio que se había instalado en el piso de la doctora durante la sesión.

Nieves miraba con curiosidad a Roberto, que descansaba tranquilamente acomodado en el suave butacón de su salón. Su acaracolado pelo, de color negro azabache, dejaba entrever un par de incipientes canas que brillaban disimuladamente ante la poca luz que se filtraba a través de las cortinas.

Sus ojos, cerrados hasta ese momento, se abrieron posando su mirada en la cara de la joven doctora que, avergonzada, pidió disculpas al sargento.

—No pasa nada, Nieves. ¿Cuánto tiempo he estado ausente? —preguntó mientras trataba de disimular un gran bostezo.

—No ha llegado a dos horas. Me tenías preocupada porque no recibía ninguna información en el estado en el que te encontrabas. ¿Ha valido la pena? ¿Conseguiste información valiosa para tu investigación? —preguntó atropelladamente Nieves.

—Ya lo creo que ha valido la pena. Si hacemos caso a lo que me contó Garrido, el conservador del museo asesinado, acerca de que el hombre que controlaba las minas antaño era el padre de la persona que le había llamado a él ofreciéndole el trabajo, gracias a tu técnica he podido constatar empíricamente que, en efecto, este tenía un hijo.

—¿Lo has podido ver? —preguntó la doctora sin disimular su asombro.

El sargento asintió pausadamente.

—He podido recrear de la nada, únicamente utilizando mis recuerdos y vivencias, lo que sucedió aquel fatídico día. Poco después de que escapásemos del interior de la mina, un par de hombres fueron tras nosotros, pero no pudieron acercarse ya que mi amigo Álex pudo ir en busca de ayuda y estábamos rodeados de gente. Los hombres se marcharon sin conseguir acercarse a nosotros y a continuación, ya en mi condición de persona adulta, he podido seguirles hasta la entrada del complejo minero, donde he visto un niño algo mayor que mi yo de entonces, que esperaba sentado en el interior de un coche.

La doctora escuchaba maravillada la explicación de Roberto.

—A la postre, he constatado que se trataba del hijo del rico magnate que controlaba Hunosa en aquellos años ya que, poco antes de finalizar mi extraño viaje, ha habido una gran explosión en el interior de la mina que ha propiciado que el chico gritara asustado llamando a su padre.

—Increíble Roberto. No sólo por la vivencia en sí, sino porque no tenías conocimiento previo ni experiencia como para llegar a alcanzar tal nivel de meditación.

—Entonces será debido a que he tenido una buena maestra —contestó el sargento mientras

sonreía a Nieves, a la par que posaba sus manos sobre las de la doctora que, ruborizada nuevamente, sintió la necesidad de retirarlas y levantarse rápidamente preguntándole si quería tomar algo mientras se dirigía a la cocina para evitar el contacto.

Roberto sonrió en el sofá y se levantó para dirigirse a continuación a la cocina, donde Nieves servía zumo de naranja en dos vasos.

—Disculpa si te he incomodado, Nieves. —Se disculpó Roberto.

—Simplemente me ha sorprendido y no he sabido cómo reaccionar, Roberto —dijo tímidamente Nieves, a lo que Roberto replicó acercando sus labios a los de la doctora, besándola con delicadeza.

El sargento dirigió sus manos hacia los botones de la suave blusa que portaba la doctora y los fue desabrochando uno a uno con gran pericia, a diferencia de las primeras veces en las que había tenido que realizar la misma operación durante su juventud.

Nieves, con un gesto totalmente ajeno a lo que realmente deseaba, propinó un golpe sobre la mano de su amante, haciendo que este se detuviera y la mirara a los ojos con sorpresa.

—Disculpa, Roberto. No suelo ser así en una primera cita. Ha sido mi subconsciente, pero para nada me ha molestado lo que has hecho. Una no es de piedra

Sin más dilación, el sargento introdujo su mano derecha bajo la delicada prenda y retiró con suavidad el sujetador que le cortaba el paso hasta llegar a los turgentes senos de Nieves, que aguardaban expectantes a ser acariciados.

Nieves besaba apasionadamente el cuello del sargento, apoyada sobre la fría pared de la cocina, cuando, de repente, el molesto tintineo de campanillas que provenía del recibidor alertó a la terapeuta de que la primera visita del día estaba esperando en el portal.

Ambos separaron lentamente sus cuerpos mientras sus manos seguían firmemente unidas y sus ojos intercambiaban intensas miradas cargadas de pasión.

La bella terapeuta se arregló el pelo y abrochó nuevamente los botones que el sargento había liberado, con gran acierto para ambos, escasos minutos antes.

—¿Le gustaría cenar conmigo esta noche, Doctora Miranda? —preguntó galantemente Roberto, inclinándose para simular una reverencia.

Nieves rio la gracia de Roberto y contestó afirmativamente, imitando el gesto del sargento.

Ambos rieron como colegiales sin saber muy bien cómo reaccionar, mientras Nieves acompañaba a Roberto a la puerta.

—Te pasaré a buscar a las diez. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto, Roberto —contestó Nieves irguiéndose de puntillas sobre sus pies para darle un corto, pero apasionado, beso al apuesto guardia civil que, gracias a ella, por fin había recuperado la alegría y la ilusión que el destino le había robado tiempo atrás.

El sargento salió del ascensor y se dirigió a la entrada de la finca, tirando de la robusta puerta de hierro forjado y cristal, que amortiguaba el insufrible sonido que emitía el bullicioso tráfico rodado que circulaba en plena hora punta de la capital asturiana, mientras en su cabeza se alternaban los sucesos revividos del pasado y los sentimientos que habían ido floreciendo hacia Nieves desde la primera vez que la vio en su domicilio.

Roberto caminaba por la calle, mientras hablaba con el inspector Cuevas por teléfono para ponerle al día acerca del gran avance que había supuesto para la investigación la poco ortodoxa, pero muy provechosa, sesión regresiva que acababa de realizar con la Doctora Miranda y comunicarle la necesidad de investigar una serie de datos relacionados con la misma.

Despreocupado en esta ocasión, el sargento no se percató de que una sombra le acechaba desde el asiento delantero de un moderno SUV<sup>22</sup> de color gris antracita, con los cristales tintados y calzado con enormes llantas de veinte pulgadas de color negro.

La misteriosa sombra pulsó el botón rojo de la pantalla táctil que presidía el moderno salpicadero, finalizando la llamada que acababa de efectuar, mientras dirigía su mirada hacia el ático del número diecinueve de la calle Argüelles.

Suspirando profundamente, Silvino Cuevas se acomodó apoyando su cuerpo contra el respaldo de rejilla de mimbre de una de las dos sillas que quedaban libres, a escasos metros de la cristalera que separaba la calle de la vieja cafetería que tantos años llevaba procurando café a los agentes que trabajaban frente a ella.

Bajo la gran lámpara de araña de cristal, que iluminaba la sala principal, el inspector Cuevas consultaba malhumorado su libreta esperando a que el camarero se dignara a atenderle. Al fin, este se aproximó con cara lánguida y aspecto desaliñado.

«Vaya, parece que alguno está peor que yo», pensó el inspector mientras cerraba la tapa de su libreta y dirigía su atención al camarero.

—Buenos días, inspector. ¿Lo de siempre?

—Hoy, no, José. Hoy, no. Tráeme sólo el brandy, sin café —respondió Cuevas.

El camarero anotó el pedido en la pantalla táctil del pequeño dispositivo electrónico que se comunicaba con la caja central y dio media vuelta para atender al resto de mesas.

El inspector consultó su reloj de pulsera y soltó un improperio al ver que llevaba esperando ya casi diez minutos sin que el sargento García hubiera hecho acto de presencia en el local.

El camarero apareció de nuevo portando una copa de brandy sobre la bandeja mientras sorteaba, con mucho arte y pericia, a las personas que se levantaban de una mesa cercana.

—Aquí tiene, inspector.

—Muchas gracias, José.

Cuevas levantó la copa y la acercó a su nariz respirando profundamente. El olor del brandy no tardó en reconfortarle y sacarle momentáneamente de su enfado.

En ese momento, una voz conocida le devolvió a la realidad y le hizo fruncir el ceño nuevamente.

—Sargento, llega tarde. —Le espetó Cuevas.

—Disculpe, inspector. Me he entretenido más de la cuenta, de camino hacia aquí, contemplando la fachada del teatro Campoamor. Es una bellísima construcción.

—Sí, sí. Muy bonita y todo ese rollo del arte y tal, sargento —cortó el inspector, al que la arquitectura no le interesaba lo más mínimo.

—Tal como me pidió por teléfono, hemos investigado la vida de los presidentes de Hunosa desde los años sesenta a los años ochenta. Para el caso que nos ocupa, se trata de Don Arturo Felechosa Naranjo. Llegó a la presidencia de la compañía a mediados de los años sesenta y enseguida se interesó en adquirir nuevas instalaciones. Hunosa inició, con el beneplácito del

Estado y la élite financiera del país, una agresiva expansión integradora aglutinando todas las explotaciones mineras, que trataban de subsistir en el principado, sin importar si eran rentables o no. Así, en mil novecientos sesenta y siete, tanto el pozo San Fernando como el Socavón de Santa Ana, quedaron integrados en el grupo, cerrando todas sus instalaciones al año siguiente, lo que no hacía más que confirmar el gran fiasco que supuso dichas operaciones en las que se llegó a comprar a precio de oro las obsoletas y vetustas instalaciones que ya habían agotado los recursos de sus yacimientos.

—Eso concuerda con los datos que he conseguido recopilar, inspector. El misterioso personaje, al que le atribuimos el haber urdido esta operación, es en realidad el hijo de ese tal Don Arturo.

Cuevas permanecía inalterado ante lo que comentaba el joven sargento, dando pequeños sorbos a su copa de brandy.

—Piénselo bien, inspector —dijo Roberto—. En los años sesenta Felechosa se hace, por mediación de la empresa Hunosa, con el control del Pozo San Fernando. Un pozo que ya ha agotado sus yacimientos y que agoniza en la montaña. Al año de realizar la integración, el pozo cierra sus puertas, si bien quedó operativo supuestamente para desmontar sus instalaciones, retirar material, hierro, y tuberías. Pero ¿y si la decisión no fue errónea ni arbitraria? ¿Y si todo formara parte de un plan perfectamente orquestado por Don Arturo para poder obtener el acceso sin limitaciones a dicho pozo si sospechaba que guardaba algún tesoro o secreto del que sólo él era conocedor? O tal vez el cierre repentino se debió a que encontraron algo sumamente importante para ellos y era imperativo trabajar sin ser observados.

—Esa teoría adquiere sentido a raíz de lo que hemos averiguado recientemente y de las teorías conspirativas que estamos elucubrando, sargento. Pero, como usted bien comprenderá, era totalmente imposible sospechar algo de tal magnitud cuando acaecieron los hechos en esos años.

—Totalmente de acuerdo, inspector —cortó Roberto—. Como le decía, el padre debió transmitirle los conocimientos y secretos aprendidos a su hijo desde muy temprana edad, o bien el pequeño descubrió algo a medida que crecía y llegaba a comprender lo que su padre había estado llevando a cabo realmente.

—Si me permite, sargento, le expondré los detalles que complementan la información de la que dispone usted. En primer lugar, Felechosa tuvo varios hijos, si bien sólo uno de ellos adquirió su destreza empresarial y su afán por el poder.

Su hija Teresa vive de rentas, casada con un importante banquero suizo mientras que su otro hijo, Jaime, que por decirlo suavemente era un bala perdida, murió en un accidente de tráfico mientras conducía su deportivo a gran velocidad.

Eso nos deja como único sospechoso al que, en el mundo empresarial, se conoce con el sobrenombre de “El fantasma”.

—¿“El fantasma”? —preguntó Roberto.

—Tal cual suena, sargento. “El fantasma” es el apodo con el que se ha bautizado de forma despectiva a Emilio Felechosa Hernández, el magnate español que se codea con la élite entre las diez mejores empresas europeas, inscritas en una clasificación formada por doscientas cincuenta de las más potentes del mundo, al mando del conglomerado empresarial Templar Investment

Group, el cual lidera con puño de hierro, por delante de gigantes del calibre de Volkswagen, BP o HSBC.

—¡Templar! —gritó Roberto asustando a la pareja que se sentaba a escasos centímetros de él, haciendo que el café que tomaban se derramase parcialmente sobre la mesa.

—¿Le es familiar el nombre, sargento?

—Vaya que si lo es, inspector. El foco principal de esta investigación se centra en todo lo relacionado con la Orden del Temple. La cruz tatuada en el cuerpo de la víctima hallada en el río, que a la postre resultó ser un viejo amigo que me conminó a venir hasta aquí si llegaba a sucederle algo. ¿Recuerda?

—Perfectamente. Recuerdo que me ocultó esa información hasta después de haber realizado la autopsia.

—Efectivamente. Y ya le pedí disculpas por ello, inspector —replicó Roberto algo molesto por las continuas quejas que el inspector vertía sobre él cada vez que podía—. Como le decía, todo se centra en la Orden. La cruz tatuada, el mapa hallado bajo la ermita de Miravalles, el caballero sepultado en la cripta bajo la Torre de Soto, los sucesos acaecidos en la mina bajo el amparo de un hombre que conocía con toda seguridad el secreto que se esconde bajo estas tierras y ya para rematar la jugada, que el hijo de dicha persona haya creado un imperio utilizando el nombre de la Orden del Temple. No, yo no creo en casualidades ni serendipias, inspector.

Cuevas se mordía el labio superior mientras escuchaba las acusaciones del sargento.

—El señor Felechosa debe de estar tras algo muy gordo para desplegar una operación de semejante calibre, eliminando objetivos molestos a su antojo. Dudo mucho que lo que busca tenga cariz económico, por lo que comenta usted acerca de la posición que ocupa su grupo empresarial a escala mundial. Debe haber algo más que desconocemos y que para él tenga tanto valor como para arriesgarlo todo.

—¿Qué propone entonces, sargento? —preguntó el inspector Cuevas mientras cruzaba sus brazos y miraba fijamente a Roberto.

—El único cabo suelto del que podemos tirar ahora mismo es la entrada a la mina, inspector. El resto de puntos neurálgicos ya han sido examinados y hemos podido obtener toda la información posible hasta dar con quien maneja los hilos de esta intrincada historia. Me veo en la obligación de acceder al interior de la mina para tratar de obtener alguna prueba física que vincule a Felechosa con las muertes de mi amigo Álex y del pobre diablo de Garrido.

—Comprenderá que usted no está oficialmente al mando de la investigación, ¿verdad, sargento? Es más, ni siquiera forma parte de la misma y si está al tanto de todo es porque, como le dije cuando nos conocimos, lo que quiero es sacar de la calle cuanto antes al asesino.

—Lo sé y se lo agradezco de nuevo. Pero creo que debo ser yo quien se adentre en el interior de la mina, por muchos hechos acaecidos en el pasado, de los que usted no es conocedor, y por todas las situaciones que he vivido recientemente desde que recibí la desesperada misiva de mi buen amigo.

El inspector bebió de un trago el brandy que quedaba en la copa, maldiciendo la asquerosa ley que le impedía sacar un cigarro de la pitillera plateada que le regalaron por su cincuenta aniversario y fumárselo allí mismo, a diferencia de cuando lo hacía en su despacho, donde nadie

rechistaba si lo hacía.

—Hagamos una cosa. Vaya allí y busque lo que crea conveniente. Le doy de margen las cuarenta y ocho horas que tardaré en solicitar los permisos pertinentes, previos a montar un operativo.

—Gracias, inspector. Le prometo que en cuanto tenga algo en firme usted será la primera persona a la que vaya a ver para mostrárselo y poder ir a por ese malnacido.

Roberto se levantó de la silla y se abrochó la cremallera de la chaqueta mientras se dirigía por última vez a Cuevas.

—No me excederé más allá del tiempo que me da usted de margen, inspector.

—Eso espero o iré a buscarle yo mismo para llevarle a rastras hasta su superior —masculó el inspector esbozando una forzada sonrisa, que no dejaba claro si su intención era la de gastar una broma a Roberto o amenazarle de forma velada.

La calle permanecía en silencio, en claro contraste con el tráfico que horas antes atascaba gran parte de la avenida que atravesaba el centro de Oviedo. Los soportales de piedra blanca que adornaban los bajos de los regios edificios, brillaban bajo la blanca luz de la luna.

Acompañado por la tenue luz de las farolas que iluminaban la noche ovetense, la oscura silueta del joven sargento se deslizaba rápidamente sobre la acera de camino al piso de Nieves. Aún faltaban quince minutos para la hora que ambos habían estipulado para que Roberto pasara a recogerla antes de ir a cenar, pero este tenía ganas de verla. No podía esperar más.

Al torcer la esquina que desembocaba en la calle donde se alzaba su edificio, Roberto observó cómo un hombre cerraba la puerta trasera derecha de un coche estacionado frente al portal donde vivía la doctora para, acto seguido, ponerse a los mandos del mismo y abandonar la calle rumbo a cualquier incierto destino.

Estaba oscuro y el sargento aún se encontraba a ochenta metros del portal. Nada le hacía pensar que pudiera tratarse de una situación anómala, por lo que esperó pacientemente a que el semáforo cambiase a verde antes de cruzar la calle hasta llegar a su destino.

Roberto se plantó frente al videoportero del número diecinueve y esperó pacientemente a que la cálida y sensual voz de Nieves le diera la bienvenida a través del pequeño altavoz que llevaba incorporado. Tras cinco minutos esperando y otras tantas pulsaciones al botón de llamada, el sargento comenzó a impacientarse y a consultar nervioso su reloj de pulsera. Había llegado antes de hora y era consciente de ello, pero le extrañaba mucho que Nieves no respondiera sabiendo que él estaba al caer.

Mientras intentaba empujar sin éxito la pesada puerta de acceso, un matrimonio, probablemente vecinos del inmueble, se acercó e hizo ademán de sacar una llave de su bolsillo mientras miraban de reojo al desconocido vestido de negro que parecía estar forzando la puerta.

—Disculpen —dijo Roberto dirigiéndose al matrimonio para tranquilizarles mientras mostraba la placa que le identificaba como miembro de las fuerzas del orden—. Había quedado con la Doctora Nieves Miranda, su vecina del ático y no consigo que me abra la puerta. Temo que le haya podido suceder algo malo y por ello les ruego que me permitan entrar al edificio y me den acceso para subir en el ascensor.

El matrimonio evaluó la situación y convino que lo mejor era dejar pasar al sargento, quien realmente parecía estar preocupado por el estado de la bella joven que vivía justo encima de su apartamento. Sin más dilación abrieron la puerta y acompañaron al nervioso sargento, atravesando el cálido hall enmoquetado, hasta el ascensor a fin de marcar el código que lo desbloqueaba, para que pudiera subir hasta el último piso del edificio.

Roberto indicó al matrimonio que subieran con él en el ascensor y se recluyeran en su piso por precaución, a lo que estos, algo asustados, asintieron y bajaron del elevador al llegar a su rellano, cerrando con llave la puerta blindada de su vivienda una vez estuvieron dentro.

El joven guardia civil desenfundó su arma y se apostó en la pared del ascensor cuando este emitió el pitido que informaba a los ocupantes que había llegado al piso deseado y abría sus puertas.

Roberto no movió ni un músculo de su cuerpo y se centró en escuchar cualquier ruido que estuviese fuera de lugar. Silencio absoluto. Únicamente el constante zumbido de la luz de emergencia, ubicada sobre la puerta del elevador.

Con precaución, el sargento deslizó su cabeza hacia el exterior para comprobar la existencia de peligro. En la oscuridad del rellano, una fina franja de luz indicaba que la puerta del piso de Nieves estaba abierta. Roberto salió del ascensor sujetando con firmeza su Glock-17, mientras avanzaba lentamente de perfil por el rellano a fin de que su cuerpo ofreciera la mínima superficie de impacto en caso de ser objeto de un tiroteo.

Al llegar a la puerta, el joven sargento se detuvo y escuchó nuevamente apostando su oreja a la rendija entreabierta de la puerta. No se oía nada. Y lo que era peor, no se oía a nadie.

Con delicadeza, Roberto empujó la puerta con la punta de su pie y esta emitió un ligero gruñido, magnificado por el silencio y la oscuridad reinantes. El sargento avanzó por el interior de la vivienda, sorteando un par de cuadros hechos añicos que estaban tirados por el suelo y los restos de cerámica y madera de la lámpara de pie que antes había adornado el pasillo, lo cual denotaba sin lugar a dudas que había indicios de forcejeo.

Tras revisar a conciencia toda la vivienda, y constatar que no había rastro alguno de Nieves, Roberto enfundó nuevamente su arma y encendió la luz apretando el pulsador con su codo para evitar contaminar con sus huellas la estancia y así perjudicar la labor de la Policía científica que, con toda seguridad, iba a ser enviada a instancia de Cuevas.

El guardia civil marcó el número de teléfono del inspector en su teléfono móvil y en el mismo instante en el que este le relataba lo sucedido, su atención se vio desviada hacia la pizarra de cristal que estaba atornillada a la pared de la cocina. En ella, un mensaje escrito con rotulador para pizarras blancas dejaba clara la intención del asalto a la vivienda.

*“ENTRÉGANOS LO QUE ENCONTRASTE O ELLA MORIRÁ”*

## 55

Una espesa neblina cubría la carretera y los valles, dificultando la visión de todo aquel que trataba de sortearla. Una niebla que evocaba a un mundo de fantasía más propio de las leyendas artúricas, en el corazón de Gran Bretaña, que de las cálidas tierras españolas.

A lo lejos se veía un bosque, oscuro y misterioso, uno más de los muchos que inundaban el bello paisaje asturiano del concejo de Aller, salpicado por las tímidas luces de los pequeños

caseríos que aún perduraban anclados en el pasado.

No muy lejos de la capital asturiana, el vehículo que un rato antes abandonaba la calle Argüelles a toda prisa y en el que viajaban cuatro personas, enfiló la entrada a la autovía a toda velocidad mientras despejaba la densa bruma con sus potentes faros antiniebla.

Los trecientos ochenta y dos caballos de potencia de su motor V8 de cuatro mil cuatrocientos centímetros cúbicos, empujaban el enorme SUV a gran velocidad sin que este se inmutara.

En su interior, encajonada entre dos hombres en el mullido asiento trasero, una atractiva mujer de pelo castaño y rizado observaba el horizonte que se extendía frente a ella sin comprender qué estaba sucediendo.

Su cabeza se movía de un lado a otro, fruto del movimiento que transmitía el vehículo a sus ocupantes y en gran medida debido al efecto del potente narcótico que le habían suministrado sus captores cuando la habían asaltado por sorpresa en su domicilio.

Debido al traqueteo del coche y al tiempo transcurrido desde el momento en el que la drogaron para capturarla, la mujer comenzó a percibir voces que hablaban sobre qué hacer con ella y hacia donde debían dirigirse.

Sintiendo una gran pesadez en su cabeza, la mujer se giró lentamente hacia la derecha para ver quién era la persona que se sentaba a su lado.

—Se está despertando, señor —informó el hombre a su superior, acomodado en el asiento delantero.

—Duérmela de nuevo. No dejes que se despierte. Si es necesario sube la dosis —ordenó sin girarse.

La guapa doctora, indefensa, escuchó horrorizada las palabras del hombre al mando, pero nada pudo hacer por impedirlo ya que, al notar el contacto de una húmeda gasa en su nariz, un sopor irrefrenable hizo presa de ella enviándola inmediatamente en pos de los brazos de Morfeo.

Los sonidos que había oído hacía unos instantes se alejaron y apagaron lentamente, a la par que todo a su alrededor se tornaba oscuro, hasta dejarla inconsciente de nuevo.

El sonido del televisor era tan alto que los transeúntes que paseaban por la acera volvían la mirada hacia el bar, sobresaltados. En su interior, una veintena de personas gritaban apasionadamente ante el juego que desplegaban los futbolistas en la enorme pantalla plana de sesenta y cinco pulgadas que cubría buena parte de la pared del fondo.

La liga de fútbol había adaptado su calendario para un año de mundial y los partidos habían sido adelantados varias jornadas. Por ello, el derbi madrileño entre Real y Atlético de Madrid se jugaba en el temprano mes de septiembre.

Sentado en una esquina, el joven historiador permanecía ausente ante el jolgorio y bullicio formado en el bar mientras sostenía entre sus manos un libro acerca de la historia de Asturias y su papel fundamental en el inicio de la Reconquista.

Una fuerte vibración en el muslo de Zoltan le sacó de su estado de concentración, depositando el libro sobre la mesa de madera mientras extraía de su bolsillo el pequeño teléfono móvil que no dejaba de vibrar insistentemente.

—Zoltan, soy Roberto. ¿Dónde estás?

—En el bar que hay dos calles más abajo de los apartamentos, cerca de la estación.

—Vale, escucha. Ve a la habitación y espérame dentro. No hables con nadie. Yo voy de camino.

—De acuerdo. Pago mi consumición y regreso a los apartamentos ahora mismo.

El auricular emitió un pequeño chasquido y la línea quedó muda. Zoltan guardó nuevamente el terminal en su bolsillo y, tras pagar la bebida que había tomado, puso rumbo a la habitación tal como Roberto le había indicado.

Pasaron veinte largos minutos, en los que Zoltan se entretuvo jugando al solitario con su teléfono móvil, hasta que la cerradura electrónica de la habitación emitió un débil pitido para, acto seguido, abrirse de par en par ante el empuje de un Roberto que llegaba resoplando tras subir los peldaños de la rústica escalera de madera de dos en dos.

El sargento saludó a Zoltan y le indicó con la mano que esperase un momento a que bebiera algo para, a continuación, abrir la puerta de la pequeña nevera que albergaba un par de botellas de agua, una lata de aceitunas y dos chocolatinas.

Una vez saciada la sed, Roberto cogió la silla y la situó frente a Zoltan, quien esperaba pacientemente sentado en el borde inferior de la cama, para iniciar el relato de todo lo que había sucedido desde su última llamada informativa al término de la sesión regresiva a la que Zoltan, en tono jocosos, se refería como “regreso al pasado”, en clara alusión a las famosas películas de mediados de los años ochenta, interpretadas por Michael J. Fox, en las que este viajaba accidentalmente al pasado y debía regresar a su época actual.

El joven escritor escuchaba horrorizado lo que el sargento le contaba, acerca de la desaparición de la Doctora Miranda, sin mover ni un músculo de su cuerpo. En su cabeza no hacía más que pensar en qué objeto podía ser el que reclamaban los captores como precio para su liberación.

—En mi opinión, Roberto, lo más seguro es que esa gente piense que hemos encontrado lo que sea que andan buscando, durante nuestra visita nocturna al subsuelo de Soto. Ellos no pudieron seguirnos tras sepultarnos bajo tierra y con toda seguridad piensan que allí dimos con su tan ansiado tesoro.

—Es lo más plausible —confirmó Roberto reclinando la silla hacia atrás y mirando el techo de la habitación mientras entrelazaba sus manos tras la cabeza, en un claro gesto a medio camino entre la reflexión y el cansancio.

—¿Qué piensas hacer?

—La Policía ya está informada y lista para actuar en cuanto Cuevas lo ordene. Nos había concedido un par de días para poder investigar el interior de la mina, pero con la desaparición de Nieves todo se complica y dudo que pueda darnos ese margen. Es de vital importancia ponerse en marcha lo antes posible. Iremos a la mina ahora mismo, Zoltan. La vida de Nieves corre peligro y el reloj ya ha iniciado la cuenta atrás.

El hombre asintió y se puso en pie, dejando claro a Roberto que podía contar con él, por muy peligroso que pudiera resultar lo que se encontraran bajo tierra.

Dicho y hecho, ambos salieron de los apartamentos en busca del todoterreno que Roberto ya se había encargado de ir a buscar a las ruinas de la Torre de Soto dos días antes, para dirigirse a la entrada de la mina del Socavón de Santa Ana.

Las luces de los faros del Toyota Hilux danzaban descompasadas sobre el estropeado pavimento de la vieja carretera AS-112a, castigada sobremanera por el mal tiempo y los años de tráfico ininterrumpido.

Roberto tomaba las curvas a toda velocidad, exigiendo al máximo las suspensiones del todoterreno, sabedor que el tiempo apremiaba y la vida de Nieves corría peligro. Zoltan, a su lado, callaba mientras intentaba mantenerse erguido agarrándose al asidero lateral con su mano derecha.

Dejó atrás el viejo molino de agua y giró bruscamente el volante hacia la derecha para enfilar el, aún peor asfaltado, camino que subía hasta la piscifactoría.

Al llegar al final del camino, lejos de decelerar y detenerse, Roberto empujó con fuerza su pie derecho sobre el acelerador, liberando toda la caballería de la que el vehículo disponía.

Zoltan chilló como un colegial mientras se agarraba, esta vez con ambas manos, al asidero del coche. La cadena que delimitaba el acceso al interior del recinto, en la que Roberto había jugado a columpiarse numerosas ocasiones cuando era un niño, saltó por los aires arrancando de cuajo uno de los soportes de hierro a los que estaba anclada.

El sargento conducía el vehículo con decisión, mientras sorteaba los escombros y el material abandonado en la parte trasera del complejo.

En pocos segundos se plantaron frente a la entrada de la bocamina y, sin apagar el contacto, bajaron del vehículo para equiparse con los picos que habían empleado anteriormente en la excavación de los cimientos de la torre.

Iluminados por las luces que el vehículo proyectaba en la noche, ambos comenzaron a picar la pared de ladrillos grises que impedían el paso al interior del túnel que llevaba en línea recta hasta el pozo, a través de la montaña.

Roberto golpeaba la pared de forma salvaje, descargando toda su furia a cada golpe que asestaba con el pico. Zoltan, a su lado, era más comedido en su desempeño.

Tras varios minutos picando sin cesar la pared, consiguieron abrir una abertura e iluminar el interior. Pero lejos de ver el tan ansiado corredor, lo que encontraron provocó la ira de Roberto en forma de un grito de rabia que rompió el silencio de la noche allanana.

Ambos compañeros se miraron en silencio dejando caer sus picos al suelo. Resignados. Tras el agujero que acababan de abrir en la pared, una gran cantidad de tierra y piedra bloqueaba el acceso de la mina tan sólo cinco metros más adelante.

—Debe ser el resultado de la explosión que originó su padre, hace cuarenta años, para evitar que se investigara lo que nos ocurrió a Álex y a mí —explicó Roberto.

—¿Y ahora qué hacemos?

El sargento dio unos pasos hacia atrás, ampliando su campo de visión. El viento soplaba con más fuerza y las ramas de los árboles se agitaban nerviosamente. Una gota de agua cayó sobre la mano de Roberto, que inmediatamente miró hacia el cielo mientras nuevas gotas empezaban a caer sobre su rostro, fruto de la tormenta que parecía empezar a formarse sobre el Concejo de Aller.

En ese momento un haz de luz rasgó el cielo, iluminando con claridad las verdes montañas que se alzaban frente a ellos, mientras un fuerte estruendo tronó justo sobre sus cabezas.

Roberto lo vio con claridad en su cabeza. Allí arriba, en el monte, una vieja estructura de metal aguardaba, impasible al paso del tiempo, su visita para darles acceso al interior de la mina.

—¡Zoltan! —llamó Roberto a su compañero, quien volteó su cuerpo para escuchar con atención.

—Dime, Roberto. ¿Qué has pensado?

—Ven, acércate. Mira allí arriba —dijo Roberto mientras ponía una mano sobre el hombro de su amigo y señalaba lo alto de la montaña, que se intuía frente a ellos, con la otra.

—¿Qué me quieres decir, Roberto?

—Podemos entrar por el pozo descolgándonos hasta llegar a las galerías.

Zoltan no conseguía ver nada, ya que desde su posición era imposible adivinar donde estaba situado el castillete del pozo. Pero Roberto sabía que estaba delante de ellos, en línea recta cerca de Orillés.

—Suenan peligrosos —respondió resignado Zoltan en voz baja. Tanto que Roberto apenas pudo oírle.

—Disponemos del material de escalada que compramos de más en Mieres. Lo tenemos todo cargado en el coche —dijo ilusionado Roberto—. Vamos, sígueme.

Con cierto reparo, Zoltan siguió a Roberto hasta el coche y se introdujo nuevamente en el habitáculo, abrochándose rápidamente el cinturón.

Una fina cortina de agua caía de forma persistente sobre el ya de por sí húmedo suelo, empapado tras varios días en los que había estado lloviendo de forma alterna.

Agazapados en el interior de otro todoterreno, detenido a la derecha de la entrada de la piscifactoría, dos hombres ocultaban su presencia a los ojos del sargento y del escritor que salían en ese instante a toda prisa de las instalaciones, destino a los montes cercanos a Orillés.

Tenían órdenes de montar guardia frente a los accesos que subían desde la carretera AS-112a hasta el antiguo complejo minero, por si Roberto y su acompañante se dirigían hacia allí. Al verle llegar a toda prisa, los hombres encendieron el motor de su vehículo y les siguieron, con las luces apagadas para evitar ser vistos, hasta la entrada del complejo, donde aguardaron escondidos en el habitáculo durante todo el tiempo que Roberto y Zoltan estuvieron en el interior de las instalaciones.

Al comprobar que el todoterreno abandonaba el lugar a toda prisa, el conductor del vehículo engranó la primera velocidad y, sin encender las luces, les siguió a una distancia prudencial.

Ambos vehículos circulaban en solitario por la carretera en dirección a Cabañaquinta, ya que a esas horas el tráfico rodado era inexistente, y a los pocos minutos el primero de ellos giró a la izquierda, tomando el desvío en dirección al pueblo de Serrapio e inició la ascensión por el sinuoso camino que finalizaba en la pequeña aldea de Orillés.

El otro vehículo se detuvo, sin alertar de su presencia, para informar de lo sucedido y esperar instrucciones y apoyo logístico.

Roberto y Zoltan prosiguieron el camino, ajenos a los hombres que les habían seguido, y aparcaron el todoterreno a la entrada del pueblo ya que, si bien su intención era la de aprovechar las características 4x4 del vehículo para circular por los caminos de montaña, resultaba materialmente imposible debido al gran tamaño del mismo y a lo reducido de la senda que llevaba hasta el pozo San Fernando.

Así pues, descargaron el equipo allí mismo, colocándose debidamente los arneses para evitar llevar auestas el máximo material posible. De ellos colgaron algunas pequeñas herramientas que pudieran serles útiles y finalmente enrollaron las larguísimas cuerdas de escalada en sus hombros.

Encendieron las linternas y pusieron rumbo a lo alto del pueblo en busca de la, presumiblemente única, entrada practicable a la mina.

Ambos caminaban bajo el negro manto de la noche que, ayudado por la ligera lluvia que caía sobre el valle, les mantenía ocultos de miradas indiscretas y curiosas en una aldea que apenas contaba con una treintena de personas censadas.

Roberto y Zoltan recorrieron las callecitas de Orillés apreciando fugazmente tanto los

hórreos como las paneras, similares a estos, pero con más pilares para su sustentación. Dejaron atrás la fuente y justo al lado de esta el potro, lugar donde antaño se amarraban los animales para poder tratarlos.

Al llegar a la zona más alta de la aldea, iniciaron el recorrido por el trazado principal de la senda verde que aparecía señalizada frente a ellos.

Roberto avanzaba el primero por el estrecho camino que a ratos se volvía más ancho, permitiendo que ambos pudiesen caminar en paralelo.

Guardia civil e historiador continuaron el camino y muy pronto se encontraron con un cruce que permitía tomar la ruta al pozo o bien dirigirse hacia otras ubicaciones. Si bien la ruta estaba señalizada, a Roberto no le hizo falta mirar el cartel porque recordaba perfectamente el camino de cuando fue de excursión de pequeño.

Ambos tomaron el camino de la izquierda y caminaron hasta pasar un puente sobre el arroyo Valle Orillés, el cual iba a parar hasta el socavón y posteriormente hasta el río Aller, para a continuación seguir ascendiendo una empinada cuesta.

Mientras avanzaban con precaución, para no resbalar a causa de la humedad que lo impregnaba todo, Roberto se abstraigo de lo monótono del camino recordando aquellos días en los que había transitado por esos mismos caminos boscosos repletos de abedules.

Las imágenes del día que fue con su padre al monte, como se llama allí a la parcela de terreno que su familia tenía en la montaña, montado a lomos de su burro Jalisco cual vaquero americano, ataviado con su gorro de vaquero y la pistola de petardos, se arremolinaban en su cabeza.

A medida que el camino se despejaba, se podía contemplar el aspecto fantasmagórico del antiguo castillete de metal que sobresalía por encima de la arboleda.

Aunque unos años después volvió a visitarlo con uno de sus amigos y el padre de este, el día que lo hizo a lomos del burro que guiaba con seguridad su padre quedó grabado en la memoria de Roberto y, aunque nunca más volvió a subir allí, este mantuvo vivo su recuerdo imaginando mil aventuras.

Los dos compañeros, exhaustos tras la larga caminata de veinte minutos portando todo el equipo de escalada a cuestras, llegaron a un pequeño claro que produjo cierto sentimiento de tristeza en Roberto al ver cómo la naturaleza, poco a poco, había ido recuperando lo que era suyo y apenas quedaban restos visibles de las instalaciones que el hombre había creado décadas atrás para extraer el valioso carbón del interior de la montaña.

Zoltan admiraba la imponente estructura, de quince metros de altura, que se alzaba frente a ellos y que, gracias al complicado emplazamiento en el que se había construido y por la escasa popularidad que suscitaba entre la población, aún conservaba casi en perfecto estado toda la esencia minera que ostentó en sus días de gloria pasados.

El viejo, pero bien conservado, castillete en compañía de sus jaulas aún pintadas de nácar blanco, no era el único atractivo del lugar que había resistido al paso del tiempo y el abandono. La maquinaria, que antaño le daba la vida, aguantaba estoicamente en el interior de las instalaciones auxiliares construidas alrededor, siguiendo el mismo patrón de color naranja usado en los edificios del socavón.

La fachada principal tenía todos los cristales rotos y aún rezaba en su parte superior “Pozo San Fernando” con el anagrama de la minería, formado por un pico y una maza, y las siglas SIA, si bien la letra I había desaparecido, en clara referencia a la “Sociedad Industrial Asturiana Santa Bárbara”.

—Este lugar es precioso, a la par que imponente Roberto. El paraje en el que está construido y cómo ha resistido los envites del tiempo son dignos de mención.

—Es un lugar con una gran carga emotiva, sin lugar a dudas —contestó Roberto.

—Lo que me deja maravillado es cómo ha llegado hasta nuestros días con toda su maquinaria prácticamente en perfecto estado y sin que los vándalos hayan llenado todo de grafitis. Esto en Barcelona sería impensable.

—No es lo mismo pintar los vagones de un tren de cercanías, al lado de tu casa, que pegarte una caminata por el monte para llegar hasta un recinto abandonado, ¿verdad? —respondió Roberto con sorna.

La fuerte lluvia, lejos de amainar, caía con fuerza y ambos compañeros se cobijaron en el interior del gran edificio.

El aspecto del interior era, cuanto menos, inquietante. Restos de cristales hechos añicos y gran cantidad de hojas caducas, provenientes del bosque adyacente, cubrían el ya de por sí sucio suelo del recinto.

La enorme maquinaria, que antaño subía y bajaba las jaulas del carbón y personal, yacía oxidada y en silencio desde que fuera apagada cincuenta años atrás.

Casi todas las piezas que la componían seguían en su lugar, a excepción de las poleas y otra suerte de aparejos susceptibles al paso de los años y la humedad reinante en el lugar.

Roberto se aproximó a uno de los engranajes que, con cierta dificultad, pudo hacer girar ejerciendo bastante fuerza. En efecto, aquel lugar a oscuras y lloviendo presentaba un aspecto mucho más tétrico que el que Roberto guardaba en su memoria de cuando era niño.

Una vez hubieron presentado el equipo sobre una base metálica, que debió formar parte de la estructura de la maquinaria, cada uno se equipó con las herramientas de las que disponían, cuerdas y mosquetones y salieron al exterior nuevamente. Por desgracia no había tiempo para precauciones o charlas instructivas acerca de lo interesantes que eran aquellas instalaciones.

El blanco castillete les esperaba amenazador, brillando bajo la incesante lluvia, iluminado por la tenue luz de la luna llena, que se había declarado en guerra con las nubes que bloqueaban el paso de su blanca luz.

Roberto iluminó el oscuro suelo más allá de la maleza que crecía por doquier. El acto de encender la linterna coincidió con un estrépito brutal. Saltó para esquivar el tronco de un gran abedul que se vino abajo surgido de la oscuridad, haciendo temblar el suelo y levantando un remolino de hojas, ramas astilladas y tierra húmeda.

Aún con el susto en el cuerpo por lo ocurrido, se adentraron en las fauces de la tormenta, moviendo con cuidado la luz por la ladera hasta identificar el punto exacto donde estaba ubicado el castillete que les permitiría acceder a la mina.

En plena noche, y con una tempestad atronadora, avanzaron con pasos lentos y precisos,

recorriendo el claro central, hasta la base de la imponente estructura de hierro de la que colgaba una jaula enganchada a la misma mediante cuatro gruesas cadenas de hierro asidas a sus respectivas esquinas.

Zoltan caminaba absorto en dirección al castillete cuando, de repente, notó que alguien tiraba con fuerza de su chaqueta al tiempo que una voz exaltada y angustiada le gritaba que se detuviera.

—¡Cuidado, Zoltan! —exclamó Roberto.

El joven historiador frenó en seco sin saber por qué había recibido esa señal de alarma y dio un par de pasos hacia atrás temblando. Roberto se colocó a su lado y le puso la mano sobre el hombro para tranquilizarle mientras iluminaba con su linterna el suelo.

Zoltan observó asustado cómo había estado a punto de perder la vida sin ni siquiera ser consciente de ello. Un gran agujero se revelaba frente a él a un metro escaso de distancia.

La hendidura, cubierta de verde musgo y raíces, bajaba verticalmente sin protección alguna o aviso que alertara de su presencia. Se trataba sin lugar a dudas de una de las chimeneas del pozo que debieron servir como ventilación, acceso de servicios, transporte de material o incluso evacuación de emergencia.

—Menos mal que lo he podido ver a tiempo, amigo mío —exclamó Roberto emitiendo un silbido.

—Gracias, Roberto. Te debo una —agradeció Zoltan al tiempo que lanzaba una pequeña piedra por el agujero para intentar adivinar la profundidad del mismo.

—Ni te molestes. —Le contestó Roberto—. No sé hasta que profundidad se habrá excavado esta chimenea, ni si llega sólo hasta el cuarto piso o baja hasta el final, al primero de ellos. Pero el pozo en sí tiene más de doscientos metros hasta llegar al Socavón de Santa Ana.

Zoltan arqueó sus cejas, en claro ademán de asombro, y bordeó el agujero con precaución mientras iluminaba el suelo con la luz de la linterna para evitar más sorpresas desagradables.

Justo delante se alzaba el majestuoso castillete al abrigo de la arboleda que, poco a poco, intentaba asimilarlo con la naturaleza. La jaula que colgaba de su estructura no producía ninguna clase de balanceo ya que, si bien estaba enganchada como antaño mediante cadenas, esta reposaba en el suelo y no quedaba suspendida en el aire.

El agujero del pozo, de generosas dimensiones para que pudieran caber dos jaulas de gran tamaño, estaba cerrado para evitar accidentes mediante una reja de hierro con forma de cuadrícula. De esa manera los visitantes podían ver con claridad la confección del pozo e imaginar cómo transitaban las cestas por el mismo.

La jaula que descansaba sobre la reja hacía tiempo que había abandonado su color blanco-nacarado para, poco a poco, ir tornándose marrón-bronce debido a la corrosión a la que se había visto expuesta durante todos los años que llevaba depositada en aquel húmedo monte asturiano.

La celosía metálica, que estaba formada por miles de pequeños agujeros de forma circular, mostraba signos de fatiga y numerosas zonas de la misma ya habían perdido consistencia y dejaban entrever agujeros producidos por la herrumbre.

Justo bajo una de las esquinas, la más castigada de toda la estructura metálica, una gran

abertura de unos cuarenta centímetros cuadrados dejaba ver con claridad el pozo al haberse deteriorado en demasía la construcción, posiblemente debido al acúmulo de agua que allí se depositaba a causa de la particular orografía del terreno.

Roberto y Zoltan se acercaron lentamente, temerosos de que la estructura cediese y pudieran caer al vacío hacia una muerte segura doscientos metros más abajo. Iluminaron con sus linternas el agujero, que la corrosión había producido en la cesta y en el esqueleto metálico que taponaba el pozo, y con un simple cruce de miradas ambos supieron que aquella iba a ser la puerta de entrada que los llevaría hacia lo más profundo de la montaña.

—Sujétame mientras ato esta cuerda a una de las vigas del castillete, Zoltan —dijo Roberto.

Este asintió y sujetó a su amigo por el arnés que llevaba puesto desde que salieron de Orillés.

Roberto se irguió de puntillas y pasó el extremo de la cuerda por la estructura metálica y entonces se detuvo unos instantes.

—¿Ocurre algo?

—No, tranquilo. Es que no recordaba bien cómo se hacía el nudo apropiado —contestó el sargento.

Roberto había participado en numerosas maniobras en unos cursos que la Guardia Civil realizaba en las montañas oscenses, pero, debido a la presión del momento y a las pocas prácticas que había realizado posteriormente, había olvidado el nombre y ejecución del nudo correcto.

«Bulín. Bulín simple», repitió Roberto en su cabeza mientras sus manos empezaban a ejecutar los movimientos precisos para realizar el nudo idóneo.

«Hacer un bucle y pasar por él un extremo de la cuerda. Dar la vuelta por detrás y volver a pasar por el bucle. Tensar el nudo y rematar con un nudo simple», seguía recordando Roberto hasta que el nudo estuvo confeccionado.

—¿Lo tienes? —preguntó Zoltan.

—Sí. Ya está. Este es el mejor nudo que podemos usar para descender con los arneses. La única pega que tiene es que es bastante difícil de recordar y si no se hace bien el resultado puede ser nefasto. Pero creo que he salido airoso —contestó sonriendo burlonamente mientras sacaba la lengua a su amigo.

—¿Cómo sabemos si la cuerda llegará hasta la primera planta?

—La cuarta —corrigió Roberto. En este pozo la numeración está invertida por su propia concepción, al realizarse la extracción del carbón por el socavón.

—Vale, señor sabelotodo. La cuarta. ¿Cómo sabemos que llegará hasta allí?

—No lo sabemos. Cada cuerda tiene una longitud de setenta metros y el pozo tiene una profundidad total de doscientos cincuenta y tres metros. Si uniésemos las cuatro cuerdas podríamos llegar hasta el túnel de acceso del socavón, abajo del todo, pero no estoy seguro de si los nudos aguantarían o cederían bajo nuestro peso.

—¿Qué propones entonces? —preguntó Zoltan inquieto.

—Tras la sesión regresiva que realicé con Nieves me puse a investigar y buscar

información sobre el pozo acerca de cómo se realizaba antiguamente la extracción, mediante los planos inclinados que te comenté e incluso por medio de una especie de funicular desde las minas Victoria, existentes antes de la creación de este pozo. Quedé tan impresionado por la historia que revisé todas las páginas web relacionadas con la minería y en especial con este pozo, buscando información que sustentara mis sospechas acerca del posible secreto que alberga en su interior.

—¿Sacaste algo en claro? —preguntó el joven historiador.

—Poca cosa. Como me faltaba información de primera mano, y mis tíos no habían trabajado nunca en este pozo, acudí en busca de ayuda a un hombre que vive aquí en Orillés que aparecía relatando su experiencia minera en el pozo en un vídeo de YouTube. Baldomero. Mero, como le llaman los lugareños. Él me explicó anécdotas y experiencias acerca de cómo se trabajaba en la mina, los años que el pozo estuvo en funcionamiento, la profundidad que separaba cada una de las plantas e incluso me relató uno de los accidentes donde murieron un picador, un “ramplero”, como se denomina por aquí al rampero<sup>23</sup>, el vigilante e incluso un miembro del equipo de salvamento de la brigada de rescate.

—Un cúmulo de desgracias. —Se lamentó Zoltan.

—En efecto. Pero de esas historias es de donde se extraen las diferentes hipótesis del cierre precipitado del pozo. Unos hablan de que era una mina muy peligrosa, con alto contenido en grisú<sup>24</sup>. Otros cuentan que, debido al agotamiento del yacimiento, este ya no era sostenible económicamente. Otros van más allá y acusan a quienes estaban al mando de enterrarlo con la idea de seguir con la explotación años después por su cuenta. De todas ellas la última es la que cobra más fuerza con los sucesos que reviví recientemente en mi regresión, añadiendo información de primera mano que nadie más conoce y pone de manifiesto los intereses velados que esa gente tenía sobre el pozo y la mina.

—¿Qué distancia calculas que hay entre cada planta, Roberto? —preguntó Zoltan tratando de asimilar, a duras penas, toda la información que su compañero le había contado en tan breve lapso de tiempo.

—Desde donde estamos, en superficie, hasta la cuarta planta tenemos setenta y siete metros. Otros treinta y siete hasta la tercera. Cincuenta y ocho más desde la tercera hasta la segunda y finalmente, hasta el túnel de acceso del socavón, cincuenta metros.

—Entonces sí que es posible llegar hasta abajo con las cuerdas de las que disponemos —puntualizó Zoltan mientras calculaba de memoria la altura, ayudándose de los dedos de sus manos.

—Creo que lo ideal será atar un par de cuerdas para cubrir la distancia hasta la cuarta planta. Con una única cuerda nos faltarían siete u ocho metros para llegar al suelo y no es buena idea dejarse caer desde tanta altura. Una vez allí nos detendremos y recuperaremos fuerzas para iniciar nuevamente el descenso hasta la segunda planta, que queda unos treinta y siete metros más abajo. En ese punto podemos olvidarnos de las dos cuerdas iniciales y unir las otras dos que llevaremos atadas a la espalda, para descender los últimos cien metros que llevan hasta la primera galería, realizando paradas en cada una de ellas para descansar.

—De acuerdo. Pongámonos en marcha —exclamó Zoltan dando fuertes palmadas para tratar de insuflarse algo de valor.

Roberto supervisó que el arnés que llevaba puesto su compañero estuviera correctamente

abrochado y apretó un poco más la cinta de velcro que mantenía la linterna en la cabeza de su amigo, para evitar que esta cayese al fondo del pozo en pleno descenso.

Tras verificar que la cuerda que usarían posteriormente estaba bien atada a su cuerpo, pasando por encima de su hombro y bajo la axila, enganchó los mosquetones a la cuerda que les iba a permitir descender con seguridad.

—¿Listo? —preguntó Roberto mirando a los ojos de su amigo para tranquilizarle.

Zoltan suspiró profundamente.

—Listo.

El joven historiador inició el descenso con precaución, procurando seguir al pie de la letra todas las indicaciones de Roberto a fin de evitar sufrir cualquier lesión en sus dedos y manos.

Cuando este hubo descendido lo suficiente, Roberto realizó las mismas maniobras que antes había ejecutado sobre su amigo y se descolgó por el estrecho agujero con un único pensamiento en su cabeza. «Que no se rompa la cuerda...»

La luna había desaparecido en el horizonte, oculta totalmente por las negras nubes que descargaban con fuerza toda el agua que contenían sobre el monte. Ya no quedaba rastro alguno de las luces que, hasta poco rato antes, producían las luciérnagas. Los relámpagos, que antes cortaban el cielo como cuchillos afilados, también fueron apagándose hasta que la verdosa explanada, presidida por la gran estructura metálica, quedó sumida en una profunda oscuridad.

Bajo los altos abedules, diez sombras emergieron de entre la maleza, arrancando a su paso las zarzas que les impedían el paso.

La oscuridad ya era total y las diez figuras se adentraron en el claro con zancadas silenciosas, dejando atrás el camino que bajaba de forma empinada a través de la arboleda.

El castillete se erigía frente a ellos, como un faro que avisa a los navegantes, indicando el lugar por el que Roberto y Zoltan habían descendido. Al penetrar en la oscuridad de la explanada, las diez personas se separaron, dirigiéndose seis de ellas al interior del edificio principal, mientras las otras cuatro se aproximaban al castillete.

Aunque a primera vista el paisaje pareciera llano, tenía suaves ondulaciones y desniveles que los tres hombres sorteaban sin dilación, haciendo uso de sus potentes linternas para evitar tropiezos o caídas fortuitas.

Una vez llegaron a la jaula que descansaba sobre el pozo, apagaron sus linternas y se agacharon para escuchar los sonidos que provenían de su interior. Silencio absoluto.

El más alto de ellos se tumbó en el suelo, introduciendo la cabeza en el agujero que daba acceso al profundo y oscuro pozo abandonado, para tratar de localizar a los improvisados espeleólogos que les precedían en el descenso.

Los malditos entrometidos debían estar muy abajo, puesto que no percibían ningún sonido ni veían el más mínimo rastro de luz. El hombre que parecía estar al mando les indicó que era mejor esperar para evitar ser descubiertos y jugar con esa ventaja, enviando a dos de ellos a Orillés en busca de los equipos de escalada que llevaban en el maletero de sus vehículos.

Los dos hombres se alejaron por el camino que los había llevado hasta el claro, dejando atrás dos siluetas recostadas sobre la estructura metálica a la espera de que llegara el momento de iniciar el descenso, equipados con las herramientas apropiadas.

Minúsculas gotas de lluvia que se colaban por el estrecho agujero, que el óxido había perpetrado en la metálica estructura superior, golpeaban la cabeza de Roberto mientras este descendía lentamente por la cuerda que había descolgado minutos antes.

El sargento realizaba, de forma pausada, los movimientos que le permitían descolgarse por el pozo mediante el uso del arnés que llevaba puesto y un pequeño artilugio, llamado descensor, que le permitía controlar la velocidad de descenso, como su propio nombre indicaba, y detenerse en caso necesario sin tener que utilizar las manos para aferrarse a la cuerda.

A intervalos de pocos segundos, nunca llegando a sobrepasar los treinta, preguntaba a su compañero si todo iba bien para así conocer su situación y calmarle para que no cometiera errores debido a la presión a la que se encontraba sometido fuera de su círculo de confort.

Las paredes del profundo pozo diferían considerablemente de la imagen que Roberto había confeccionado en su cabeza sobre el mismo. En lugar de rugosas paredes de piedra y barro, cubiertas de raíces y moho, la vertical por la que se estaban descolgando estaba construida en hormigón y recubierta de vigas de metal alrededor del camino donde se asentaban antiguamente las jaulas para subir y bajar, como si de raíles se trataran.

En un momento en el que Roberto se había quedado detenido observando la estropeada estructura, una voz apagada, que provenía de unos treinta metros más abajo, le sobresaltó e hizo que, asustado, soltara brevemente el bloqueador de puño, lo que hizo que se descolgara precipitadamente durante apenas dos segundos en los que descendió varios metros, hasta que pudo detenerse y calmar su acelerado corazón.

—¡Roberto! ¿Estás bien? —chilló Zoltan desde abajo.

—¡Todo bien! Me he despistado cuando me has llamado y he bajado un poco más rápido de la cuenta.

—¡He llegado a la primera, perdón, la cuarta planta!

—¡Entendido! —respondió Roberto— ¡Balancéate levemente hasta que puedas posarte con seguridad en el suelo de esa galería y espérame allí sin soltarte!

—¡Roberto, creo que podemos seguir bajando sin realizar la parada en este punto! —apuntó Zoltan, que no quería decirlo abiertamente, pero se había divertido más de lo esperado realizando el descenso.

—¿Estás seguro? ¿No quieres descansar?

—¡Seguro! ¡Sigo bajando! —sentenció Zoltan mientras volvía a manejar los elementos de descenso y control para seguir descolgándose hasta el siguiente piso.

Roberto sonrió mientras comparaba al Zoltan asustado que había iniciado el descenso por el pozo, con el nuevo Zoltan que parecía estar disfrutando como el niño que realiza actividades de

aventura en un campamento infantil de verano.

Tras varios minutos más descolgándose por el pozo, Zoltan avisó a Roberto indicándole que se había detenido frente a la tercera planta y se disponía a balancearse para llegar hasta la plataforma que daba acceso al túnel de ese piso.

El historiador se apoyó en los travesaños de madera, que apuntalaban la galería que se extendía frente a él, mirando al fondo, desde la caña vertical por donde habían descendido.

Mientras esperaba a que Roberto llegara a su lado, su atención se centró en unos pequeños objetos cercanos a la pared donde descansaba.

Zoltan se agachó para inspeccionarlos con detalle, agarrando el objeto por el asa que presentaba en su parte superior. Se trataba de una especie de caja de color bronce ennegrecido, con un foco en su parte frontal y un cable que lo unía a otro aparato.

El joven comprendió al momento que se trataba del modelo primitivo de la linterna que él mismo portaba en su cabeza, sin la lógica evolución en materia de miniaturización.

Justo en ese momento llegó Roberto, balanceándose de forma enérgica para llegar con seguridad al lado de Zoltan.

—¿Qué miras? —preguntó el sargento mientras se ponía en pie.

—Esta vieja linterna. Es enorme. Parece tener dividida la batería de lo que es la linterna propiamente dicha. O eso o bien es una batería extra, ¿no crees?

—No es una batería extra —replicó Roberto—. Me suena haber visto alguna parecida cuando era pequeño, pero aquellos modelos tenían el foco unido a la propia caja de la batería, mientras que este modelo permite integrar el foco en el casco del minero.

—Menos mal que todo ha evolucionado, ¿verdad, Roberto? —bromeó Zoltan mientras levantaba la pesada batería y la colocaba sobre su cabeza en claro gesto de comparación sobre ambas lámparas.

—Y que lo digas. Imagínate haciendo rápel con esa linterna a cuestras en lugar del potente led que llevas en tu cabeza.

—Bueno. ¿Seguimos o nos quedamos aquí debatiendo sobre la revolución del microchip y otras moderneces? —espetó Zoltan mientras reía.

—Sigamos, sigamos —apremió Roberto mientras desenrollaba la cuerda que llevaba asida a su cuerpo y le pedía a Zoltan que hiciera lo mismo con la suya.

El sargento sujetó ambos cabos y los unió entre sí como ya hubiera hecho anteriormente en superficie, mediante un nudo llamado “de pescador”, lanzando a continuación ambas cuerdas al vacío.

—Te sigo —dijo el sargento a su amigo, realizando una reverencia a modo de invitación para que Zoltan comenzase a bajar.

—Disfrutas dando órdenes, ¿verdad? —bromeó Zoltan mientras se enganchara a la cuerda y daba un paso al frente para iniciar la segunda parte del descenso.

Roberto hizo ademán de dar un puntapié a su amigo, pero este liberó el mecanismo que sujetaba en su mano derecha y descendió rápidamente los metros suficientes para evitarlo,

mientras le mostraba con sorna el dedo corazón de su mano izquierda.

—¡Ya te pillaré! —masculló Roberto entre risas, viendo desaparecer a su amigo por la caña de la mina.

El sargento se enganchó nuevamente a la cuerda e inició lentamente el descenso en pos de su amigo, que le llevaba unos cuantos metros de ventaja.

Las gotas que un rato antes repicaban en su cabeza se habían esfumado, señal inequívoca de que la lluvia había cesado.

Los raíles, que antaño guiaban las jaulas en su incesante trasiego hacia arriba y hacia abajo, parecían estar firmemente sujetos a los laterales del pozo. Roberto los observaba mientras se descolgaba caña abajo por sí, accidentalmente, se rompía una cuerda o algún elemento de sujeción del arnés y necesitaba agarrarse a la estructura para evitar precipitarse al vacío.

Aunque no las tenía todas consigo si eso llegaba a ocurrir, Roberto prefería pensar en tener la alternativa de aferrarse a alguna de las vigas, raíles o cadenas que conformaban el monótono paisaje por el que se descolgaba.

Zoltan gritó para informar que acababa de rebasar el acceso a la segunda planta y que afrontaba el último tramo hasta llegar al túnel del socavón, la primera planta.

Ninguno de los dos improvisados espeleólogos se imaginaba que ciento setenta metros más arriba, en la superficie, el grupo perseguidor se preparaba para descender tras ellos en cuanto tuvieran la seguridad de que no iban a ser detectados al utilizar la misma cuerda que ellos, fruto de la tensión y vibraciones generadas cuando lo hicieran.

El sargento rebasó la marca de la segunda planta al poco de haberlo hecho Zoltan, mientras dirigía el haz de luz de su linterna hacia la abertura que se mostraba frente a él. Silencio y oscuridad absoluta reinaban en el angosto pasillo que se introducía hacia el interior de la montaña.

La luz de la linterna hacía brillar los raíles que descansaban sobre las viejas traviesas de madera, muchas de ellas ya carcomidas por el tiempo y la humedad, por las que antaño circulaban las vagonetas cargadas con utensilios de la explotación minera y con el carbón extraído por los picadores.

—¡Ya he llegado! —resonaron las palabras que su amigo acababa de pronunciar desde la primera planta, amplificadas por el eco que se generaba en tan peculiar ubicación.

—¡Ya casi estoy! ¡Veo tu luz! —contestó Roberto mientras aceleraba el descenso, liberando su bloqueador de puño en un intervalo de tiempo cada vez mayor.

Mientras Zoltan se desenganchaba de la cuerda y dejaba el arnés en el suelo, apoyado en la estructura metálica que ejercía como ascensor de las jaulas, Roberto hizo su aparición estelar descolgándose a gran velocidad y aterrizando de forma grácil, casi felina, en el terroso y húmedo túnel que unía la caña de la mina con el socavón que daba a la salida de la misma.

Roberto giró sobre sí mismo lentamente, iluminando con el potente haz de luz de su linterna el espacio donde habían aterrizado tras el largo descenso. Todo estaba tal cual lo recordó en su sesión de hipnosis regresiva, excepto por su propio estado físico y mental.

A diferencia de cuando realizó la sesión, donde evocaba tranquilamente recuerdos de su niñez, Roberto ahora sentía un nudo en el estómago, fruto de la tensión, y una sensación de ahogo continuo, producido por los nervios que suponía hallarse en un lugar que había permanecido inexplorado y aislado del mundo exterior cerca de cincuenta años.

Durante el descenso, la furia estremecedora de la tormenta se amortiguó de tal forma que, para ambos compañeros, ya era un simple recuerdo lejano.

El silencio reinante fue quebrantado por un largo silbido emitido por Zoltan.

—¡Madre mía! Este túnel es larguísimo —exclamó este, tratando de alumbrar el fondo del corredor con su linterna.

—Sí. Ya te comenté que eran casi dos kilómetros hasta la salida. Estamos literalmente en el centro de la montaña.

—Pues espero que encontremos una salida desde el interior, porque no me veo capaz de escalar los doscientos metros que nos separan de la superficie.

—Encontraremos la forma de salir. Confía en mí. Dudo mucho que si los templarios eligieron este lugar para confinar algo tan valioso para ellos dejaran tan sólo una única vía de entrada y escape. Recuerda el túnel secreto de la Torre de Soto.

—Lo que tú digas, jefe —bromeó el joven historiador con un hilillo de voz que dejaba entrever cierto miedo y desconfianza. —Voy detrás de ti.

—Pues vamos. Vayamos en dirección a la zona donde estaba la entrada que utilicé para subir a la planta superior cuando estuve aquí de pequeño.

Roberto se apresuró a cruzar el silencioso recinto donde se apilaban mohosas cajas de madera olvidadas, recubiertas de polvo, en dirección al oscuro túnel que se encaminaba hacia el exterior de la montaña. Quedaba muy poco tiempo... o ninguno para salvar a Nieves.

Las paredes de fría roca conformaban un espacio lo bastante alto como para que pudieran avanzar erguidos, de unos tres metros de alto por tres de ancho. Roberto lideraba la pequeña comitiva, prestando especial atención a no tropezar con las traviesas y raíles que aún permanecían anclados al suelo, por donde más de cincuenta años atrás una pequeña locomotora tiraba de los vagones que servían para extraer el carbón y llevar a los mineros hasta las jaulas.

El túnel había sido excavado, prácticamente en su totalidad, directamente en la roca y únicamente se había utilizado mampostería y hormigón para los primeros metros de túnel a partir

de la bocamina que daba acceso.

Allí abajo, en pleno centro de la montaña, el escaso aire que se colaba a través de la caña que conectaba las diferentes plantas con la superficie olía a agua y piedra húmeda, un olor que a Roberto le encantaba porque le devolvía a sus orígenes, a su infancia alejada de la gris y aburrida ciudad donde su rutina se limitaba a ir de casa al colegio y viceversa.

Únicamente se apreciaban matices de moho, debido a la humedad reinante, pero no había rastro alguno de excrementos que indicaran la presencia de murciélagos u otros seres vivos. Al parecer, los accesos habían quedado completamente bloqueados tras la explosión que Roberto visualizó en su sesión de hipnosis.

El túnel progresaba prácticamente en línea recta, proyectando sombras amenazadoras en las paredes. La bóveda de cañón que formaba el túnel no mostraba signo alguno de que hubiera existido un sistema de alumbrado eléctrico como Roberto había recordado.

Todo estaba sumido en la penumbra y cada vez que ambos compañeros se encontraban con alguno de los nichos excavados en la roca, construidos para que los mineros pudieran guarecerse cuando se aproximara el pequeño convoy formado por la locomotora y las vagonetas, se tensaban imaginando grotescas siluetas que salían de su interior.

Roberto avanzaba deprisa y en silencio por la oscura galería de piedra, siguiendo el monótono camino en busca del desvío que localizó cuando era pequeño en el interior de uno de los nichos.

El sargento oyó un murmullo, y no tardó ni un minuto en llegar a la conclusión de que se trataba del agua que se filtraba en la mina, proveniente del arroyo Orillés que horas antes habían cruzado en su camino al pozo San Fernando.

Se trataba de un conducto freático que formaba un corte transversal en la pared de piedra por donde caminaban y que hacía que por su base corriera un diminuto riachuelo subterráneo, de aguas cristalinas y frías como el hielo, que iba a parar a la canalización que, años atrás, se había llevado a cabo para proveer de agua al criadero de truchas arcoíris. El resto del riachuelo seguía su cauce por otra vía más amplia y con más caudal.

Roberto caminaba ensimismado, tratando de comprender y prever los pensamientos y actos de su adversario como hacía siempre en todas sus investigaciones, pero no conseguía averiguar el motivo que guiaba los actos de Emilio Felechosa ya que se trataba de una persona culta y adinerada hasta límites insospechados.

Se dice que el dinero llama al dinero, pero en este caso no estaba claro que ese fuera el motivo. Debía haber algo más allá de lo estrictamente material.

El joven sargento se detuvo y alzó la mano derecha, indicando a Zoltan que se detuviera. Roberto escuchó sin moverse. El túnel de piedra distorsionaba tanto el eco que no se podía reconocer lo que fuera que le había alertado.

Agudizó todo lo que pudo el oído, pero sólo se oía un leve susurro, tan alterado por la acústica del entorno que le impedía poder adivinar de qué se trataba.

—¿Has oído algo, Roberto? —preguntó Zoltan en voz baja mientras giraba su cabeza hacia atrás por si veía aparecer a alguien.

—Me ha parecido escuchar un ruido metálico. Como si algo golpeará la estructura del pozo por donde hemos bajado.

—Tal vez, al bajar por la caña, hemos tocado algún lateral y eso ha provocado que se haya desprendido alguna pequeña piedra. Podría tratarse de eso, ¿no?

—Es posible. Pero prefiero pecar de desconfiado y estar alerta. No descartemos la posibilidad de que esos hombres nos hayan seguido.

Zoltan no dijo nada, aterrado ante la posibilidad de que un grupo de paramilitares les abordase nuevamente bajo tierra, sin opción de esconderse en aquel angosto túnel.

—Sigamos avanzando —apremió Roberto.

A más de doscientos metros sobre sus cabezas, el trasiego de gente y material de escalada era incesante. Una mujer se encontraba sentada sobre una caja de madera, recluida en el interior del edificio principal, mientras uno de sus captores montaba guardia de pie junto a ella.

Junto a ellos, a escasos cuatro metros, dos hombres discutían los protocolos a seguir cuando se encontrasen en terreno desconocido e inhóspito, bajo tierra.

Nieves los observaba con recelo y desprecio. Uno de ellos era el mismo que pudo ver fugazmente cuando la sorprendieron en su domicilio, dando órdenes al grupo que la abordó. Al otro no lo conocía, pero, por su expresión corporal y las pocas palabras que llegaban a sus oídos, quedaba claro que era quien estaba al mando del operativo.

A diferencia del resto de hombres que entraban y salían del edificio, portando cuerdas de escalada, arneses y armas semiautomáticas colgadas a la espalda, aquel hombre desentonaba del equipo por sus elegantes y fluidos movimientos, así como por la ropa con la que vestía.

Mientras que el resto del grupo vestía con ropa de tipo camuflaje de color negro, chalecos tácticos con numerosos cargadores de pistola y botas militares, aquel hombre iba vestido como un turista que va a visitar el famoso glaciar Perito Moreno, en la región de la Patagonia, en Argentina.

Un turista adinerado, dicho sea de paso, a juzgar por la estilosa y a todas luces cómoda y cálida chaqueta de color negro, presidida por una gran bandera escandinava y un bolsillo de grandes dimensiones ubicado en la zona central, y corte deportivo que dejaba entrever que quien la portaba, quería sentirse como un aventurero al abandonar la rutina y el confort de la gran ciudad.

Pareciera ser que, por más que aquel hombre formara parte de un equipo especializado en operaciones posicionadas totalmente al margen de la ley, donde se había cometido entre otras acciones un secuestro, prefiriera desmarcarse del tono militar que lo impregnaba todo a su alrededor sin perder ni un ápice de la imagen de poder y glamour que parecían emanar de él.

—¡Señor, ya han llegado al fondo! —alertó uno de los hombres desde la lejana posición del castillete.

Debido a los aullidos que profería el viento en la alta montaña, al atravesar a gran velocidad la arboleda que les rodeaba, el hombre tuvo que repetir hasta en tres ocasiones el aviso, a fin de que sus interlocutores se hicieron eco de ello.

Ambos salieron de la antigua sala de máquinas, dejando atrás a la mujer y a su carcelero.

—Señor, hace unos minutos que ya no se nota movimiento alguno en las cuerdas. Es imposible escuchar nada debido a la distancia y al ruido que genera la tormenta, pero estamos convencidos de que ya es seguro iniciar el descenso sin que se percaten de nuestra presencia.

El robusto hombre, de pelo canoso, dirigió su mirada a Evans y sin mediar palabra volvió al

edificio.

—¡Vamos, vamos, vamos! —ordenó a gritos el malhumorado escocés mientras se colocaba uno de los arneses. —¡Nos movemos!

El resto de hombres acudieron a su llamada, cual jauría de perros adiestrados, colocándose también el resto del equipo de rápel y preparando el sistema de descenso extra que la doctora iba a necesitar para descender con seguridad, anclada a uno de los hombres que actuaría como guía, utilizando el mismo protocolo que usan los equipos de emergencias para rescates en barrancos.

Roberto se aproximó al nicho que se encontraba en la pared izquierda del túnel, mirando en dirección a la salida. Estaba convencido de que esa era la cavidad que utilizó junto a Álex para salir de la mina años atrás e iluminó las rocas que tenía encima y frente a él.

Era lo que recordaba de su sesión regresiva. Había un orificio más pequeño comprendido en lo que antiguamente había sido una abertura excavada para proteger a los trabajadores. El sargento se deslizó por el hueco e indicó a Zoltan que le siguiera, invitándole a entrar con rápidos movimientos de su mano derecha.

Se volvió e iluminó el nuevo pasadizo que ascendía con una suave inclinación, tal como había recordado días antes. Avanzaron lentamente por el angosto pasillo hasta llegar a una vieja y oxidada escalera metálica que parecía llevar toda la vida esperándoles, anclada a la fría pared de roca.

El ruido de unas piedras rodando turbó la paz y sosiego que impregnaba la atmósfera de la mina. Roberto, sobresaltado, giró su cuerpo ciento ochenta grados y corrió, intentando realizar el mínimo ruido, hasta la abertura de piedra que comunicaba el estrecho pasillo con la galería principal de la mina, donde aguardó expectante ante cualquier sonido fuera de lo común mientras sujetaba con firmeza su pistola.

Aunque no logró escuchar voces, ni vio luces que denotaran la presencia de visitantes indeseables, estaba seguro de que no había sido algo fortuito, sino que realmente les estaban acechando.

Volvió junto a Zoltan y le confió sus temores, los cuales eran compartidos también por el joven escritor.

—Subamos la escalera y confiemos en que no localicen fácilmente el pasaje oculto por el que hemos abandonado la galería principal.

Zoltan asintió y siguió sin dudar a Roberto, que ya había iniciado el ascenso por la estropeada escalera y se encontraba próximo a la portezuela de madera que delimitaba la estancia inferior con la superior.

Tal como hiciera años atrás, Roberto empujó la pequeña puerta, que cedió sin problemas a los envites que el sargento le había propinado.

Ambos compañeros se irguieron al llegar a la planta superior e iluminaron las paredes y el techo, realizando amplios giros de cabeza para cubrir con la luz de sus linternas la mayor cantidad de espacio posible.

En el imperturbable entorno de la caverna todo dejaba de existir. El tiempo, la furiosa tempestad que habían dejado atrás y el resto del mundo, que debía estar despertando plácidamente en sus mullidas y cálidas camas.

Roberto no dejaba de pensar en que todas las estancias y dependencias que habían recorrido

hasta el momento permanecían tal cual lo había revivido con la inestimable ayuda de Nieves.

La gruta era gigantesca, de unos treinta y cinco metros de un extremo a otro como mínimo. La visión del enorme espacio impresionó sobremanera a Zoltan que, boquiabierto ante la gran cantidad de puntos luminosos que refulgían sobre las paredes, no logró articular palabra alguna.

Enormes estalagmitas, de al menos tres metros de altura, surgían del suelo fruto de los continuos depósitos de carbonato cálcico durante cientos de años. En contrapunto, varias estalactitas amenazaban desde el techo con desplomarse sobre ellos desde más de veinte metros de altura.

Para Roberto, volver a encontrarse en aquel lugar también fue algo emotivo y asombroso, pero no inesperado. Ya conocía el lugar.

Los dos pasadizos que Roberto había identificado tras su sesión regresiva se encontraban a oscuras al no existir la iluminación eléctrica que antaño habían utilizado los hombres que trabajaban de forma clandestina.

Atendiendo a sus recuerdos, el sargento guió a Zoltan hacia la galería que quedaba a su derecha. Nada más acceder el pasadizo se ensanchaba, después se nivelaba y posteriormente sufría un brusco cambio de dirección y descendía abruptamente.

Roberto y Zoltan avanzaron con precaución, notando una ligera brisa de aire que, a cada paso que daban, se tornaba más y más fuerte. El oscuro túnel proseguía su paulatino descenso hasta que nuevamente se tornó plano.

De vez en cuando aparecían pequeñas cuevas naturales adyacentes al camino principal y otras tantas excavadas en la roca por la mano del hombre. Multitud de entradas, que parecían ser el inicio de diversos túneles, se abrían paso horadando la montaña con incierto destino.

Roberto ignoraba cualquier camino que no fuera el que recordaba de su anterior visita, avanzando a toda prisa y en silencio por la húmeda y oscura galería de piedra.

El sistema de cuevas era enorme, de una complejidad y belleza como ninguno de los dos compañeros había visto jamás. En los escasos quinientos metros que llevaban recorridos desde que subieron al nivel superior, habían pasado al lado de varias hermosas grutas, sin contar la principal, repletas de bellas y coloridas formaciones rocosas, además de un gran número de estalactitas y estalagmitas que, en ocasiones, se juntaban creando espectaculares columnas de color blanquecino, formadas por las deposiciones de calcita y la continua filtración de agua.

Era todo tan impresionante y de un tamaño tan descomunal que perfectamente podrían representar una catedral barroca construida bajo tierra.

Zoltan no dudaba en iluminar aquellas extravagantes formaciones con su linterna, extasiado por tanta belleza natural. Roberto se fijó en lo que hacía su compañero y rompiendo el silencio dijo:

—Bonito, ¿verdad? Es increíble cómo se parecen las formaciones rocosas de estas cuevas a toda la arquitectura de Gaudí.

—Precioso —contestó el historiador. —Ya que lo mencionas, ¿sabías que se especula con que el mismísimo Antonio Gaudí pudo haber utilizado las cuevas de Salnitre de Collbató, cerca de Barcelona, como fuente de inspiración para su gran obra, el Templo Expiatorio de la Sagrada

Familia?

—Conozco lo que me enseñaron en una de las asignaturas que cursamos en COU, en mi último año de colegio. Sólo por esa asignatura hubiera estudiado historia, pero el futuro no pintaba muy bien y me incliné por estudiar informática.

—La profesión del futuro decían, ¿no es cierto? —bromeó Zoltan.

—Esa misma —asintió Roberto—. Como te decía, lo que sé sobre Antonio Gaudí es que él mismo decía que su principal fuente de inspiración era la naturaleza, como se refleja por ejemplo en las escaleras de las torres de la Sagrada Familia, recreando el caparazón de un nautilus y tantísimas otras referencias al mundo animal y vegetal.

—Correcto. En la actualidad existen varias teorías acerca de cuáles son los paisajes que habrían podido inspirar al artista para diseñar los edificios modernistas más emblemáticos de Barcelona, como son la Sagrada Familia, la Casa Batlló o la Pedrera. Sin ninguna duda, Montserrat es la opción más valorada por expertos y seguidores de su arte ya que Gaudí era gran amante de los paisajes de la montaña más importante y significativa de Cataluña. Como te decía antes, se dice que las enormes rocas, de formas imposibles, de esta montaña, así como las estalactitas y estalagmitas del interior de las cuevas del Salnitre, son algunos de los lugares donde Gaudí pudo encontrar ideas para sus creaciones.

Zoltan detuvo su explicación cuando, al doblar un recodo del túnel, se encontraron frente a una larga y estrecha pasarela de piedra desde la que se podía contemplar una amplia gruta, aún mayor que la primera que habían visitado.

A varios metros bajo sus pies, el arroyo bajaba a gran velocidad. El aire que se generaba en el salto de agua, propiciado por la gran altura desde la que caía en pos de una salida hacia el exterior de la montaña, azotaba las mejillas de Zoltan y Roberto, salpicadas por minúsculas gotas de agua.

La barandilla, que antaño delimitaba el margen derecho de la pasarela y que protegía de una caída mortal a quienes cruzaban por ella, había desaparecido prácticamente en su totalidad debido al deterioro al que se había visto expuesta durante décadas de humedad y corrosión, yaciendo sus restos al fondo del precipicio.

—Aquí fue donde caímos de pequeños Álex y yo. Ya no volví a verle nunca más —comentó con tristeza Roberto.

—Tuvisteis suerte de no perecer en la caída. Si no llega a caer una tromba de agua que llenase el cauce, este habría permanecido seco y os hubierais matado en el acto.

Roberto asintió en silencio e indicó a Zoltan con la mano que diera un paso atrás por miedo a que este resbalara y se precipitara al vacío.

Ambos cruzaron al otro lado con precaución, manteniendo sus hombros en continuo contacto con la pared en un acto reflejo de sentirse más protegidos. Al llegar al otro extremo de la pasarela prosiguieron por el único camino existente, con Roberto a la cabeza.

Un poco más adelante llegaron a una amplia sala repleta de cajas de madera. En las esquinas había estructuras metálicas con focos halógenos de las que partían numerosos y enmarañados cables eléctricos que Zoltan no llegó a ver, haciendo que sus pies se enredaran en ellos y cayese de bruces al suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Roberto.

—¡Ay! —Fue lo único que acertó a chillar Zoltan, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Mierda!, he tropezado con esos malditos cables y casi me abro la cabeza contra el suelo.

Roberto se acercó y recogió la linterna que había salido despedida con el golpe, entregándosela a su amigo. Se agachó frente a él e inspeccionó la herida que presentaba Zoltan.

—Te va a salir un buen chichón, pero no es nada grave. Deberíamos haber comprado cascos.

—¡Te lo dije! —se quejó Zoltan mientras se colocaba la cinta de la linterna en la frente.

Roberto sacó la lengua, burlándose de su amigo y le ayudó a levantarse del suelo tirando de su brazo.

—En esta estancia fue donde Álex encontró el medallón templario. Después de eso nos localizaron y huimos apresuradamente y... bueno, el desenlace ya lo conoces.

—Eso quiere decir que a partir de este punto es terreno inexplorado, ¿verdad?

—Efectivamente, amigo mío. A partir de aquí deberemos extremar las precauciones y avanzar con la máxima cautela. Sigamos —ordenó Roberto mientras cruzaba el umbral por el que el camino proseguía hacia otra sala anexa, de la que partían nuevos túneles.

Ambos se adentraron en uno de ellos, en una decisión tomada totalmente al azar, y avanzaron durante veinte minutos hasta que llegaron a una nueva sala, presidida por lo que asemejaba ser un pequeño estanque formado por el agua que parecía emanar de la pared más próxima.

Roberto se aproximó y se arrodilló para tocar el agua sin éxito. El flujo de calcita proveniente de la pared se había cristalizado, formando un blanquecino río helado que llegaba hasta la depresión central de la caverna y que engañaba a los improvisados espeleólogos, haciéndoles creer que se trataba de un estanque de frías aguas.

El interior de la montaña era un formidable laberinto de piedra y tierra con túneles y cavidades que partían en numerosas direcciones, dividiéndose y volviendo a confluir en nuevas cámaras para volver a dividirse a continuación.

La cantidad de atajos, túneles y desvíos era tal que Roberto no proseguía la marcha hacia una nueva ubicación sin haber dibujado y anotado cada uno de los ramales, y alguna característica diferenciadora de las estancias, en la libreta que siempre llevaba consigo desde tiempos inmemoriales. De no ser así, habrían terminado perdiéndose en el subsuelo asturiano sin posibilidad alguna de ser rescatados.

El sargento no era consciente de que las marcas que dejaba por el camino, a modo de recordatorio por si se extraviaban, iban a ser utilizadas por sus perseguidores para llegar hasta ellos.

Llegaron a una nueva cámara donde se vieron obligados a detener su avance ya que no existían más túneles ni estancias anexas a la principal como en muchas de las anteriores.

Roberto iluminó las paredes y descubrió, al fondo de la sala, una estrecha y alargada grieta que por su aspecto parecía dar acceso a otra cueva. De ser así supondría no tener que desandar el camino hasta encontrar otra ruta.

Se acercó y escuchó con atención. Una vez más pudo oír el murmullo del agua fluyendo lentamente. A estas alturas ya no sabía si se trataba del mismo arroyo que provenía de la superficie o si del interior de la montaña afloraban nuevos manantiales que alimentaban el cauce principal que acababa saliendo por la entrada de la mina.

Al orientar su linterna hacia el suelo vio que no eran los únicos visitantes de tan remoto e inhóspito lugar ya que algo de color blanco brilló al ser enfocado por la potente linterna led.

Roberto se agachó para observar el objeto y rápidamente hizo señas a Zoltan para que se acercara a inspeccionarlo con un efusivo grito nervioso.

Zoltan se inclinó sobre su compañero y no pudo impedir soltar un improperio.

—¡Hostia! ¿Es lo que creo que es?

—Si no lo es, desde luego no sé de qué otra cosa puede tratarse —contestó Roberto emocionado.

Un trozo de tela blanca, de unos quince centímetros de alto por cinco de ancho, reposaba enganchada en el lateral de la grieta que comunicaba la estancia.

—Podría tratarse de un vulgar trozo de tela de color blanco, sin valor alguno, si no fuera porque ambos sabemos que nos encontramos en un lugar en el que probablemente no haya accedido ningún ser humano desde hace más de setecientos años —exclamó Zoltan mientras alargaba su brazo hacia el pequeño fragmento de ropa.

—Que casualmente es blanco —puntualizó Roberto, matizando con ello que los últimos hombres que debieron acceder al vasto entramado de galerías fueron los caballeros templarios.

Zoltan sujetó la tela con sus dedos, temeroso de que pudiera desintegrarse al instante fruto de las malas condiciones a las que se había visto sometida en aquella inhóspita y lóbrega ubicación. Por fortuna nada de ello sucedió.

El blanco tejido, confeccionado en lino, parecía haber sido de gran calidad y buena factura en tiempos inmemoriales a diferencia de la triste imagen que arrojaba sobre los dos investigadores a día de hoy. De no conocer todos los entresijos de la historia que estaban viviendo, no hubieran prestado el más mínimo interés sobre aquel pedacito de tela.

Sin más dilación, Zoltan plegó sobre sí mismo el paño y lo depositó en la bolsita de plástico que Roberto le tendía para que no se estropeará.

—Continuemos —indicó Roberto, deslizándose por la estrecha hendidura que poco después se ensanchaba lo bastante como para poder caminar con normalidad, aunque, eso sí, manteniendo agachada la cabeza durante un buen tramo dada la poca altura de la nueva galería.

La base del túnel se iba abriendo al vacío, por lo que había que mantener la calma y avanzar despacio evitando resbalar y caer en los huecos que quedaban entre el pasillo central y las paredes laterales que quedaban a un metro y medio aproximadamente.

Caminando en una posición tan difícil y peligrosa, Zoltan no dejaba de pensar en la mezcla de sensaciones que estaba sintiendo, alternando el pánico a caminar en un lugar tan estrecho y angustiante, a la par que sentía el miedo a caer al vacío.

Por fortuna, la luz de sus linternas pronto mostró una nueva grieta al fondo del estrecho pasillo. Roberto se aproximó e introdujo la cabeza por la misma, calculando el espacio para ver

si podía introducirse como habían hecho anteriormente.

La imagen que obtuvo el guardia civil le dejó embobado. La negrura que envolvía la gruta dejaba entrever un bello techo, muy diferenciado del resto de cavernas que habían visitado.

Una hermosa bóveda de crucería, formada por cuatro arcos que reforzaban sus aristas, se alzaba inmaculada en el centro de la sala.

Zoltan se apresuró a entrar, siguiendo los pasos de Roberto, en cuanto este le transmitió lo que estaba contemplando.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó emocionado el historiador—. Una bóveda de crucería simple <sup>25</sup> ¿Aquí? ¿En medio de la nada? ¿Bajo tierra?

—¿Crucería simple? —preguntó Roberto.

—Exacto. Se conoce como "bóveda de crucería simple" cuando presenta sólo cuatro nervios dispuestos en diagonal, siendo esta la solución más primitiva y sencilla de todas las posibles, quedando el tramo dividido por cuatro paños o plementos <sup>26</sup>. Roberto, ¿Has visitado alguna vez la catedral de Sevilla?

—Me temo que no. Tengo pendiente bajar al sur para visitar Sevilla, Granada, Córdoba y el resto de capitales.

—Pues deberías pedir unas vacaciones y hacerlo. —Rio Zoltan—. Así podrás ver en directo un claro ejemplo de este tipo de bóvedas, en las naves laterales de la Catedral de Sevilla.

—Tomo nota. «Si salimos de esta con vida», —pensó Roberto sin querer preocupar a Zoltan, que inspeccionaba con gran excitación cada rincón de la estancia.

La linterna de Roberto iluminaba a duras penas el fondo de la sala, lo que evidenciaba que su batería estaba a punto de desfallecer. Por fortuna había sido precavido y habían hecho acopio de suministros en la tienda.

El sargento se había percatado de que las huellas impresas en el suelo arenoso, cercano a la entrada de la grieta, estaban dispuestas en una única dirección, señal inequívoca de que tenía que haber un camino de salida distinto al que habían utilizado ellos.

Gracias a la luz de la linterna de Zoltan, que se apostó a su lado, vio que las pisadas también eran visibles frente a la pared situada a su izquierda, según habían accedido a la gruta abovedada.

Ambos se acercaron hasta la pared y observaron que, en una zona, esta estaba más hundida. Al aproximarse y dirigir el haz de luz a su interior, vieron que la pared de roca no era uniforme, sino que una roca estaba dispuesta de tal manera que quedaba encajada en una especie de guía.

—Fíjate, Roberto —indicó Zoltan golpeando a su compañero en el antebrazo—. ¿Lo ves?

Roberto forzó la vista, sin saber qué era lo que le quería mostrar Zoltan, y entonces vio brillar unos pequeños asideros metálicos que habían pasado desapercibidos en su primera inspección ocular.

Se trataba de dos pequeñas asas metálicas, emnegrecidas por la incesante humedad que durante años las había castigado, recubiertas de moho y una especie de líquen verde-azulado que ocultaban el color original del antaño brillante metal.

Ambos agarraron fuertemente las anillas y tiraron con fuerza al unísono. La pesada losa no hizo amago alguno de moverse de su sitio.

—Roberto, fijate bien en la zona donde está colocada la piedra —señaló Zoltan—. Tiene toda la pinta de que no sea para tirar hacia nosotros, sino para deslizar hacia uno de los lados, ¿no crees?

Roberto asintió y sujetó con firmeza la anilla a la espera de que su compañero hiciera lo mismo.

—A la de tres —dijeron ambos atropelladamente.

La piedra emitió sonido ronco y cedió unos milímetros. A la luz de la linterna, numerosas partículas de arena y polvo se introdujeron como por arte de magia en el interior de la cavidad que habían empezado a abrir.

Ambos se miraron sin entender lo que había ocurrido. Zoltan rompió el silencio.

—Acabo de tener un “déjà vu”<sup>27</sup> de mi visita al Sarapeum de Saqqara.

—¿Sarapeum de Saqqara? —repitió Roberto intrigado.

—Exacto. Una Necrópolis Egipcia que se encuentra excavada bajo tierra, a más de doce metros de profundidad, cerca de la ciudad de Memphis. Se cree que se construyó alrededor del año 1300 AC por Ramsés II.

—¿Y qué tiene que ver con este lugar?

—A decir verdad, nada. Pero lo que ha ocurrido con el polvo, que ha sido succionado hacia el interior, me ha recordado a lo que ocurrió en el Sarapeum cuando descubrieron y abrieron uno de los veinticuatro sarcófagos que existen en su interior.

Roberto escuchaba con atención a su compañero, expectante por conocer el desenlace de la historia.

—Se cuenta que cuando Auguste Mariette, el arqueólogo artífice del descubrimiento, abrió uno de los grandes tanques de granito con dinamita, presencié algo increíble. Tras la explosión, la cripta donde se encontraban los enormes sarcófagos de cien toneladas se llenó de polvo, pero inmediatamente, todas esas partículas se introdujeron por arte de “magia” en el interior del sarcófago por la abertura que produjo el estallido.

—Pero eso es imposible si no hay una corriente de aire como en nuestro caso, ¿no? —preguntó intrigado el sargento.

—Bueno ese es el gran misterio del Sarapeum y del antiguo Egipto en general —sentenció Zoltan—. Según el testimonio del arqueólogo, el sarcófago podría estar sellado al vacío. Pero ¿qué tecnología podría ser capaz de sellar al vacío un tanque de granito, de ocho metros cúbicos de volumen, hace miles de años? Yo mismo he visitado aquel lugar y créeme si te digo que es impresionante. En mi opinión, creo que es del todo imposible que el hombre pudiera construir algo de tales dimensiones, con una precisión milimétrica a la hora de realizar los cortes en el granito pulido y mucho menos disponer de la capacidad técnica para realizar un sellado al vacío.

Roberto torció la cabeza, dubitativo, imaginando cuál iba a ser la siguiente frase que iba a entonar el historiador.

—A medida que se descubren nuevos jeroglíficos y se avanza en la investigación del resto de monumentos y obras egipcias, junto con nuevos descubrimientos de culturas no contemporáneas de América Central, las teorías acerca de astronautas que vinieron de las estrellas cobran más fuerza.

—Sabía que ibas a decir algo así a medida que avanzaba tu explicación. Creo que he visto más de un programa con esa temática en algunas de mis noches de insomnio —bromeó Roberto, golpeando amigablemente el hombro de su amigo—. En este caso me parece que podemos respirar tranquilos Zoltan. Creo que la corriente de aire que hemos generado, al hacer rodar la losa de piedra, ha sido la causante de que el polvo fuera arrastrado hacia el interior.

—“Touché” —respondió algo avergonzado su compañero.

Ambos dieron por zanjada la interesante, a la par que fantástica, charla y agarraron nuevamente las argollas con intención de repetir la operación, observando con alegría cómo la losa se escondía paulatinamente por la pared izquierda cada vez que tiraban de las mismas.

Cuando fue imposible seguir tirando de ellas, ya que quedaban ocultas tras la pared por donde la losa se había deslizado, Roberto retiró de su cabeza la linterna e introdujo el brazo por el agujero para iluminar el nuevo espacio que se presentaba frente a ellos.

Tras escudriñar durante unos instantes lo que había más allá de la abertura, el sargento retiró su brazo y colocó nuevamente la linterna sobre su cabeza, dirigiéndose compungido a su compañero.

—Zoltan, ¿sufres de claustrofobia?

Ambos compañeros se adentraron en la estrecha cavidad, a través de la oscura abertura que habían despejado tras mover la pesada losa, y reptaron lentamente.

El angosto túnel por el que avanzaban era tan estrecho y bajo que no había forma alguna de avanzar caminando erguidos. Para Zoltan hubiera bastado con poder avanzar a gatas. El hecho de tener que avanzar arrastrándose, en un lugar tan estrecho e inexplorado, le producía un estado de ansiedad que le obligaba a respirar varias veces de forma rápida.

El resultado de ello era una sensación de ahogo y nerviosismo que poco a poco iba haciendo mella en él, haciéndole respirar cada vez peor y sintiendo náuseas incontrolables mientras notaba un acaloramiento general que se originaba en la boca del estómago.

El mero hecho de imaginar que podían llegar a un recodo donde no fuera posible girar, o que un obstáculo infranqueable les obligara a tener que retroceder a ciegas y a rastras, era tan aterrador que Zoltan empezó a tararear una vieja canción que había escuchado por primera vez en un karaoke, cuando era prácticamente un adolescente, para tratar de evadir su mente.

Roberto le preguntaba continuamente cómo se encontraba y le informaba de cualquier novedad que el estrecho, angosto y claustrofóbico túnel, horadado en la montaña, experimentaba mientras lo recorrían.

Por fortuna para Zoltan, no había rastro de alimañas ni arácnidos que pudieran ponerle aún más nervioso de lo que ya estaba.

El camino inició un ligero ascenso que pasó prácticamente inadvertido para él, que seguía enfrascado en tararear música de los años noventa, y viró levemente hacia la derecha. Roberto daba gracias a Dios por no haber encontrado nuevos ramales que partieran desde el estrecho pasadizo ya que hubiera sido imposible regresar sobre sus pasos en caso de extravío, lo que supondría una agónica muerte para ellos.

El sargento focalizó su mirada en el punto blanco que su linterna iluminaba varios metros delante de él. Avanzó desesperado, reptando lo más rápido que podía, para comprobar si lo que había visto era real, para desgracia suya. Al fondo, la caverna se estrechaba hasta reducirse a una prácticamente imperceptible grieta y no parecía haber aldabas ni nada parecido para abrir una vía de escape como habían hecho antes.

—¿Pasa algo, Roberto? —inquirió con angustia Zoltan desde la retaguardia.

—Parece ser que no hay salida. Hemos llegado a una pared de roca que no dispone de abertura para poder seguir avanzando.

—Por Dios, no me digas que hemos de desandar el camino —suplicó el asustado historiador.

—Es del todo ilógico —repetía en voz baja Roberto mientras iluminaba con su linterna la pared frontal y los laterales del estrecho túnel. —Tiene que haber algo que se nos escapa.

Mientras el sargento palpaba con cuidado la grieta que tenía situada frente a él, buscando cualquier tipo de metal que pudiera indicar la presencia de un resorte o argolla con la que mover la pesada roca, Zoltan fue girando lentamente su cuerpo hasta descansar la espalda contra el frío y húmedo suelo por el que habían estado arrastrándose minutos antes.

Cerró los ojos y trató de recordar los ejercicios que su psicóloga le había enseñado años atrás, cuando sufrió una crisis de ansiedad en la oficina donde trabajaba, que supuso el acabar abandonando su empleo para, meses después, asociarse con Mireia y crear la empresa de visitas históricas guiadas por el casco antiguo de Barcelona.

Cada vez que respiraba y exhalaba el aire de sus pulmones, Zoltan lograba alejarse poco a poco de la sensación de miedo y angustia que aquel agobiante túnel le provocaba.

Roberto, visiblemente enfadado y nervioso, golpeaba con furia los laterales de tierra que circundaban la grieta que suponía era la única vía de escape que podía permitirles salir de la ratonera en la que se encontraban.

Restos de arena fueron salpicados hacia atrás, yendo a caer directamente sobre la cara de Zoltan, que yacía estirado justo detrás de Roberto.

Abrió atemorizado los ojos, sin saber a ciencia cierta qué era lo que le había caído sobre la cara, y observó estupefacto una zona, de lo que se podría llamar techo en aquel túnel, que no era del mismo color que el resto y cuya textura parecía ser más fina y suave al tacto.

—¡Roberto! —chilló.

El guardia civil giró la cabeza todo lo que pudo para tratar de ver a su amigo, pero le fue imposible debido al poco espacio del que disponía.

—Dime. ¿Qué sucede?

—Creo que sobre mi cabeza hay una trampilla alargada, presumiblemente de madera.

Zoltan levantó el brazo y golpeó con sus nudillos la supuesta trampilla. El sonido que obtuvo al hacerlo les devolvió la esperanza de poder salir con vida de la lenta y agónica muerte que les esperaba si quedaban atrapados bajo tierra.

—Efectivamente, es algo hecho por el hombre. ¡Mira cómo suena! —dijo Zoltan, golpeando con más fuerza la madera.

—¡Genial! ¿Puedes empujarla hacia arriba?

Zoltan empujó con furia, pero el techo no se movió ni un ápice. Repitió la maniobra, arqueando su espalda para ejercer una presión aún mayor, pero el intento fue en balde.

—Nada. No se mueve.

—¿Cómo es de larga esa madera? —preguntó Roberto.

—Debe medir algo más de un metro. No llegará a metro y medio.

Roberto se mantuvo callado durante apenas medio minuto y volvió a hablar.

—¿Puedes retroceder hasta el inicio de la trampilla? Hacia la parte que queda más cerca de tus pies.

Zoltan se arrastró con dificultad hacia donde le indicaba Roberto y esperó instrucciones.

—Vale, observa con atención si hay alguna cadena, cuerda o argolla que permita abrirla como si se tratase de una puerta-escalera, similar a las que tienen las casas con acceso a un desván.

Zoltan palpaba con prisas toda la superficie que sus manos podían abarcar desde la incómoda posición en la que se encontraba. Era tal el nerviosismo y la imperiosa necesidad que sentía por escapar de allí, que una astilla se introdujo con virulencia bajo la piel de la palma de su mano, haciendo que este gritase en una mezcla de dolor y rabia.

—¿Estás bien? —preguntó Roberto.

—Sí. Bien. Se me ha clavado una puta astilla en la mano cuando palpaba la zona.

Zoltan iluminó la zona herida y vio el pedacito de madera que acababa de invadir su cuerpo. Lamentablemente era imposible retirarlo en aquellas condiciones, por lo que siguió examinando la madera que tenía sobre su cabeza.

La zona no presentaba ninguna cuerda o cadena que permitiera tirar de ella hacia abajo y tampoco ofrecía respuesta alguna a los empujones que Zoltan le propinaba.

Cuando estaba a punto de desistir, su mirada se posó sobre una de las esquinas, donde un pequeño hueco había sido pasado por alto. Se trataba de un diminuto círculo, de poco más de un centímetro de diámetro, por el que a duras penas cabía un dedo.

—Roberto, creo que he encontrado algo.

—¿Alguna argolla para tirar de ella? —respondió este.

—No. Se trata de un pequeño agujero situado en una de las esquinas. Es probable que sirva para tirar de la trampilla hacia abajo. Voy a introducir un dedo.

—Zoltan se dispuso a introducir el dedo índice cuando una voz le detuvo.

—¡Espera! Ponte esto.

Roberto estiró todo lo que pudo su brazo derecho, haciéndole llegar uno de los guantes que llevaba sujetos a su cinturón. Una manía que conservaba de su etapa como guardia civil, anterior a su ingreso en la UCO.

—Por si acaso hay algún peligro que no veamos. Por desgracia no llevo encima mi cámara endoscópica.

—La verdad es que nos hubiera venido bien aquí abajo —respondió Zoltan con resignación.

El joven historiador se enfundó el guante en su mano derecha e introdujo el dedo con precaución por el oscuro agujero, que apenas se distinguía en la ennegrecida madera.

Tras varios segundos de incertidumbre, durante los cuales Roberto esperaba ansioso escuchar algún chasquido que indicara que la portezuela se había abierto, Zoltan exclamó:

—¡Lo tengo!

Roberto se mantuvo alerta, esperando a que Zoltan le indicara lo que había descubierto, mientras este seguía manipulando la trampilla.

Cinco segundos después Zoltan conseguía desencajar la madera de su anclaje, para volver a depositarla en su lugar original.

—Roberto, voy a necesitar que seas tú quien abra la trampilla.

—¿Qué ocurre? Pensaba que habías conseguido dejar libre la abertura —preguntó el sargento.

—Así es, pero una vez desencajada no es posible retirarla hacia arriba ni deslizarla. Con el dedo he conseguido desanclar el enganche que mantenía sujeta la trampilla y al hacerlo esta cae por su propio peso hacia abajo, en diagonal, de la misma forma que has descrito antes con el ejemplo de las escaleras de un desván.

—Entiendo. ¿Has cerrado el enganche de nuevo?

—Sí. Está bloqueado. Voy a arrastrarme un par de metros para dejarte espacio suficiente. Cuando liberes el cierre intenta mantener sujeta la trampilla para que bascule con suavidad y te dé tiempo a apartarte.

Roberto esperó a que su compañero se moviese, no sin cierta dificultad ya que se encontraba mirando hacia arriba.

Una vez despejada la zona, el sargento realizó la misma maniobra y se posicionó bajo la madera. Volteó su cuerpo para poder acceder al simple mecanismo que quedaba oculto tras el pequeño agujero que Zoltan había localizado minutos antes y, tras mover en varias direcciones su dedo índice hasta localizarlo, lo soltó de su enganche mientras con la otra mano aguantaba el peso de la vieja madera, que amenazaba con golpear su cabeza si no se apartaba lo suficiente.

Una vez esta descansó en el frío suelo de tierra, Roberto volvió a girarse e iluminó hacia arriba con su linterna. Parecía que la zona superior del túnel era más amplia y así se lo retransmitió a Zoltan que, aliviado, levantó su pulgar derecho en dirección a Roberto mientras apretaba el puño de su otra mano lleno de júbilo.

El sargento pudo ponerse de rodillas, ya sin un techo que limitara sus movimientos, y ascendió con precaución a la sala superior.

—¡Zoltan, corre! ¡Sube aquí! —apremió Roberto a su amigo, al que le estaba costando algo más de lo esperado recolocarse en el angosto túnel, a escasos metros del nuevo acceso.

Cuando Zoltan llegó junto a su compañero, le sorprendió ver la actitud que mostraba Roberto, ya que este no movía apéndice alguno de su cuerpo mientras su mirada parecía perdida, observando algo en lo que él aún no había reparado.

Pasaron apenas dos segundos hasta que Zoltan dejó de prestar atención a Roberto y se decidió a mirar hacia donde descansaba la mirada del sargento.

La visión era asombrosa, pero no del todo inesperada. Si bien no habían encontrado muchos indicios de la presencia templaria en el sistema de cuevas subterráneo, era evidente que tarde o temprano iban a localizar la prueba definitiva. Pero aquello era demasiado bueno.

En la oscuridad del recinto, los únicos movimientos que se realizaban eran los de los ojos de los dos compañeros. Ni siquiera el potente haz de luz de las linternas se movía lo más mínimo, fruto de la sorpresa y el estado de asombro en el que se hallaban ambos.

Allí abajo, sin saber a ciencia cierta a cuantos metros se encontraban bajo la superficie de la montaña, sentado con la espalda apoyada sobre la roca y ataviado con todas sus vestimentas, corazas y armas templarias, descansaban los restos mortales de un auténtico caballero de la Orden

del Temple.

El gélido aire que circulaba por los túneles, atravesando la estancia donde reposaba el caballero, había secado y momificado su cuerpo. Se le marcaba la osamenta bajo la poca piel que se apreciaba en las zonas que no estaban cubiertas por la gruesa cota de malla que protegía su torso y el resto de hermosas vestiduras que, milagrosamente, habían resistido los envites del tiempo.

Tras sus resecos labios aparecían dos filas de dientes amarillentos donde se adivinaba algún que otro hueco de piezas perdidas durante su vida.

El caballero descansaba sentado, con pose resignada, como si aceptara el destino que le llevaba a una muerte segura en aquel lúgubre lugar. La gran cruz patada de color rojo sangre brillaba de forma fulgurante bajo la luz de las linternas.

El yelmo, apoyado sobre sus piernas, al igual que los guanteletes de metal depositados en el suelo, aún conservaba algo del brillo que ostentaron en tiempos remotos, apagado ahora por el óxido con el que las malas condiciones del lugar los habían castigado.

El caballero se había sentado con la mano izquierda apoyada en su pecho y la derecha empuñando la imponente espada de acero que presentaba numerosos grabados en la empuñadura, que tenía forma de cruz cristiana.

—Fíjate que maravilla de espada, Roberto —habló por fin Zoltan, rompiendo el silencio reinante en la pequeña sala.

El arma tenía unas dimensiones de algo más de un metro de largo y contaba con una hoja de aproximadamente noventa centímetros, adornada con bella simbología templaria grabada en ella.

Contaba con una gran empuñadura recubierta en cuero y un pomo dorado, decorado con dos caballeros templarios montados a caballo ataviados con lanzas, sobre un fondo plateado.

—¿Qué significado tiene ese dibujo? —preguntó Roberto, señalando la empuñadura del arma.

—Es el “Sello de los Soldados de Cristo”. Dos hombres compartiendo caballo, que muchos historiadores explican como símbolo de la comunidad de bienes, de austeridad y de humildad. Pero también se ha llegado a relacionar con una clara alusión al amor carnal entre caballeros, a prácticas satánicas y a creencias en los aspectos duales de la existencia.

—Todo ello invenciones y falacias con las que acusarles y así poder socavar su poder y respeto en la sociedad, ¿verdad, Zoltan?

—Muy probablemente —sentenció este mientras proseguía con la inspección de la gran espada.

El remate final que llamó poderosamente la atención de Roberto, fue la Cruz Esmaltada de la guarda<sup>28</sup> con la leyenda de los templarios escrita en ella. Algo que se había convertido en un hecho muy recurrente para él en los últimos días.

Pese a los siglos que llevaba en aquel inhóspito emplazamiento, alejada de las bondades de un museo que pudiera preservarla de las inclemencias del tiempo, la guarda presentaba un aspecto intachable, con el círculo dorado donde, si bien no era posible leerlo de forma clara, se apreciaba el lema templario.

La otrora roja cruz patada, sobre fondo blanco nacarado, mostraba ahora unos colores algo más apagados, pero sin perder un ápice de la belleza de sus acabados.

Zoltan observó que el color de la tela de la indumentaria, que portaba el caballero, era ligeramente diferente en tonalidad en la zona donde este apoyaba su mano, por lo que se acercó un poco más para observarla con más claridad.

—¡Roberto, aquí! —espetó el historiador a su amigo, que se acercó raudo a su lado.

—¿Qué sucede?

—Mira. No nos hemos fijado en lo que sujeta contra el pecho con su mano izquierda.

Roberto se inclinó sobre el cuerpo momificado del caballero templario, puesto que seguía sin ver lo que le comentaba Zoltan.

—¿Es un manuscrito? No lo había visto antes al ser casi del mismo color que la vestimenta.

—Sí. Me ha pasado lo mismo. Si no llega a ser por la diferencia de tono, un poco más ocre, no me hubiese dado cuenta.

Con sumo cuidado, Zoltan abrió una a una cada falange de los dedos del caballero y dejó a la vista un fragmento manuscrito en un papel amarillento.

El historiador lo tomó entre sus dedos, con toda la calma y suavidad que el momento requería, y lo depositó sobre la palma de su mano mientras suspiraba aliviado al ver que seguía de una pieza.

—Está escrito en latín, ¿verdad? ¿Puedes traducir lo que dice? —preguntó Roberto.

Zoltan entrecerró los ojos mientras leía en voz alta el texto, tratando de traducir en su cabeza lo que significaba cada palabra.

— *“Beatus vir qui suffert temptationem quia cum probatus fuerit, accipiet coronam vitae quam repromisit Deus diligentibus eum Dominus. Jacobus 1:12”* —Leyó pausadamente Zoltan.

—¿Qué significa? —Casi exigió Roberto, mientras mordisqueaba sus uñas fruto de los nervios.

—“Bienaventurado el hombre que persevera bajo la prueba, porque una vez que ha sido aprobado, recibirá la corona de la vida que el Señor ha prometido a los que le aman.”

—¿Se trata de algún versículo del nuevo testamento?

—No. Si no voy errado, cosa que podría ser puesto que mi formación Teológica se basa en un único año de estudio, creo que no es un fragmento de las Sagradas Escrituras que todos conocemos.

—¿No? —contestó Roberto extrañado.

—El texto no se corresponde con el que yo recuerdo, si bien se parece bastante. El que siempre he leído y dado por válido dice así: “Bienaventurado el varón que padece con paciencia la tentación, porque cuando fuere probado, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.”

—Parece que recita el mismo texto.

—Fíjate bien, Roberto. En el manuscrito del templario se recalca la palabra PRUEBA. El

texto es significativamente diferente. Cabe la posibilidad de que se nos esté avisando de la existencia de retos o pruebas diseñados para dificultar el acceso a la información que tan celosamente han guardado durante siglos.

Los ojos del sargento se abrieron como platos mientras recordaba viejos libros de aventuras con temática religiosa y masónica, donde los protagonistas debían sortear un sinfín de peligrosas pruebas mientras se jugaban la vida en cada una de ellas.

—Esperemos que dicha prueba no sea peligrosa y podamos descifrarla fácilmente —dijo Zoltan adivinando los pensamientos del joven sargento.

—¿Qué crees que pudo ocurrirle? —preguntó Roberto.

—Buena pregunta, pero de difícil respuesta. No podría aseverar lo que le sucedió, pero podría haberse perdido por quedarse sin luz para guiarse por el vasto entramado de galerías y salas y finalmente murió deshidratado o de un repentino infarto, fruto del horror de verse solo aquí abajo.

—Pero teniendo la trampilla cerrada justo a su lado, resulta extraño ¿no?

—También es plausible que se vieran sorprendidos y este caballero tomara la difícil decisión de quedarse atrás, para salvaguardar lo que fuera que pretendían proteger en tan secreto lugar. En cualquier caso, el hallazgo es increíble —sentenció Zoltan.

—Fuera lo que fuera lo que le ocurriese a este infeliz, no debe sucedernos a nosotros. Así que, ¡pongámonos en marcha! —animó Roberto poniéndose de pie y dando palmadas.

Ambos exploradores comenzaron a estudiar la sala y tras unos pocos segundos de inspección ocular sobre paredes, techo y suelo, convergieron ante lo que se adivinaba como la única vía de salida del lugar.

Se trataba de una puerta de madera, de aproximadamente un metro y medio de alto por ochenta centímetros de ancho, con la parte superior redondeada a modo de arco y compuesta por varias hileras de tablones que, dispuestos verticalmente, formaban un entramado con forma de reja, dejando entrever unos goznes de hierro que sobresalían en su lado izquierdo.

Roberto empujó la puerta con sumo cuidado, colocando sus manos sobre ella, y esta cedió emitiendo un fuerte chirrido, producido por sus viejas y oxidadas bisagras.

Un nuevo túnel, esta vez construido con pequeños ladrillos, emergió ante sus ojos. Dos viejas antorchas de madera daban la bienvenida a quienes se dispusieran a iniciar la marcha, sujetas a la pared mediante argollas de hierro.

Bajo ellas, dos cuencos contenían una sustancia viscosa de color negro, similar a la brea que se utiliza para calafatear las embarcaciones.

Roberto se acercó a una de las antorchas y la tomó en su mano para, posteriormente, bajarla hasta el cuenco y untarla generosamente en el oscuro líquido.

Acto seguido extrajo un encendedor del bolsillo de su pantalón y, con un golpe de pulgar sobre la rueda del mismo, lo encendió a fin de prender fuego a la antorcha, que empezó a arder una vez Roberto aproximó la pequeña llama del mechero.

El sargento miró a Zoltan y le indicó que hiciera lo mismo con la otra y que apagara su linterna.

—Lo mejor es que preservemos, todo lo que podamos, las baterías de las linternas. No sabemos cuánto tiempo podemos permanecer aquí abajo y no quiero tentar a la suerte —indicó Roberto.

—Coincido contigo. Si dejaron antorchas aquí abajo será por algún motivo —adujo Zoltan encendiendo la suya—. Así que aprovechemos la generosidad de nuestros anfitriones y prosigamos.

Avanzaron decididos por el corredor, sosteniendo las antorchas sin elevarlas demasiado para no golpear el techo del mismo. Durante algunos minutos, desde que iniciaran la marcha, el camino mantuvo la misma dirección en línea recta hasta que llegaron a una caverna en la que se apreciaba lo que pudo haber sido un pequeño estanque, ya que ahora no se veía rastro alguno de agua.

Lo vadearon y, tras bajar por el lado contrario, siguieron avanzando por un túnel horadado directamente sobre tierra y roca que se estrechaba y giraba bruscamente a la derecha. Al fondo, y tras un nuevo recodo, había otra puerta, de hierro en esta ocasión. Estaba abierta.

La sala que se dibujaba frente a ellos no difería en demasía de las anteriores grutas por las que habían transitado durante las últimas horas.

Toscas paredes de roca y tierra delimitaban un espacio de unos ocho o nueve metros cuadrados, con una altura desde el suelo al techo de algo menos de dos metros. Lo suficiente para que ninguno de los dos amigos tuviera que agachar la cabeza.

El suelo, a diferencia de las estancias anteriores, estaba formado por largas vetas de roca que asemejaban un suelo de terrazo de color oscuro.

En el lado derecho de la sala, tomando como referencia la puerta por donde habían accedido, un pequeño saliente de roca daba la bienvenida a quienes accedían a la caverna. Justo debajo de él una enorme roca parecía complementarlo confeccionando la base de un altar.

A cada lado del mismo, separados entre sí por unos dos metros de anchura, se encontraban dos huecos excavados en la fría roca, realizados con toda seguridad por la mano del hombre.

Zoltan se adelantó a Roberto para inspeccionar el saliente de roca, mientras el sargento se dirigía hacia uno de los orificios excavados.

Sobre la repisa descansaba un pequeño atril de metal dorado, con un grueso libro abierto de par en par sobre él, y dos velas que, recubiertas de churretones de cera, se mantenían erguidas sobre sendos candelabros de latón compuestos de una fina base y un asa en forma de cabeza de dragón. Estos presentaban un triste tono verdoso, debido al deterioro sufrido por el metal, al haber estado expuestos al aire y la humedad durante tan largo periodo de tiempo.

Las gruesas velas blancas tenían unos símbolos de color rojo que quedaban parcialmente cubiertos por los churretones de cera que se había derretido siglos atrás.

—¿Reconoces estos símbolos, Zoltan? —preguntó Roberto acercándose a su amigo. —¿Son templarios?

—Sí, los reconozco, pero no se trata de simbología templaria. No se aprecian del todo bien a causa de la cera que se ha ido derramando sobre ellos, pero estoy seguro de que se trata de un Crismón. Ya sabes, la denominación del pictograma de Cristo que se forma uniendo las letras griegas X, “ji” y P “rho”, las dos primeras del nombre de Cristo en griego, “Χριστός” o “Khristós”, “el ungido”.

—Es verdad. Ahora me viene la imagen de cuando iba de pequeño a misa con mis padres. Los recuerdo sobre el altar o junto al sagrario donde se guarda el cáliz.

El historiador prendió la mecha de las velas con su antorcha, a fin de poder dejarla apoyada en el suelo y disponer de ambas manos para inspeccionar el viejo libro que aguardaba sobre el atril dorado.

Tras encender la linterna que portaba sobre su cabeza, se inclinó sobre el libro y comenzó a

leer en voz alta:

—“ *Scimus autem quoniam diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum his qui secundum propositum vocati sunt sancti. Rom 8:28*”

—¿Qué significa, Zoltan?

—Un momento, Roberto. Esta traducción me está llevando más tiempo que la anterior.

El sargento no paraba de golpear rítmicamente el suelo con su pie derecho, preso de los nervios, mientras Zoltan hacía auténticos esfuerzos por traducir el texto. Finalmente optó por tomar el libro entre sus manos, a fin de leer con más claridad su contenido, y justo en el momento en el que lo hacía, un ligero chasquido presagió lo que ambos compañeros menos deseaban que ocurriera.

Sin tiempo de reacción posible para detener el proceso, una pesada losa de piedra bajó del techo taponando la entrada por la que habían accedido al interior de la sala.

Ambos se miraron abatidos, pero sacaron fuerzas de flaqueza a fin de continuar con la búsqueda de una salida que les permitiera escapar de la gruta en la que se habían visto reclusos.

—¡Lo tengo! O eso creo —exclamó Zoltan apretando los puños.

—¿Qué dice?

—“Sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito.”

El silencio se instaló en la sala tras la lectura y traducción que Zoltan acababa de realizar. Ambos compañeros se miraban sin saber qué quería decir aquel pasaje, si bien estaban seguros de que se trataba de alguna de las posibles pruebas que indicaba el primer texto encontrado junto al caballero templario.

Ambos se colocaron frente a sendos huecos y realizaron una meticulosa inspección ocular, sin atreverse a introducir las manos en su interior.

—No quiero que me pase lo mismo que a aquel personaje de ficción que metía la mano en los agujeros de un tronco y moría.

—Flash Gordon, ¿verdad? —Se carcajeó Roberto, recordando la escena de la célebre película de los años ochenta en la que uno de los personajes moría a consecuencia de la picadura que un extraño animal alienígena le propinaba.

—Esa misma —confirmó Zoltan entre risas.

Roberto se agachó lo suficiente como para poder iluminar con su linterna el agujero y no advirtió la presencia de ningún animal o cualquier otra clase de peligro.

Únicamente se percató de la presencia de líquenes y algún tipo de hongo con forma bulbosa que proliferaba en la pequeña cavidad, resguardados por un extraño e inusual microclima que parecía emanar del interior de la roca, a diferencia de todo el subsuelo por el que habían estado transitando las últimas horas.

No obstante, recogió del suelo su antorcha y la introdujo en el hueco hasta que hizo tope con el fondo.

—Más vale prevenir, ¿no crees? —sonrió burlonamente.

Tras retirar la antorcha, Roberto volvió a mirar la cavidad con idéntico resultado, por lo que se dispuso a introducir la mano para llegar hasta una protuberancia que había visto segundos antes, cuando retiraba la prendida tea del interior del orificio.

Palpando con cuidado observó que no se trataba de un relieve natural del terreno, sino que dicha protuberancia tenía la forma perfecta para ser asida con la mano y realizar algún tipo de movimiento con ella, ya que se movía sobre su eje en cuatro puntos.

—Zoltan, ¿puedes revisar si al fondo de ese agujero hay algo parecido a un mango o manubrio?

El historiador repitió los pasos que escasos minutos antes había realizado el guardia civil.

—En efecto. Al fondo hay algo que puedo sujetar y mover con la mano. Pero... ¿Tú has notado el calor que despiden estos agujeros? No es normal.

—Ya me he dado cuenta —contestó Roberto un poco nervioso—. Debemos estar cerca de alguna fuente termal o de alguna falla profunda que propicia que llegue el calor que notamos.

El sargento volvió a introducir la mano en el orificio y sujetó con firmeza el asidero, moviéndolo hacia la derecha. Nada ocurrió.

—Zoltan, ¿puedes probar a mover el tuyo? Aquí no ha pasado nada.

El historiador realizó varios movimientos con idéntico resultado. Ambos retiraron sus brazos y se secaron el sudor que empezaba a resbalar por su frente. El calor que notaban iba en aumento inexplicablemente.

Probaron varias veces más y cada vez sentían más y más calor, hasta el punto de experimentar un agudo dolor en sus manos y antebrazos. Prácticamente podían notar el tan característico olor a pelo quemado cuando se cocinan unas apetitosas alitas de pollo.

Roberto miraba su mano y le parecía incluso ver ampollas sobre su piel, reflejo inequívoco de quemaduras de segundo grado. El supuesto mecanismo seguía sin inmutarse y ningún secreto engranaje parecía ser activado.

—Roberto, ¿recuerdas los símbolos dibujados en aquel viejo pergamino que nos sirvió para acceder a los sótanos de la derruida Torre de Soto?

—Sí. ¿Qué quieres decir? —preguntó Roberto.

—¿Y si aquel pergamino no indicaba cómo acceder a ellos, sino que mostraba la forma de superar esta prueba? A fin de cuentas, la única razón por la que supusimos que habíamos localizado el acceso a los subterráneos era nuestra propia interpretación de la letra E, referenciando la posición de la torre con el punto cardinal.

—¿Y las grandes losas de piedra a las que aducía el texto “Solum lapideum”? ¿Recuerdas? —matizó el sargento, que no sabía a donde quería llegar Zoltan.

—Sí. “Solum lapideum” y el punto cardinal, fue lo que nos hizo creer que se trataba de la entrada, pero ¿y si no fuera así? A fin de cuentas, estamos bajo tierra tal y como decía el pergamino “Sub Terra”, y fíjate en el suelo que pisamos.

Roberto se percató de que el suelo no era terroso, como venía siendo en cada gruta que había recorrido, sino que parecía haber sido colocado por el ser humano.

El sargento se agachó para palparlo con su mano y verificó que, contrariamente a su primera suposición, el suelo era de origen natural, pero con una disposición similar, en la orientación de sus vetas, al suelo de granito o terrazo que se puede encontrar en los jardines y patios de las segundas residencias.

—Entonces, si eso fuera tal como dices, la entrada la habríamos localizado por pura suerte y fuimos nosotros quienes dimos sentido al pergamino en relación al descubrimiento que acabábamos de realizar.

—Exacto —ratificó Zoltan. O tal vez aquella tela aglutinara diversas pistas que permitieran acceder a diferentes localizaciones ocultas. Recuerda que había varios recuadros con la cruz patada en el centro de uno de ellos y tal vez ello informaba realmente de la disposición del suelo de la torre y el acceso a sus mazmorras.

—Y la letra E, ¿Qué sentido tendría en este inhóspito lugar? —preguntó Roberto mientras se sentaba en el suelo fatigado y extrañado por la sensación de mareo que empezaba a notar en su cabeza.

—Piénsalo, Roberto. El engranaje, selector o como quieras llamar a lo que hay dentro de estos orificios, ¿cuántas opciones nos brinda?

El guardia civil abrió los ojos de par en par y gritó:

—¡Cuatro! ¡Son los cuatro puntos cardinales y debemos colocarlo en la posición que indica el Este!

—Eso es lo que creo yo —dijo Zoltan mientras sujetaba a Roberto por los hombros ante el vaivén que sufrió el cuerpo de su amigo cuando se levantó súbitamente del suelo.

—¿Te encuentras bien? Te noto algo torpe y estás sudando a mares.

—No sé qué me ocurre. Es este maldito calor. Me atenaza el estómago y todo me da vueltas.

Zoltan imaginó que Roberto se refería al calor que había notado al introducir sus brazos en el interior de los agujeros de la pared, pero no le pareció que aquello fuera para tanto, si bien él también había notado algo de calor.

Sin más preámbulos se dirigió a la cavidad horadada en la pared e introdujo el brazo hasta el fondo, sujetando firmemente el engranaje con su mano y girándolo suavemente hacia la derecha hasta dejarlo en la posición que se presuponía como el Este. Silencio absoluto.

—Esto no funciona, Roberto. Prueba el tuyo y déjalo en la misma posición que yo, a la derecha.

El sargento se acercó nuevamente al orificio y respiró profundamente antes de introducir su mano en el mismo. El mareo se convirtió en una sensación atroz que combinaba angustia y dolor. Sentía arder su brazo y cómo una ola de calor subía por su cuerpo hasta el punto de cegar su visión.

—No puedo Zoltan —gimió mientras se apoyaba en la pared.

El historiador se aproximó e introdujo sin dilación la mano para accionar el mecanismo de la misma forma que acababa de hacer al otro lado. El resultado fue el mismo. El mecanismo no activó ningún resorte.

—No lo entiendo. En el supuesto que hayamos realizado lo que se espera de nosotros, siempre que nuestra interpretación del pergamino sea correcta, debería ocurrir algo, ¿no crees?

Roberto rezongó unas palabras prácticamente inaudibles y se puso en pie, no exento de dificultad, mientras se dirigía a su amigo intentando elevar la voz.

—¿Qué dice el pasaje que has traducido antes?

—Sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a su propósito —repitió Zoltan, mirando de reojo el manuscrito que reposaba en el saliente.

—Ahí lo tienes, amigo mío, cooperar. Nos está diciendo que debemos realizarlo al mismo tiempo. Y la dificultad de la prueba reside en que uno de los dos debe sacrificarse por amor a Dios.

—¿Qué dices de sacrificarse? ¿Qué te ocurre? Tu comportamiento es muy extraño, Roberto.

—El fuego... —musitó el sargento en voz baja—. Debo realizar el mismo movimiento que tú con el selector que hay en el interior de mi orificio, pero sacrificando mi cuerpo para ello. Cooperar por amor a Dios para que todo salga bien.

Zoltan tragó saliva sin entender lo que Roberto quería decir, ya que él mismo había introducido su mano en la pequeña cavidad y no había apreciado más que una leve sensación de calor proveniente de las rocas, como ya habían discutido previamente.

—Roberto, confía en mí. Introduce lentamente tu brazo y gira con tu mano el selector hacia la derecha cuando cuente tres. Lo haremos al mismo tiempo, tal como indica el manuscrito. No pasará nada malo. Creo que ya sé lo que te ocurre y en efecto, parece formar parte de la prueba a la que nos someten aquellos que la diseñaron.

El sargento hizo acopio de fuerzas y valor e introdujo el brazo por la abertura, a la espera de la señal.

—Una, dos y ¡TRES! —gritó Zoltan mientras giraba su mano hacia la derecha.

Al otro lado, Roberto repetía la operación entre sollozos e insoportables dolores que le producía el intenso calor y las llamas que quemaban la epidermis de su brazo.

Un hosco chirrido, parecido a la apertura de una vieja verja de hierro oxidado y el ruido de un engranaje que se ponía lentamente en funcionamiento, permitió que una fría y veloz corriente de aire emergiera por algún lugar de la sala, apagando las velas y las antorchas que permanecían en el suelo.

Zoltan y Roberto se apartaron de la pared donde estaban ubicados e iluminaron toda la gruta donde se hallaban reclusos. Fue Zoltan quien localizó lo que ambos estaban buscando.

—¡Aquí, Roberto! —chilló—. ¡La piedra se ha movido!

El sargento no contestaba a los reiterados avisos de su amigo y yacía inconsciente en el suelo.

Zoltan, preocupado por la inacción de su compañero, se abalanzó rápidamente sobre él para interesarse por su estado de salud.

A priori nada parecía ir mal. No se apreciaban heridas ni sangre, por lo que tal vez fuera sólo fruto del esfuerzo y las condiciones tan adversas con las que habían tenido que lidiar.

Mientras incorporaba a su amigo, que yacía en el suelo con la espalda apoyada en la pared, Zoltan se percató del olor que emanaba del interior del orificio por el que Roberto había introducido su mano.

Se acercó con cuidado al agujero y respiró con precaución, tapándose nariz con la mano. El olor que ascendió por sus fosas nasales hasta llegar al bulbo olfatorio, ubicado en la región anterior del cerebro, hizo que se apartara rápidamente del lugar, tirando de su compañero hacia atrás.

Era un olor que recordaba vagamente de las fiestas celebradas durante su época de estudiante universitario en Rumanía. Una mezcla de olor a aceite rancio y acero recalentado.

—Hongos alucinógenos —repitió en voz baja mientras golpeaba suavemente las mejillas de Roberto, que seguía divagando en voz baja.

Fueron necesarios quince minutos más, durante los cuales Zoltan aprovechó para descansar y reponer fuerzas, hasta que Roberto empezó a recobrar la conciencia y pudo entablar una conversación.

—¿Qué ha ocurrido, Zoltan?

—Sufriste una fuerte alucinación mientras tratabas de accionar el mecanismo oculto en el orificio de la pared.

—Lo único que recuerdo es que el fuego que despedía la abertura me abrasaba la piel mientras trataba de accionarlo.

—Esa era la alucinación. Mira tu brazo. Está perfectamente.

El sargento alzó su brazo, practicando giros en el aire con la finalidad de inspeccionar las máximas áreas de piel posibles, y ratificó lo que Zoltan acababa de decirle.

—Pero, ¿cómo es posible? —preguntó contrariado.

—Los hongos que crecen alrededor del mecanismo que estabas tratando de accionar, en el interior del agujero, eran setas alucinógenas.

Roberto se rascaba la cabeza, pensativo y aún algo aturdido.

—Cuando has iniciado los movimientos en su interior, o bien cuando simplemente has introducido la antorcha o el brazo en él, has provocado que alguno reventase, haciendo que la masa esporal pulverulenta de su interior fuese liberada y aspirada por ti, sin que nos hubiésemos

percatado de ello.

—Pero las setas alucinógenas ¿no son setas comestibles? Lo que me cuentas de polvo expulsado por una seta me cuadra más con los famosos pedos de lobo que hemos pisado todos cuando éramos pequeños. —Le interrumpió el sargento.

—Tienes razón a medias, Roberto. Yo tenía la misma idea preconcebida que tú. No conocía en absoluto este tipo de hongos, pero el olor que desprendían me ha transportado a viejos recuerdos vividos en mi época de estudiante, cuando experimentaba con todo —dijo sonriendo el historiador—. Y la fuerte alucinación que has sufrido, seguramente provocada por el calor que desprenden los agujeros de la roca, me han hecho cambiar de parecer.

—Vaya con nuestros amigos los templarios. Lo tenían todo pensado para que nadie se atreviese a accionar el mecanismo. ¿Lo hemos conseguido activar?

—Sí. Mira hacia allí —dijo Zoltan, indicando a Roberto que observase la entrada que se había despejado bajo la repisa de piedra.

—¡Bravo!

—¿Te sigo o me sigues? —bromeó Zoltan indicándole el camino a Roberto, mientras extendía su brazo derecho y mostraba la palma de su mano en clara alusión a que fuera él, el primero en iniciar la marcha.

Roberto se levantó con cuidado, ayudado de su fiel compañero, y respiró profundamente un par de veces. Se encontraba mejor y ya no notaba el sopor producido por las toxinas que habían liberado aquellos hongos.

El camino que se había desbloqueado, al deslizarse la pesada roca, parecía ascender y ensancharse paulatinamente a medida que avanzaba.

Para su desgracia, las antorchas y velas restaban apagadas en el mismo lugar donde las había dejado instantes antes y el camino de vuelta para encenderlas de nuevo, al inicio del corredor donde descansaba el caballero templario, era impracticable debido al mecanismo que se había accionado al retirar el manuscrito de su atril.

—Si tal como pienso nos están siguiendo esos hombres —dijo Roberto—, tendrán difícil el poder continuar a partir de este punto.

Zoltan dio la razón a su amigo mientras echaba un último vistazo al lugar por donde habían accedido a la sala y acto seguido dio media vuelta para asomarse a la recién desbloqueada abertura.

—Creo que será mejor que vaya yo delante en esta ocasión, Roberto. Más vale que tú te quedes a la zaga y te lo tomes con calma durante un rato, al menos hasta que tu cuerpo elimine cualquier rastro de las toxinas que has respirado.

—De acuerdo. Te sigo —respondió el sargento.

Zoltan inició el camino a gatas, seguido de su compañero, y avanzó con cautela durante poco más de veinte metros.

El camino se hizo más ancho, tal como habían visto desde la entrada, y su distancia al techo fue creciendo hasta alcanzar la altura necesaria para caminar erguidos.

Fueron necesarios otros cuarenta o cincuenta metros hasta llegar a un recodo en el que, nada más girar, se encontraron con un gran espacio diáfano de altos techos y descomunales dimensiones, en comparación con la pequeña habitación que habían dejado atrás.

La luz de las linternas apenas llegaba a iluminar la pared del fondo, lo que denotaba que la segunda batería estaba empezando a flojear.

Zoltan apenas avanzó un par de metros, con paso decidido, cuando se vio sorprendido por un temblor en el suelo que hizo que este se viniera abajo, arrastrándole irremediamente al vacío sin prácticamente tiempo de pedir auxilio.

El teléfono sonaba incesantemente en el pequeño despacho de la planta tercera de la comisaría de Policía mientras el inspector Cuevas se desentendía de él. Tenía demasiados problemas sobre la mesa como para añadir uno más.

El agente Hornos no se atrevía a salir del cubículo que tenía asignado y permanecía agazapado, cotejando un listado de matrículas con varias denuncias que llevaban semanas sobre su mesa. Cualquier cosa menos estar cerca de su jefe en esos momentos.

Cuevas apuraba los cigarrillos sin importarle lo más mínimo si existía o no una ordenanza que le impidiera hacerlo. Nadie iba a contradecirle ni a alzarle la voz.

Habían pasado más de veinticuatro horas desde la última vez que habló con Roberto y no había recibido comunicación alguna. O aquel maldito guardia civil se estaba riendo en su cara o algo malo le había ocurrido.

Sea como fuere, no iba a dejar que nada malo le ocurriera estando él al mando para comerse el marrón, ni iba a permitir que otro se llevase la gloria de la detención en caso de que eso fuera lo que buscaba aquel maldito entrometido.

La cabeza de Hornos emergió tras el marco de la puerta de forma tímida, casi indolente, y tras carraspear levemente picó con sus nudillos en la madera.

El inspector alzó la vista y profirió un gruñido que denostaba su malestar.

—¿Inspector? —balbuceó Hornos.

—¡Adelante! —bramó. —¡No se quede ahí como un pasmarote!

Hornos avanzó un par de pasos y se dirigió a su superior.

—Acaban de llamar por teléfono. Han aprobado los permisos que solicitó, señor. Tenemos luz verde para montar el operativo.

—Por fin una buena noticia —dijo Cuevas mientras se levantaba de la silla y sacaba del cajón de la mesa su arma reglamentaria.

—Sí, señor —acertó a contestar el joven agente.

—Hijo, hoy se va a convertir en un hombre. Prepárese y convoque al resto de hombres, en la sala cuatro, para el briefing<sup>29</sup> del operativo.

Hornos abrió los ojos de forma exagerada y, en una mezcla de temor y excitación, se cuadró ante el inspector antes de dar media vuelta y desaparecer por el pasillo a toda velocidad.

—Por fin vamos a disfrutar de algo de acción, pequeña —susurró el inspector mientras retiraba el cargador para revisar si tenía balas en su interior. Acto seguido tiró hacia atrás la corredera de su pistola, haciendo que esta arrastrara el primer cartucho del cargador, encajado en la empuñadura del arma, hasta la recámara del cañón.



Roberto, que estaba situado a su lado, pudo estirar a tiempo el brazo para sujetar a su amigo, que se había hundido hasta el pecho y luchaba rabiosamente por salvar su vida tratando de alcanzar la mano de su compañero.

Tirando de él con fuerza, el sargento pudo izarle y ambos descansaron alejados de aquel hueco que se había formado al romperse el suelo bajo los noventa kilos de peso de Zoltan.

—Ha faltado poco —suspiró este, con el corazón acelerado.

—Que sepas que esta es la segunda vez que debo salvar a alguien de una caída al vacío bajo estas montañas.

—La primera no salió muy bien por lo que me contaste —bromeó Zoltan, recordando los hechos vividos por Roberto y su amigo Álex, que desencadenaron la aventura que estaban viviendo en la actualidad.

Una vez hubieron descansado y recuperado fuerzas, tras el monumental esfuerzo al que se habían visto sometidos, ambos compañeros se irguieron decididos a investigar con precaución la zona más próxima al acceso por el que habían accedido al vasto espacio que tenían frente a ellos.

Así pues, mientras Roberto inspeccionaba meticulosamente el suelo que había cedido bajo los pies de Zoltan, este se había dirigido hacia la derecha de la entrada, caminando en paralelo a la hilera de losas que conformaban el suelo.

—Parece ser que toda la sala está compuesta por gruesas losas de piedra caliza —informó el guardia civil mientras inspeccionaba el agujero, introduciendo su cabeza y palpando las gruesas placas de piedra.

Zoltan había llegado a la esquina derecha y observaba una bella tabla de madera, pintada en vivos colores, que descansaba encajada en la pared.

—Creo que he encontrado el manual de usuario para sortear esta sala —frivolizó Zoltan, haciendo gestos a Roberto para que se acercara.

El sargento se aproximó a él y ambos se inclinaron sobre la tabla para tratar de localizar el mensaje que les diera la indicación de cómo debían proceder.

Zoltan señaló una inscripción, escrita en latín como venía siendo habitual, que presidía la zona derecha de la pintura que, según él, representaba a San Juan Evangelista.

La pintura representaba un joven de pelo rubio y rizado sobre una plataforma, ataviado con una larga túnica de bellos colores, donde predominaban el azul y el rojo, portando una aureola alrededor de su cabeza y un rollo manuscrito que se desplegaba hacia arriba desde la mano izquierda mientras alzaba el dedo índice en su otra mano.

Alrededor de la reproducida figura, predominaba el color amarillo conformando un bello arco dividido en tres secciones, a imagen y semejanza de una flor de lis, todo ello rematado por

volutas doradas que seguían un patrón floral.

Lamentablemente estaba bastante deteriorada y presentaba cierta degradación en sus colores más claros, principalmente el amarillo, y bastantes agujeros de pequeño tamaño que empañaban la grandísima calidad de la obra.

—Formaba parte de un políptico.

—¿Políptico? —preguntó Roberto.

—No sabría decirte si formado por dos o más tablas ya que la zona donde tiene los enganches, que actuaban como bisagras, está a la izquierda y eso nos indica que esta tabla cerraba la composición, fuera un díptico, tríptico o compuesto por más partes—explicó Zoltan que, como no podía ser de otra manera, ya se encontraba enfrascado en la ardua tarea de traducir el texto que sostenía el Evangelista.

El joven historiador, con la cabeza ladeada para poder seguir el texto dibujado en línea vertical, movía su dedo índice a lo largo del mismo mientras recitaba las palabras en voz baja.

—“ *Qui diligit fratrem suum in lumine manet et scandalum in eo non est. Ioannes 2:10* ” . Que traducido significa, “El que ama a su hermano permanece en la luz y no hay causa de tropiezo en él.”

Durante unos instantes el historiador se quedó callado, pensativo, ya que aquella cita le era familiar, hasta que el recuerdo le vino a la cabeza.

—¡Díptico! —chilló asustando a Roberto, que se mantenía a escasos centímetros de él.

—¿Qué pasa, Zoltan? ¿A qué se debe tal emoción?

—Antes me preguntabas por si era díptico o tríptico y al traducir el texto me ha venido a la mente la parte que falta.

—¿La parte que falta?

—Se trata de un díptico del siglo XIV en el que se representa a San Juan Evangelista, como has podido observar, pintado en dos tablas que se pliegan entre sí. Cada una de ellas tiene dibujado al Apóstol mostrando un pergamino, pero con diferentes citas en cada uno de ellos.

—¿Recuerdas lo que decía el otro? —preguntó Roberto intrigado.

—Sí. “El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas.”

—Parece ser que nos indica que el camino se muestra mediante la luz, ¿no crees?

—Es bastante probable. ¿Pero qué luz? Aquí no llega la luz solar y no veo antorchas que indiquen ningún camino a seguir —adujo Zoltan, decepcionado por no poder encontrar la respuesta al misterio—. Queda claro que esta gente poseía un gran conocimiento científico, muy adelantado a la época en la que vivieron. Seguro que idearon algún plan para hacer llegar la luz del día hasta aquí abajo mediante alguna clase de ingenio.

—Quieres decir algo parecido a lo que hacían los egipcios, supuestamente, para llevar la luz del sol al interior de las construcciones que realizaban, ¿no es cierto?

—Exacto —confirmó Zoltan—. Una de las posibilidades para poder iluminar el interior de aquellas gigantescas construcciones, barajada por numerosos egiptólogos, es el uso de espejos como medio refractante para disponer de luz solar en el interior de las tumbas o pirámides. La

colocación en lugares estratégicos de la construcción de espejos fabricados con plata muy pulida podría realizar una vía de comunicación solar desde el exterior, reflejándose esta en diversos espejos hasta llegar al punto deseado, pero los inconvenientes que plantea esta teoría son demasiado complicados.

—¿Por el movimiento del sol? —preguntó Roberto.

—Exacto. El hecho de que el sol no permanezca quieto toda una jornada de trabajo obligaría a estar girándolos constantemente, siguiendo el foco inicial de luz y añadiendo nuevos espejos según se desplazara por la pared. Este método resultaría factible para las salas más inmediatas a la entrada de una pequeña tumba, pero desde luego no para una mastodóntica pirámide. Y eso sin olvidar la pérdida de intensidad lumínica que existe cada vez que reflejamos un haz de luz sobre un espejo y que hace que al final esta se convierta en un halo prácticamente invisible.

—Entonces, la idea de que hayan utilizado algún truco parecido aquí es altamente improbable.

—A no ser que hayamos subido lo suficiente y estemos próximos a la superficie, se me antoja muy difícil que en plena edad media dispusieran de las técnicas necesarias para realizar semejante obra de ingeniería. Sin embargo, ya hemos sido testigos del gran ingenio que han demostrado hasta ahora, por lo que no debemos subestimarles lo más mínimo.

Por más que ambos escudriñaban la enorme sala donde se encontraban, lo único que sacaban en claro era que el camino que debían seguir se encontraba oculto y protegido de alguna manera en las losas de piedra que conformaban el suelo del lugar.

La imagen pintada en la vieja tabla policromada era la única pista y objeto visible en aquel frío y oscuro emplazamiento, por lo que Zoltan se dirigió de nuevo hacia ella y se arrodilló a su lado, tratando de descifrar el mensaje que el Evangelista les mostraba.

Mientras recitaba en voz baja el versículo iba moviendo el dedo sobre el texto, como quien aprende a leer y debe seguir cada palabra para no perderse. Fue en ese momento cuando prestó atención al dedo índice de la mano derecha del Apóstol. Sobre él se apreciaba un pequeño orificio efectuado en la madera, como tantos otros que habían visto en la inspección preliminar, con la salvedad de que este estaba colocado justo encima de la yema del mismo y su aspecto era el de una circunferencia perfectamente recortada.

—¡Roberto, acércate!

El sargento se acercó velozmente hasta su amigo y se arrodilló junto a él.

—Mira aquí. Justo sobre el dedo que alza San Juan.

—¿El agujero? —preguntó Roberto.

—Sí. Es diferente al resto de orificios que presenta la tabla. Parece haber sido hecho a propósito y no a causa del deterioro sufrido en este lugar.

Ambos compañeros se miraron y, sin mediar palabra alguna, convinieron en que debía introducirse el dedo por la abertura. Zoltan fue el encargado de realizarlo y automáticamente notó cómo la pared, o un pedazo de ella, se desplazaba hacia dentro como si de un pulsador se tratase.

Un fuerte chasquido resonó a unos cinco o seis metros de altura para, a continuación,

escuchar el ronco y metálico sonido de cadenas que inundaban la estancia con su lúgubre tintineo.

Zoltan no se atrevía a quitar el dedo del pulsador y seguía presionando con tanta fuerza que empezaba a dolerle el padastro que sobresalía junto a su uña.

Roberto miraba nervioso en todas direcciones, al acecho de cualquier baldosa, pared u objeto susceptibles de ser accionados mediante el mecanismo que acababa de ser activado. Nada parecía haberse movido en aquel lugar.

—Roberto, el sonido viene de ahí arriba —indicó Zoltan señalando al techo.

El sargento alzó su cabeza para dirigir la luz de su linterna hacia arriba y pudo observar cómo numerosas compuertas de piedra se deslizaban lentamente en el techo de la sala.

Roberto se puso de pie y se acercó hasta la primera hilera de baldosas, con precaución de no pisar ninguna, para observar cuántas compuertas se habían abierto.

Fue en ese momento cuando otro sonido, similar al que realiza una piedra de mechero de gas, amplificada por mil, hizo temblar el recinto con su estruendo para, a continuación, iluminar el techo con un vivo color anaranjado.

El sargento miraba maravillado el cálido refulgir que asomaba por los huecos practicados en el techo de la caverna, sin darse cuenta de que Zoltan le llamaba desde la esquina.

Cuando se percató de ello se acercó a su amigo, que no dejaba de gesticular con el brazo que le quedaba libre.

—¿Te has fijado en el suelo?

—¿En el suelo? No —dijo Roberto, que había centrado toda su atención en el techo de la caverna y ahora se daba la vuelta, enmudeciendo al ver lo que Zoltan había intentado advertirle hacía breves instantes.

Como si de un tablero de ajedrez gigante se tratara, el pétreo suelo embaldosado de la diáfana caverna se mostraba iluminado ante él, siguiendo un patrón lumínico poco ortodoxo.

Las aberturas practicadas en el techo iluminaban vivamente las baldosas que quedaban justo bajo ellos, dibujando un cálido camino que recordaba, vagamente, a la célebre película de finales de los años treinta, El Mago de Oz.

—Es increíble —dijo Roberto mirando a su amigo, que seguía presionando lo que fuera que hubiera escondido tras la tabla de madera—. Y nosotros dudando de si realmente los templarios disponían de la tecnología y el ingenio necesarios para construir algo de tal magnitud.

—¿Pero de dónde proviene la luz que emana del techo? —preguntó el sargento.

—La única teoría que se me ocurre es que, al activar el mecanismo oculto tras la pared, se haya producido una reacción en cadena hasta llegar al techo y allí se haya encendido algún tipo de hoguera gigante, refractando la luz que produce el fuego hacia abajo mediante algún artefacto de plata muy pulida o incluso algún espejo.

—¿Ya existían espejos en plena edad media?

—Bueno, imagino que toda esta obra de ingeniería fue construida a caballo entre los siglos XIII y XIV por lo que nos encontraríamos en la plena y baja edad media, donde el oscurantismo empezaba a desvanecerse en pos del progreso científico e intelectual. Precisamente es en el siglo

XIII cuando se inició la fabricación de los espejos de vidrio y de cristal de roca sobre lámina metálica, ya fuera con amalgama de plomo o estaño —explicó Zoltan.

—Pues entonces imagino que lo que ha sucedido ha sido que, tras pulsar el resorte oculto en la roca tras la tabla, la maquinaria se ha puesto en marcha, seguramente aprovechando el movimiento de la multitud de riachuelos y fuentes de agua que fluyen por el subsuelo. El ruido que hemos escuchado antes pudo haber sido una piedra que hubiera girado rozando contra algo, produciendo una chispa para encender la hoguera en la planta superior.

—Y con lo que me explicaste el otro día sobre la peligrosidad de la mina por riesgo de explosión y que esa fue una de las razones por las que se cerró, me atrevería a decir que quien diseñó este complejo sistema supo utilizar las vetas de carbón que hay enterradas, evitando el grisú para evitar una deflagración incontrolada —adujo Zoltan, recordando las explicaciones sobre el pozo minero que Roberto le había contado.

—Seguramente aprovecharon alguna cámara ya existente sobre esta estancia para construir en su interior el sistema de hogueras que permitiera iluminar la baldosa correcta.

Zoltan, dolorido en su dedo, lo retiró del interior del agujero para poder erguirse y masajearlo en la medida de lo posible sin sospechar que, en apenas unos segundos, las trampillas superiores iban a cerrarse lentamente, ocultando el camino sobre las baldosas.

—¡Mierda, qué coño pasa! —gritó Roberto preso de pánico. —¡El pulsador, aprieta el pulsador! —chilló de nuevo.

Zoltan volvió a introducir el dedo y presionó con contundencia el interruptor. Con alivio volvieron a ver aparecer el anaranjado brillo del fuego, que seguía activo en la cámara superior.

—Pensaba que se había apagado y no íbamos a poder encenderlo de nuevo —suspiró aliviado Roberto.

Zoltan asintió cabizbajo, dándose cuenta en ese instante de lo que el versículo que citaba la tabla significaba en realidad.

—“El que ama a su hermano, permanece en la luz y no hay causa de tropiezo en él”. Y por el contrario, “el que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aún en tinieblas.” —Recitó resignado.

—¿Qué ocurre Zoltan?

—El que ama a su hermano debe sacrificarse para mostrarle el camino o, de lo contrario, la oscuridad ocultará el camino.

El sargento se arrodilló frente Zoltan y apoyó su brazo izquierdo sobre los hombros de su compungido compañero.

—No desesperes amigo. Contamos con la ayuda de una increíble herramienta, que los templarios no pudieron prever, para sortear su ingeniosa prueba de fe.

La cara del joven historiador pasó de reflejar tristeza a una mezcla de esperanza y curiosidad ante las palabras de su compañero, que no quiso alargar más el momento y acabó extrayendo con delicadeza un fino objeto del bolsillo de su chaqueta.

—¿Un teléfono móvil? —murmuró Zoltan—. ¡Un teléfono móvil! —gritó ilusionado al entender que, con su cámara de vídeo, podrían grabar el recorrido y reproducirlo a posteriori las

veces que fuera necesario hasta lograr cruzar al otro lado, sin importar que el mecanismo cerrara las compuertas del techo.

—No se me había ocurrido la idea de utilizarlo, Roberto. De hecho creo que dejé el mío en la guantera del coche cuando aparcamos en Orillés.

—Para que luego digan que estamos obsesionados con estos dispositivos —bromeó el sargento, recordando los numerosos estudios que alertaban del uso de las nuevas tecnologías y de los teléfonos inteligentes en particular.

—Yo me ocupo de apretar el pulsador, Roberto. Tú encárgate de cruzar sano y salvo hasta el otro lado y de grabar o apuntar en el teléfono la ruta correcta.

—Todo saldrá bien, amigo mío. Confía en mí.

Roberto se puso en pie y se acercó a la primera hilera de baldosas, esperando a que estas se iluminasen en el instante en el que Zoltan presionara el pulsador.

Nada más hacerlo, las pétreas compuertas situadas en el techo de la sala iniciaron su movimiento lateral permitiendo, de forma selectiva, que algunas de las baldosas que se mostraban ante Roberto se iluminasen ante la negrura del lugar.

El sargento se desplazó tres metros a su izquierda hasta llegar a la primera baldosa iluminada, situada justo al lado de la que se había desplomado bajo el peso de su compañero. Miró a los ojos de Zoltan, que le observaba desde la esquina, y dio un paso adelante mientras su corazón latía acelerado.

Roberto se posicionó sobre la baldosa, que seguía en su posición sin dar síntomas de colapso, y respiró aliviado.

La idea de dibujar un esquema con las baldosas existentes y marcar sobre la marcha las que formaban parte del camino correcto se vino abajo en cuanto el guardia civil se percató de que las hileras no guardaban simetría alguna y que no podía replicar las filas que no podía ver en la distancia al tener diferente tamaño y disposición alguna de las baldosas.

Así pues, la segunda y única opción disponible a tal fin era la de registrar el recorrido mediante la videocámara del teléfono, por lo que dio un paso atrás y activó la aplicación necesaria para grabar mientras se desplazaba sobre el pétreo entramado.

Zoltan aguantaba estoicamente en la esquina de la sala mientras mantenía firmemente apretado el pulsador que permitía identificar las baldosas exentas de peligro.

Roberto fue avanzando con precaución por el improvisado camino, sin saber a ciencia cierta si la siguiente baldosa se vendría abajo o aguantaría. Había probado a pisar levemente alguna de las que no estaban iluminadas, pero estas no caían al vacío fácilmente, por lo que no podía confiar en la táctica de ensayo y error. Los templarios lo tenían todo muy bien estudiado.

Haciendo acopio de valor y de fe, en que el camino señalado por el fuego que se generaba en la planta superior era el correcto, Roberto pudo avanzar hasta el otro extremo de la sala tras realizar todo tipo de cambios de dirección, a modo de laberinto pero sin estar este delimitado por paredes.

Cuando por fin puso ambos pies en terreno estable sintió que sus piernas desfallecían, fruto de la tensión vivida, y tuvo que sentarse para descansar, respirando aliviado por haber superado

la prueba que los templarios habían ideado para frenar su avance.

—¡Zoltan, te toca a ti! —gritó Roberto desde la otra punta de la caverna.

El historiador se levantó y se dirigió al punto inicial mientras la sala oscurecía lánguidamente, entretanto las compuertas del techo se cerraban y dejaban de iluminar el camino sobre las baldosas.

—¡Todo saldrá bien! ¡Está grabado! —chilló Roberto desde la otra punta—. ¡Da un paso al frente!

Zoltan inició la marcha y poco a poco fue recorriendo el itinerario que Roberto le dictaba mientras reproducía y paraba el vídeo en su teléfono móvil.

Tras un par de dudas a causa de no ver el camino desde la misma posición que Zoltan, solventadas tras una segunda y hasta tercera reproducción, Roberto finalizó sus indicaciones, abrazando a su amigo intensamente una vez este llegó sano y salvo junto a él.

—Bueno, ya llevamos dos pruebas superadas y pensábamos que sería sólo una —dijo Zoltan sentándose en el áspero suelo.

—Espero que estemos cerca del final, porque el tiempo apremia y la segunda batería de las linternas está ya al treinta por ciento de carga. En breve tendremos que poner la tercera y última, antes de quedarnos a oscuras.

—Entonces será mejor no esperar más y seguir avanzando —exclamó Zoltan mientras alzaba la mano hacia Roberto para que este le ayudase a ponerse de pie.

A diferencia del resto de pruebas y estancias ya superadas sólo hizo falta avanzar escasos metros, a través de una dependencia que hacía las veces de distribuidor, para pasar de la sala de las baldosas que acababan de dejar atrás hasta la siguiente estancia donde, muy probablemente, deberían superar otra prueba.

La diferencia principal residía en que aquel espacio había sido edificado ex profeso, utilizando mampostería y arcos nervados<sup>30</sup> para sustentar una pétreo bóveda situada frente a ellos.

La disposición del lugar se asemejaba a la planta de cruz latina<sup>31</sup>, tan propia de las iglesias cristianas, presentando un pasillo de unos dos metros y medio de ancho por donde se avanzaba desde el inicio. A cada lado, descansando sobre las irregulares paredes compuestas por hileras de finos ladrillos, colgaban dos escudos de metal pintados en color blanco, con la cruz patada de color rojo dibujada en el centro.

A ambos lados del pasillo central, a unos cinco metros de la entrada por donde Roberto y Zoltan habían accedido, se adivinaban sendas cavidades, excavadas en la roca a modo de transepto, para dotar al lugar de la característica forma de cruz latina.

En cada una de las esquinas que definían el crucero, justo donde se producía la intersección de ambas naves, se apostaban cuatro antorchas engarzadas en un cono enrejado que, una vez encendidas, debían realzar sobremanera los arcos que sustentaban la bóveda que sobre ellas se levantaba.

La bella antesala, que presagiaba una estancia mayor tras la puerta que se situaba al final de la planta donde debería encontrarse el presbiterio con el altar, finalizaba con una escalera de piedra compuesta por diez peldaños que llevaba hasta una gruesa puerta de madera y hierro, presidida por una tosca placa de metal que rezaba un mensaje escrito sobre ella.

Inmediatamente, el joven historiador se plantó frente a la puerta e iluminó el mensaje que los templarios habían escrito siglos atrás, iniciando así sus labores de traducción.

—“ ... *Petite et accipietis quaerite, et invenietis; et pulsanti aperietur. Omnis enim qui petit, accipit; et qui quaerit, invenit; et pulsanti aperietur. ... Matthaeus 7:7—8* ”

Zoltan se retiró hacia atrás unos centímetros mientras acariciaba su barbilla pensativamente. Aquella cita era más compleja que las anteriores y no quería errar en su traducción. La vida de ambos investigadores dependía de ello.

—Creo que dice algo así: “...Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá...”

Ambos se miraron sin entender muy bien lo que el apóstol quería decir en ese versículo, pero a grandes rasgos les pareció que hacía referencia a otra prueba en la que la fe era de gran importancia y en la que debían buscar el modo de abrir alguna puerta.

—Parece ser que tendremos que entrar para averiguar de qué se trata. No me queda muy claro tras la lectura —dijo Roberto.

—Tienes toda la razón. Entremos.

Ambos empujaron tímidamente la puerta y esta cedió sin presentar gran oposición, pese a haber estado cerrada durante siglos.

En el momento en el que daban el primer paso, el atroz sonido de lo que parecía ser una fuerte explosión les hizo frenar en seco.

—No habrá explotado el grisú que pudiera estar almacenado en alguna capa superior a consecuencia de encender las hogueras de la prueba anterior, ¿verdad, Roberto? —preguntó atemorizado Zoltan mientras miraba a un lado y a otro, preso de pánico.

—En absoluto. De ser así la deflagración podría habernos alcanzado sin problema y hubiésemos notado un considerable aumento de la temperatura. Siento decirte que no es la primera vez que me parece escuchar una explosión desde que deambulamos por este sistema de cuevas, si bien lo he mantenido en secreto hasta ahora. Me temo que Evans y su gente nos siguen a distancia y habrán tenido que volar varios pasos de los que han ido quedando bloqueados tras superar nosotros algunas de las pruebas anteriores.

—Eso me tranquiliza aún menos, Roberto —suspiró Zoltan, bastante afligido por el comentario de su amigo.

—No le des más vueltas. No sirve de nada. Pasemos a la siguiente sala y ya veremos qué ocurre.

Resignado, Zoltan prosiguió el camino que habían iniciado en busca del nuevo reto que, con toda probabilidad, les esperaba al otro lado de aquella puerta.

En esta ocasión no hubo ningún misterioso mecanismo oculto que cerrase el paso por donde habían entrado. La puerta simplemente quedó entreabierta y ambos compañeros avanzaron decididos hasta llegar al centro de la sala, a fin de poder tener una visión global del entorno, mirando al suelo a cada paso que daban por si acaso había algún resorte escondido.

Aquella estancia, de forma octogonal, estaba rematada por liso mármol de color blanco que conformaba estrechas hileras desde el suelo hasta el techo, del que colgaba una gran lámpara de madera mediante cuatro cadenas engastadas en idéntico número de argollas que asomaban del techo.

La lámpara, de forma circular, estaba atravesada por varios radios de metal oxidado que se iniciaban en su centro y se extendían hasta los extremos, contribuyendo con ello a crear una silueta que hacía dudar de si se trataba de una enorme rueda de carro o de una lámpara diseñada con esa forma a propósito.

No se apreciaba la presencia de velas, por lo que Roberto se colocó bajo la lámpara y constató que, sobre la madera, se había colocado una estructura metálica a modo de recipiente.

—Zoltan, ¿podrías auparme para poder inspeccionar la parte superior?

Su compañero se aproximó y colocó ambas manos de forma entrelazada, a fin de que Roberto pudiera colocar su pie como si de un taburete se tratase.

—El metal rodea toda la estructura de madera —explicó el sargento mientras introducía uno

de sus dedos en el interior del extraño recipiente. —Hay una sustancia viscosa aquí dentro.

—Debe de tratarse de algún tipo de aceite o brea, como en las antorchas que hemos utilizado antes.

Roberto volvió a sacar de su bolsillo el encendedor que ya había utilizado anteriormente, acercándolo hasta la superficie de aquella sustancia. Una intensa llamarada surcó la estructura de metal, proyectando siniestras sombras sobre las paredes de mármol.

El sargento bajó con cuidado hasta apoyar ambos pies en suelo firme y giró su cuerpo trescientos sesenta grados, maravillándose con el fulgor anaranjado que se reflejaba sobre la fría piedra que forraba las ocho paredes del recinto.

Zoltan se percató de que la pared del fondo presentaba varios orificios circulares, de aproximadamente medio centímetro de diámetro, diseminados sobre ella más o menos a un metro y medio de altura o quizá metro y sesenta centímetros.

Extrañado, golpeó el brazo de su compañero para que reparara en ello y se acercaron para inspeccionarlo en detalle.

—Qué cosa más extraña... —comentó el sargento mientras palpaba la lisa superficie de mármol, únicamente alterada por la presencia de aquellos diminutos agujeros.

—¿Para qué diantres debe servir? ¿Algún tipo de respiradero? ¿Evacuación de gases?

Ninguno de los dos investigadores sabía a ciencia cierta para qué podían servir aquellos orificios, por lo que cada uno empezó a divagar y debatir cualquier plausible teoría que pudiera orientarles en su investigación.

Introdujeron, no exentos de temor ante lo que pudiera haber detrás, los dedos por cada uno de los agujeros, esperando hallar alguna clase de interruptor que abriera un acceso al ser pulsado. Nada. No todas las pruebas planteadas por los templarios iban a resultar similares, si de ello dependía preservar su secreto.

Probaron a agacharse para soplar a través de ellos, por si de alguna manera el mecanismo era activado al notar el calor del vaho generado o bien por el aire introducido al ser insuflado en su interior. Nuevamente, silencio.

Por más que iluminaban con sus linternas, a través de los orificios, no lograban averiguar qué debían hacer para salir de aquella pequeña sala.

Roberto consultó su reloj maldiciendo a gritos al ver que llevaban demasiado tiempo pululando bajo tierra sin conseguir dar con aquello que buscaban sus enemigos, a fin de conseguir la liberación de Nieves.

Mientras sus alaridos aún resonaban por toda la estancia, amplificando el eco a través de la puerta que daba acceso a la sala contigua por donde habían accedido, fuertes crujidos y un estrepitoso sonido, provenientes de la agujereada pared, les sobresaltó.

—¿Lo has oído? —preguntó Zoltan.

—Sí. Justo detrás de nosotros. ¿Has tocado algo?

—En absoluto —respondió el historiador—. Creo que lo que sea que haya ocurrido, ha debido activarse cuando has gritado tú.

—¿Me tomas el pelo? ¿Cómo va a ser eso posible sin ninguna tecnología moderna que lo gestione? —preguntó indignado Roberto mientras profería de nuevo un grito aún más fuerte que el anterior sin que nada sucediera en esta ocasión.

Zoltan se sentó en el suelo, apoyando su espalda contra la pared, y alzó la vista, a la par que el dedo índice, para indicar a Roberto que observara que no ocurría nada.

—En uno de mis viajes a la India —empezó a explicar Zoltan— me hablaron de la existencia de un templo llamado Padmanabhaswamy, ubicado en la ciudad de Thiruvananthapuram, en el estado de Kerala. Dicen que en él existen siete cámaras secretas que ocultan misterios y tesoros de increíble valor. Parece ser que seis de esas siete cámaras ya han sido abiertas, pero hay una puerta que permanece cerrada ya que ha sido imposible abrirla, por misteriosas razones.

Roberto se sentó frente a Zoltan, intrigado por la historia que su compañero estaba contando.

—Como habrás adivinado, esa puerta que permanece cerrada es la entrada a la última cámara. Está custodiada por dos monjes y se dice que dentro de ella se encuentra un amplio salón en el que se ocultan increíbles misterios y una ingente cantidad de conocimiento “del todo”. Dicha puerta, siempre según lo que se cuenta de boca de los monjes que la custodian, está sellada por ondas de sonido, producidas desde un emplazamiento secreto que no ha podido ser descubierto debido a que, ya hace mucho tiempo, se extravió su ubicación.

—La dimensión desconocida —bromeó Roberto, rememorando la cabecera y musiquilla de la famosa serie de televisión.

—Sí. La verdad es que hay material para rodar un episodio. Pero parece ser que lo que se ha descubierto de momento es real y tangible.

Zoltan hizo una pausa para tragar saliva y beber un poco de agua.

—Quienes han autorizado abrir las otras cámaras son el tribunal supremo de la India, habiendo podido extraer de ellas gran cantidad de utensilios de oro, tales como coronas usadas por antiguos reyes, piedras preciosas, miles de joyas también de oro y toda clase de objetos de plata. Todo el tesoro encontrado en las salas está valorado en más de veinte mil millones de dólares americanos.

—¿Y cuál es el motivo por el que no se ha podido abrir la última puerta? —preguntó Roberto.

—Ya tardabas en preguntar. —Rio Zoltan. —Verás, según los expertos en materia esotérica consultados, abrir la última puerta del templo es muy arriesgado y peligroso.

—¿Presenta trampas mortales o algo que lo dificulte?

—Nada de eso. Esta puerta no dispone de mecanismos, resortes o accionadores que aporte indicios de cómo abrirla. Lo que parece ser que da pavor, a quien la ha inspeccionado y estudiado, son las tallas que hay a cada lado de ella, representando serpientes cobra que auguran una muy mala señal para todos aquellos que se atrevan a profanarla. Se cree que esta puerta está sellada por un Naga Bandham.

—¿Naga Bandham? Parece el nombre de una raza alienígena del universo Star Wars. —Se

burló Roberto.

—No se trata de una persona sino de un mecanismo o cerradura que funciona con ondas de voz, pertenecientes a una persona concreta. Algo parecido a un hechizo o encantamiento.

Roberto ya no sabía cómo disimular la risa, pero, por respeto a su amigo y en vistas de todas las situaciones fantásticas que habían vivido los últimos días, se contuvo y asintió adoptando una pose más propia de un académico que de un policía.

—Cuando esa persona recita el hechizo específico, se producen pequeñas vibraciones que accionan esos mecanismos, abriendo la puerta. Si por el contrario otra persona intenta abrir la puerta con un hechizo diferente, o incluso utilizando el mismo, las ondas sonoras cambian de dirección, despertando a la maldad y provocando el ataque de las serpientes que puedan merodear por la estancia y el resto del mundo.

—Pero, volviendo a la cuestión que te planteaba antes, ¿quién puede abrir esa cámara?

—Según cuentan los viejos sabios de la india, esta puerta sólo puede ser abierta por un sabio experto en los cantos del “Mantra Garuda<sup>32</sup>”, que permitan desactivar los Naga Bandham. Pero por desgracia, y siempre haciendo caso a los monjes, en la actualidad no existe ningún ser humano que sea capaz de abrir la misteriosa puerta recitando los cantos del mantra.

—Su gozo en un pozo —sentenció Roberto.

—Sí. Pero como en todas las fábulas y leyendas, ellos tienen la creencia de que nacerá en la India un hombre capaz de ejecutar los cantos sagrados del mantra, abriendo así la cámara y accediendo a todos los secretos y tesoros que ella contiene.

—Entiendo que, aunque no seas creyente y no te asusten sus historias de serpientes, la apertura de la puerta mediante la tecnología que disponemos hoy en día queda descartada por uno u otro motivo, ¿verdad?

Zoltan rio, sabedor de que la pregunta iba a llegar tarde o temprano.

—Con toda probabilidad podríamos abrir la puerta mediante la moderna tecnología de la que disponemos hoy en día, pero los monjes advierten que, si se hace de esa manera, el mundo sufriría cataclismos terribles. Un clásico.

Tras la historia que Zoltan había estado contando durante varios minutos, se impuso un sepulcral silencio en la sala que imperó varios segundos hasta que Roberto preguntó.

—¿Realmente crees que necesitamos recitar un hechizo mágico para desbloquear una puerta secreta?

—En absoluto. La historia venía a colación del ruido de engranajes que hemos escuchado tras la pared la primera vez que has gritado, a diferencia de la segunda.

Roberto inclinó la cabeza de forma dubitativa, esperando a que Zoltan concluyera su explicación.

—Todo tiene que ver con las ondas, Roberto. Pero a diferencia del templo de la India donde, supuestamente, la forma de abrir la puerta es mediante un hechizo recitado por una persona determinada, es decir, mediante un timbre de voz concreto, aquí bastará con reproducir un sonido que tenga el mismo timbre e intensidad que espera el mecanismo ubicado al otro lado de la pared.

—Pero, ¿cómo es capaz de descifrarlo? Quiero decir... estaba convencido de que eso sólo se podía hacer mediante la tecnología moderna —preguntó el sargento.

—No tengo ni la más remota idea, Roberto. Lo único que sé es que cuando has gritado preso de ira la primera vez, algo se ha activado tras la pared de mármol, mientras que la segunda vez no ha sido así. Debemos dar con el timbre, intensidad y, posiblemente, duración exactos para que la cerradura se libere.

Dicho y hecho, ambos compañeros se levantaron y se colocaron en paralelo frente a la taladrada pared de mármol.

Roberto inició toda una batería de alaridos, más propia de un cantante de música heavy que ensaya justo antes de un concierto que de un miembro de un cuerpo de seguridad, pero no se escuchó nada tras la pared.

—Prueba a no gritar tanto y busca unos sonidos prolongados más roncós, algo parecido a un canto gregoriano o a los usados en sesiones de meditación. Deja vibrar tu garganta.

El sargento emitió un fuerte sonido gutural haciendo vibrar sus cuerdas vocales, similar a la resonancia que se capta en la cámara del Rey de la Gran Pirámide de Keops, en Guiza, que provocó en ciertas ocasiones que el crujido tras el mármol se viera reproducido como ya hiciera instantes antes.

—Falta poco, Roberto. El ruido de los engranajes cada vez es más duradero, por lo que el tono ya lo tenemos. Intenta mantenerlo y trata de alargar la duración.

Tras unos segundos de descanso, ya que el esfuerzo al que la garganta de Roberto se estaba viendo sometida era agotador, el sargento repitió la operación y al fin, cuando ya estaba a punto de desistir para descansar nuevamente, el mecanismo se puso en marcha sin detenerse a los pocos segundos, como en las anteriores tentativas.

En la pared, justo bajo los orificios que realizaban las funciones de micrófono para la captación del sonido, una losa de mármol giró como lo hace una puerta sobre sus goznes, dejando al descubierto un pequeño hueco con el tamaño justo para que una persona accediera a gatas a través de él.

Los dos amigos se tiraron, literalmente, al suelo para inspeccionar la nueva abertura que se abría frente a ellos y observaron que debían pasar de uno en uno y prácticamente a rastras.

—Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y amplia es la senda que lleva a la perdición. —Recitó Zoltan.

—¿Cómo dices? —preguntó Roberto, tratando de visualizar algún pasaje de la Biblia escrito en las paredes.

—Tranquilo, no hay nada —dijo Zoltan sonriente, sabedor de lo que Roberto estaba buscando—. Se trata de un versículo, también de San Mateo, que me ha venido a la cabeza al ver el estrecho paso por el que nos obligan a transitar, pudiendo haber construido un acceso mayor.

—¡Joder, no me asustes! Pensaba que aún no habíamos resuelto un acertijo y ya se nos planteaba otro.

Zoltan inició el camino, estrecho y alargado, avanzando durante apenas dos metros hasta llegar a un escalón plano, no muy alto, pero sí con bastante fondo, pintado en color oscuro.

Extrañado, elevó la cabeza para que la luz de su linterna enfocara hacia arriba y vio con sorpresa cómo tras ese escalón, que mediría unos cincuenta centímetros de fondo y ancho, aparecían dos más, siguiendo el mismo patrón de tamaño, pero en colores diferentes.

—Negro, blanco y rojo —dijo en voz alta el joven historiador.

Zoltan buscaba alguna inscripción en el frío y duro suelo de piedra, que ascendía levemente dada la poca altura de los escalones, sin encontrar nada en ellos. Parecía que estaban dispuestos allí como símbolo de haber llegado al final del camino, más que para salvar el terreno.

No en vano, numerosos científicos y expertos sostienen que la alquimia era un camino de autoconocimiento, de búsqueda de uno mismo pasando por la disolución, la coagulación y la sublimación<sup>33</sup>, esto es, los tres escalones alquímicos.

—Negro, blanco y rojo. Negro, blanco y rojo —repetía Zoltan en voz baja. Negro es el color de Saturno, emblema del plomo de los filósofos, del dragón negro. Blanco es el color de la pureza, del Mercurio sublimado, la luz. Y rojo es el color del fuego, de la exaltación por el fuego sófico<sup>34</sup>, de la piedra roja que transmuta todo metal en oro.

Tras una pausa de escasos segundos, Zoltan exclamó con júbilo, dejando sordo a Roberto en aquel angosto pasadizo.

—¡Negro, blanco y rojo! ¡Se repite de nuevo el mensaje!

—¿Qué sucede ahí delante? —preguntó el sargento, que aún no había llegado hasta el primero de los escalones.

—Roberto, frente a nosotros se despliegan tres escalones presentados en diferentes colores. No creo que sea casualidad ni el color ni el material que eligieron para realizarlos, si recuerdas los grabados que vimos en el sarcófago del caballero templario que estaba enterrado bajo la Torre de Soto.

—¿Te refieres a los grabados que hacían referencia a la piedra filosofal? Pensaba que se trataba de una fábula, dispuesta en la tumba simplemente como adorno.

—Se tomaron demasiadas molestias en confeccionar todo tipo de pruebas y localizaciones secretas bajo tierra, para tratarse únicamente de un cuento o un adorno, ¿no crees?

Zoltan le explicó a Roberto lo que significaba, en la alquimia, cada uno de los colores con los que habían realizado los escalones de piedra. Mármol blanco, granito negro y pórfido rojo.

El sargento no daba crédito a que realmente fuera a existir una piedra mágica capaz de convertir el plomo en oro, pero ¿y si era ese el gran secreto templario?

Tal vez hubieran realizado el mayor descubrimiento alquímico de la historia. El secreto de la transmutación. De ahí la gran riqueza que atesoraba la Orden.

—Las Fuentes Egipcias ya dejaron constancia de que era posible, Roberto. Los papiros de Leyden y de Estocolmo, que datan del siglo III, constituyen hallazgos fundamentales para el estudio de la transmutación de los metales. En ellos se describen diversas técnicas y fórmulas en relación a la elaboración de oro y plata y se detalla con gran esmero cómo los egipcios calentaban los objetos de oro hasta el rojo vivo, utilizando alumbre potásico y sal para que, de esa manera, los ácidos sulfúrico y clorhídrico resultantes disolvieran los metales bajos de la superficie del

preciado mineral, dejando una fina capa de oro puro que daba la impresión de que todo el objeto poseía idéntico grado de pureza.

—¿Y eso es todo? ¿Nunca se descubrió más información acerca de esas técnicas tras miles de años de estudio y evolución? —preguntó Roberto, visiblemente molesto por tantas historias y misterios sin resolver.

—Bueno, la historia nos dejó algún dato más, pero de dudosa credibilidad. Una de esas historias hace referencia a un alquimista del siglo XIV, Nicolas Flamel, que bien pudo haber hallado el ansiado secreto.

—¡Explica, explica! —pidió Roberto a gritos.

—Cuenta la leyenda, si bien el personaje es real, que este burgués, conocido librero en plena Guerra de los Cien Años, consiguió un libro mágico sobre alquimia, lo que los eruditos llaman “grimorio”, mientras trabajaba en su librería de París. El hombre empleó más de veinte años de su vida estudiándolo y viajando por doquier, para consultar a los mejores especialistas de la época sobre el mundo antiguo. Así contactó con el Maestro Canches, un anciano rabí de León, quien le enseñaría la interpretación de su lenguaje y simbolismo. Tras regresar a París, todo lo que se cuenta de él son incógnitas. En 1407 mandó construir una casa que todavía se puede ver en la calle Montmorency, 51, una de las más antiguas de la ciudad que aún queda en pie, y financió además tres capillas, la construcción de varios hospitales y numerosos asilos. Incluso el rey Carlos VI de Francia le pidió oro para sus arcas reales.

—Aquí viene la pregunta del millón —dijo burlonamente Roberto.

—Así es. ¿De dónde sacó Flamel toda esa fortuna si se trataba de un simple librero? Es aquí donde la leyenda cuenta que, durante sus años de investigación, dio con la piedra filosofal consiguiendo no sólo oro sino también la inmortalidad, tanto para él como para su esposa. No obstante, fallecieron, o al menos eso parece, porque fueron enterrados en el cementerio de St. Jacques de la Boucherie hacia el año 1415. Digo que parece, Roberto, pues al exhumar su tumba constataron que se encontraba vacía. Esto podría explicarse por un saqueo en busca de objetos de valor, si bien los rumores de su inmortalidad se avivaron sobremanera, siendo muchos los que decían haberle visto viajar por diversos países de todo el mundo.

—Imposible saberlo a ciencia cierta —dijo el sargento, resignado.

—Quién sabe si Nicolas Flamel sigue vivo entre nosotros —contestó Zoltan—. Pero si hacemos caso al mito, quien poseyera la piedra filosofal y la usara reiteradamente para producir oro en su beneficio, su codicia haría que él mismo se convirtiera en dicho elemento químico. Quién sabe si sus donaciones en París fueron sólo una manera de compensar esa avaricia o una forma de arrepentimiento. Nadie podrá saberlo jamás.

—Queda claro que, si la historia se torna cierta, la piedra y su don de conceder la inmortalidad es lo que busca Felechosa, ya que dudo que su interés se centre en conseguir riquezas y oro cuando ya posee ingentes cantidades de dinero y poder.

Zoltan reinició el camino y siguió alternando el ganeo con avanzar a rastras escalones arriba, hasta que estos finalizaron, topándose con una oscura sala construida en piedra.

Un fuerte sonido retumbó en el techo, haciendo que ligeras cantidades de tierra y grava cayeran sobre sus cabezas.

Roberto azuzó a su compañero para que avanzara más deprisa, temeroso de que el techo del pasadizo se viniera abajo sepultándoles. Una nueva explosión, similar a la que ya habían escuchado antes, tronó con más fuerza y consiguió causar en Zoltan el efecto que Roberto perseguía.

El historiador se apresuró, avanzando a gatas un metro más tras haber cruzado el dintel de la abertura que permitía el acceso, y se irguió esperando a que Roberto llegara junto a él justo en el instante en el que, por tercera vez consecutiva, el sonido de otra fuerte explosión sacudía la estancia como si de un terremoto se tratase.

Zoltan, asustado, se giró de inmediato y contempló con horror cómo el estrecho pasadizo, por el que acababa de acceder a la sala, se había derrumbado parcialmente y cubría de tierra prácticamente la mitad del mismo, dejando a Roberto semienterrado.

El joven historiador se lanzó al suelo con agilidad felina y comenzó a escarbar, retirando ingentes cantidades de tierra, hasta llegar a tocar el brazo de Roberto, que luchaba desesperadamente por salir de allí.

Agarró la mano de su amigo y tiró con fuerza hasta que este pudo verse liberado de la presión que el derrumbe ejercía sobre él, valiéndose por sí mismo para salir del agujero.

Ya fuera del pasadizo, y descansando apoyados el uno contra el otro, ambos iluminaron minuciosamente la nueva sala que se extendía frente a ellos mientras debatían sobre la facilidad con la que sus perseguidores habían podido resolver los acertijos, ya fuera mediante la astucia o tal vez gracias al uso de explosivos u otra clase de artilugios.

La nueva estancia tenía un espacio mucho mayor de lo que hubieran imaginado y estaba constituida por numerosos arcos de piedra, cuyo transporte y construcción difícilmente se podía explicar a tenor de los angostos pasadizos por los que era obligado transitar para llegar hasta ese punto.

La oscura cripta presentaba una disposición similar a la que previamente habían visitado, justo antes de la tercera prueba, pero, en esta ocasión, la estancia central disponía de tres pequeñas naves de cinco tramos, cubiertas con bóveda de arista<sup>35</sup> y estaba separada de las criptas laterales, mucho más estrechas que la central, por muros construidos utilizando pequeños adoquines de piedra.

Roberto y Zoltan deambularon por ella, inspeccionando cada uno de los rincones que la componían, quedando fascinados por la obra de ingeniería que los antiguos caballeros templarios habían ordenado construir en el interior de la montaña.

Las tres pequeñas naves de cuatro tramos estaban separadas por columnas exentas<sup>36</sup>, cubriéndose todos los tramos por el mismo tipo de bóveda anterior. Arcos ciegos, apoyados en doce columnas adosadas, recorrían el muro perimetral.

En el lugar donde se situaría el altar en cualquier iglesia se alzaba un bello sarcófago que aún presentaba un cierto policromado, pese a las adversas condiciones del lugar, sostenido por varios bloques del mismo material que las paredes, que se mantenían fijados entre sí por argamasa u otro tipo de material de unión.

La luz de las linternas oscilaba sobre el pétreo sepulcro y las gruesas columnas, arrojando espeluznantes sombras sobre los muros que se erigían a escasos metros de ellos.

Zoltan se abalanzó hacia la pequeña tumba que distaba mucho, en tamaño y materiales empleados, a la que ya vieran bajo la Torre de Soto. Al igual que aquella, también estaba adornada por pasajes de la Biblia, pero esta no era tan ostentosa y grande como la que ya visitarían días atrás.

Extraños restos de tela de color blanco y negro se apilaban sobre la tapa del sepulcro y en el suelo, justo a su lado. Roberto y Zoltan los miraron intrigados sin saber de qué se trataba y, ante el deteriorado aspecto que presentaban, terminaron por retirarlos completamente.

Cuatro placas de piedra esculpidas, sostenidas por columnillas con figuras en altorrelieve, representaban una batalla entre los templarios y sus enemigos en la cara frontal.

—Fíjate, Roberto, he aquí la representación del asalto y sitio a Jerusalén, probablemente durante la Segunda Cruzada —exclamó Zoltan mientras admiraba la escena, donde numerosos soldados de la Orden asediaban las fortificaciones de la Ciudad Santa, que ardía envuelta en llamas.

Roberto se paseaba alrededor del hermoso sarcófago, observando todo lo que en él se representaba, mientras Zoltan, que disfrutaba como un niño al que le habían regalado el mejor juguete del mundo, examinaba cada uno de los relieves con detenimiento.

—Aquí está representado el Templo de Salomón, ¿verdad, Zoltan?

En uno de los laterales se podía ver la imagen esculpida de una ciudad amurallada, rodeada de numerosas torres de defensa, donde en su interior se alzaba una gran construcción totalmente desproporcionada en relación a la escala que se había utilizado para el resto de elementos.

En el friso del gran edificio, constituido por una gran cúpula y numerosos arcos y columnas, rezaba una inscripción que decía: “*TEMPLVM SALOMONIS*”.

—Templo de Salomón —confirmó Zoltan, señalando el texto con el dedo y una sonrisa burlona—. Originariamente, como bien sabes, el nombre de nuestros queridos anfitriones era el de “Los Pobres Caballeros de Cristo”. Al menos públicamente, su misión fue la de proteger a los peregrinos que acudían en masa a visitar los Santos Lugares, pero, posteriormente, el rey de Jerusalén, Balduino II, los instaló en un palacio cercano al antiguo templo de Salomón, por lo que cambiaron su nombre por el de Los Caballeros del Templo de Salomón o Los Caballeros del Temple.

—Disfrutas restregándome tus conocimientos, ¿verdad, amigo mío?

—Para nada —respondió entre risas Zoltan mientras sacaba la lengua a Roberto—. Lo que realmente importa aquí es que tal vez su misión real no fuera la de proteger a los peregrinos cristianos, sino que fueron enviados en misión secreta con la intención de desenterrar valiosos hallazgos ancestrales y tesoros ocultos bajo los templos y otros sagrados lugares.

—Parece ser que algo debieron encontrar en vistas del expolio, tortura y persecución a los que se vieron sometidos.

—Y gracias a ello podemos ser partícipes de uno de los grandes descubrimientos del pasado, si no el que más.

Ambos compañeros avanzaron hasta el lado opuesto del sarcófago y se agacharon para observar la imagen que habían esculpido en él.

—Interesante —dijo Zoltan mientras acariciaba su barbilla y entrecerraba los ojos—. Muy interesante.

—¿Qué nos quieren mostrar en esta ocasión?

—En mi opinión, lo que aquí se representa es el proceso alquímico que te comentaba antes,

cuando hemos subido por los escalones de colores. Lo extraño es que aquí se representan más de los tres que yo conocía, ya sabes, disolución, coagulación y sublimación. Veo que han tallado cuatro más.

Zoltan se mantuvo en silencio, tratando de agudizar la vista al máximo ya que la zona tallada era realmente pequeña.

—Mira, han añadido las palabras calcinación, solución, putrefacción, y algo que no logro ver con claridad. Creo que pone “*tinctvr*”, en latín, al igual que el resto de palabras que he recitado.

Roberto se acercó y anotó en su libreta el orden en el que estaban escritas las palabras en cada uno de los escalones, de abajo a arriba.

—Calcinación, sublimación, solución, putrefacción, destilación, coagulación y voy a escribir “tinturación”, ya que tampoco entiendo esa última palabra —contestó el sargento.

—Creo que puedo describirte lo que se representa aquí, Roberto, pero me temo que no voy a poder dar una explicación completa dado que carezco de conocimientos para ello.

—Soy todo oídos.

—Entiendo que la montaña que aparece, con esa construcción en la cima, debe representar los conocimientos y la dificultad para llegar a ellos. Quien los desee deberá pasar por todos los estados u operaciones conocidas en la época.

—Justamente lo que describen los escalones —cortó Roberto.

—Así es. Pero no nos obcequemos con esto. Anota si quieres las palabras, pero dudo que nos vuelvan a poner a prueba ni necesitemos recordar lo que se indica en este sepulcro.

—Entonces pasemos ya a lo que llevamos rato esperando, desde que hemos entrado en esta estancia —dijo Roberto, poniendo sus manos sobre la tapa que cerraba el sarcófago e invitando a su compañero a hacer lo mismo.

Zoltan se inclinó sobre el pequeño sepulcro, en el lado opuesto de donde se encontraba Roberto, y asió la tapa con sus manos resacas, fruto de las exigencias vividas durante su agotadora aventura subterránea.

Tras contar hasta tres, ambos unieron sus fuerzas y empujaron enérgicamente la tapa hacia el lado derecho sin que esta se moviera ni un ápice.

—¿Estará pegada? —preguntó Roberto.

—Lo dudo. No era común sellar las tumbas, ni en esa época ni en tiempos modernos. Creo que ya sé lo que ocurre.

Roberto esperaba la explicación lógica, basada en los conocimientos históricos que siempre aportaba Zoltan.

—La tapa no debe ser plana, sino que debe tener una pequeña rebaba o bisel que sirve para que esta encaje de forma precisa en el sarcófago.

—Pues entonces nos toca levantarla a pulso antes de hacerla pivotar hacia un lado —concluyó el sargento mientras buscaba algún hueco por el que poder sujetar la tapa con las manos o al menos poder introducir los dedos levemente.

Cuando por fin consiguió su objetivo, ejerció toda la fuerza que pudo para levantar la tapa, mientras su compañero se afanaba en empujarla lateralmente para tratar de desencajarla de su asiento.

Fueron necesarios un par de intentos, ya que la superficie donde Roberto apoyaba sus dedos era escasa y la tapa acababa por resbalar de sus manos, golpeando bruscamente el sarcófago y levantando una considerable polvareda.

En el último intento, haciendo uso de la caja de la batería de la linterna como punto de apoyo, Roberto pudo hacer descansar escasos segundos la pesada losa antes de introducir sus manos completamente, sin miedo a que estas quedaran aplastadas por el peso de la tapa, para así poder desencajarla y retirarla totalmente con la ayuda de Zoltan.

No hubo posibilidad en esta ocasión, como sí la hubo en su anterior descubrimiento bajo el torreón de Soto, de retirarla parsimoniosamente a fin de preservar la integridad del mármol.

Lamentablemente la tapa pesaba demasiado, pese a sus reducidas dimensiones, y en el último empujón que ambos le propinaron cayó irremediablemente al suelo partiéndose en diagonal, fruto del fuerte impacto recibido.

Una nueva polvareda ascendió vertiginosamente hasta penetrar en sus fosas nasales, lo que hizo que Zoltan comenzara a estornudar y toser de forma violenta debido a la rinitis crónica que padecía.

Cuando el polvo del entorno hubo desaparecido, y el haz de luz de las linternas pudo alumbrar más allá de treinta centímetros, historiador y policía se asomaron con precaución a la pequeña tumba que había permanecido cerrada durante setecientos años.

Bajo la atenta mirada de ambos investigadores, iluminada por la potente luz blanca que estos imprimían sobre ella, una grotesca figura les observaba inquisitoriamente desde el interior del sepulcro.

El cuerpo, convertido ya en esqueleto a causa del paso de los siglos, debía medir unos escasos ciento sesenta centímetros, en vista de las dimensiones del sepulcro, por lo que se antojaba difícil imaginar que fuera un aguerrido soldado de Cristo.

Si bien podía observarse la larga y blanca túnica con la cruz patada en el pecho, tan característica de la Orden, su indumentaria era radicalmente opuesta a la del anterior caballero que habían descubierto, no presentando yelmo, cota de malla ni cualquier otra prenda que denotase el cariz bélico de sus hermanos.

A diferencia de estos, el cadáver portaba una gruesa capa de color rojo sangre que no había soportado tan bien como la túnica el transcurso de los siglos, presentando serios desperfectos a la par que una considerable pérdida de coloración.

La capucha, que complementaba la roja capa aterciopelada, cubría por entero el cráneo del caballero ocultando su frente hasta llegar a las cuencas de los ojos, lo cual le dotaba de un aspecto aún más aterrador.

Asido al cinturón de piel que descansaba sobre la estrecha cadera de los restos mortales del caballero, se encontraba enrollado un pequeño látigo de cuero trenzado, de color marrón.

Sus huesudas manos dejaban entrever con facilidad un anillo plateado en el dedo anular de

la mano derecha. Zoltan iluminó las extremidades del caballero y pudo apreciar que, además de tratarse de un objeto de buena factura, fabricado en plata, llevaba grabado el omnipresente símbolo de los Caballeros de Cristo junto a una cruz patada en el lateral del mismo.

—Por si alguien albergaba alguna duda acerca del origen del cadáver, ¿verdad? —Se burló Roberto.

Las falanges se acomodaban alrededor de un largo objeto de madera, una suerte de bastón de mando a tenor de su forma y disposición, que iba desde los pies del difunto caballero hasta sobrepasar medio pecho.

Estaba realizado de una sola pieza, tallado directamente sobre la madera, y presentaba un aspecto tosco y áspero en toda su extensión. Desde la estrecha y alargada parte inferior, hasta la ovalada parte superior, una inscripción robaba todo el protagonismo al propio bastón.

—*“Templum enim Dei est gladio: et brachium fortis predictorum Templariorum et huiusmodi, quae handles gladio.”* —Leyó Zoltan en voz alta.

Se hizo el silencio en la cripta, previo a la traducción que estaba por venir y que Roberto esperaba ansiosamente.

—El Temple es la espada de Dios, y los templarios el brazo fuerte que maneja dicha espada. —Tradujo Zoltan, sin mucha dificultad en esta ocasión.

—Una frase con mucha garra, como todas las que se asocian a la Orden —puntualizó el sargento.

La parte superior del bastón estaba cubierta de suciedad y telarañas, que se habían arremolinado en la hendidura que este presentaba.

—Roberto, ¿te importa soplar a ti para quitar los restos de polvo? No quisiera tener otro ataque de tos.

El sargento relevó a Zoltan en las tareas de arqueología y colocó su cara frente al mango de madera del bastón para, enérgicamente, soplar en repetidas ocasiones hasta dejar entrever lo que se ocultaba en su interior tras tantos siglos de suciedad acumulada.

—No hay nada. Está vacío —Se lamentó Roberto mirando a Zoltan quien, extrañado, no dejaba de observar el orificio que presentaba el bastón, a la par que el látigo y restos mortales allí expuestos.

El joven, dubitativo, pensaba en cuan diferentes eran las dos tumbas descubiertas. A diferencia del sarcófago del primer caballero, este era mucho más pequeño. Aunque también estaba bellamente decorado, se apreciaba un considerable recorte en cuanto a ornamentos y ostentabilidad.

También le resultaba extraña la presencia de aquellos artilugios, tan diferentes a los que portaban los caballeros que habían ido dejando atrás.

—Pobreza ornamental en el sepulcro, ausencia de armas, presencia de bastón y látigo, indumentaria tan dispar... —rezongaba Zoltan mientras contaba con sus dedos todo lo que iba enumerando.

Roberto se mantenía expectante, sabedor de que su amigo estaba analizando y organizando todos los datos de los que disponía para encontrar una respuesta al misterio.

—¡Los restos de tela! —gritó de repente Zoltan.

—¿Qué ocurre con ellos?

—¡Se trata de la tumba de un Gran Maestro de la Orden! —exclamó nuevamente el historiador, preso de júbilo y emoción. Roberto seguía sin comprender cómo había llegado a aquella conclusión y se mantenía expectante al lado de su amigo.

—Debe tratarse de uno de los veintitrés Grandes Maestros templarios, o puede que veinticuatro, si nunca se ha documentado y probado la existencia de este.

—¿Cómo estás tan seguro de ello?

—Roberto, ¿qué diferencia a este sarcófago del que descubrimos días atrás? —preguntó Zoltan.

—Este es más pequeño y parece de peor calidad.

—Es más pequeño. Sí. Pero no es de peor factura que el otro. Simplemente tiene una ornamentación más liviana y menos ostentosa. ¿Y qué es lo que reza su lema?

Roberto se disponía a contestar, cuando Zoltan se le adelantó.

—La humildad, Roberto. Y quien más debía promover esa humildad y dar ejemplo al resto de la Orden era el Gran Maestro. Ahora lo veo todo claro. El maestro debía portar bastón de mando, o ábacus, y látigo. El bastón para apuntalar las debilidades y el látigo para castigar los errores y las desviaciones de los hermanos.

—¿Similar al Santo Padre de la Iglesia Católica?

—Similar en cuanto a jerarquía, Roberto —contestó Zoltan. —Aunque si bien su autoridad era decisiva, no era para nada absoluta, ya que el poder supremo venía ejercido por una especie de estado mayor.

—Lo que yo decía.

—Sí y no. La diferencia radica en que la jerarquía templaria era señaladamente militar, ya que de lo contrario hubieran tenido serias dificultades para cumplir con sus fines.

Zoltan prosiguió con la explicación, dejándose llevar por la emoción del descubrimiento. A fin de cuentas, si se confirmaba que aquellos restos mortales pertenecían a un Gran Maestro, sería la primera vez que se identificaba a uno.

—El Gran Consejo, que estaba compuesto por trece miembros, se constituía de la siguiente manera: el Senescal y el Mariscal escogían otros dos hermanos para componer el primer núcleo. Los cuatro escogían otros dos y pasaban a ser un grupo de seis. Esos seis repetían la operación y crecían hasta llegar a ocho, que de la misma manera elegían dos nuevos representantes y así sucesivamente hasta llegar a reunir el número de los Apóstoles. De los doce, ocho debían ser caballeros y cuatro escuderos. Todos ellos, en conjunto, elegían al Capellán —decimotercer miembro— que representaba a Cristo.

—Ese capellán, ¿era el Gran Maestro? —preguntó abrumado Roberto, ante la rebuscada explicación de Zoltan.

—No, amigo mío. Esos trece formaban el Gran Consejo que elegía al Gran Maestro.

El sargento respiró aliviado, una vez comprendió lo que trataba de explicarle su compañero.

—Lo que me ha llevado a la certeza absoluta han sido los restos de tela rasgada y podrida que hemos encontrado, y desestimado, nada más acercarnos al sarcófago.

—¿La tela? Pensaba que lo habías adivinado por el bastón de mando y el látigo.

—No, Roberto. Con esos datos he pensado que se podía tratar de un Gran Maestro, pero la certeza ha llegado de la mano de la tela que antaño formó su estandarte o bausana. Una bandera de combate, compuesta por los colores blanco y negro, que indicaba dónde se encontraba el Gran Maestro durante la batalla y que, se presupone, representaba el día y la noche, la vida y la muerte, o la luz y la oscuridad. El color blanco simbolizaba la pureza, y el negro el valor, algo que debía acompañar al caballero templario a lo largo de toda su vida. Seguramente debieron depositarla sobre el sepulcro en su honor y, por desgracia, la humedad y el paso de los siglos la han castigado sobremanera hasta dejarla en su lamentable estado actual.

Zoltan, aún excitado por el descubrimiento y por haber llegado a la conclusión de que se trataba de un Gran Maestro, seguía mostrando cierto nerviosismo y no dejaba de contemplar el ábacus que el caballero sostenía entre sus manos.

—¿Qué sucede, Zoltan? ¿Algo no cuadra con lo que me has explicado? —preguntó Roberto, apoyando la mano sobre el hombro de su amigo.

—Es el ábacus. Su fisonomía no se corresponde con la imagen que muestran los documentos que han llegado a nuestros días.

—¿Entonces, no se trata de un ábacus?

—Estoy convencido de que sí lo es. Pero por alguna razón difiere de la descripción que hemos aceptado como válida. El Gran Maestro era considerado como príncipe soberano entre los monarcas y reyes y llevaba en la mano, como distintivo de su alta dignidad, el bastón de mando que se ve en numerosas pinturas antiguas de estos caballeros. El extremo superior de ese bastón era un pomo blanco, sobre el cual se veía la cruz de la orden en medio de un círculo.

—Pues, efectivamente, este es diferente al que describes, Zoltan. La parte superior del bastón no tiene la forma ni la decoración que comentas.

El joven historiador acercó sus manos al caballero y, una a una, separó con sumo cuidado las falanges que aprisionaban el ábacus. Cuando lo hubo liberado por completo, sujetó la madera con decisión y tiró lentamente hacia él para separarla del cadáver del templario.

Mientras tiraba del bastón de madera, el cuerpo se fue irguiendo lentamente, cosa que hizo que Roberto diera un respingo al ver cómo crecía, de forma fantasmagórica, la sombra que se proyectaba en la pared.

En el último tirón que el historiador le propinó al ábacus, este se desenganchó completamente de la tela que vestía al templario haciendo que este cayera con brusquedad al duro lecho de piedra del sarcófago.

Nada hubiera ocurrido si Roberto no hubiese escuchado un ligero tintineo metálico, oculto entre el sonido del impacto.

—¿Has oído eso? —preguntó intrigado.

—¿A qué te refieres, Roberto?

El sargento se inclinó sobre el cuerpo del caballero y, ante la sorpresa y asombro de Zoltan, lo sujetó por las clavículas elevándolo alrededor de treinta centímetros.

Antes de que el historiador pudiera articular palabra alguna, ante la poco ortodoxa maniobra que Roberto estaba a punto de realizar, este soltó los restos mortales del caballero, que golpeó contra el sarcófago emitiendo un sonido que, esta vez sí, fue audible para ambos.

—¡Lo he oído! —exclamó Zoltan, mirando asustado si el esqueleto seguía de una pieza o se había desmontado como si de un juego de construcción infantil se tratara.

—No ha sonado como lo haría un esqueleto golpeando contra una piedra, ¿verdad?

—En absoluto. El sonido era más bien el de un objeto metálico.

Roberto se agachó frente al sarcófago y focalizó su atención en el cráneo del caballero y en el lugar donde este se apoyaba.

Si bien parecía un mullido cojín, en color rojo carmesí, la parte central del mismo tenía una tonalidad diferente y sólo cuando el sargento reparó con detalle en él, pudo ver que en su zona central se ocultaba un objeto de forma rectangular y aspecto metálico.

Intrigado, Roberto sostuvo el cráneo con su mano izquierda mientras que con la derecha tiraba de la tela con la que estaba confeccionado el cojín.

Una vez lo hubo extraído del sepulcro comprobó que aquel objeto que se ocultaba en su interior era en realidad un libro encuadernado con una fina tapa metálica, probablemente de plata, con el sello templario grabado en el centro.

Zoltan solicitó sostenerlo entre sus manos, a lo que Roberto accedió sin problema, y lo abrió con delicadeza mientras su compañero se apostaba a su lado para ver qué mensaje ocultaba entre sus páginas.

El texto, a diferencia de los otros pasajes que se habían visto obligados a traducir del latín en las anteriores pruebas, estaba escrito en un idioma similar al Castellano, por lo que tanto Zoltan como Roberto llegaron a la conclusión que debía tratarse del idioma Asturleonés que se hablaba por la zona Norte de la península, derivando de él el Asturiano, el Leonés o el Mirandés.

Fue Zoltan quien, tratando de dar un toque solemne al momento, empezó a leer su contenido utilizando las palabras y expresiones contemporáneas en lugar de las que realmente estaban plasmadas en el libro, para así agilizar la lectura.

—*Yo Guillermo de Pedrayes, Caballero de la Orden del Temple, electo Maestro de los Caballeros del Reino de León, prometo a mi Señor Jesucristo y a su vicario en la tierra, el Pontífice Juan XXII, y sucesores que en esta dignidad canónicamente entraren, perpetua obediencia y fe que determino guardar para siempre, jurando defender con palabras, armas y vida los misterios de la fe, así sean, el Símbolo de los Apóstoles, los libros del Viejo y Nuevo testamento con las exposiciones de los Santos Padres, la unidad de la esencia y pluralidad de la Santísima Trinidad y la perpetua virginidad de la Virgen María, de la tribu de Judá. Prometo ir a las guerras de ultramar las veces que la necesidad lo pidiere, y dar todo favor contra los príncipes infieles, de no huir de los infieles enemigos aunque me acometan solo, de no vender ni enajenar bienes de la Orden, ni consentir a otro que los enajene o venda, de guardar castidad perpetuamente, de ser fiel a los reyes del Reino de León y no entregar a sus enemigos*

*las ciudades y fortalezas de esta Orden, de no negar socorro a las personas religiosas con palabras, buenas obras y armas. Y por encima de todo, sin menoscabar lo ya relatado, prometo guardar el secreto que me fue encomendado por el que fuera mi antecesor en el cargo, Jacques de Molay, torturado y ejecutado como mártir para salvaguardarnos de la implacable caza a la que hemos sido sometidos, para que este no llegue jamás a manos de aquellos que, en nombre de Dios nuestro Señor, ansían obtener su poder. En fe y testimonio de lo cual, de mi voluntad propia juro guardar todo esto. Así Dios me ayude y estos santos evangelios" .*

Zoltan cerró parsimoniosamente el libro, que nada más albergaba en el resto de sus páginas, y miró a Roberto sin saber qué decir, pues el posible descubrimiento de un nuevo Gran Maestre acababa de ser oficializado en aquel documento escrito de su propio puño y letra.

Cuando Roberto iba a abrir la boca para felicitar a su amigo, una nueva sacudida en el suelo hizo que grandes cantidades de arenilla y pequeños cascotes de ladrillo cayeran sobre ellos durante escasos segundos.

—¡Otra vez! —chilló angustiado Zoltan, que no dejaba de mirar a un lado y al otro temiendo que las paredes y el techo se desplomasen sobre ellos.

—Empiezo a temer que lo que hayan podido desencadenar en el interior de las montañas esos hombres, a casusa de sus incontroladas explosiones, pueda hacer que todo acabe saltando por los aires con nosotros dentro.

—Debemos apresurarnos y encontrar una salida lo antes posible —adujo Zoltan mirando una vez más las paredes, por si se antojaba alguna puerta que no hubieran visto antes, y el túnel por el que habían conseguido acceder a través del muro, por si veía aparecer a sus enemigos.

—Sin duda. Pero antes debemos localizar, si es que se oculta en esta cripta, lo que con tanto celo guardaba el caballero.

Zoltan asintió y parecía querer enfrascarse de nuevo en la búsqueda de algún enigma oculto en el libro cuando Roberto le frenó.

—El ruido que hemos escuchado antes no provenía del manuscrito. Tiene que haber algo más ya que el sonido del cráneo, golpeando contra la tapa metálica del mismo, no ha podido generar ese tintineo.

—Tienes razón. Parecía más bien el repicar de varios objetos, como si de un cascabel se tratase —confirmó el historiador, mirando el inerte cuerpo del templario.

Ambos compañeros tomaron la decisión de retirar con delicadeza la vestimenta que portaba el caballero y para ello desabrocharon el lazo que sujetaba la aterciopelada capa, abriéndola hacia ambos lados para poder trabajar sin que les molestase.

Lo que realmente les preocupaba era la túnica que descansaba sobre el huesudo torso ya que resultaba imposible su extracción por la vía ordinaria y tampoco era viable remangarla hasta arriba debido a que el cinturón no permitía que esta subiera hasta más allá de la cadera.

Los dos investigadores se tomaron un descanso para discutir otras opciones y finalmente optaron por la más práctica, aunque mucho más invasiva, de las alternativas.

—Roberto, no estoy muy convencido de lo que vamos a hacer, pero no veo otra solución para ello. Pásame la navaja, por favor.

El sargento desenfundó su pequeña herramienta multiusos y retiró a su amigo, alargando el brazo izquierdo.

—Lo siento Zoltan, pero creo que mi pulso es más firme que el tuyo. Yo me encargo.

El historiador, lejos de tomárselo a malas, obedeció y dio un paso atrás, dejando que fuera Roberto el encargado de diseccionar la antiqúisima tela blanca con la que estaba confeccionada la vestimenta.

El sargento realizó una incisión en la parte inferior de la misma, en el perfil derecho del caballero, y fue ascendiendo con precaución hasta llegar a la cintura, apartando ligeramente el cinturón para que la navaja prosiguiera su camino hasta llegar a la zona de la axila y posteriormente finalizara su recorrido en el cuello.

Roberto dobló la hoja de la navaja y se la guardó en el bolsillo del pantalón mientras cedía el privilegio de dejar al descubierto las entrañas del caballero a Zoltan.

Este sostuvo con delicadeza ambos extremos de la túnica y desdobló una de las partes hasta dejar a la vista la caja torácica del presunto Gran Maestre.

La luz de la linterna hizo brillar algo en el interior del mismo, oculto bajo la protección que ofrecían las costillas y el esternón, e hizo que tanto Zoltan como Roberto se abalanzaran raudos sobre los restos mortales del templario, haciendo que sus manos chocaran entre sí ante la emoción de extraer lo que fuera que se ocultaba en su interior.

Una vez sofocada la vergüenza, tras sentir en su piel el roce de la fría mano de su compañero, Zoltan profanó el que antaño fuera el pecho del Gran Maestre y recogió el metálico objeto de su interior.

Debido a la ausencia de algún muro o bloque de piedra que les permitiera inventar una mesa para apoyarse y examinar el objeto, el historiador se sentó en el suelo e instó a su compañero a que hiciera lo mismo.

Zoltan extrajo de su bolsillo un pañuelo de tela, desenvolviéndolo sobre el suelo de la cripta, y depositó la pieza sobre él. Roberto iluminaba la improvisada mesa de trabajo con su linterna a la espera de que Zoltan se decidiera a inspeccionar aquel extraño artefacto con forma ovoide.

El misterioso objeto realmente impresionaba por aglutinar tanta belleza en tan poca superficie. Entre los materiales utilizados, Roberto pudo intuir metales como el oro, platino, plata, cobre y níquel, los cuales fueron combinados en distintas proporciones con el fin de conseguir diferentes colores y tonalidades.

Zoltan inspeccionaba minuciosamente el objeto, realizando giros de muñeca para que ninguna parte de su superficie quedara inexplorada. Se apreciaba una especie de tratamiento superficial sobre el metal que consistía en pequeñas ondas y estrías dibujadas de un modo repetitivo y simétrico, similar a las empleadas en los Huevos de Fabergé, claramente realizadas a mano por algún experimentado orfebre.

—Es realmente bello —repetía Zoltan, tratando de descubrir el resto de materiales que componían la hermosa pieza.

Roberto adivinó lo que pensaba su amigo al ver la cara de este.

—Creo que han utilizado minerales variados. A bote pronto creo que está compuesto por jaspe, malaquita y lapislázuli —dijo Roberto, recordando las pinceladas de geología que se impartían en las clases de ciencias naturales en el colegio.

Zoltan intentó abrir la pieza, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Debía existir alguna combinación o mecanismo que sirviera para hacerlo sin necesidad de hacerlo estallar contra el suelo.

Fijándose con más detalle, el sargento apreció que algunas de las piedras preciosas y minerales empleados habían sido talladas siguiendo un patrón geométrico.

—Mira, Zoltan. Algunas de las piedras tienen los mismos colores que los escalones de acceso —indicó Roberto, entusiasmado al ver que algunas de ellas eran de color rojo, blanco y negro.

—Tienes razón. Y además estas tres están talladas en relación a la cuadratura del círculo, como ya vimos en el sarcófago de la cripta de Soto —adujo Zoltan, que volteaba el huevo de metal tratando de localizar más formas geométricas.

Las tres piedras preciosas, que incluían ónix de color negro, rubí de color rojo y posiblemente cuarzo o piedra de luna de color blanco, representaban un círculo, un cuadrado y un triángulo, como ya había adelantado Zoltan.

Sin mediar palabra, el joven historiador presionó una de ellas, la que estaba representada por el triángulo, y esta se hundió varios milímetros, emitiendo un ligero sonido similar al de los pistones de los candados.

Zoltan miró a Roberto, como pidiendo permiso, y se apresuró a pulsar la siguiente piedra, el cuadrado, que repitió el mismo proceso que su predecesora.

La excitación aumentaba por momentos y aunque hubo un nuevo temblor, inferior en intensidad a los anteriores, los dos aventureros no se percataron de ello mientras pulsaban a la par el tercer y último elemento geométrico que faltaba por activar.

En cuanto la piedra preciosa que estaba tallada en forma circular fue presionada, un último chasquido en su interior fue emitido y el bello receptáculo se quebró en dos partes simétricas, dejando a la vista lo que en él se ocultaba.

Frente a la bocamina del antiguo Socavón de Santa Ana, el inspector Cuevas maldecía a los cuatro vientos al ver que la entrada a la mina estaba tapiada desde hacía años. Si el guardia civil o los asesinos del conservador habían accedido a ella, con toda seguridad no habría sido por aquel acceso.

Numerosos agentes de la Policía Nacional se paseaban por las antiguas instalaciones mineras recordando tiempos gloriosos en los que cientos de trabajadores, de la sociedad Hulleras del Norte, deambulaban cruzando las vías férreas por donde antaño circulaban las vagonetas.

—Inspector —interrumpió Hornos.

Cuevas chupó lentamente la colilla de su cigarro y exhaló una gran bocanada de humo antes de girarse para atender al agente Hornos.

—Inspector, nos han llegado varias llamadas de gente que vive en caseríos aislados cercanos a Orillés.

El inspector, visiblemente molesto por no hallar rastro alguno de Roberto, escupió al suelo e hizo ademán a su subordinado de que prosiguiera.

—Al parecer, señor, varios vecinos que viven en pequeñas aldeas, en lo alto de la montaña, han notado vibraciones y temblores que provienen del subsuelo y han llamado al teléfono de emergencias para advertir de ello.

Cuevas se rascó compulsivamente la cabeza y la mejilla. Llevaba casi un día sin dormir y la barba le picaba sobremanera.

—Está claro que algo raro sucede ahí abajo y quienes están detrás de todo ello seguro que son los hombres que persigue el sargento.

—¡Olmos, Ventura! —gritó el inspector—. ¡Acercaos!

Los dos hombres cesaron sus actividades de control de acceso a la propiedad y se acercaron hasta su superior.

—Quiero que cojáis una furgoneta con efectivos y os acerquéis a vigilar las instalaciones abandonadas de Hunosa que hay allí arriba —ordenó señalando el lugar donde se encontraba el pozo minero, si bien este no era visible desde su posición.

Los agentes se cuadraron ante el inspector y se dirigieron a la zona sur del complejo, donde se encontraban la mayoría de agentes asignados al caso.

Una vez comunicadas las órdenes que el inspector había dado, el resto de hombres acompañaron a ambos agentes hasta uno de los vehículos que permanecían aparcados frente a la puerta de acceso y se subieron en él, poniendo rumbo al claro donde se erigía el castillete del pozo minero.

Cuevas, dubitativo, barajaba la posibilidad de utilizar explosivos para desbloquear la

entrada a la mina y acceder él mismo o, por el contrario, dirigirse a los túneles que Roberto había descubierto bajo la Torre de Soto.

Daba igual dónde estuviera él, aunque en realidad prefería estar en primera línea. Lo importante era apostar hombres en cualquiera de los accesos conocidos a la mina y a las secretas galerías que tuvieran que ver con el caso, para evitar que aquellos malnacidos escaparan con lo que fuera que anduvieran buscando.

En la penumbra que reinaba sobre la olvidada cripta subterránea no se distinguían más que dantescas sombras proyectadas alrededor de los dos hombres que manejaban aquel extraño objeto con delicadeza.

En la oscuridad de la estancia brillaba, a través de los resquicios libres del túnel de acceso que se había derrumbado parcialmente, muy en el fondo, la luz de una antorcha o linterna que alguien agitaba, para desconocimiento de ambos exploradores.

Unos cuantos murciélagos volaban a su alrededor, dejando escapar un chirrido áspero y estridente mientras volaban en círculos batiendo sus alas, sin que Roberto y Zoltan pudieran adivinar por dónde habían accedido.

El joven historiador y su acompañante miraban incrédulos el interior del hueco, que había dejado a la vista un pequeño objeto que proyectaba una cegadora luz de color rojo, amplificada aún más por la luz led que emitía la potente linterna.

—¿Es un mineral? —preguntó extrañado el sargento.

—Apaga la linterna, Roberto —indicó Zoltan.

El guardia civil apretó el botón que se ubicaba en el lateral de la linterna y esta dejó paso a la oscuridad más absoluta.

—¡Mira! —gritó el historiador sin dar crédito a lo que estaba viendo.

El pequeño objeto, una piedra tallada con forma de lágrima, emitía una ingente cantidad de luz roja como si se tratara de la típica lámpara de sal de roca que se vende en mercadillos y tiendas de esoterismo.

—Parece arder como si de fuego se tratase —indicó Zoltan, viendo cómo su luz destellaba con gran intensidad, iluminando la anonadada cara de su compañero.

—Fuego rojo —puntualizó con admiración Roberto, que observaba el cálido e intenso refulgir del pequeño mineral, no mucho más grande que un puño—. Seguramente debía ir insertado en el hueco que el ábacus tiene en su parte superior, ¿no crees?

—Con toda seguridad, Roberto —adujo Zoltan, sosteniendo la larga vara en su otra mano.

—Crees que se trata de...

El sargento no pudo completar la frase ya que una nueva explosión hizo acto de presencia, impregnándoles de grandes cantidades de tierra y pequeños cascotes y piedras que golpearon sus caras.

Antes de que pudieran cubrirse o articular palabra, una decena de potentes luces inundaron la tenebrosa cripta en la que se encontraban, pillándoles completamente desprevenidos.

Las luces les rodearon sin que ni siquiera pudieran alzarse y buscar refugio, en una rápida

maniobra perfectamente orquestada por parte de quienes fueran que hubieran accedido a aquel recóndito lugar.

Con gran velocidad y astucia Zoltan consiguió arrancar del libro, que descansaba a su lado, la hoja escrita por el mismísimo Gran Maestro. Temía que su descubrimiento se viera truncado por culpa de aquellos hombres.

—Vaya, vaya, vaya —repitió en tono jocosos una voz que enseguida fue reconocida por Roberto. —Mira qué tenemos aquí.

El sargento se irguió, seguido de Zoltan, y trató de vislumbrar las caras de aquellos hombres que les rodeaban. Fue inútil. Los potentes haces de luz le apuntaban directamente a la cara, cegándole e impidiéndole reconocer a nadie.

—Parece que por fin habéis localizado para nosotros el gran tesoro, ¿no es así? —inquirió la misma voz desde una ubicación diferente a la anterior vez que había hablado. Se estaba moviendo en círculos sin que Roberto pudiera verle.

—Habéis tardado mucho en llegar hasta aquí, ¿no? —le contestó el sargento con sorna, tratando de aparentar entereza—. ¿Han resultado demasiado difíciles para vosotros las pruebas de acceso?

El hombre rio en voz alta, dejando entrever que no se amedrentaba fácilmente por aquel guardia civil.

—No ha hecho falta pensar mucho gracias a esto —contestó el hombre mientras levantaba una pequeña masa gris, similar a la plastilina.

«C4», pensó Roberto, maldiciendo al grupo paramilitar.

—¡Dé un paso al frente! —ordenó otra voz, aún más enérgica y autoritaria que la anterior.

Roberto imaginó que debía tratarse del hombre al mando, por el imperativo tono con el que profirió aquella orden.

El sargento avanzó sin mostrar temor y se plantó frente a la sombra que se atisbaba tras la luz de la linterna. Esta se apagó y el hombre que la portaba dio un paso adelante hasta situarse a escasos treinta centímetros de la cara de Roberto, invadiendo totalmente su espacio personal.

—Sí. Me acuerdo de usted —profirió el misterioso hombre—. Han pasado muchos años, pero por fin nos vemos de nuevo —prosiguió mientras mira fijamente a los ojos de Roberto.

El guardia civil comprendió en el acto que aquel hombre era el niño que había visto en su viaje temporal, justo tras la explosión producida en la mina. El hijo de Don Arturo. “El fantasma”.

—Si me conoce, sabrá que estoy al tanto de todos sus movimientos y que he tomado las precauciones pertinentes, ¿verdad? —dijo el sargento, marcándose un claro farol para ganar tiempo.

—¿Se refiere a los policías que seguramente estarán montando guardia en la entrada del socavón? No me tome por estúpido, sargento. Para cuando logren dar con ustedes, nosotros estaremos ya a más de quinientos kilómetros de distancia.

Una aterciopelada y femenina voz sonó desde la retaguardia.

—¡Roberto! —imploró desconsolada.

—¡Nieves! ¿Estás bien?

—¡Silencio! —bramó Evans, arrepintiéndose en el acto de haber alzado la voz sin pensar que era su jefe quien daba las órdenes allí abajo.

Este le miró de reojo, pero, en esta ocasión, no abroncó a su hombre.

—¡Como le hagáis daño...! —amenazó el sargento mientras alzaba su puño al aire.

—Entréguenos la piedra, sargento, y podrá quedarse con la chica, si es lo que quiere —ordenó “El fantasma”, harto de permanecer bajo tierra.

—¿Qué garantías tengo de que cumpla su promesa y no terminemos muertos como Álex?

—¿Álex? —preguntó sorprendido “El fantasma”—. ¿Se refiere al señor Martínez? ¿Le conocía usted?

—Era amigo mío. De hecho, fuimos nosotros dos quienes entramos en la mina de su padre el mismo día que este pereció debido a la explosión que él mismo provocó.

—Su amigo, sargento, cometió un error garrafal al tratar de engañarme y esconder el medallón templario que había robado de la mina de mi familia. De mi mina. ¡Esa pieza me pertenecía! —bramó encolerizado el fornido hombre de negocios.

Tras una breve pausa, en la que ambos clavaron sus miradas, no exentos de dificultad debido a la potente luz que cegaba a Roberto, “El fantasma” prosiguió:

—Usted y su amigo fueron los culpables de la muerte de mi padre. Si no fuera por su culpa él no habría perecido en el interior de la mina y habríamos conseguido localizar el tesoro templario mucho tiempo antes.

“El fantasma” dio media vuelta y regresó a su ubicación anterior mientras seguía hablando.

—No, sargento. El responsable de la muerte de su amigo fue él mismo. Le di la oportunidad de trabajar para mí en la búsqueda de la piedra pero él prefirió engañarme y tratar de ocultar su existencia, como ya hicieran sus antecesores, bajo el estúpido ideario de proteger al mundo del poder que esta podía otorgar a quien la encontrara, si sus intenciones no eran puras.

Roberto grabó aquella frase en su mente, entendiendo en aquel instante que, como sospechaba, su amigo habría conseguido acceder a la secretísima Orden del Temple, escalando posiciones en su jerarquía hasta llegar a conocer secretos desconocidos para el resto de los mortales, o bien habría perdido el juicio tras tantos años en busca del tesoro, alejado de una tranquila y sosegada vida familiar.

El sargento miró a Zoltan con resignación y este le entregó el pequeño mineral, lamentando el haber tenido tan poco tiempo para estudiarlo. Por fortuna había conseguido salvaguardar la evidencia de un nuevo Gran Maestro, ocultando la hoja arrancada en el bolsillo de su pantalón.

Roberto indicó que liberasen a Nieves, como condición para entregarles la piedra, a lo que “El fantasma” accedió dando un chasquido con sus dedos para que Evans liberase a la guapa doctora.

Esta corrió hacia el guardia civil y se abrazó a él entre sollozos. El sargento la estrechó con dulzura entre sus fuertes brazos y le besó la frente antes de indicarle que se guareciera tras él.

—¡La piedra, sargento! —gritó “El fantasma”—. Láncela inmediatamente.

Roberto miró por última vez el preciado mineral y lo lanzó con fuerza hacia donde estaban apostados aquellos hombres.

En el preciso instante en el que la piedra impactó en las manos del mercenario, una ensordecedora explosión, aún más fuerte que las anteriores, tronó sobre la cripta levantando ingentes cantidades de tierra y roca, llenando el espacio de un denso humo que ocultó de inmediato las luces que iluminaban la escena y haciendo que el preciado tesoro cayera al pétreo suelo de la estancia, bajo los pies de Evans.

Con un fuerte dolor de cabeza, fruto del golpe con el que alguna piedra había herido al sargento tras la explosión, y un continuo y molesto pitido en sus oídos, Roberto buscó con su mirada a Nieves y a Zoltan desde el suelo.

Los candelabros de hierro, fuertemente anclados a las paredes antes de la terrible y virulenta explosión, habían caído al suelo. Dantescas llamas rojas y amarillas dibujaban arcos por toda la cripta. A su alrededor, los hombres se levantaban doloridos. El humo llenaba el aire y dificultaba la respiración.

Roberto permanecía boca abajo en el suelo. Las losetas, combadas tras la fuerte detonación, se estremecían bajo sus manos y aprisionaban una de sus piernas. El sargento escarbó como pudo con el pie que le quedaba libre hasta meterlo debajo de la loseta que le impedía extraer la otra pierna. Flexionó la rodilla herida y consiguió retirar la extremidad con cierta dificultad.

Uno de los hombres gritó despavorido. El paramilitar levantó los brazos y se desvaneció delante del sargento. El suelo se partió y se abrió en dos. Las losetas que conformaban el suelo de la cripta se desgarraban en bordes desiguales, en una línea con forma de zigzag que cruzaba el empedrado suelo.

“El fantasma” rodó por el suelo varios metros y se desvaneció en la negrura. Roberto no consiguió adivinar si había caído al vacío o simplemente quedaba fuera de su campo de visión.

La cripta sufrió una nueva sacudida tras producirse una nueva deflagración.

Evans se encontró al instante en el centro de una multitud que empujaba y daba codazos tratando de buscar refugio. Sus hombres chillaban sin control a cada nueva detonación, viendo cómo alguno de ellos caía por las brechas que se abrían bajo sus pies.

El sargento apoyó los brazos en el suelo y se impulsó hacia un lado para evitar ser tragado por unas grietas negras que se extendían hacia él, fracturando el suelo que pisaba. Cascotes y tierra, provenientes del techo, cayeron a montones sobre los armados hombres que tropezaban y acababan en el suelo bajo un estruendo desgarrador.

Roberto tuvo un segundo para levantar la mirada y llevarse un brazo a la cabeza, en un gesto automático, justo en el instante en el que una parte del techo se abría en dos, precipitándose alrededor suyo.

Resonaron los gritos de los mercenarios que quedaban con vida quienes, aterrados, no lograban ver dónde estaban aterrizando los escombros. Únicamente podían escuchar los impactos que proferían al chocar contra el suelo y las vibraciones que provocaban al sacudir el terreno.

Una de las columnas cayó sobre el sarcófago haciéndolo explotar debido al fuerte impacto, a menos de tres metros de Nieves. Dos grandes pedazos de este se precipitaron hacia ella sin llegar a golpearla.

—¡Evans, la piedra! —bramó “El fantasma” como un loco al ver que el preciado objeto

rodaba en dirección a una de las oscuras grietas del suelo.

El mercenario, que se encontraba próximo a la hendidura, se abalanzó sobre ella pero no pudo frenar a tiempo, desapareciendo bajo el suelo tras dejar el valioso objeto al borde del agujero que le había engullido.

“El fantasma” miró horrorizado la escena, no tanto por la segura muerte de su lugarteniente sino por el objeto que estaba a punto de desaparecer, y se dirigió con rapidez hacia allí para tratar de recuperarlo.

Roberto se abalanzó sobre él para evitar que pudiera recogerlo del suelo y se enzarzó en una dura pelea, dificultada por los corrimientos de tierra que amenazaban con engullirles a ambos.

—¡No hay tiempo para esto! —Le espetó el sargento, sabedor de que era más importante escapar con rapidez a perecer bajo tierra, por muy valioso que fuera el tesoro templario.

—¡No pienso perder la piedra! —gritó el adinerado hombre de negocios, cegado por la codicia.

Uno de los envites que “El fantasma” ejerció contra Roberto hizo que el acaudalado hombre perdiera apoyo y cayera de bruces al suelo, con tan mala fortuna que fue a parar bajo una de las columnas que amenazaba con desplomarse.

Horrorizado, intentó levantarse a toda prisa pero fue imposible ya que la velocidad con la que la estructura se venía abajo no permitió que el asustado magnate pudiera escapar.

Un grito estremecedor, similar a un aullido, resonó en la cripta ahogando el resto de sonidos que se producían alrededor del gentío que luchaba por escapar con vida de aquella trampa mortal.

—¡Mierda...! —gritó Roberto al ver cómo la mano de su enemigo se abría lentamente, fruto de la agónica muerte a la que se estaba viendo sometido, dejando caer la piedra.

—¡Cógela! —chilló Zoltan, que contemplaba la escena desde la otra punta de la estancia.

Roberto se lanzó en plancha hacia la piedra, justo cuando esta estaba a punto de caer al vacío y se agarró a la inerte mano de “El fantasma”, pudiendo evitar el mismo desenlace en el que había perecido el malnacido de Evans.

El sargento se irguió, no exento de dificultad, y se dirigió hacia Nieves y Zoltan, que le llamaban angustiados.

—¡Zoltan, Nieves! ¡Moveos! ¡Vamos, vamos, vamos!

Historiador y doctora miraron a su alrededor, a través del polvo y la argamasa que volaba por los aires, y vieron que el sarcófago y diez de las doce columnas de piedra habían desaparecido, enterrados bajo los revestimientos de piedra que, hasta escasos minutos antes, cubrían la cripta.

La única salida que conocían había desaparecido y no había forma alguna de atravesar los escombros esparcidos por el suelo.

La sala ya no tenía luces, ni antorchas ni linternas. Intensas llamaradas de color rojo asomaban entre los muros y el techo, alimentadas por el grisú que se almacenaba en el interior de la montaña.

—¡No podemos quedarnos aquí! ¡Lo que queda de este lugar se está desmoronando! —

chilló Roberto a sus amigos.

Una repentina corriente de aire le llenó de polvo los ojos y la garganta. El sargento tosió repetidamente mientras corría a la vera de sus compañeros cuando, en ese mismo instante, el suelo que pisaba se hundió bajo sus pies y les hizo precipitarse al vacío sin saber hacia dónde, debido a la oscuridad reinante.

Doloridos tras la dura caída, los tres juntaron sus manos y se interesaron por su estado de salud. Por lo visto, habían tenido la fortuna de no desaparecer bajo la montaña a través de la grieta que les había engullido.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Zoltan, encendiendo la linterna que, milagrosamente, aún permanecía sobre su cabeza.

—Parece un túnel anexo excavado bajo la cripta. Tal vez debíamos encontrarlo tras superar alguna de las pruebas a las que los templarios nos tenían acostumbrados, pero la explosión ha precipitado los hechos y nos ha recompensado con una vía de escape —adujo Roberto.

—¿Creéis que puede ser una salida? —inquirió asustada Nieves, que no poseía el mismo bagaje que Zoltan y Roberto habían adquirido en el sistema de grutas subterráneas.

—Tenlo por seguro, Nieves. Este nuevo túnel nos sacará de aquí con total seguridad.

—Dios te oiga, Roberto —dijo Zoltan.

La comitiva inició la marcha por el túnel que se extendía frente a ellos, dejando al sargento al frente para que abriera camino.

Este avanzaba casi siempre en línea recta, excepto en un largo tramo que pareció tomar una leve deriva hacia la derecha durante bastantes metros.

La inclinación del mismo no variaba, a diferencia de los túneles que Roberto y Zoltan habían transitado las horas previas al descubrimiento de la cripta templaria, y siempre mantenía una orientación descendente.

Por el camino no observaron ninguna estructura realizada con mampostería, ni grutas o cavidades anexas al pasadizo por el que avanzaban. Parecía tratarse de un túnel excavado en la montaña con la única finalidad de abandonar el recinto donde estaba enterrado el Gran Maestre y el fabuloso tesoro.

Roberto contemplaba emocionado la roja piedra, a salvo en su mano, mientras recordaba todo lo que había sucedido en tan breve lapso de tiempo.

Tras casi dos horas deambulando por el húmedo y frío subsuelo horadado bajo la montaña, el pequeño grupo llegó a un punto donde se acumulaban grandes cantidades de tierra y pequeñas piedras de no más de veinte centímetros.

—¡No, no, no! —gritó Zoltan al ver que el camino finalizaba de forma abrupta.

—Tranquilo, amigo. No desesperes y analiza la situación con calma —indicó el sargento con voz tranquila.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nieves, intrigada.

—Zoltan, —dijo Roberto dirigiéndose a su amigo— ¿cuántos kilómetros calculas que habremos recorrido?

El historiador realizó los cálculos mentalmente y contestó a la pregunta.

—No sé. ¿Unos cinco? ¿Tal vez seis?

—Eso creo yo —confirmó Roberto—. ¿Y te has fijado en la inclinación del terreno y la ruta que tomaba el camino, virando paulatinamente hacia la derecha en primera instancia y posteriormente a la izquierda?

—Sí, así es —contestó Zoltan, que no sabía a donde quería llegar Roberto.

—Creo, amigo mío, que la ruta de escape nos ha llevado directamente bajo la cripta del primer caballero que descubrimos cuando nos introdujimos en los sótanos de la Torre de Soto.

Los ojos de Zoltan se iluminaron como los de un niño pequeño al que le hacen un gran regalo. Nieves permanecía callada, reconfortada por la seguridad que demostraba aquel valiente agente de la Guardia Civil.

—Entonces, toda esta tierra forma parte del derrumbe que nos imposibilitó acceder por aquel túnel, ¿verdad?

—Exacto —respondió con satisfacción Roberto, al ver que todas las piezas encajaban como en un rompecabezas.

Nieves miró a ambos y, sin mediar palabra, se puso a escarbar y retirar tierra sin cesar. Los dos compañeros sonrieron y se colocaron a su lado, retirando las piedras de mayor volumen.

Roberto tenía la esperanza de que el derrumbe fuera ínfimo y la salida estuviera esperándoles a pocos metros de ellos, pero aun así el trabajo podía resultar agotador y durar más tiempo del previsto, por lo que el sargento aceleró el ritmo, contagiando su actitud a su agotado compañero de aventuras.

La aldea de Soto de Aller recibía los últimos rayos de sol antes de que este se ocultase definitivamente tras las montañas. Sus gentes paseaban tranquilamente por las estrechas calles mientras se vislumbraba el final de la tarde, antes de dar paso a la oscuridad de la noche.

La torre contaba un día más en su haber, como llevaba haciendo desde hacía siglos, impertérrita en su privilegiada posición, a la entrada de la aldea.

Al otro lado del río circulaban los vehículos conducidos por aquellos que, cansados, regresaban a sus casas tras una larga jornada laboral, ajenos a lo que sucedía bajo la fértil tierra del valle.

No muy lejos de allí, apostados en las inmediaciones del pequeño cementerio parroquial, el inspector Cuevas y un nutrido grupo de agentes vigilaban la zona, atentos a cualquier situación anómala.

El inspector había dividido sus recursos enviando agentes al pozo San Fernando, en lo alto de las montañas, dejando un remanente en la bocamina del Socavón de Santa Ana y desplazándose él mismo hasta la salida del túnel secreto que Roberto le había descrito días atrás.

No había dejado desprotegida ninguna de las posibles salidas conocidas y únicamente quedaba esperar a que el sargento apareciera en compañía, o no, de aquellos hombres a los que pretendía dar caza.

El inspector no tenía el más mínimo interés en introducirse por el hueco que permitía el acceso a los túneles y esperaba pacientemente a que alguien asomara la cabeza por él.

Había valorado durante unos segundos enviar a alguno de sus hombres a través del pasadizo pero finalmente, y ante la escasez de recursos, decidió que no valía la pena poner en peligro la vida de ningún agente.

Los policías que habían subido a lo alto de las montañas le acababan de informar de que no había rastro de mercenarios en las inmediaciones y únicamente habían localizado una cuerda de escalada atada al castillete del pozo por donde, con toda seguridad, habían descendido el sargento y muy probablemente las personas que estaban en busca y captura.

Del mismo modo, el otro grupo de agentes apostados en la bocamina había informado de la nula actividad en la zona.

Cuevas extrajo un cigarrillo de su pitillera. Llevaba fumados doce en apenas tres horas, lo que denotaba el elevado nivel de nerviosismo y estrés al que el veterano inspector estaba sujeto.

«Necesito unas vacaciones», pensaba Cuevas mientras aspiraba el humo de su cigarrillo y lo exhalaba formando grandes círculos que se deshacían rápidamente.

La ejecución de la improvisada obra que se realizaba bajo los terrenos pertenecientes a la aldea de Soto avanzaba todo lo rápido que tres pares de manos, sin experiencia ni herramientas, podían abarcar.

Tras Nieves y el dúo explorador, experto ya en deambular por estrechos pasadizos medievales, se acumulaba una ingente cantidad de tierra, raíces y pequeñas piedras.

El triunvirato llevaba ya cerca de cuatro horas trabajando a destajo, deteniéndose únicamente para descansar y recobrar fuerzas. Sin agua ni alimentos, ya que habían perdido todo en la cripta templaria, era de imperiosa necesidad despejar aquel derrumbe para conseguir escapar y poder salvar la vida.

En una de las arremetidas que dio Zoltan contra la montonera de tierra, esta se deslizó hacia la parte posterior, permitiendo que su brazo se hundiera con facilidad y haciendo que el joven historiador se inclinara sin control hacia delante al perder el punto de apoyo.

Alarmados, Roberto y Nieves acudieron a socorrerle y vieron con alegría que la cara de Zoltan mostraba la más grande de las sonrisas.

—¡He llegado al otro lado, Roberto! —chillaba Zoltan lleno de júbilo.

El sargento se aproximó al agujero que había abierto su compañero y acercó la linterna para tratar de iluminar el otro lado.

Lo que vio le hizo gritar y abrazar a Nieves y a Zoltan mientras daba saltos de alegría.

Roberto había visto la sala donde ya había estado días atrás con el joven escritor, fácilmente reconocible por las paredes de piedra que conformaban el lateral de la estancia y que quedaban justo frente a ellos. Sabía que la salida estaba cerca. Por fin iban a poder escapar de aquella pesadilla en la que se encontraban sumidos desde hacía varias jornadas.

—¡Ánimo! —Les apremió—. ¡Un poco más, chicos, ya casi estamos!

Los tres reiniciaron las excavaciones y en poco más de quince minutos consiguieron abrir un hueco lo suficientemente ancho para que Zoltan, que era el más corpulento de los tres, pudiera pasar al otro lado.

Cuando todos hubieron accedido a la estancia contigua, Roberto explicó a Nieves dónde se encontraban y qué era lo que se encontraba escaleras arriba, en el piso superior.

La doctora no hubiera dado crédito a lo que Roberto y Zoltan le contaban si no fuera por los datos que conocía a través de las regresiones a las que había sometido al sargento y a todas las desventuras en las que se había visto inmersa desde que la abordaran en su domicilio.

Sin más dilación enfilaron el camino hacia la libertad, siguiendo el pasadizo que tanto Zoltan como Roberto ya hubieran utilizado en su anterior visita, hasta llegar al final del mismo, donde les esperaba aquella pequeña estancia en la que la escasa luz del ocaso a penas conseguía llegar.

Alertados por las voces que se escuchaban al fondo del acceso al subsuelo, que partía de la base del altar mayor de la Capilla de la Collada, los agentes de la Policía Nacional que

custodiaban el sagrado lugar acudieron a dar aviso a su superior, quien se disponía a partir a Soto para comprar un par de paquetes de tabaco en el bar social de la aldea ya que se había fumado todos los cigarrillos de su pitillera.

—¡Señor! Se oyen voces ahí abajo —informó el agente.

«Tienen el don de la oportunidad», pensó el inspector, visiblemente malhumorado por verse privado de su dosis de nicotina.

—Vayamos a ver —contestó bajando de su vehículo.

El inspector se aproximó al agujero que comunicaba el exterior con el túnel subterráneo y enfocó hacia abajo la luz de su pequeña linterna.

Tres caras ennegrecidas y con el pelo alborotado cerraron de inmediato los ojos ante la potente luz que les cegaba tras haber pasado casi dos días deambulando a oscuras bajo tierra, con la única ayuda de sus linternas.

—¿Sargento? —preguntó Cuevas en voz alta—. ¿Es usted?

—¡Sí, soy yo! ¡Somos nosotros, de hecho! —contestó Roberto—. Me acompañan mi amigo Zoltan y la Doctora Miranda.

—¡Magnífico! —espetó el inspector al escuchar la noticia de que la mujer secuestrada había conseguido escapar de su cautiverio.

—¡Échense a un lado! —Les indicó Cuevas—. Vamos a lanzar una cuerda para ayudarles a subir.

Roberto y sus compañeros se apartaron y esperaron pacientemente a que los agentes les lanzaran una cuerda por la que poder trepar y alcanzar la superficie.

El inspector, abandonando su pose de tipo duro y malhumorado, se acercó a Roberto y le estrechó la mano enérgicamente mientras apoyaba su otra mano en el hombro del sargento en claro ademán de mostrar su alegría por verle de una pieza.

—¿Y Don Emilio Felechosa? —inquirió Cuevas al no hallar rastro alguno del hombre al que estaba deseando echar el guante.

Roberto negó con la cabeza.

—Entiendo —contestó el inspector—. ¿Se encuentran bien? ¿Necesitan que llame a una ambulancia?

El sargento miró a sus compañeros y ante la negación de estos contestó:

—No es necesario, inspector. Creo que lo que necesitamos ahora mismo es saciar la sed y el apetito y, por supuesto, descansar y reponer fuerzas. Han sido dos días muy duros y el cuerpo pide a gritos una cama donde descansar sin imponer límites horarios.

—Le comprendo, sargento. Vengan todos conmigo. Les acompañaré a su hotel y a su domicilio, Doctora Miranda —dijo mirando a la agotada mujer— y ya vendrán a verme para relatarme todo lo ocurrido desde la última vez que nos vimos.

—Se lo agradezco mucho, inspector —contestó Roberto, esbozando un enorme bostezo que se contagió entre todos los presentes.

Los cuatro subieron al Nissan Patrol que el inspector había conducido hasta la mismísima capilla de la Collada, desoyendo todas las voces que le habían instado a aparcarlo en la aldea de Soto, y se acomodaron como pudieron en su destartado interior.

Roberto guardaba con celo la preciada piedra en el bolsillo de su chaqueta, sin hacer mención alguna ante el inspector Cuevas. Aún no sabía qué iba a hacer con ella.

Tras diez escasos minutos recorriendo la carretera que los llevaba a Cabañaquinta, en los que los tres aventureros se durmieron profundamente, Roberto y Zoltan se apearon del vehículo. Roberto acercó sus labios a los de Nieves y la besó con ternura mientras entrelazaban sus manos, ajenos a las miradas que les propinaban Zoltan y Cuevas.

—¿Nos vamos, o nos vamos? —dijo Cuevas, que ya había visto suficiente dosis de ñoñería aquel día y aún debía desandar el camino y acompañar a Nieves hasta su domicilio de Oviedo.

Roberto sonrió y se apartó de Nieves, cerrando con un golpe seco la puerta del acompañante y despidiéndose del amargado inspector.

El sargento pasó su brazo izquierdo sobre los hombros de Zoltan y ambos se encaminaron parsimoniosamente hacia los apartamentos donde se alojaban, deseando poderse dar una buena ducha caliente y arrasar con las existencias del bar de la esquina, antes de tumbarse en las mullidas camas de sus habitaciones para descansar todo lo que fuera necesario.

## *Epílogo*

El verano había dado paso al otoño. Era uno de esos agradables días de finales de octubre, despejados y con sol, antes de que llegara el crudo y frío invierno asturiano.

Nieves y Roberto habían decidido vivir juntos tras asentar su relación durante el último mes, si bien el sargento había tenido que viajar a Barcelona para dar parte de todo lo sucedido y comunicar su deseo expreso de ser trasladado a la casa cuartel de Oviedo.

Aquella mañana Roberto le había indicado por teléfono que se acercara a media tarde hasta la entrada principal del Socavón de Santa Ana, cuando la llamó desde el aeropuerto Barcelona-El Prat Josep Tarradellas, antes de partir hacia Asturias.

Nieves, que conducía tranquilamente por la carretera que llevaba a Cabañaquinta, miró hacia su derecha para constatar el desastre que la última riada había provocado en el margen derecho del río Aller, destrozando gran parte de la red de ferrocarril y numerosas huertas de las casas adyacentes al mismo.

La hermosa doctora sentía que, por primera vez desde su horrible experiencia al ser secuestrada y arrastrada hasta las profundidades de las montañas, había recuperado el control de su vida. El trabajo en su consulta iba bien y su reciente relación con Roberto avanzaba sin problemas, sintiéndose ambos inmensamente felices.

A su derecha, sentado en el asiento del copiloto, Zoltan observaba el paisaje mientras la doctora conducía el vehículo. Gracias al gran descubrimiento que habían efectuado un mes atrás, el Museo Arqueológico de Asturias le había hecho la propuesta de trabajar con ellos al confirmar el gran potencial que mostraba el joven historiador, unido a los conocimientos que poseía al tratarse de uno de los dos artífices de tan magno descubrimiento.

Zoltan no pudo rechazar la oferta y decidió mudarse a Asturias para poder trabajar en la excavación arqueológica, documentándose de ese modo para, posteriormente, escribir una nueva novela basada en los hallazgos templarios de la zona, aderezada con el componente de intriga, acción y peligro en el que se habían visto envueltos.

—Parece que fue ayer cuando conseguimos escapar con vida de ahí abajo —dijo Zoltan mientras el coche torcía hacia la izquierda para enfilarse la subida que los llevaría hasta la piscifactoría.

—¿No te apetece saber para qué nos ha hecho venir Roberto?

—Sí, por supuesto —respondió Zoltan—. Pero es que no entiendo por qué no podemos vernos en cualquier otra parte. Una tranquila cafetería, por ejemplo.

—Nos enteraremos en breve.

—Sí, eso seguro —dijo entre risas el joven.

La entrada hacia la bocamina estaba despejada, fruto del arrebató de furia con el que Roberto pasó por encima de la cadena con el todoterreno aquella fatídica noche. Nieves y Zoltan

se apearon del coche, tras aparcar junto a otros dos vehículos que ya estaban estacionados, y se dirigieron hacia el fondo del complejo. Nieves se fijó en que la mirada del joven escritor recorría la destartada fachada del gran edificio que se alzaba a su derecha. Aunque se hiciera el valiente, un nudo le oprimía el estómago al recordar su reciente aventura y los peligros por los que todos ellos habían pasado.

No obstante, enseguida se rehízo y prosiguió la marcha junto a Nieves hasta el socavón de acceso a la mina.

Pasaban varios minutos de la hora convenida y de pronto, de entre la maleza que cubría prácticamente por completo uno de los viejos edificios destinados a los talleres, apareció una cara conocida.

—Buenos días. —Saludó un extrañamente amable inspector Cuevas.

Doctora y escritor devolvieron el saludo al unísono.

—Parece que le hemos cogido gusto a merodear por estas instalaciones, ¿no creen? —Se burló Cuevas, elevando el dedo índice y realizando círculos en el aire para abarcar todo el terreno.

—Tras tantos días ausentes ya empezábamos a echarlo de menos —respondió Zoltan.

Los tres se reunieron en el centro del descampado y debatieron durante unos minutos el motivo por el que podría haberles citado Roberto, máxime cuando ya habían declarado días atrás, en las dependencias de la Policía Nacional, a instancias del inspector.

Al cabo de cinco minutos, un agudo silbido les sobresaltó haciéndoles girar la cabeza hacia el fondo. Hacia la mina.

La madera contrachapada que habían colocado tras el operativo policial, para impedir el acceso al interior, se desplazó ligeramente hacia la izquierda para dar paso a Roberto. Llevaba puestos sus guantes tácticos y su negra y habitual vestimenta mostraba varias manchas de polvo debido, sin duda, a haber transitado por el interior del túnel de acceso.

Les dio la espalda elevando el brazo para advertirles que le siguieran y caminó paralelo al arroyo, en dirección a las pozas de agua contiguas a la piscifactoría. Ellos le siguieron hasta llegar al pequeño y destartado puente que pasaba por encima del riachuelo, en su camino hacia la primera poza de agua.

—Inspector Cuevas, —dijo saludando con un rápido movimiento de cabeza —Zoltan... Me alegro de veros con tan buen aspecto.

Habían pasado varios días desde que se vieron por última vez y el estado físico de los dos hombres había cambiado sustancialmente tras abandonar las condiciones extremas y el estrés al que se vieron envueltos cada uno de ellos.

—Bueno, sargento, ¿para qué nos ha llamado? —inquirió el inspector, empezando a mostrar su vertiente malhumorada.

Roberto miró primero a Nieves, luego al escritor, y por último al inspector Cuevas.

—Felechosa estaba obsesionado desde niño con la inmortalidad. Su padre había muerto cuando él era tan sólo un crío, fruto de la explosión que él mismo provocó en el interior de esta mina. —Empezó a explicar Roberto—. En la regresión temporal que conseguí realizar gracias a tu

ayuda, Nieves, me vi cara a cara con él y, a diferencia del resto de gente con la que me crucé durante la sesión, me pareció ver que él había reparado en mi presencia. Aún noto su mirada clavada en mí.

—¿Y qué le hace pensar que estaba obsesionado con la inmortalidad? —preguntó el inspector.

—Seguramente su padre le mencionó, tras tantos años de búsqueda, el poder que confería el gran secreto de los templarios a quién lo tuviera en su poder.

El niño creció y supo gestionar la riqueza que había heredado a tan temprana edad, a diferencia de sus hermanos, alternando su faceta de curtido hombre de negocios con la de mecenas, en pos del mayor de los secretos, para usarlo únicamente en su favor.

—Pero bien podría haberse tratado de un tesoro compuesto por joyas y otros objetos de valor, ¿no crees? —Cortó Zoltan casi sin darse cuenta.

Roberto sonrió y se encaminó al muro de piedra que delimitaba el cauce del arroyo.

—En efecto, Zoltan, también pudo haber sido ese el tesoro. Pero el padre de nuestro querido “fantasma” disponía de información que alimentaba sus esperanzas de localizar el elixir de la vida, que a la postre también podía permitir la transmutación, como bien me enseñaste. No tenía nada que perder. Si lo localizaba se convertiría en una persona aún más rica y tal vez, en rica e inmortal —sentenció el sargento.

Cuando Roberto interrumpió su relato, un profundo silencio se adueñó del bucólico emplazamiento a orillas de la poza de agua.

—Parece mentira que un hombre tan preparado y de tanto éxito, al que no le queda nada más por conseguir, se convierta en un monstruo capaz de asesinar y secuestrar a otras personas —puntualizó la doctora, negando con la cabeza.

—La locura tiene muchos rostros, Nieves —contestó Roberto—. La obsesión de Felochosa era muy profunda, y estaba muy enraizada. Es evidente que él consideraba que la fórmula para conseguir la inmortalidad siempre había sido su destino, máxime tras presenciar en persona la muerte de su padre a tan corta edad.

—¿Y al conservador Garrido? ¿Por qué le asesinaron? —preguntó Zoltan.

Roberto inclinó su cabeza, visiblemente afectado.

—Eso nunca me lo perdonaré. Me cegó tanto el acorralar a aquel hombre, algo que no me parecía peligroso, que pasé por alto el hecho de que estuviera siendo espiado por si se iba de la lengua y les ponía en peligro. Pequé de despreocupado y Garrido pagó con su vida. Por fortuna pudo mencionar antes de morir que Evans, el mercenario al mando, recibió una llamada de su superior en la que se mencionaba algo acerca del padre del mismo, lo cual fue de vital importancia para descubrir su verdadera identidad.

Roberto les indicó que le siguieran y les guio por el húmedo, y cubierto de musgo, muro que delimitaba el cauce del riachuelo, previo al salto de agua que caía en la gran poza.

Recorrieron el murete con precaución hasta llegar al final, donde Roberto dio un grácil salto hasta el verde prado que se extendía bajo sus pies y se dispuso a ayudar a Nieves, que le seguía de cerca, para que bajara a su lado. Zoltan saltó a la vera de ambos con facilidad a diferencia del

inspector quien, debido a su edad, se lo tomó con más calma hasta descolgarse totalmente del muro.

Roberto se encaminó, seguido de sus compañeros, hasta el lateral de la poza donde tantas veces había pescado de pequeño con sus amigos y se detuvo frente a ella.

El sol otoñal, débil y lejano, brillaba entre las ramas retorcidas de los avellanos que circundaban la zona. El agua fluía lentamente de camino al río, profiriendo un relajante sonido que complementaba la bucólica estampa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Cuevas, cansado de tanto caminar.

—Buscaba un apacible lugar, cercano a donde se desarrollaron los hechos y donde murió Álex, que transmitiera paz y sosiego ante lo que quería comentaros —indicó Roberto.

El sargento introdujo su mano en el bolsillo derecho de su chaquetón y sacó un objeto envuelto en una tela de fieltro de color blanco. Lo sostuvo sobre sus manos durante unos segundos, en un acto casi ceremonial.

—¿Qué es? —preguntó Cuevas.

—La piedra.

—¿El qué? —preguntó visiblemente molesto ante la parsimonia que mostraba el guardia civil.

—La piedra filosofal. El elixir que permite alargar la vida humana, en su estado mineral.

Nieves y Zoltan se miraron, sabedores de que Roberto le había ocultado su existencia al inspector Cuevas.

—¿Entonces... no llegó a perderse en el derrumbe tal y como me relató en comisaría? —masculló el inspector—. ¿Por qué lo hizo?

Roberto alzó los hombros mientras miraba a Cuevas.

—Imagino que no estaba seguro de querer hacer pública su existencia, inspector. Tenía que protegerla como ya hicieran los templarios durante siglos. Dejar que cayese en otras manos hubiera sido...

Roberto dejó la frase a medias.

—¿Qué va a... qué vamos a hacer? —inquirió Cuevas.

La respuesta a su pregunta fue el inesperado y fuerte sonido de algo impactando con virulencia contra el muro que tenían a su lado.

—¡Pero qué hace! —bramó Cuevas, abalanzándose sobre los rojos pedazos que cubrían el suelo—. ¡Mire lo que ha hecho! ¡No puede usted...!

—Lo he pensado largo y tendido, inspector —respondió Roberto—. De hecho, en estas siete semanas, lo único que he hecho ha sido pensar en ello. Hágame caso, es la única manera. Algo así, custodiado durante siglos por quienes conocían su verdadero poder, no se puede permitir que salga a la luz.

La conmoción ante lo sucedido se tradujo en un paréntesis de silencio, hasta que Cuevas se llevó las manos a la cabeza.

—No puede ser. ¿Nos ha traído aquí sólo para esto?

Roberto asintió.

—¿Por qué?

—Porque lo que acabo de hacer era demasiado importante como para que sólo yo llevara ese cargo de conciencia hasta el final de mis días.

Nieves miraba a Roberto con ternura y comprensión, sabiendo de primera mano al agotamiento mental y al conflicto moral al que su pareja se había enfrentado las últimas semanas hasta tomar aquella difícil decisión.

—Aun así, lo que ha hecho no le correspondía hacerlo sólo a usted —repitió el inspector—. Destruir el mayor descubrimiento científico o médico, no sé cómo catalogarlo, de la historia...

El joven sargento miró fijamente a los ojos de Cuevas.

—¿No se da cuenta? La piedra habría destruido el mundo tal y como lo conocemos. Si hubiéramos divulgado su existencia habría sido el final de todo. Los ricos querrían aún más riquezas. Los poderosos más poder y para siempre. Eternamente.

Cuevas no replicó a Roberto. Zoltan, que se había mantenido en silencio, escuchando ambas posiciones, se decidió a intervenir.

—Yo te entiendo, Roberto —dijo resolutivo—. Entiendo y comparto contigo la dificultad de haber tomado esa decisión, máxime después de todo lo que hemos sufrido hasta hallar el tesoro templario. No sé si mi opinión tendrá algún valor, pero considero que has hecho lo que había que hacer en aras de proteger el mundo, como ya intentara hacer tu viejo amigo antes de perecer en el intento.

Roberto asintió mientras apoyaba su brazo en el hombro de su amigo. Nadie mejor que él podía opinar al respecto tras haber sufrido lo indecible durante varios días bajo tierra, descifrando enigmas y pruebas imposibles.

—¿Y ahora, qué? —preguntó el inspector, hastiado de la moralina con la que hablaban los presentes.

El sargento se agachó y recogió del suelo los pequeños fragmentos de la piedra resultantes tras haberla hecho estallar contra el muro. Ninguno de los pedacitos que descansaban sobre la palma de su mano emitía ya el fulgurante brillo que les cautivó cuando la descubrieron en la cripta templaria. Nada hacía presagiar que aquellos fragmentos de color carmesí hubieran tenido alguna vez el poder de convertir el plomo en oro o de producir el deseado elixir de la vida.

Roberto dudó si debía entregar una porción a cada uno de los presentes, pero finalmente optó por lanzarlos al agua, lejos de la tentación de recomponer la piedra y hacer uso de ella. Los pequeños fragmentos se hundieron con rapidez en el agua, quedando enterrados bajo el lodo que se depositaba en el fondo de la misma, a varios metros de profundidad.

El secreto estaba a salvo y, a no ser que alguno de los presentes rompiera el pacto de silencio, este permanecería oculto para siempre, siendo conocido únicamente por los descubrimientos que pudieran salvarse de la derruida cripta templaria.

Zoltan lideraría las labores arqueológicas y de documentación, por lo que el secreto saldría a la luz, revelando las localizaciones de las criptas, la existencia de los sarcófagos o los restos de

los mismísimos caballeros y del Gran Maestre que descansaban bajo tierra, omitiendo el hecho de que realmente se llegó a descubrir la tan deseada piedra filosofal.

Tras el solemne acto realizado por el sargento, la congregación decidió que ya era hora de abandonar el lugar y volver a sus cotidianas vidas, sabedores de que entre todos habían reescrito la historia.

El heterogéneo grupo abandonó el lugar a bordo de sus respectivos vehículos, dejando atrás las instalaciones mineras que habían marcado para siempre sus vidas. Unos, felizmente emparejados, otro, contento por la nueva oportunidad que se le había presentado y el último, contento en parte por haber podido cerrar el caso, pero enfadado consigo mismo y con el mundo, como era habitual en él, por los detalles que se le habían escapado.

## **Carlos Gutiérrez Díez**



Carlos Gutiérrez Díez, nació en Barcelona el 17 de marzo de 1978 y vivió allí hasta los 30 años, pasando largas temporadas estivales en la tierra natal de su padre, Asturias, que hicieron mella en él hasta hacerle sentir un asturiano más.

Su interés por la lectura surgió durante los años de colegio, devorando libros de aventuras adecuados para su edad, tales como *Los siete secretos* o *Los cinco*. Ya en la adolescencia se interesó por la escritura, participando en algún concurso de jóvenes talentos promocionado por Coca-Cola y también en los juegos florales que anualmente se celebraban en su colegio, Sagrada Familia-Horta para homenajear a su fundador, el hermano Gabriel Taborín.

Al finalizar sus estudios en el instituto, si bien su pasión era la historia y en concreto la historia del arte, decidió estudiar informática debido al gran futuro laboral que se le presuponía a mediados de los años 90. Aun así, nunca perdió el gusto por la lectura y la escritura y siguió formándose e instruyéndose en todo lo relacionado con la historia y el arte hasta que emprendió la fascinante empresa de escribir su primera novela, *Fuego rojo*, animado por otro amigo que había publicado recientemente su primera obra.



¿Quieres conocer las ubicaciones donde se desarrolla la trama de la novela? Escanea con tu teléfono este código.

## Notas

[←1 ]

En idioma inglés, Chief Executive Officer. Traducido al castellano: Director Ejecutivo, Consejero Delegado o Presidente Ejecutivo.

[←2 ]

Estilo artístico que surgió en Italia a comienzos del siglo XVI y que se caracteriza por la abundancia de las formas difíciles y poco naturales.

[←3 ]

Una OPA hostil se define como un intento de compra de otra empresa sin haber recibido el visto bueno y el acuerdo de la alta dirección de la empresa que se quiere comprar.

[←4 ]

O rpín es como se denomina al orbayu en la zona del Concejo de aller en lengua asturiana. Es conocido en el norte de España, principalmente en Asturias, como la lluvia liviana, casi imperceptible, pero que empapa.

[←5 ]

Se refiere al sistema tradicional de construcción que consiste en erigir muros y paramentos mediante la colocación manual de los elementos o los materiales que los componen (denominados mampuestos), que pueden caracterizarse por estar sin labrar (o con una labra muy tosca) ajustados sin orden en cuanto a los tamaños o las hiladas.

[←6 ]

Es el arco transversal a una nave que sustenta a la bóveda o el arco que separa dos bóvedas situadas una a continuación de otra en una nave formada por bóvedas de arista o crucería, y perpendicular al eje de estas.

[←7 ]

Espacio en torno al altar mayor de una iglesia que a veces está elevado sobre la nave y rodeado por una barandilla.

[ ← 8 ]

Se refiere a la fábrica de muros o paredes levantada a base de bloques de piedra, generalmente de gran tamaño y limpiamente labrados (sillares), que se presentan asentados unos sobre otros en hiladas horizontales y con sus juntas verticales perfectamente cortadas y ajustadas.

[←9 ]

Estructura de una construcción con forma curva, o de semicircunferencia, que cubre un hueco entre dos columnas o pilares. Es el elemento principal de la arquitectura abovedada, formando las de cañón.

[←10 ]

Estilo arquitectónico que se desarrolló en España a finales del siglo XV y principios del XVI, caracterizado por el empleo de estructuras góticas a las que se añadían elementos renacentistas y abundantes adornos.

[←11 ]

Abuelo, en asturiano.

[←12 ]

E xclamación con tono de sorpresa o exaltación. Expresión similar al “¡Anda!” o “¡Jolín!” en castellano.

[←13 ]

Existe la creencia de que, en algunos lugares del planeta, la energía que brota de la tierra o que llega hasta ella se hace mucho más densa y, un geomante, una persona especialmente dotada, es capaz de notarlo. Estas corrientes telúricas, que recorren el interior de la tierra, se manifiestan en la superficie exterior como perturbadoras.

[←14 ]

Los evangelios apócrifos o extracanáonicos son los escritos surgidos en los primeros siglos del cristianismo en torno a la figura de Jesús de Nazaret que no fueron incluidos ni aceptados en el canon del Tanaj judío hebreo-araméico, de la Biblia israelita Septuaginta griega, así como tampoco de ninguna de las versiones de la Biblia usadas por distintos grupos de cristianos como la Iglesia católica, la Iglesia ortodoxa, Comunión anglicana e Iglesias protestantes. Entre esos escritos se encuentran los Manuscritos de Nag Hammadi.

[←15 ]

Muro grueso construido a la orilla del mar, playa o puerto para protegerlos de la fuerza del agua

[←16]

Parte de una estructura que recibe el empuje de un arco o bóveda.

[←17]

Comúnmente llamada alcantarillas. Construcción que permite el drenaje transversal de las aguas superficiales bajo otra infraestructura

[←18 ]

La expresión Inter caetera significa "entre otros/as" en latín. Bajo este nombre se conocen tres bulas promulgadas por la Santa Sede en el siglo XV: Bula Inter caetera, emitida por el papa Calixto III en 1456. Breve Inter caetera de 1493, emitido por el papa Alejandro VI con fecha 3 de mayo de 1493.

[←19 ]

En arquitectura, el testero, palabra derivada del latín testa (cabeza), sirve para designar la pared opuesta a la entrada principal.

[←20 ]

En inglés: Thin Film Transistor-Liquid Crystal Display. En castellano: Pantalla de cristal líquido de transistores de película fina.

[←21 ]

Samsara es el ciclo de nacimiento, vida, muerte y encarnación (renacimiento en el budismo) en las tradiciones filosóficas de la India; hinduismo, budismo, jainismo, sijismo y también en otras como el gnosticismo, los Rosacruces y otras religiones filosóficas antiguas del mundo. Según estas religiones en el transcurso de cada vida, el Dharma (acciones hechas para bien) y el Karma (consecuencia de lo realizado/decidido) determinan el destino futuro de cada ser en "el proceso del llegar a ser" (evolución o involución). Este proceso cíclico termina con el logro del moksha (unión con Dios).

[←22 ]

El acrónimo SUV proviene del inglés y significa Sport Utility Vehicle o, traducido al español, Vehículo Utilitario Deportivo.

[←23 ]

Se trata del futuro minero. Un joven que entra en la mina como aprendiz.

[←24 ]

Gas incoloro, inodoro, inflamable y venenoso, que está compuesto principalmente de metano y mezclado con el oxígeno del aire es explosivo. Suele hallarse entre las rocas de las minas de carbón.

[←25 ]

La bóveda cuatrimpartita, o bóveda de crucería simple, es el diseño más sencillo de bóveda de crucería. Está formada por el cruce de dos arcos diagonales o cruceros, que dividen la plementería en cuatro segmentos: de ahí el nombre de cuatrimpartita. Existen diferentes tipos de bóveda de crucería simple. Esta es la más común en la arquitectura gótica clásica, y resulta la más adecuada para cubrir tramos cuadrados o rectangulares.

[←26 ]

Una plementería es el conjunto de paños de piedras o dovelas (plementos) que, a modo de cerramiento, cubren el espacio entre los nervios de una bóveda nervada, como una bóveda de crucería. Cada uno de los paños se denomina plemento.

[←27 ]

El giro francés déjà vu nos ha entrado a través del inglés, pues en esta última lengua se llama así a este fenómeno. En español se puede usar en muchos casos paramnesia, que el Diccionario académico define como 'alteración de la memoria por la que el sujeto cree recordar situaciones que no han ocurrido o modifica algunas circunstancias de aquellas que se han producido'.

[←28 ]

Pieza de metal que protege la mano de la hoja de la espada que utiliza el contrario. La forma de la guarda es descrita como dos alas cortas apuntando hacia adelante o hacia atrás.

[←29 ]

El briefing es un instructivo que sirve como punto de partida para una tarea. Estos informes sientan las bases para generar algún tipo de emprendimiento o campaña.

[←30 ]

Mediante el cruce de dos arcos formeros, llamados nervios, estos transmiten el peso de la bóveda y sus plementos a cuatro pilares; Así, entre pilares, el muro apenas soporta peso y puede ser sustituido por luminosos ventanales vidriados.

[←31 ]

Corresponde al diseño utilizado en las iglesias en las que la nave mayor tiene más longitud que el transepto (el brazo menor). En el eje mayor se alinean el pórtico principal, el atrio, el altar mayor y el ábside.

[←32 ]

Divinidad hindú. Se muestra con un cuerpo dorado de un forzado con una cara blanca, alas rojas, un pico de águila y una corona en su cabeza. Se decía que era tan grande que podía bloquear el Sol. Es conocido como el enemigo jurado de la raza de serpientes naga, pudiendo referirse al águila culebrera de la India. La imagen de Garuda se suele usar como talismán o amuleto para proteger al portador del ataque de una serpiente o su veneno. Garuda Vidya es el mantra contra el veneno de serpiente para eliminar todo tipo de mal.

[←33 ]

La sublimación es el proceso que consiste en el cambio de estado de sólido al estado gaseoso sin pasar por el estado líquido.

[←34 ]

Es el contenido en el interior de la materia, en los catalizadores de la Alquimia. Tiene la propiedad de que el fuego vulgar la excita, y produce el lento giro de la rueda que conlleva los fenómenos observables en el interior de la redoma alquímica.

[←35 ]

Elemento arquitectónico abovedado que se utiliza para cubrir espacios cuadrangulares. Resulta de la intersección de dos bóvedas de cañón, que se cruzan perpendicularmente.

[←36 ]

Columna aislada o exenta: La que se encuentra separada de un muro o cualquier elemento vertical de la construcción o edificación.